ANDREA

MILANO

La protegida del Lord



Tras quedarse viuda y con un hijo pequeño a su cargo, Hazel Brown recibe la extraña e inesperada visita de lord Daniel Cavanaugh. Aunque ella apenas lo conoce, Daniel le dice que ha venido a ofrecerle protección y a cobrarse una deuda que su difunto marido contrajo con él.

Cuando llega a Blackwood Manor recibe un trato hostil por parte de la cuñada de Daniel, y tampoco le resulta sencillo ganarse la confianza y el cariño de la niña. Por otra parte, Daniel es un hombre rodeado por el misterio, y Hazel estará dispuesta a todo con tal de descubrir qué esconde su pasado…, un pasado que él lleva ocultando más de un año tras los muros de su mansión.

Andrea Milano

La protegida del Lord

Título original: *La protegida del Lord*
Andrea Milano, 2012

Índice de contenido

La protegida del Lord
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30

31
32
33
34
Sobre la autora
Notas


ANDREA
MILANO
La protegida del Lord

1

*S*underland (Inglaterra), 1893

Hazel estrujó el papel amarillento por enésima vez entre sus delgadas manos. Las letras garabateadas en tinta negra en ambas caras de la hoja pertenecían a su difunto esposo. La caligrafía, muchas veces casi ilegible, era inconfundiblemente suya. Había leído aquella carta y, aun así, seguía sin comprender lo que le pedía Jeremy a través de aquellas palabras.

Unos pasos ligeros acercándose la sacaron de sus pensamientos.

—Mamá, tengo hambre.

El pequeño Tobin observaba fijamente a su madre, y el fuego de la chimenea de piedra se reflejaba en sus enormes y vivaces ojos verdes.

Hazel miró a su hijo de seis años y le sonrió. Tobin había sido para ella como una balsa en medio de la tempestad. Tras la muerte prematura de su esposo, su propia vida se habría acabado si Tobin no hubiera existido; por eso, se había aferrado a él con todas sus fuerzas. Su pequeño la necesitaba tanto como ella lo necesitaba a él para seguir viviendo. Debía luchar para sacarlo adelante y hacer de él un hombre de provecho, como su padre hubiese querido. Se lo debía a Jeremy y no lo defraudaría.

—Mira —dijo, señalando hacia la mesa—, creo que todavía queda pan de canela.

Tobin corrió hacia allí y descubrió con agrado que su madre tenía razón. Tomó una rebanada de su pan favorito, volvió junto a Hazel y se sentó a su lado en el banco de madera que había construido su padre el verano anterior contando con su pequeña ayuda.

—¿Por qué estás triste, mamá? —preguntó mientras balanceaba los pies de un lado a otro.

Ella se tomó unos segundos para respirar profundamente, mientras escondía la carta en el bolsillo de su mandil.

—No es nada, Tobin.

Pasó suavemente la mano por la cabeza de su hijo y le acomodó los rizos castaños que le caían sobre la frente.

Él la miró serio.

—¿Extrañas a papá, verdad? —preguntó finalmente.

Hazel apartó la mirada e hizo un esfuerzo enorme por no llorar. Tenía que ser fuerte, sobre todo delante de su hijo.

—Creo que ya es hora de que te vayas a dormir —dijo mientras se levantaba.

Entonces, la carta cayó al suelo.

Tobin llegó primero hasta ella, y aunque aún no sabía leer muy bien, reconoció de inmediato la letra de su padre.

—¡Una carta de papá! —Sus ojitos verdes se iluminaron—. ¿Qué dice, mamá?

La mujer le quitó la carta de las manos y volvió a guardarla en el mismo bolsillo de donde había caído unos segundos antes. No sabía qué responderle; ni siquiera alcanzaba a comprender lo que aquel papel decía. ¿Cómo podía explicar a un niño de apenas seis años que su padre les imploraba a través de aquella carta de despedida que aceptasen la ayuda de un extraño?

Miró a Tobin a los ojos y lo asió por los hombros.

—Tobin, hay cosas que un niño pequeño como tú no entendería. —Intentó explicarle.

—¡Pero, mamá! —protestó, poniendo cara de niño santurrón, la misma que asomaba cada vez que había cometido una travesura.

—¡No lograrás nada con esa expresión de angelito, Tobin Brown! —advirtió Hazel mientras lo empujaba lentamente hacia su habitación.

Tobin no dijo nada, sólo se limitó a cruzarse de brazos y a cambiar el semblante de bondad de su rostro por uno de enfado.

—Cámbiate, que en un momento vendré a arroparte.

Hazel cerró la puerta de la habitación y caminó hacia la chimenea para atizar el fuego. Las últimas noches de aquel invierno estaban siendo muy crudas en Sunderland, en donde aquella gélida época del año podía convertirse en el enemigo más implacable.

—¡Ya estoy listo, mamá! —gritó Tobin.

Cuando Hazel entró en el cuarto, su hijo ya estaba acostado y su enojo parecía haberse evaporado. Se arrodilló junto a la cama y lo cubrió con la manta; depositó un beso en su frente, y cuando se apartó, descubrió que Tobin ya tenía los ojos cerrados. Le acarició las sonrojadas mejillas y esbozó una sonrisa. Se levantó y apagó la lámpara que había sobre la mesita de noche.

Cuando estaba a punto de abandonar la habitación, la voz de su hijo la detuvo.

—Mamá…

—Creía que estabas dormido.

La luz que se colaba a través de la puerta entreabierta y que provenía de la sala delineaba ahora la silueta del pequeño Tobin sentado en la cama.

—Mañana me leerás la carta, ¿verdad?

Hazel no alcanzaba a ver sus ojos pero presentía que estaban humedecidos.

—Sí, Tobin, mañana te leeré la carta —prometió.

Cuando Hazel comprobó que el niño se había vuelto a cubrir con la manta, abandonó la habitación y cerró la puerta tras de sí.

Se dejó caer en el banco de madera y, con manos temblorosas, sacó la carta del bolsillo de su mandil para leerla nuevamente.

Desplegó el papel amarillento y arrugado, y comenzó a leer.

> *Mi adorada Hazel:*
>
> *Cuando leas esta carta ya habré partido y estaré junto al Señor velando por ti y por nuestro hijo. Esta cruel enfermedad que me ha apartado de vuestro lado, ha ido quitándome las fuerzas día a día, hasta llevarse mi último aliento.*
>
> *Lo que más lamento es que Tobin y tú hayáis sido testigos de mi sufrimiento, convirtiéndoos también así en víctimas de él. Sólo el Señor sabe lo mucho que te amo y el dolor que me causa saber que pronto te abandonaré… Me enloquece la idea de que tú y Tobin quedéis desamparados después de mi muerte; por eso me atrevo a pedirte que recurras a lord Cavanaugh. Él podrá protegeros a ambos y daros un hogar. Ya lo sabe y se presentará ante ti una vez le confirmen mi muerte. Sé que mi petición te parecerá extraña, sobre todo porque raramente he hablado de él contigo antes, pero créeme que es lo mejor que puedo hacer por vosotros. Es mi última voluntad y espero que sea cumplida.*
>
> *No olvides nunca que te amo. Intenta ser feliz y prométeme que harás de nuestro hijo un hombre noble y honrado.*
>
> *Os amaré hasta la misma eternidad.*
>
> *Jeremy.*

Hazel dejó el papel encima de su regazo; aún le temblaban las manos. Cada párrafo, cada palabra de aquella carta resonaba en su cabeza y le impedía pensar con claridad. La petición que Jeremy le hacía no sólo la desconcertaba, sino que también le provocaba cierto temor.

No conocía al tal lord Cavanaugh y la idea de aceptar la ayuda de un completo extraño la angustiaba. Jeremy solamente lo había mencionado un par de veces durante su primer año de matrimonio, y ella se había dado cuenta de que evitaba hablar de él. Lo único que recordaba de aquellas escuetas conversaciones era el hecho de que el tal lord Cavanaugh vivía en Newcastle-upon-Tyne y que era inmensamente rico.

Dejó escapar un suspiro. Era demasiado tarde para ponerse a cavilar sobre aquel asunto, lo mejor era irse a dormir de una buena

vez. Ya pensaría lo que haría al día siguiente.

Hazel se estaba cepillando su larga cabellera dorada frente al espejo, cuando oyó unos golpecitos en la puerta de su habitación.

—Puedes entrar, Tobin —dijo, recogiéndose el cabello en lo alto de la cabeza.

Tobin se acercó y apoyó un codo sobre el tocador.

—Te has levantado demasiado temprano esta mañana —comentó Hazel, besándole la mejilla.

Tobin le sonrió y sus ojos ansiosos comenzaron a buscar la carta. Su cara redondeada se iluminó cuando Hazel la sacó de una caja que hacía las veces de alhajero.

Tan pronto como terminó de leer la carta, Hazel trató de adivinar qué estaba pasando por la mente de su hijo tras conocer la última voluntad de su padre.

Tobin sólo se quedó contemplándola con una expresión de duda en el rostro.

—¿Quién es ese lord Cavanaugh, mamá? —se atrevió a preguntar por fin.

Aunque Hazel ignoraba la respuesta a aquella pregunta, no iba a dejar que Tobin lo descubriera.

—Él… es un buen amigo de tu padre —dijo.

Era la primera vez que mentía a su hijo; ni siquiera lo había hecho cuando Jeremy había enfermado de gravedad unos meses antes. Hazel se arrepintió casi de inmediato de haberle mentido, pero lo que Tobin necesitaba entonces era seguridad y saber que todo marcharía bien.

—Ese hombre vendrá por nosotros, ¿verdad?

Hazel no quería pensar en esa posibilidad, pero él tenía razón; el tal lord Cavanaugh podía aparecer de un momento a otro.

Como una respuesta indeseada, el sonido de un carruaje acercándose por el sendero confirmó el peor de sus temores.

Tobin corrió hacia la ventana y retiró las cortinas para ver quién los visitaba aquella fría mañana de febrero.

—¡Es un carruaje muy elegante, mamá! —exclamó Tobin, sin duda entusiasmado.

Hazel se puso de pie y no pudo evitar la sensación de angustia que la embargó cuando alguien llamó a la puerta.

El niño se precipitó hacia la puerta con la intención de abrirla, pero la madre lo detuvo.

—¡Espera! —le ordenó Hazel mientras se retocaba el cabello y se acomodaba la falda del vestido.

Estaba temerosa de conocer al hombre que, según su esposo, se encargaría de velar por ella y por su hijo desde ese momento. Respiró profundamente y dejó que Tobin abriera por fin.

Una ráfaga de viento helado se coló en la sala cuando la puerta se abrió y vieron a un hombre elegantemente vestido con un abrigo de paño color gris, tan largo que alcanzaba a cubrir casi por completo su imponente figura.

El extraño se quitó el sombrero y se presentó ante ellos.

—Soy lord Daniel Cavanaugh —dijo extendiendo el brazo hacia la mujer.

Hazel se quedó muda en el instante en que él posó sus ojos azules en ella. Cuando finalmente pudo reaccionar, estrechó su mano, dejando que lord Cavanaugh la apretara con fuerza.

—Soy…, soy Hazel Brown, y éste es mi hijo Tobin —tartamudeó.

Tobin ya se había colocado en medio de ellos; sus curiosos ojos verdes examinaban al recién llegado cuidadosamente.

Hazel asió al pequeño por los hombros y lo apartó hacia un lado.

—Será mejor que entre. Hace mucho frío afuera —dijo, retirándose para que él pasara.

Lord Cavanaugh echó un ligero vistazo al lugar. La pequeña sala no era lujosa pero sí confortable; no obstante, lo que más le llamó la atención fue la calidez que reinaba allí dentro, lo cual traía irremediablemente a su mente la frialdad de su enorme mansión.

—Tome asiento, se lo ruego —le indicó Hazel.

Lord Cavanaugh obedeció, sentándose en una de las sillas que había alrededor de la mesa.

—Por favor, déme el sombrero.

Él se lo entregó y sus ojos azules siguieron a la joven viuda, mientras colgaba el sombrero en el perchero que había en un rincón, junto a la puerta.

Ella regresó, y antes de sentarse frente al hombre miró a su hijo, que estaba al lado de la mesa observando fijamente al visitante.

—Tobin, ve a tu habitación —le dijo sonriendo—. Lord Cavanaugh y yo tenemos que hablar.

Tobin puso mala cara, pero obedeció a su madre sin siquiera chistar.

Cuando por fin estuvieron a solas, ninguno de los dos supo qué decir para romper el hielo y dar inicio a aquella conversación. Después de unos segundos de incómodo silencio, lord Cavanaugh fue el primero en abrir la boca.

—Según tengo entendido, ha estado esperando mi visita —comentó, mirándola directamente a los ojos por primera vez desde que se habían quedado a solas—. Su esposo debe haberla puesto al tanto del trato que teníamos…

Hazel le devolvió la mirada, encarando aquellos ojos tan azules y al mismo tiempo tan fríos.

—¿Trato? Jeremy no menciona nada sobre un trato en su carta.

La mujer se sentía aturdida; algo no encajaba en toda aquella historia.

Lord Cavanaugh se aclaró la garganta. Sin duda, Jeremy Brown no se lo había contado todo a su esposa antes de morir.

—Pues mire, señora Brown… ¿Hazel, verdad? ¿Puedo llamarla así?

Ella asintió.

—Hazel, su esposo vino a verme hace unos meses para pedir mi ayuda. —Hizo una pausa—. Él me habló de su enfermedad y de lo preocupado que estaba por dejarlos desamparados a usted y a su hijo.

—Jeremy menciona eso en la carta, pero no dice nada de ningún trato —le aclaró Hazel, alisándose unas arrugas de la falda del vestido.

—Cuando la tuberculosis que le afectaba le impidió realizar su trabajo con normalidad, él me pidió un préstamo —dijo finalmente.

Hazel no podía creer lo que estaba oyendo. Jeremy no podía haberse endeudado con aquel hombre y no haberle dicho nada al respecto.

—Yo…, yo no sabía nada. —Se llevó una mano a la frente y cerró los ojos.

—No se preocupe.

Ella lo miró nuevamente.

—¿Que no me preocupe? ¿Cómo puede decir eso? Si usted está ahora aquí es seguramente para recordarme la deuda que mi difunto esposo contrajo con usted; una deuda que no sabía que existiera —respondió, sonriendo con ironía.

Lord Cavanaugh estiró el brazo y cubrió la mano temblorosa de Hazel con la suya, intentando calmarla; pero ella reaccionó apartándola de inmediato.

—Hazel, cuando su esposo me pidió ese dinero, era consciente de que quizá no podría devolvérmelo.

Hazel sacudió la cabeza.

—No comprendo.

—Cuando Jeremy contrajo esa deuda conmigo, sabía muy bien que estaba yendo contra reloj, por eso me pidió que cuidara de usted y de su hijo cuando él ya no estuviera, para de esa manera recuperar el dinero que le prestaba.

—Sigo sin entender.

Él la contempló fijamente.

—Usted…, usted era el pago.

Hazel abrió sus ojos verdes como platos; aquello no podía ser verdad. Se levantó de un salto y dio un golpe contra la mesa.

—¡Eso es mentira! ¡Jeremy jamás hubiera permitido algo así! —le espetó, alzando la voz.

Lord Cavanaugh la imitó y se puso de pie también.

—Hazel, no es lo que usted cree. Déjeme explicárselo todo con calma —le pidió, invitándola a que se sentara nuevamente.

Ella obedeció, pero la furia en sus ojos no había desaparecido.

—Mis intenciones son buenas. Le prometí a su esposo que cuidaría de usted y de su hijo, y mantendré mi palabra.

—¿Y qué espera que haga yo?

—Quiero que trabaje para mí. —Hizo una pausa para respirar hondo—. Tengo una hija, y necesita de alguien que le haga compañía. La mansión es demasiado grande y desde que su madre…, y desde que su madre se fue, ella ya no es la misma.

Hazel estaba comenzando a comprender, pero no estaba segura de querer aceptar la propuesta.

—¿Su hija?

—Sí. Lamentablemente la soledad ha convertido a mi Catherine en una niña amargada y solitaria, y estoy completamente seguro de que su compañía le haría mucho bien.

Hazel cruzó los brazos sobre el pecho.

—Usted no puede obligarme a aceptar su propuesta. —Había un brillo de desafío en sus ojos verdes.

—No puedo, pero no olvide que la última voluntad de su esposo fue que yo me hiciera cargo de ustedes…

—Aún no entiendo por qué Jeremy me pide que acepte su ayuda cuando apenas si hablaba de usted.

—Su esposo me buscó a mí, Hazel.

—Pero él apenas hablaba de usted —reiteró, poniéndose de pie y yendo hacia la chimenea—. Si lo que le interesa es recuperar su dinero, pierda cuidado que en cuanto pueda se lo devolveré.

Ignoraba la cantidad que aquel hombre había puesto en manos de su esposo, pero se encargaría de saldar esa deuda aunque le llevara años conseguirlo.

—No me interesa el dinero, Hazel. Soy un hombre rico y puedo prescindir de esa suma sin ningún perjuicio. Lo que quiero es cumplir la promesa que le hice a su esposo.

Hazel atizó un poco el fuego y tomó aire antes de darse la vuelta y responderle.

—Olvídese de esa promesa; lo eximo de cumplirla. No tiene por qué hacerse cargo de nosotros; después de todo, sólo somos un par de desconocidos para usted. No sé por qué razón mi esposo pidió su ayuda sin siquiera consultármelo, pero no tiene ninguna obligación conmigo ni con mi hijo —dijo, resuelta.

Él se acercó, y entonces el azul de sus ojos brilló con más intensidad.

—Hazel, no me pida eso. Voy a llevarla a usted y a Tobin a vivir a mi casa, y cuidaré de ambos como su esposo quería. —Intentó tocar su mano.

—¡No! —Ella dio un paso hacia atrás—. ¡No puede obligarnos!

Daniel Cavanaugh no era un hombre que perdiera la paciencia muy a menudo, pero aquella mujer estaba empecinada en llevarle la contraria.

—¡Es lo mejor para usted! ¡Para su hijo! ¿No piensa en su futuro?

Hazel sentía que se le encogía el corazón ante la sola mención de Tobin.

—Yo soy lo suficientemente fuerte como para cuidar de mi niño sin su ayuda —respondió con firmeza.

El hombre soltó una carcajada que resonó en la pequeña sala.

—¿Y con qué dinero piensa afrontar lo que se le viene encima? Jeremy estaba endeudado conmigo y hacía meses que no trabajaba.

Hazel levantó las manos.

—Puedo trabajar y mantener a mi hijo; no necesito de la lástima de nadie. —Lo miró de arriba abajo—. Y mucho menos de alguien como usted.

Daniel lanzó un soplido y se quedó en silencio un par de segundos. No sería sencillo convencer a aquella orgullosa mujer de lo que era mejor para ella y para el pequeño Tobin.

—Está sola, Hazel —comenzó a decir, suavizando el tono de su voz—. Supongo que nunca antes ha tenido que trabajar para traer dinero a casa…

—¡Soy joven y soy fuerte! —le espetó ella—. ¡No será la primera ni la última vez que una mujer viuda deba salir de su casa para mantener a su familia!

—Es joven, es fuerte y demasiado bonita —dijo él, intentando no perder la paciencia.

Hazel frunció el ceño.

—¿Qué demonios quiere decir usted con eso?

—Que allí afuera hay un mundo dispuesto a devorar a una mujer como usted. Hazel, créame, no le será fácil conseguir un empleo, y menos con un niño a cargo; piense en mi propuesta. Es lo que su esposo deseaba.

Hazel no dijo nada; caminó con paso firme hacia la entrada y asió el picaporte de la puerta.

—Será mejor que se marche, lord Cavanaugh. —Esbozó una sonrisa cargada de orgullo—. Tobin y yo estaremos bien. Como ya le he dicho, lo libero de la promesa que le hizo a Jeremy. Puede irse en paz.

Daniel Cavanaugh la observó detenidamente, pero no pronunció palabra alguna. Recogió su sombrero y salió de la sala cuando ella le abrió la puerta.

—Está cometiendo un grave error, Hazel. Mi intención es sólo ayudarla… Hazel no le dejó que continuara hablando.

—Le agradezco su preocupación, pero no puedo aceptar lo que usted me ofrece.

Cuando estaba a punto de cerrar la puerta y dar fin a aquella reunión, él se dio la vuelta de repente y tomó su mano.

—Piénselo; es lo mejor para su hijo… y para usted —dijo, sosteniendo la mano delgada y tibia de Hazel entre las suyas.

Ella lo miró a los ojos, tan azules, tan intensos y a la vez dueños de una frialdad que podía cortar hasta el aliento.

—Márchese, lord Cavanaugh. —Le contestó, retirando la mano—. Ya le he dicho que no me iré a vivir a su casa; no insista.

Daniel no pudo decir nada más para tratar de convencerla, pues ella cerró la puerta y levantó un muro entre los dos.

Hazel apretó con fuerza el camafeo que llevaba prendido en la solapa de su vestido y se apoyó contra la puerta cerrada mientras oía al carruaje alejándose por el sendero.

No podía aceptar la propuesta de aquel extraño aunque se tratara de la última voluntad de su esposo. Ella era lo suficientemente fuerte como para luchar y sacar a su hijo adelante sin la ayuda de lord Daniel Cavanaugh.

Daniel Cavanaugh observaba el paisaje costero mientras el carruaje iba dejando atrás la ciudad de Sunderland. Hacía menos de media hora que había salido de la casa de Hazel Brown y se había marchado con las manos vacías. Su plan había sido llevarse a la mujer y a su hijo a Blackwood Manor y así cumplir con la promesa que le había hecho a Jeremy poco antes de su muerte.

Pero todo se había ido al demonio, y la viuda de quien había sido su mejor amigo durante su infancia lo había prácticamente expulsado de su casa sin más ni más.

Estaba inquieto y hasta preocupado por aquella mujer orgullosa que no había querido aceptar su ayuda.

Sería difícil para ella salir adelante a partir de ese momento; las cosas no eran sencillas para las mujeres en los tiempos que corrían, y aún menos para una mujer sola y con un hijo pequeño a cuestas.

Lanzó un par de maldiciones al aire porque el temperamento de Hazel Brown lo había vencido. Debió haberla obligado a que aceptara su ayuda, y no haber permitido que ella lo echara de su casa.

Después de todo, él era un hombre y nunca antes se había dejado doblegar por una mujer.

Y no se trataba del dinero que Jeremy le debía; es más, ni siquiera se había preocupado por que él se lo pudiera devolver algún día. Se había sentido en deuda con Jeremy por lo que había

sucedido entre ambos nueve años atrás, y entonces se presentaba la ocasión justa para saldar la obligación moral contraída con él.

No podía desoír la petición del hombre al que había herido profundamente una vez.

Cumpliría su promesa aunque tuviera que arrastrar a Hazel y a su hijo a la fuerza con él.

Se recostó en el asiento y cerró los ojos. Le daría unos días, y luego regresaría y ya no aceptaría un no como respuesta.

Hazel puso la carta que Jeremy le había dejado dentro de la caja, donde guardaba las pocas joyas que su esposo le había regalado durante sus siete años de matrimonio. Aunque no tenían mucho valor, simbolizaban el amor que ambos se habían profesado y la felicidad que habían compartido hasta que Jeremy había enfermado de tuberculosis, una enfermedad que lentamente había ido apagando su vida, hasta extinguirla por completo. Al principio, él había continuado trabajando en la mina de carbón, aunque le habían sido asignadas las tareas menos pesadas, pero luego, cuando la enfermedad se agravó, tuvo que abandonar su puesto de trabajo y recluirse en casa.

La mujer observó la cama y no pudo evitar ponerse triste. Los últimos dos meses de su enfermedad, Jeremy casi no podía caminar, y aquella cama se había convertido en su morada final. Había sido tremendamente doloroso para Hazel ver a diario cómo su esposo se consumía sin que ella pudiera hacer nada por él, sólo acompañarlo y cuidarlo hasta que el momento fatídico llegara.

Ese momento había llegado una mañana de febrero, hacía apenas una semana. Se había levantado y, como todas las mañanas, había preparado un vaso de leche tibia y un pedazo de *pudín* de zarzamoras, el favorito de Jeremy, aunque ella bien sabía que apenas lo probaría. Había perdido el apetito y lo único que hacía era dormir hasta que un ataque de tos lo despertaba. Parecía que la tuberculosis no quería darle tregua alguna, y cuando esa mañana

abrió las cortinas y lo encontró plácidamente dormido, supo que Jeremy al final había perdido la batalla.

Estuvo junto a su cama, abrazada a su cuerpo inerte durante más de dos horas, negando lo que ya era evidente, lo que había sido anunciado en el mismísimo momento en que le había sido diagnosticada la enfermedad.

Ni siquiera la voz angustiosa de Tobin había logrado sacarla de aquel estado en el que se había sumido. Una de sus vecinas, la señora O'Reilly, fue quien acudió a la casa cuando oyo los gritos del pequeño Tobin, que clamaba por su madre. Sin embargo, había sido necesaria la fuerza de dos hombres para separar a Hazel del cuerpo sin vida de su esposo.

Hazel cerró los ojos, pero no pudo evitar que el llanto comenzara a brotar. Había sido el momento más doloroso de su vida, a pesar de que había creído que cuando ese instante llegase estaría preparada. Más tarde, comprendió que nada podría haberla preparado para afrontar la pérdida del hombre al que amaba. Si no hubiera sido por Tobin, se habría dejado morir para ir tras él.

Su hijo era todo lo que tenía; el regalo más hermoso que Jeremy le podía haber dado, y lucharía con uñas y dientes por él. Tobin había sido su motivo para seguir viviendo, y ella se encargaría de que nada le faltase.

Se sentó en la cama y acarició la manta de lana que sus propias manos habían tejido antes de la boda.

Deseaba con todo su ser poder regresar al tiempo en que tenía a Jeremy a su lado. El Jeremy que adoraba pasar las noches de verano en el jardín junto a ella, echados sobre la hierba, abrazados el uno al otro hasta que se quedaban dormidos. El Jeremy que cada mañana dejaba una flor en su almohada antes de marcharse a su trabajo. El Jeremy que la tomaba por sorpresa mientras ella estaba haciendo las labores de la casa y le hacía el amor apasionadamente. El Jeremy que había llorado de emoción cuando había dado a luz a Tobin, una templada noche de primavera, en aquella cama en la que luego él dormiría su último sueño.

No hizo nada para detener las lágrimas. Necesitaba llorar y exorcizar el dolor que llevaba dentro, porque sabía que, por más que lo deseara con todas las fuerzas de su corazón, su amado Jeremy ya no regresaría a su lado.

Tobin entró en ese momento en la habitación, y Hazel giró la cara para que él no viera que estaba llorando.

—¿Qué sucede, Tobin?

Se puso de pie y se enjugó las lágrimas antes de mirar a la cara de su hijo.

El niño se acercó y se apoyó en su regazo. Sus manos regordetas acariciaron las mejillas húmedas de su madre.

—No llores, mamá. Papá nos está cuidando. —Alzó los ojos al cielo—. Un día volveremos a estar juntos; tú me lo has dicho.

Hazel tomó las manos de Tobin y las besó.

—Así es, cariño. Papá siempre estará a nuestro lado, cuidándonos.

—Por eso envió a ese señor, ¿verdad?

Hazel lo observó; sus palabras la sorprendieron.

—¿Por qué dices eso? Tobin se mordió el labio.

—Cuando ese señor habló contigo, no entendí mucho de lo que oí, pero dijo que papá quería que él nos cuidara.

Hazel nunca dejaba de asombrarse con la conducta de su hijo; a pesar de tener sólo seis años era muy inteligente y captaba las cosas al vuelo. A veces, incluso parecía ser más sensato que ella.

—¿Nos iremos a vivir con ese lord, mamá?

Hazel percibió la chispa de entusiasmo en los ojos verdes de su hijo y comprendió que sería mejor que le aclarara las cosas, antes de que sus pensamientos volaran demasiado.

—Tobin, no iremos a vivir con lord Cavanaugh. Tú y yo nos quedaremos aquí y saldremos adelante por nuestra cuenta. No puedo aceptar la propuesta que ese señor me hizo.

—¿Por qué no, mamá?

—Porque no sería correcto, Tobin. Ni siquiera lo conocemos y no estaría bien visto que nos fuéramos a vivir a su casa.

—¡Pero papá…!

—Sé lo que quería tu padre, pero créeme que lo que estoy haciendo es lo mejor para nosotros —le dijo, y acomodó el cuello un poco sucio de la camisa de Tobin mientras esbozaba una sonrisa.

Tobin también le sonrió, y después de darle un abrazo, salió corriendo de la habitación para jugar con sus amigos en los astilleros abandonados que había enfrente de la casa.

Hazel se dirigió hacia la ventana y lo observó mientras se reunía con tres niños, que vivían en la misma calle y con los cuales se encontraba casi todas las tardes.

Verlo jugar y reírse con aquellos niños le devolvía la tranquilidad al alma. Después de haber sido testigo del sufrimiento de su padre, el pequeño Tobin podía borrar de su mente aquellos recuerdos tan tristes y continuar con su vida.

Los ojos verdes de Hazel se ensombrecieron cuando divisaron al señor Pinkerton dirigiéndose a toda prisa por el sendero que conducía a su casa. Hazel abandonó la habitación y se fue a la cocina. Observó el calendario; todavía faltaban cuatro días para que terminara el mes. La embargó una inquietud inexplicable; se suponía que el señor Pinkerton no la visitaría hasta el día veintiocho.

El hombre llamó a la puerta con insistencia. Hazel se arregló la falda y se quitó el mandil antes de abrir.

Josiah Pinkerton se sacó de inmediato el sombrero en cuanto tuvo enfrente a Hazel.

—Señora Brown —la saludó, sonriendo, y Hazel pudo sentir el olor nauseabundo a alcohol que le salía de la boca cuando pasó por su lado—. Antes que nada quiero decirle que lamento la muerte de su esposo.

Hazel cerró la puerta y agradeció sus condolencias.

—No había podido venir antes.

Los ojos saltones y oscuros de Josiah Pinkerton recorrieron lascivamente a Hazel de arriba abajo.

De forma instintiva, Hazel dio un paso atrás. No le agradaba aquel hombre, nunca le había gustado la manera en que la miraba, y ahora que Jeremy no estaba, sería ella la que tendría que lidiar con él cada mes.

—No lo esperaba hasta la semana que viene, señor Pinkerton —dijo Hazel, contrariada.

—Por favor, llámeme Josiah.

Hazel tragó saliva. Tenía el presentimiento de que en cualquier momento aquel hombre se arrojaría encima de ella.

—Josiah…, aún no tengo el dinero de la renta; pero le prometo que lo tendré la próxima semana —le explicó. Ignoraba cómo lo conseguiría, pero no podía dejar que él pensara que no tenía con qué pagarle.

Josiah Pinkerton se acarició la puntiaguda barbilla; no había apartado los ojos de Hazel desde que había entrado en la casa.

—No se preocupe; en realidad, no he venido a cobrar la renta, señora Brown. Sólo quería saber si necesitaba alguna cosa.

Hazel forzó una sonrisa afable.

—Le agradezco su amabilidad, pero no necesito nada.

El hombre caminó hacia la mesa y colgó el sombrero en una de las sillas.

—¿Le importaría invitarme a un café? Afuera hace mucho frío y un café caliente me caería estupendamente bien.

Hazel se quedó inmóvil un momento. Lo único que deseaba era que aquel hombre tan repugnante se marchara, pero no podía tratarlo con descortesía; al fin y al cabo, era el hombre a quien tendría que pedir, seguramente, que le diera algo más de tiempo para pagar la renta de ese mes.

—Por supuesto que no me importa.

Sacó una taza de la alacena y se cercioró de que todavía quedara algo de café; por fortuna, el poco que quedaba alcanzaría para ofrecerle una taza a su desagradable visitante.

Unos minutos después, sacaba la tetera del fuego y le servía el café a Josiah Pinkerton, quien seguía devorándola indecentemente con aquellos ojos de lobo hambriento.

—Supongo que será difícil para usted ahora que su esposo ha muerto —comentó después de beber el primer sorbo de café—. Yo siempre he vivido solo y sé lo que la soledad puede hacerle a una persona.

—Yo no estoy sola, señor Pinkerton…, Josiah. Tengo a mi hijo.

—El pequeño Tobin, sí, lo he visto jugando afuera cuando venía. —Dejó la taza sobre la mesa y clavó sus ojos en los ojos de Hazel—. Pero yo me refiero a otra cosa.

Hazel deseó que en ese preciso momento el suelo de la cocina se abriera bajo sus pies y se la tragara. Aquel hombre estaba tratando de seducirla y eso la asqueaba.

—Mi esposo acaba de fallecer y no necesito más que la compañía de mi hijo, señor Pinkerton —respondió, asegurándose de que sus palabras sonaran fuertes y claras—. Si no tiene nada más que decirme, le agradeceré que se marche; tengo mucho trabajo que hacer y además debo preparar la cena.

A Josiah Pinkerton no le gustó demasiado lo que acababa de oír, y menos el tono tajante que había usado Hazel para decirle que se fuera. Bebió el último sorbo de café y se puso de pie.

—No quería importunarla, señora Brown —dijo, avanzando hacia ella.

Entonces, Hazel, con la mano que tenía a su espalda, asió el mango de la cacerola en la que estaba calentando agua. Estaría preparada si aquel hombre intentaba hacerle algo.

—Me marcho. —Se puso su sombrero y tendió la mano, pero Hazel no se la estrechó—. Regresaré el día veintiocho para cobrar la renta.

Hazel soltó la cacerola. Caminó de prisa hacia la puerta y la abrió.

—Que tenga un buen día, señor Pinkerton.

Quiso esbozar una sonrisa pero le fue imposible. La mirada de aquel hombre llegaba a helarle la sangre.

Cuando el señor Pinkerton finalmente se marchó, cerró la puerta con violencia y dejó escapar un suspiro de alivio, expulsando la tensión que había acumulado durante aquella visita tan desagradable.

2

HAZEL observaba a Tobin, que estaba engullendo el último trozo de pastel que ella le había horneado temprano esa mañana. Sentada a su lado, Hazel bebía un vaso de leche tibia. Trató de apartar de su mente la inminente realidad de que muy pronto las provisiones comenzarían a escasear. La despensa se habría quedado prácticamente vacía de no ser por un par de bolsas de harina y unas cuantas patatas que la señora O'Reilly les había traído la tarde anterior.

Incluso hasta parecía que *Susie*, la vaca que cada día les proporcionaba la leche, era reacia a colaborar. No había nada que ella o Tobin pudieran hacer para que la vieja vaca les diera más leche. Hazel se sintió culpable y le dio su vaso a medio terminar a su hijo. Él necesitaba la leche más que ella, y si las cosas continuaban así se vería obligada a vender a *Susie* para al menos con ese dinero comprar más harina, más patatas y hasta quizá un poco de carne.

—¿Pasa algo, mamá?

Tobin la miró, y Hazel sonrió al ver el bigote blanco que adornaba el rostro de su hijo. Con su propia mano, limpió la mancha blanca de leche y le devolvió la mirada.

—Estaba pensando en vender a *Susie*, Tobin —dijo, y se quedó contemplando la expresión de asombro de su hijo ante la noticia que acababa de darle.

—¿A *Susie*? ¿Por qué? —preguntó Tobin claramente apenado.

—No está rindiendo como antes y necesitamos ese dinero para llenar la despensa —le explicó.

Durante unos segundos, Tobin no dijo nada, pero Hazel sabía que la idea de deshacerse de aquella vaca no le agradaba en absoluto.

—Si quieres podemos llevarla al mercado —sugirió entonces Tobin, aceptando la decisión de su madre.

Hazel sonrió, satisfecha de que su pequeño entendiera por qué había resuelto vender a *Susie*.

—Iremos ahora mismo.

Se puso de pie y buscó su abrigo y el de Tobin. Salieron de prisa y ni siquiera dejó que él terminara de comerse su trozo de pastel.

Aquella mañana el frío del crudo invierno llegaba a calar hasta los huesos; sin embargo, el mercado estaba repleto. Gente comprando y gente vendiendo. El bullicio de la multitud, que rápidamente comenzaba a apiñarse alrededor de los puestos de venta, se mezclaba con el mugido de las reses y el graznido de los patos y los gansos.

Hazel sostenía la mano de su hijo con fuerza, mientras que Tobin arrastraba a *Susie* detrás de él. La vieja vaca parecía adivinar su destino y apenas avanzaba. Sabían exactamente a qué puesto dirigirse; la señora O'Reilly le había dicho a Hazel que el mejor comprador para su vaca sería el señor Carson, un prominente granjero que tenía fama de ser justo en los negocios.

Hazel por fin divisó el puesto del señor Carson al otro extremo de la calle y apuró el paso cuanto pudo. Afortunadamente no tuvieron que esperar mucho para ser atendidos, y unos minutos más tarde, *Susie* pasó a formar parte del ganado de su nuevo dueño.

Lamentablemente, *Susie* era una vaca vieja y no obtuvieron mucho dinero con la venta; apenas lo suficiente para abastecer la despensa a fin de subsistir unos cuantos días más. Ni siquiera alcanzaría para cubrir la renta de ese mes, y Hazel comenzó realmente a preocuparse. En un par de días recibiría la visita del

señor Pinkerton y todavía no había conseguido el dinero para pagarle.

No quería deshacerse de las pocas joyas que tenía porque todas habían sido regalos de Jeremy, pero temía que no hubiese otra solución. Si al menos el señor Pinkerton le concediera una prórroga…

Tendría que salir a buscar un empleo; no sólo había una renta que pagar cada mes, también era preciso comprar más alimentos y Tobin necesitaba un par de zapatos nuevos. Además, como si fuera poco, estaba el hecho de la deuda que su esposo había contraído con lord Cavanaugh. Era ella quien debía hacerse cargo ahora de devolver ese dinero, y si no conseguía un empleo, sería imposible.

Observó a Tobin, que entonces cargaba una de las bolsas con provisiones que acababan de comprar en la tienda, y oró en silencio para que todo saliera bien.

Daniel Cavanaugh llamó a la puerta y se quedó de pie en la semioscuridad del pasillo, esperando a ser invitado a entrar.

Desde el interior de la habitación, la voz suave y pausada de su hija de ocho años le pidió que por favor pasara.

Daniel entró, y no se asombró al ver a su pequeña Catherine sentada en uno de los sillones, con la mirada perdida en la ventana cerrada.

—Les he dicho cientos de veces a las criadas que abran esas cortinas —comentó, y caminando hacia el ventanal que daba al jardín, descorrió los pesados cortinajes de brocado azul Francia.

Catherine no pronunció palabra y apenas si miró a su padre. Cuando la luz del sol entró en la habitación, iluminando todos los rincones, ella parecía seguir sumida en la oscuridad de su propio mundo.

Daniel tragó saliva mientras se acercaba a su hija y se arrodillaba a su lado.

—¿Cómo estás, Catherine? —Tomó la mano pequeñita de su niña entre las suyas.

Catherine miró a su padre a los ojos, tan azules como los de él.

—Estoy bien, papá.

Le respondía lo mismo cada vez que se lo preguntaba y él sabía que no lo estaba, sabía que desde que su esposa los había abandonado, el corazón de Catherine se había ensombrecido y moría día a día.

Soltó la mano de su hija y apretó con fuerza los puños. Se sentía tan impotente frente aquella situación; amaba a su pequeña y no había nada que él pudiera hacer. Lo había intentado todo para sacarla de aquella soledad que la estaba apagando, pero nada había servido. Tampoco la compañía de sus tías había surtido efecto; era como si Catherine se hubiera apartado del resto del mundo y quisiera permanecer así para siempre.

—Necesitas salir de esta habitación, mi pequeña —dijo a sabiendas que sería inútil cualquier intento de convencerla—. Estás demasiado pálida. ¿Por qué no te abrigas y damos un paseo? Te encantaba pasear conmigo por el jardín.

Catherine no le respondió; simplemente se acurrucó en su sillón y se quedó contemplando los árboles que se mecían a merced del viento a través de la ventana.

Aquella indiferencia sólo lograba acrecentar el dolor que Daniel padecía. Resignado, se puso de pie y salió de la habitación antes de que su hija fuera testigo de las lágrimas que rodaban por sus mejillas.

Cerró la puerta. Se quedó un rato allí, y en el silencio de aquel pasillo en penumbra, lloró por su hija una vez más.

Las manecillas del reloj señalaban las seis y treinta, y con cada segundo que pasaba, Hazel se inquietaba más. Era día veintiocho, y Josiah Pinkerton no tardaría en aparecer ante su puerta para cobrar la renta de ese mes.

Hazel no sabía cómo le diría que no podía pagarle y mucho menos sabía qué haría para pedirle que le diera un poco más de

tiempo. Era Jeremy quien siempre se había encargado, hasta antes de su muerte, de lidiar con aquel sujeto, pero ahora era ella la que debía enfrentarse a él y encima decirle que no tenía el dinero para pagarle.

Echó un vistazo a través de la ventana de la cocina que daba a la calle. Tobin, como casi todas las tardes, se encontraba jugando con sus amigos. Era mejor así; no quería que estuviera presente cuando el señor Pinkerton llegara.

El olor a pan quemado la sacó de sus cavilaciones y maldijo en voz alta cuando comprobó que el pan que había puesto a hornear se había arruinado.

—¡Estupendo!

Arrojó el pan quemado dentro del fregadero y le echó agua para mitigar el humo.

Estaba secándose las manos cuando alguien llamó a la puerta. El corazón le dio un vuelco; se llevó una mano a la garganta y levantó los ojos al cielo.

—¡Dios Santo, haz que este hombre se apiade de mi situación!

Se acomodó el cabello detrás de las orejas y se quitó el mandil antes de abrir la puerta.

Recibió al señor Pinkerton con una sonrisa de oreja a oreja. Odiaba ser amable con aquel sujeto, pero no tenía otro remedio.

—Señora Brown.

Pinkerton tendió la mano y esa vez Hazel se la estrechó. Era pálida y huesuda, y parecía no querer soltarla.

—Pase, señor Pinkerton. ¿Le gustaría una taza de café?

Hazel le indicó que se sentara mientras buscaba la cafetera.

—Se lo agradezco, pero acabo de tomarme dos tazas en casa del señor Robbins —dijo mientras se sentaba, y se sorprendió cuando Hazel se apresuró a tomarle el sombrero.

—Démelo. —La mujer fue hasta el perchero—. ¿Qué tal un poco de pastel de manzanas?

—¡Me encantaría!

El hombre se estiró y la observó detenidamente. Estaba complacido por la amabilidad que Hazel Brown le estaba demostrando.

Hazel le dio el pastel y sirvió un trozo también para ella, sólo para acompañarlo.

—¿Cómo está, señora Brown? Hazel sonrió, nerviosa.

—Bien, señor Pinkerton.

—Habíamos acordado que me llamaría Josiah —le recordó mientras probaba el pastel de manzanas—. ¡Delicioso! Se ve que tiene muy buena mano para la cocina.

Hazel agradeció el cumplido y se sentó frente a él. Sus manos temblorosas jugaban con la falda del vestido.

—Josiah…, hay algo que debe saber. —Hizo una pausa, la necesaria para reunir el coraje de decir lo que tenía que decir—. No he podido conseguir el dinero para pagar la renta de este mes, pero si usted me da unos días le prometo que…

Josiah Pinkerton alzó una mano y la instó a que se detuviera.

—No se preocupe, Hazel.

Era la primera vez que aquel sujeto la llamaba por su nombre de pila y no le gustaba; tampoco le agradó la sonrisa que se dibujó en su rostro después de oír que ella no podía pagarle.

—Sólo le pido algunos días.

Josiah Pinkerton dejó su porción de pastel de manzanas a medio comer sobre la mesa y se levantó.

Hazel se puso más nerviosa todavía cuando él comenzó a caminar por la cocina. Su corazón se detuvo en el mismo instante en que el señor Pinkerton se situó detrás de ella y le puso una mano en el hombro.

—Estoy seguro de que podemos llegar a un acuerdo, Hazel.

La mano esquelética de Josiah Pinkerton se movió hacia arriba y acarició el cuello de Hazel.

De un salto, Hazel abandonó la silla, que cayó al suelo. Corrió hacia la puerta, pero él la alcanzó y la atrapó por la cintura. Hazel

podía sentir su aliento hediondo contra su cuello y tuvo unas ganas enormes de vomitar. Intentó zafarse, pero aquel hombre era más alto que ella, y a pesar de ser extremadamente delgado, la sujetaba con fuerza. Sus manos se aferraban a su cintura y Hazel comenzó a golpearlo para que la soltara. Pero no logró su objetivo, y Josiah Pinkerton se estaba saliendo con la suya.

Hazel utilizó sus piernas para patalear; sin embargo, con un movimiento rápido, él consiguió dominarla y la arrojó al piso. Sintió el cuerpo del hombre pegado al suyo, y cuando buscó sus labios, ella le escupió a rostro.

Josiah Pinkerton soltó una carcajada, sacó la lengua y lamió la saliva.

—¡Mmm…, deliciosa!

Sus ojos desencajados se clavaron en la boca de Hazel y ella intentó golpearlo entre las piernas, pero su cuerpo la aprisionaba y apenas le dejaba espacio suficiente para moverse y luchar.

—¡Suélteme, maldito cerdo!

Él la besó a la fuerza, y Hazel le mordió el labio inferior. Entonces, Josiah se enfureció y le cruzó el rostro de una bofetada.

—¡Vas a pagarme tu deuda ahora, querida! —le dijo, metiendo una mano debajo de su falda.

Hazel se retorció cuando sintió los dedos de aquel hombre hurgando entre su ropa interior.

No iba a permitir que aquello le sucediera. Aún tenía un arma en contra de él. Gritaría tan fuerte que alguien vendría en su ayuda. Debía intentarlo, aunque le quedaran pocas fuerzas para hacerlo.

Él pareció leer su pensamiento y, con la otra mano, le cubrió la boca. Sus rodillas la tenían sujeta al suelo por la falda de su vestido.

—¡No vas a gritar, cariño! —le advirtió—. ¿O acaso quieres que el pequeño Tobin venga y te encuentre así, ofreciéndome el cuerpo para saldar tu deuda?

Los ojos de Hazel se abrieron como platos. Aquel hombre estaba completamente loco y ella se encontraba a su merced. La sola

mención del nombre de su hijo la dejó paralizada. Tobin no podía presenciar aquella atrocidad.

Cerró los ojos y comenzó a rezar. Apretó los dientes cuando los labios asquerosamente húmedos de aquel hombre le besaron el cuello.

Entonces, como una respuesta a sus súplicas, alguien llamó a la puerta.

Hazel abrió los ojos y observó el desconcierto en el rostro enrojecido de Josiah Pinkerton.

—Hazel, ¿está ahí? Soy Daniel Cavanaugh.

Hazel no podía gritar. La mano sudorosa de su agresor le continuaba apretando la boca. Se retorció nuevamente debajo de él, y con la punta del pie, alcanzó a golpear la pata de una de las sillas y la volteó al suelo.

Josiah Pinkerton la miró con rabia, y Hazel temió lo peor. Esperaba que el estruendo de la silla golpeando contra el piso hubiese sido lo suficientemente alto como para que lord Cavanaugh lo hubiera oído.

—Hazel, ¿está usted ahí? ¿Sucede algo?

Ella seguía moviéndose; no podía zafarse, pero tampoco se quedaría quieta.

Entonces, la puerta se abrió de par en par, y Daniel Cavanaugh irrumpió en la casa con vehemencia. En un segundo, Hazel quedó por fin liberada de las garras de aquel cerdo.

Le era imposible moverse. Seguía inmóvil en su sitio mientras observaba cómo lord Cavanaugh golpeaba a Josiah Pinkerton con una furia desenfrenada, hasta dejarlo inconsciente.

—¡Maldito desgraciado! —Lo insultaba Cavanaugh, pero Josiah había perdido la conciencia y no podía oírlo.

Arrojó su cuerpo laxo en un rincón de la sala y dirigió entonces su atención a Hazel. Se acercó y se arrodilló junto a ella. Quiso ayudarla a que se levantara, pero cuando él le tocó el brazo la mujer se apartó.

—Ya ha pasado, Hazel —dijo. Quería abrazarla y rodear su cuerpo tembloroso hasta que se calmara y olvidara lo sucedido.

Ella comenzó a llorar, y cuando Tobin entró al lugar y se aferró a su regazo, Hazel lo abrazó con fuerza.

Daniel Cavanaugh se puso de pie y los observó mientras ellos se mecían uno en brazos del otro. Echó un rápido vistazo al hombre que había estado a punto de ultrajar a Hazel y comprobó que aún seguía sin reaccionar.

—Voy a buscar al comisario. Este hombre tiene que estar entre rejas.

Se acomodó las ropas y notó que la sangre que manaba de la boca del tal Pinkerton había manchado la solapa de su traje.

—¡No! —le pidió Hazel con un grito.

—Pero…

—Sólo…, sólo lléveselo de aquí.

Hazel acarició la cabellera castaña de su hijo; sus ojos verdes estaban suplicándole que no le hiciera pasar por semejante humillación.

—Está bien; haré lo que usted quiera.

Tomó a Josiah Pinkerton por los hombros y lo levantó del suelo en un santiamén. El herido murmuró un par de palabras ininteligibles mientras Daniel lo sacaba a rastras de la casa de Hazel.

Minutos después, cuando él regresó, Hazel y Tobin aún seguían en el suelo, abrazados.

Se quedó en completo silencio observando la escena entre madre e hijo. Temía que cualquier palabra que él pudiera decir rompiera ese momento de unión entre ellos. Pudo notar que a pesar de que Hazel se había calmado un poco todavía continuaba temblando; su pequeño cuerpo daba espasmos mientras se aferraba a la espalda de Tobin.

Daniel no podía permitir que una situación semejante se volviera a repetir, sobre todo con ese sujeto suelto. No dudaba de que sería capaz de intentar abusar nuevamente de Hazel en la primera

oportunidad que se le presentara. Debía evitar a toda costa que aquella horrible escena que le había tocado presenciar se repitiese.

Se acercó hasta Hazel y le tendió la mano.

Ella lo observó. Tenía los ojos enrojecidos de tanto llorar, pero estaba tan débil que aceptó su ayuda para ponerse de pie. Tobin se apoyó contra ella y la sujetó de la cintura mientras Daniel la conducía hasta la mesa. Levantó la silla del suelo e hizo que se sentara.

Tenía que hablar con aquella mujer y debía hacerlo sin que el niño estuviera presente.

—Tobin, ¿te molestaría dejarme a solas con tu mamá un momento?

El niño lo miró primero con desconfianza; por nada del mundo quería apartarse de su madre otra vez.

—Tobin, ve a tu cuarto, cariño —intervino Hazel.

Pero Tobin no se movió ni un centímetro del lado de su madre.

—Por favor, Tobin —le pidió amablemente Daniel Cavanaugh—. Te prometo que tu madre estará bien.

Tobin se soltó lentamente de la cintura de Hazel y se quedó mirando al hombre que minutos antes había salvado a su madre.

—Mamá, no quiero dejarte sola —le espetó con la intención de quedarse.

—Ve, Tobin; voy a estar bien.

Hazel le dio unas palmaditas en el trasero y, como pudo, le sonrió.

Tobin la obedeció, pero no despegó los ojos de Daniel Cavanaugh hasta que hubo desaparecido detrás de la puerta de su cuarto, que dejó entreabierta.

Hazel apoyó los brazos en la mesa. Le dolían las articulaciones debido a la fuerza que había tenido que ejercer en su intento de liberarse de las garras de Josiah Pinkerton, pero lo que más la angustiaba era la sensación que poblaba cada centímetro de su

cuerpo. Le parecía sentir todavía las manos asquerosas de ese hombre recorriéndola de arriba abajo.

—¿Está bien? ¿No quiere que llame a un doctor? —preguntó Daniel, preocupado.

Hazel sacudió la cabeza.

—¡No, no quiero que nadie sepa lo que me ha pasado! —contestó sin siquiera mirarlo a los ojos; se sentía sucia y humillada.

Daniel hubiera querido tomarla de las manos y haberle dicho que lamentaba mucho por lo que había tenido que pasar, pero no lo hizo.

—No se preocupe; nadie lo sabrá. —Al menos, podía hacerle esa promesa. Hazel, entonces, alzó la vista y lo miró.

—Gracias. Si usted no hubiera llegado…

Se cubrió los ojos; la verdad era que deseaba desaparecer y esconderse del mundo. No quería que ese hombre la mirara de esa manera, como si sintiera pena por ella.

—Me alegra haber llegado a tiempo —respondió, cambiando el tono de su voz—. Creo que mi visita ha sido muy conveniente.

Hazel asintió, y entonces un pensamiento terrible cruzó por su mente. La visita de Daniel Cavanaugh sólo podía significar una cosa: aquel hombre venía a buscar su dinero.

—Lord Cavanaugh, si usted ha regresado con la intención de que le devuelva el dinero que le prestó a mi esposo…

Daniel la interrumpió de inmediato.

—No, no he venido a eso —explicó con voz pausada—. He venido a buscarla a usted y a su hijo; ya no pueden vivir aquí los dos solos. Creo que lo que acaba de suceder es suficiente motivo para que deje de lado su orgullo y acepte la ayuda que le ofrezco.

Hazel tragó saliva. Aunque le costara mucho reconocerlo, aquel hombre tenía razón. No disponía de dinero para pagar la renta, se estaban quedando sin provisiones y empezaba a dudar de que alguien le diera empleo algún día. El solo hecho de ser mujer y cargar además con un hijo pequeño eran obstáculos insalvables.

—Supongo que estoy obligada a decir que sí —dijo por fin, mirándolo directamente a los ojos.

—Creo que no tiene otra opción, Hazel. Es lo mejor para ambos, y además es la última voluntad de su esposo. También estoy seguro de que a mi pequeña Catherine le hará bien la compañía de Tobin —alegó.

Hazel intentó aparentar serenidad, pero interiormente, el temor a la nueva vida que les esperaba a ella y a Tobin la inquietaba muchísimo.

—¿Cuántos años tiene su hija, lord Cavanaugh? —preguntó Tobin, que apareció en la sala después de haber oído la conversación.

Lord Cavanaugh se puso de pie.

—Catherine tiene ocho años, Tobin. —Sonrió—. Creo que podréis ser muy buenos amigos.

—Tobin tiene seis —dijo Hazel, yendo al encuentro de su hijo—. No creo que dos años de diferencia sean un problema, ¿verdad, Tobin?

El niño negó, sacudiendo enérgicamente la cabeza.

—Por supuesto que no, mamá —respondió de forma respetuosa. Hazel se sorprendió con su reacción.

Tobin se acercó entonces a lord Cavanaugh y le sonrió tímidamente.

—¿Usted era amigo de mi padre, verdad?

—Así es, Tobin. —Lanzó una mirada fugaz a Hazel—. Tu padre era un hombre bueno y me siento honrado de que me eligiera para protegeros a ti y a tu madre.

Hazel respiró hondo al escuchar aquellas palabras. Si todo fuera tan sencillo como parecía ser… Para Tobin toda aquella situación era como una especie de aventura, pero ella necesitaba algo completamente diferente. Hazel no estaba del todo convencida de que la última voluntad de su esposo fuera lo mejor para Tobin y para ella, pero como lord Daniel Cavanaugh había dicho, no tenía otra opción.

—Bueno, será mejor que me marche. —Daniel Cavanaugh removió los rizos castaños de Tobin con un movimiento suave—.

Catherine está esperándome.

Hazel asintió en silencio.

—Mañana por la mañana enviaré a mi cochero para que los recoja —anunció mientras se subía el cuello del abrigo—. ¿Le parece bien, Hazel?

—Como usted quiera, lord Cavanaugh.

—Por favor, llámeme Daniel —le pidió.

Hazel agachó la mirada y el rubor en las mejillas delató su timidez.

Daniel Cavanaugh no pudo evitar sonreír ante su actitud; se sonrojaba igual que una niña. Estrechó su mano con fuerza.

—Los veré mañana —dijo antes de marcharse.

—Estaremos aquí…, Daniel —respondió Hazel, llamándolo por primera vez por su nombre mientras él cerraba la puerta.

Hazel y Tobin corrieron hacia la ventana y lo observaron hasta que él desapareció en el interior del elegante carruaje.

—Parece un buen hombre. ¿Tú qué piensas, mamá?

Hazel estaba meditabunda, por eso tardó unos cuantos segundos en responder.

—No lo sé, Tobin; no lo sé. —Fue lo único que pudo decir.

A medida que el carruaje se acercaba a su destino, la inquietud crecía dentro del pecho de Hazel. Cada tanto echaba un vistazo a Tobin, quien, recostado a su lado, observaba entretenido el paisaje desconocido de Newcastle-upon-Tyne. Sunderland había quedado ya a sus espaldas y lo que les esperaba era al mismo tiempo incierto y atemorizante.

—¡Mamá, mira! —exclamó de repente, pegando un salto.

Hazel se inclinó hacia delante y entonces alcanzó a distinguir, al final del puente de piedra que estaban atravesando, la majestuosidad de Blackwood Manor.

—¡Es enorme!

Tobin estaba muy animado, y Hazel deseaba contagiarse de su entusiasmo.

—Así es, Tobin —dijo, y acarició la mejilla encendida de su hijo.

Cuando por fin el carruaje se detuvo, Hazel tuvo la sensación de que su corazón también se detendría de un momento a otro.

El niño se bajó a toda prisa y se quitó la gorra de lana azul para poder ver mejor. La mansión tenía tres plantas y tantas ventanas que Tobin tuvo que contarlas con los dedos y aun así no le alcanzaron para numerarlas de una sola vez.

La puerta principal se abrió, y una anciana regordeta y de aspecto bonachón se presentó ante ellos.

—Bienvenidos a Blackwood Manor —saludó, sin dejar de observar a los huéspedes con atención—. Mi nombre es Agatha y soy el ama de llaves —agregó, dirigiéndose a Hazel.

—Soy Hazel Brown y éste es mi hijo Tobin.

—Sí, sí, lo sé. Lord Cavanaugh nos ha dicho que vendríais y que todo debía estar preparado para vuestra llegada —se apresuró a decir mientras los conducía hacia el interior de la mansión—. Rupert, lleva las maletas de la señora a la casa.

—Sí, señora Agatha. Ahora mismo.

Estaban a punto de entrar cuando una mujer elegantemente vestida les salió al paso.

—Agatha, será mejor que guíes a los recién llegados para que entren por la puerta de atrás —indicó con tono altanero.

El ama de llaves se quedó parada allí, acompañada por Hazel y el pequeño Tobin, que continuaba observándolo todo con curiosidad.

—Señorita Rachel, no creo que lord Cavanaugh esté de acuerdo…

—Tú no te preocupes por eso —dijo, contemplando detenidamente a Hazel—. Daniel lo entenderá. Además vienen aquí a trabajar y no es apropiado que entren por la puerta principal.

—Pero… —protestó Agatha; sin embargo, la mirada amenazante que Rachel le lanzó fue más fuerte que su débil protesta.

—Señora Agatha, no se preocupe por nosotros —dijo Hazel, interviniendo en la conversación por primera vez.

Agatha la miró comprensivamente, y después de unos segundos sin saber qué hacer, guió a Hazel y a Tobin hacia la puerta trasera de la mansión.

Entraron en la cocina, tan inmensa como el resto de la casa. Había dos muchachas pelando patatas y un hombre cuarentón dando lustre a un par de zapatos.

Todos interrumpieron sus tareas para prestar atención a los recién llegados.

—¡Esa señorita Rachel se cree ama y señora de esta casa! —rezongó Agatha nada más poner el pie en la cocina.

—¿Qué ha sucedido esta vez, vieja gruñona? —preguntó el único hombre, con una sonrisa divertida—. ¿Por qué mejor no dejas de refunfuñar y nos presentas a tus amigos?

—Bien, ellos son Hazel Brown y su hijo Tobin. —Los empujó al centro de la cocina—. Hazel, Tobin; ellos son Theresa, la cocinera, Rose, la criada, y Albert, el mayordomo más engreído que os podáis imaginar. Falta Leonard, el jardinero, a quien conoceréis más tarde seguramente, y Rupert, el cochero, a quien ya habéis conocido.

Hazel y Tobin rieron ante el comentario de Agatha sobre el mayordomo y saludaron a todos cordialmente.

—¿Tú eres la nueva institutriz de la pequeña Catherine, verdad? —preguntó Albert con curiosidad.

—No, exactamente. Lord Cavanaugh nos ha traído aquí para que hagamos compañía a su hija.

—Comprendo —respondió, algo meditabundo.

—Venid conmigo; os mostraré vuestras habitaciones.

Cuando Hazel y Tobin abandonaron la cocina acompañados del ama de llaves, los demás se miraron entre sí.

—¿Qué opináis? —Quiso saber Theresa mientras echaba las patatas al fuego.

—Demasiado joven y demasiado bonita —comentó Albert, siguiendo con su labor de dar brillo a los zapatos de su señor.

—Sé muy bien que alguien en esta casa se pondrá furiosa por eso —vaticinó Rose.

—¡La señorita Rachel! —respondieron al unísono los otros dos, sabiendo exactamente lo que Rose quería decir.

Daniel se encontraba en la biblioteca atizando el fuego de la chimenea cuando Rachel entró.

—Rachel, ¿cómo estás? —le preguntó mientras se volvía a sentar en el sofá para retomar la lectura de su libro.

Ella se acercó y se sentó frente a él.

—Daniel, creo que tenemos que hablar —dijo, y adoptó una expresión seria.

—¿De qué se trata?

Lord Cavanaugh dejó el libro por un instante.

—De esa mujer que has traído a casa… Creo que no ha sido una buena idea que lo hayas hecho. —Se atrevió a decir Rachel.

Daniel cerró entonces el libro, lo colocó sobre la mesa y miró fijamente a su cuñada.

—Rachel…, esa mujer que tú dices se llama Hazel y está aquí para hacerle compañía a Catherine. —No era necesario contarle la verdad.

Rachel se sorprendió por la familiaridad con la que hablaba de la mujer.

—Lo sé, pero…

—Rachel, sabes que jamás permito que nadie cuestione mis decisiones —dijo, tajante.

Ella agachó la mirada. Nunca antes se había atrevido a hablarle de esa manera.

—Si Eleanore estuviera aquí… —comenzó a decir. Daniel se levantó de su asiento, furioso.

—¡No metas a Eleanore en esta conversación! —Caminó hacia la ventana—. Ella ya no está aquí para decir lo que piensa.

—Has cambiado, Daniel; ya no eres el mismo.

Daniel se dio media vuelta y la miró fijamente a los ojos.

—Catherine tampoco es la misma desde aquella noche.

3

NEWCASTLE-UPON-TYNE

Les habían asignado a Hazel y a Tobin dos habitaciones contiguas ubicadas en el primer piso; una puerta interior comunicaba ambas habitaciones, y Hazel agradeció el hecho de que Tobin estuviera cerca de ella.

Se sentó en la cama, que era enorme, con cuatro postes que llegaban casi hasta el techo, de donde colgaba una cortina de tul azulada. La habitación entera era lujosa, con tapizados de estilos geométricos y muebles que debían datar del siglo anterior por lo menos.

Hazel estaba sacando sus pertenencias mientras Tobin hacía lo mismo en la habitación contigua cuando alguien llamó a la puerta.

—Adelante —dijo, poniéndose de pie.

Rose, la criada que unos minutos antes Agatha les había presentado en la cocina, entró cargando una vasija de agua caliente.

—Creí que le gustaría darse un baño antes del almuerzo.

Hazel siguió a la joven con la mirada mientras echaba el agua en la bañera que había en un rincón de la habitación, oculta detrás de unos cortinajes.

—Gracias, Rose.

La muchacha se volvió y le sonrió.

—Estoy para servirla, señora Brown.

—Por favor, llámame Hazel. Después de todo, tenemos casi la misma edad. El rostro delgado y pecoso de la criada se iluminó.

—Está bien, Hazel. —Dejó la vasija vacía en el suelo—. Ahí tiene unas toallas secas y jabón de almendras; espero que sea de su agrado.

Hazel le sonrió.

—Está muy bien, Rose; no te preocupes.

—Cualquier cosa que necesite, sólo tiene que pedírmela.

—Me gustaría, si es posible, que te quedaras con Tobin mientras yo me doy mi baño.

—No hay problema. Creo que Agatha se las puede arreglar sin mí durante un rato —dijo, dirigiéndose hacia la habitación de Tobin.

Cuando por fin se quedó sola, Hazel se quitó el vestido negro con calma; luego fue el turno de la enagua, y por último, los calzones.

Desde el incidente con Josiah Pinkerton no había querido mirarse a sí misma desnuda y ahora descubría, horrorizada, que parte de su cuerpo estaba cubierto de cardenales.

De repente, comenzó a temblar y temía que si cerraba los ojos las imágenes de aquel hombre tocándola y besándola volvieran para atormentarla. Se metió dentro de la bañera y se recostó con cuidado, hasta que el agua tibia la envolvió lentamente. Tomó la esponja y el jabón de almendras, y comenzó a refregar su cuerpo con fuerza. Necesitaba imperiosamente quitarse los vestigios que Josiah Pinkerton había dejado en su piel; detestaba sentirse tan sucia. Frotó sus piernas y su vientre hasta dejarlos colorados, pero no conseguía deshacerse de aquella sensación nauseabunda.

Se echó a llorar mientras con sus manos continuaba castigándose. Cuando la piel sensible de la parte interna de los muslos comenzó a sangrar se detuvo. Durante unos minutos se quedó inmóvil, apretando la esponja con fuerza en su mano.

Sabía que no estaba actuando razonablemente, pero no podía evitarlo; quería borrar las huellas que ese hombre había grabado en

su cuerpo.

El bullicio de risas en la habitación de Tobin la devolvió de golpe a la realidad.

Debía reaccionar y tenía que hacerlo ya.

Por su hijo debía ser fuerte y salir adelante; olvidarse de lo sucedido para que el propio Tobin también lo olvidara.

Se levantó con cuidado porque le dolían mucho las piernas. Se sentó en el borde de la bañera y comenzó a secarse. Esa vez se frotó el cuerpo con movimientos suaves, para atenuar el dolor.

Su corazón se hinchó de alegría al oír la voz de su hijo. Rose estaba con él y pudo escuchar que mencionaban algo de un caballo y de las ganas que tenía Tobin de aprender a montar.

Esa era una de las tantas cosas que Jeremy había dejado pendiente. Le había prometido a Tobin que el próximo verano le enseñaría a montar en su propio caballo, pero ésa era una de las muchas promesas que habían quedado suspendidas en el aire.

Aunque parecía que Tobin se había resignado, mientras le oía hablar del tema, Hazel comprendió que su hijo aún mantenía viva la ilusión de aprender a montar algún día.

Se vistió de prisa con otro vestido negro, debido al luto que aún guardaba por Jeremy, y se dirigió a la habitación de Tobin. Encontró a su hijo de pie, junto a la ventana, contemplando embelesado el paisaje que rodeaba Blackwood Manor mientras Rose sacaba su ropa de la maleta y la guardaba dentro de la cómoda.

—Parece que os estáis divirtiendo —dijo Hazel, uniéndose a Tobin.

Corrió un poco las cortinas y de inmediato comprendió por qué Tobin estaba con la boca abierta. La mansión estaba rodeada por un bosque que se perdía más allá del alcance de la vista, y en la parte trasera, había un inmenso jardín de estilo francés, con laberintos, senderos y hasta un pequeño estanque. Había mucha variedad de flores, desde lilas y orquídeas hasta altísimos rosales con rosas de

todos los colores. Justo en el centro del inmenso jardín se alzaba una pérgola cubierta de jazmines.

—¡Es precioso! —exclamó Hazel, tan embobada como su hijo.

—Si lo desea, por la tarde puede bajar al jardín y recorrerlo de cerca. Cuando el sol comienza a calentar no hace tanto frío. —Le sugirió Rose mientras concluía con la ropa de Tobin.

—Me encantaría.

—Bueno, ya he terminado de guardar la ropa del pequeño Tobin. Si no me necesita, me voy a la cocina; seguramente Theresa me está buscando como una loca para que la ayude a preparar el almuerzo.

Hazel dejó de contemplar la belleza del jardín por un instante y se acercó a Rose.

—Gracias de nuevo, Rose.

—De nada, señora. Hazel frunció el ceño.

—¡Perdón…, Hazel!

—¡Así está mejor!

Despidió a la criada y volvió junto a Tobin para contemplar la inmensidad de aquel jardín que ansiaba recorrer lo antes posible.

Lord Cavanaugh irrumpió en el comedor, en donde sólo Rachel estaba sentada a la mesa.

—¿Hazel y el pequeño Tobin no han bajado aún? —preguntó mientras ocupaba la cabecera.

Rachel dejó caer la taza de café sobre el plato de porcelana china y lo miró fijamente.

—Daniel, ¿no pretenderás que esa mujer y ese niño se sienten en la misma mesa en la que tú y yo…? —comenzó a decir, evidentemente molesta.

Daniel le lanzó una mirada fulminante y no pronunció palabra alguna. Luego, se puso de pie y se marchó. Aquélla era una actitud muy típica de él últimamente, pero a Rachel le costaba acostumbrase a sus repentinos cambios de humor.

Sabía a la perfección hacia dónde se dirigía, y eso la enfurecía.

Lord Cavanaugh entró de forma impetuosa en la cocina, y todos dejaron de hablar de inmediato.

—Agatha, creí que usted me había entendido perfectamente cuando le dije que Hazel almorzaría en el comedor conmigo —dijo con seriedad.

Agatha se puso de pie de un salto; le era imposible ocultar su nerviosismo.

—Lord Cavanaugh, jamás desobedecería una orden suya.

—Sin embargo, lo ha hecho.

—Agatha no le ha desobedecido —intervino Hazel—. Fue mía la decisión de quedarme aquí.

La fuerza de sus palabras le probó una vez más que no se había equivocado al llevar a Hazel a su casa. Esa mujer en apariencia frágil tenía su carácter, e indudablemente eso sería primordial para acercarse a Catherine. Los mimos y cuidados de Rachel y de su hermana Maddie no habían funcionado. Él mantuvo la compostura; no iba a discutir delante de la servidumbre.

—Hazel, Tobin, sería un placer si almorzárais conmigo.

Tobin tironeó el vestido de su madre.

—Mamá, a mí me gustaría almorzar en el comedor.

El niño insistió tanto que Hazel no tuvo el coraje de decirle que no.

—Está bien, Tobin.

—¿Nos vamos? —Daniel les sonrió.

Abandonaron la cocina mientras los criados comenzaron a murmurar.

—¡Me muero por ver la expresión en la cara de la señorita Rachel! ¡Estoy segura de que la comida se le quedará atorada en la garganta, cuando vea a Hazel aparecer en el comedor! —dijo Rose, lanzando una carcajada.

—¡Rose, ése ha sido un comentario muy malicioso! —la reprendió Agatha, y todos se echaron a reír.

—¿De qué os estáis riendo?

Leonard entró en la cocina cargando un par de macetas con unos injertos que acababa de hacer.

Rose lo miró sin dejar de reírse.

—Nos estábamos riendo de lo mal que lo va a pasar la señorita Rachel a partir de ahora.

Leonard dejó las macetas en el suelo y se acercó al fregadero.

—¿Y eso? —preguntó mientras metía las manos debajo del chorro de agua fría.

—Lord Cavanaugh ha traído a una mujer y a su hijo a vivir en la mansión, para que hagan compañía a la señorita Catherine —explicó Agatha.

—Una mujer joven y bonita —añadió Albert, delineando con las manos una silueta femenina.

Leonard no dijo nada, pero no podía negar que lo que acababa de saber lo desconcertaba mucho; después de todo, parecía que Lord Cavanaugh no se había acercado a una mujer desde lo que había sucedido con su esposa.

—¿No dices nada? —Albert alzó las cejas.

Leonard se secó las manos y se recostó contra el fregadero.

—¿Y dónde está esa mujer joven y bonita, que no la veo por ninguna parte? —preguntó, mirando a su alrededor.

—El mismísimo lord Cavanaugh se la acaba de llevar al comedor, para que almuerce con él y con la señorita Rachel —respondió Rose —. Si hubieras llegado unos segundos antes la habrías conocido.

—Ya tendré la oportunidad, Rose —aseguró, quedándose perdido en sus propios pensamientos por unos segundos.

Daniel Cavanaugh entró en el salón comedor a pasos firmes; detrás, Hazel y Tobin lo seguían tímidamente. Hazel no estaba muy convencida de que almorzar en la misma mesa que el señor de la casa fuera lo más apropiado, y cuando se enfrentó a la mirada reprobatoria de Rachel supo que estaba cometiendo un gran error y que terminaría por pagarlo de alguna manera.

Daniel también notó de inmediato la soberbia con que su cuñada observaba a Hazel y a Tobin mientras se sentaban a la mesa.

—Tengo entendido que ya os conocéis —comentó Daniel para romper el tenso silencio que se había creado en el ambiente.

Hazel no quería decir nada al respecto, y por eso dejó que fuera Rachel la que respondiese a aquella pregunta.

—Así es, Daniel. Yo salía esta mañana cuando Agatha me los ha presentado.

A Hazel no le sorprendió que no mencionara el hecho de que los había hecho entrar por la puerta de la cocina.

—Como ya te he dicho, Rachel, Hazel está aquí para hacerle compañía a Catherine, al igual que el pequeño Tobin —explicó mientras sonreía al niño, que continuaba observando atentamente el plato de comida que aún no se había animado a tocar.

Rachel lanzó un rápido vistazo a Tobin y luego sus ojos color café se posaron en Hazel.

—Estoy segura de que Catherine no estará muy contenta de que hayas traído a una extraña a la casa para que le haga compañía…

Daniel apretó la servilleta con fuerza y clavó sus ojos azules en el rostro de su cuñada.

—El padre de Catherine soy yo, por lo tanto soy quien decide qué es lo mejor para mi hija —respondió, tajante.

Rachel acomodó los cubiertos al lado del plato y se puso de pie. No iba a permitir que Daniel la humillara, y mucho menos que lo hiciera delante de aquellos extraños.

—Disculpadme, pero tengo que retirarme.

La mujer salió del salón comedor a toda prisa, buscando escapar de aquella situación tan degradante.

Daniel, entonces, miró a Hazel.

—Disculpe a mi cuñada, Hazel —dijo, avergonzado por tener que pedirle excusas por la actitud descortés de Rachel.

—No se preocupe, Daniel. Entiendo que no debe ser nada fácil para ella aceptar que dos completos extraños vengan a vivir a su casa e invadan su espacio.

En realidad, Hazel tenía unas ganas enormes de levantarse de la mesa, tomar a Tobin de la mano y salir corriendo de aquella casa, pues de algún modo presentía que no iba a ser muy bien tratada.

—Será diferente con Maddie —dijo él, esbozando una sonrisa.

—¿Maddie?

—Sí. Maddie es mi hermana y créame que no se parece en nada a mi cuñada. Estoy convencido de que las dos llegarán a entenderse muy bien.

—¿Por qué no está almorzando con nosotros? —preguntó Hazel, intrigada.

—Porque no se encuentra en Blackwood Manor. Ha ido de viaje a Seaton y regresa esta tarde —le explicó sin dejar de mirarla fijamente a los ojos.

Hazel esbozó una tenue sonrisa y desvió la mirada hacia su hijo, que ya había comenzado a comer y parecía estar disfrutando a lo grande de su filete de carne asada con patatas.

Sin embargo, a Hazel se le había cerrado el estómago y apenas había probado bocado.

—¿No le gusta la comida? —preguntó Daniel, frunciendo el ceño.

—No, no es eso —se apresuró a responder—. Es sólo que no tengo mucho apetito.

Daniel no dijo más nada. Después de todo lo que había tenido que pasar, no le extrañaba que hubiese perdido las ganas de comer. La observó con más detenimiento mientras ella estaba entretenida hablando con su hijo y notó la palidez de su rostro y las leves ojeras debajo de sus ojos verdes; aun así, era muy bonita. Tenía el cabello dorado y lo llevaba recogido en un rodete, y unos pendientes de perlas adornaban sus orejas; sus manos eran pequeñas y todavía lucía la sortija de matrimonio en el dedo.

En ese momento, Hazel sonrió a causa de algo que había dicho Tobin, y Daniel descubrió que aquella mujer era dueña de una sonrisa encantadora y que sería agradable verla sonreír más a menudo.

Estaba tan concentrado observándola que ni siquiera oyó la pregunta que Tobin le hizo.

—¿Lord Cavanaugh? —Tobin levantó un poco la voz para que él pudiera oírlo por fin.

Daniel apartó los ojos de Hazel y observó a Tobin.

—Perdón, Tobin, no estaba prestándote atención.

—Mi hijo le preguntaba si posee usted algún caballo —intervino Hazel, un tanto nerviosa por haber sido el objeto de observación de aquel hombre.

—Hay unos cuantos en las caballerizas, Tobin.

La carita del pequeño se iluminó.

—Si quieres, mañana le dices a Percey, el mozo de cuadra, que te lleve a verlos.

De inmediato, Tobin miró a su madre con ojos suplicantes.

—Puedes ir, pero sólo si me prometes que no intentarás montarte en un caballo.

—¿No sabes cabalgar, Tobin?

Los ojos verdes de Tobin se ensombrecieron.

—Jeremy le había prometido que le enseñaría a montar el próximo verano —dijo Hazel, tomando la mano de su hijo.

—Pues en las caballerizas hay varios ejemplares mansos; estoy seguro de que alguno de ellos podrá servir para que Percey te enseñe a montar.

Tobin se puso de pie de un salto y corrió hacia el lugar que ocupaba Daniel y lo abrazó.

—¡Gracias, lord Cavanaugh!

Daniel se vio sorprendido por la actitud de Tobin y ni siquiera supo cómo reaccionar ante su efusividad. Entonces, Hazel se puso de pie también y apartó a Tobin de sus brazos.

—Tobin, no molestes a lord Cavanaugh. —Hazel notó que él estaba un poco incómodo.

Daniel le sonrió y le dio una palmadita en el hombro a Tobin.

—De nada, muchacho.

Hazel sonrió con nerviosismo; el pequeño Tobin parecía haber cruzado una barrera al arrojarse a los brazos de Daniel Cavanaugh; sin embargo, ella sabía que la conducta de su hijo no le había agradado demasiado.

—Daniel, si lo permite, quisiéramos retirarnos.

Lord Cavanaugh observó el plato casi vacío de Tobin y el plato todavía lleno de Hazel, pero sabía que no podía impedirles que se fueran, y mucho menos obligar a Hazel a que comiera.

—Pueden retirarse.

Hazel y Tobin abandonaron el salón comedor bajo la atenta mirada de Daniel Cavanaugh, que no apartó la vista ni un segundo de Hazel, hasta que la vio desaparecer por la puerta que conducía a la cocina.

Esa misma tarde y después de que había convencido a Tobin de que durmiera una siesta, Hazel decidió dar un paseo por el jardín. Le había costado que su hijo aceptara dormirse; estaba tan entusiasmado con la idea de aprender a montar que no hablaba de otra cosa. Finalmente, había logrado que lo hiciera, pero sabía que en cuanto se despertara volvería a insistir en el asunto y que no podría esperar hasta el día siguiente para visitar las caballerizas.

Se puso un abrigo de lana encima del vestido y salió. No había señales de Daniel Cavanaugh ni de su cuñada, y suspiró aliviada cuando cruzó el umbral de la puerta.

Se levantó el cuello del abrigo porque soplaba una brisa helada. No le importó el frío; no había salido de la casa desde que había llegado esa mañana y necesitaba respirar aire puro. Caminó por el sendero que daba a la parte lateral de la mansión y rápidamente se adentró en el jardín. Un sendero de setos rodeaba una mata espesa de campanillas de invierno y su aroma impregnaba el aire frío de aquella tarde.

Hazel se dirigió hacia la pérgola totalmente cubierta por jazmines y glicinas color malva, y subió los tres escalones lentamente. Había

un banco de hierro forjado pintado de blanco, y unas enormes macetas llenas de crisantemos amarillos descansaban a ambos lados.

Ya se podía percibir en el aire la presencia de la primavera, que comenzaría en tan sólo unos días.

Se sentó en el banco, estiró las piernas y respiró hondo. Cerró los ojos; por primera vez desde que había llegado a Blackwood Manor, se sentía completamente relajada. Aquel lugar parecía tener una especie de magia que lograba tranquilizarla y transmitirle una paz inexplicable.

De repente, esa paz se vio perturbada por el sonido de unos pasos que se acercaban.

Un hombre joven, que cargaba una pala sobre el hombro derecho, subió los tres escalones de la pérgola.

—Tú debes ser Hazel, la mujer que lord Cavanaugh hizo venir esta mañana —dijo el hombre, mirándola fijamente.

Hazel tragó saliva y por un instante no supo qué decir.

—Yo soy Leonard Clayborne, el jardinero de Blackwood Manor —se presentó, y le tendió la mano.

Hazel se quedó observando aquella mano enguantada unos segundos, hasta que por fin pudo articular palabra.

—Soy Hazel Brown —dijo mientras dejaba que aquel hombre estrechara su mano.

—¿Eres la nueva institutriz de la pequeña Catherine, verdad?

Hazel notó su tono compasivo al referirse a la hija de lord Cavanaugh.

—Algo así —respondió Hazel, soltando la mano del jardinero. Leonard se rascó la cabeza para luego quitarse la pala del hombro.

—No será una tarea fácil lidiar con esa niña —le comentó, adoptando un tono más serio—. Ha estado prácticamente recluida en la casa desde hace casi un año.

Hazel aún no podía concebir que una niña se hubiera quedado encerrada en aquella enorme mansión por decisión propia. Algo realmente terrible debía haberle sucedido para no querer salir.

—Eso es muy triste…

—Así es; ni siquiera sus tías han logrado convencerla de que saliera al jardín, y mucho menos su padre. —La miró de arriba abajo —. Por eso, dudo que una desconocida logre lo que su propia familia no ha conseguido; disculpa mi sinceridad.

Hazel no podía sentirse molesta por su comentario porque estaba comenzando a creer que él tenía toda la razón. No conocía todavía a la única hija de lord Daniel Cavanaugh, pero sentía cierto temor al no saber qué podía suceder después de su primer encuentro. Tal vez la niña la odiase y exigiera a su padre que la echara de la casa junto a su pequeño Tobin. Y Hazel no estaba muy segura de que marcharse fuera la mejor alternativa; si eso sucedía, no tendría adónde ir, y entonces sí estaría inmersa en serios problemas.

—¿Te gustaría dar un paseo por el jardín, Hazel? —preguntó de repente Leonard con una sonrisa de oreja e oreja dibujada en la cara.

Hazel se vio sorprendida por la invitación, pero eso no le impidió aceptarla. Se moría de ganas de recorrer aquel inmenso jardín de estilo francés.

—Me encantaría.

—Vamos, entonces.

Leonard la ayudó a ponerse de pie y luego a descender los tres escalones de la pérgola.

Hazel dejó que Leonard la condujera por los diversos senderos mientras escuchaba atentamente lo que le contaba sobre las plantas y flores que él mismo había plantado y que ahora veía crecer con tanto orgullo.

Caminaron hacia un pequeño estanque rodeado de rocas pintadas en blanco, en donde se asomaba un puñado de pensamientos de diversos colores que se reflejaban en el agua cristalina.

—¡Es precioso! —exclamó Hazel, agachándose y tocando un ramo de pensamientos color amarillo y lila.

—El estanque se hizo hace unos tres años aproximadamente —explicó Leonard—. Fue uno de mis primeros trabajos aquí, en Blackwood Manor. —Estaba a punto de contarle que el estanque había sido construido por orden de la esposa de lord Cavanaugh, pero se abstuvo de hacerlo.

—Huelen deliciosamente.

Hazel cortó un ramillete y absorbió su aroma durante un momento.

—No hay flor que no huela deliciosamente —alegó Leonard, ayudándola a ponerse de pie.

En ese momento, se oyó el ruido de cascos de caballos y ambos distinguieron a lord Daniel Cavanaugh montado en su corcel. Pasó a unos cuantos metros de donde ellos se encontraban, y Hazel no supo si los había visto o no, pero iba a todo galope, a la velocidad del rayo.

—Parece que el señor tiene un día de esos en los que es mejor no toparse con él en el camino —comentó Leonard.

Hazel no respondió a su comentario, pero ella también había observado la furia con que Daniel Cavanaugh guiaba a su caballo color azabache hacia la zona de las caballerizas.

—Será mejor que regrese a la casa; seguramente mi hijo ya se habrá despertado de su siesta —dijo Hazel, desandando lentamente el sendero que conducía hacia la puerta de la cocina.

—Si esperas a que guarde la pala, te acompaño.

Hazel le dijo que lo esperaría, y un par de minutos después, Leonard regresaba a su lado, gustoso de acompañarla hasta la casa.

—¡Percey! ¡Percey! —Los gritos de Daniel retumbaban dentro de las caballerizas—. ¿Dónde diablos te has metido?

Percey Dalton apareció corriendo como una tromba al oír la llamada de su señor. Lo conocía muy bien y sabía que esa tarde llevaba un humor de perros.

—¡Por Dios, hombre! ¿Por qué no estás cuando te necesito? —Daniel se quitó el sombrero y le entregó la fusta—. Ocúpate de *Red*

Heart, procura que se coma una buena porción de pienso. Últimamente he notado que está más delgado.

—Sí, lord Cavanaugh. —Percey tomó las riendas de *Red Heart* y lo condujo hacia su cubil—. Ahora mismo le daré medio fardo de alfalfa.

—Perfecto. Hay otra cosa que quiero comentarte, Percey.

—Dígame, lord Cavanaugh.

—Quiero que busques el caballo más manso y que enseñes a montar a Tobin —le informó.

—¿Y quién es Tobin? —preguntó, curioso, Percey.

—Es el hijo de…, es el hijo de un antiguo amigo mío. Mañana te buscará, y quiero que lo trates muy bien.

Percey asintió sin objetar. Hacía mucho tiempo que un niño no pisaba las caballerizas; en especial, desde que la pequeña Catherine se había recluido en la casa. Sería bueno para los caballos y para un viejo como él contar nuevamente con la presencia de un niño para alegrar sus días.

Daniel se quedó un rato más allí, mientras observaba a Percey alimentar a *Red Heart* con el fardo de alfalfa. Rápidamente sus pensamientos volaron hacia Hazel. La había visto en el jardín junto al estanque, en compañía de Leonard, y ambos parecían estar disfrutando del paseo y de la mutua compañía.

Se quitó los guantes de cuero de un tirón y enfiló con pasos enérgicos hacia la salida de las caballerizas.

No entendía por qué aquello le molestaba; no había nada de malo en que Hazel estuviera dando un paseo por el jardín. Tampoco debería haber nada de malo en el hecho de que estuviera acompañada por Leonard. Sin embargo, había algo que lo irritaba, y cuando aquello sucedía, podía perder el control muy fácilmente.

Bufó y lanzó un par de maldiciones al aire mientras recorría el camino que conducía hacia la mansión. Echó un vistazo hacia el estanque, pero ya no había rastro alguno de Hazel ni de Leonard.

En la cocina, Hazel abrazaba a su hijo mientras él tomaba un vaso de chocolate caliente que Rose le acababa de preparar.

—¿Dónde estabas, mamá?

—Estaba en el jardín, Tobin. —Miró a Leonard un segundo—. El señor Clayborne me invitó a dar un paseo y no pude decir que no.

Tobin dejó el vaso medio vacío sobre la mesa y observó detenidamente al hombre que segundos antes había entrado en la cocina junto a su madre.

—¿Quién es usted?

Leonard se acercó y se presentó debidamente.

—Soy Leonard Clayborne, Tobin, y soy el jardinero de Blackwood Manor. —Le sonrió, pero aun así no había logrado ganarse el visto bueno del niño.

Tobin seguía mirándolo, estudiándolo, mientras todos en la cocina observaban, divertidos, aquella escena.

—Tobin, termina de tomarte tu chocolate antes de que se enfríe —le dijo Hazel, volviéndole la cara para que dejara de mirar al pobre Leonard de aquella manera.

—Hazel, lord Cavanaugh me ha pedido que te dijera que desea que esta misma tarde conozcas a su hija —dijo Agatha, de repente.

Se hizo el silencio dentro de la cocina, y Hazel supo que uno de los momentos más cruciales de su estadía en aquella casa había finalmente llegado, ya no podía postergarlo. Respiró hondo y esbozó una sonrisa.

—Será mejor, entonces, que no pierda más tiempo. —Le dio un beso a su hijo en la mejilla—. Después de todo, estoy aquí para hacer compañía a la pequeña Catherine…

Agatha la acompañó hasta la puerta de la cocina.

—Es la tercera puerta a la derecha —le dijo—. Si quieres puedo ir contigo…

—No hace falta, señora Agatha. No voy a perderme —bromeó para ocultar la ola de incertidumbre que inundaba su corazón.

—Mucha suerte, Hazel.

El ama de llaves le dio una palmadita en el hombro para infundirle ánimos y regresó a la cocina con los demás.

Hazel subió las escaleras y se detuvo ante la tercera puerta. Cerró los ojos un instante y volvió a respirar hondo. Dio unos pasos adelante y llamó a la puerta.

—Pase.

Hazel entró y se sorprendió al ver que la habitación estaba en penumbra; sólo unos débiles rayos de luz se colaban a través de las pesadas cortinas.

Se adentró en la estancia y la descubrió, oculta detrás de una enorme butaca. Era una niña de adorables rizos color azabache y enormes ojos azules. Ella parecía estar perdida en sus pensamientos, ignorando su presencia por completo.

Pudo distinguir cierta similitud entre ella y su padre, pero este hecho no la sorprendió en absoluto. Lo que más le llamaba la atención era que ambos compartían la misma mirada apagada, como si una sombra de melancolía bloqueara la luz de sus ojos, impidiendo que brillaran.

Hazel se sentó, justo enfrente de ella.

—Catherine, mi nombre es Hazel.

La niña la miró por primera vez, pero no dijo nada.

—Desde hoy pasaremos juntas todo el tiempo que desees —dijo, intentando dar inicio a una conversación, aunque ella la ignoraba por completo. Hazel se recostó en el asiento y dejó escapar un suspiro.

No iba a ser nada sencillo hacer que Catherine hablara con ella, cuando parecía estar perdida en un mundo propio. Entonces, descubrió que la niña sostenía un camafeo dorado en sus manos.

—¡Es hermoso, Catherine! —exclamó Hazel, inclinándose hacia delante e intentando tocar la delicada joya.

—¡No lo toque! —dijo Catherine, de repente, alzando la voz.

—Yo…, lo siento, Catherine.

Hazel se sintió como si fuera una ladrona.

—¡Déjeme sola! ¡No quiero que esté aquí! —gritó Catherine al mismo tiempo que acunaba el camafeo contra su pecho, como si quisiera protegerlo.

Hazel se puso de pie y salió a toda prisa de la habitación. Su primer intento de acercamiento a Catherine había fallado y rápidamente la embargó un enorme sentimiento de frustración, que sólo logró que rompiera a llorar.

Cuando llegó al corredor se topó con Daniel.

—Hazel…, ¿qué ha sucedido? —le preguntó sujetándola por los hombros.

Ella lo miró y no fue capaz de pronunciar palabra alguna. Sus ojos verdes estaban húmedos.

—¿Es por causa de Catherine, verdad? —Daniel frunció el ceño—. Debí advertirle que no sería fácil lidiar con ella.

—¡Yo ni siquiera sé qué estoy haciendo en esta casa!

Se cubrió la cara con ambas manos, dejando que el llanto limpiara el dolor que oprimía su corazón.

Daniel se conmovió ante la fragilidad de Hazel y, sin dudarlo un segundo, la estrechó entre sus brazos.

Se sorprendió cuando ella no lo rechazó, pero estaba aún más sorprendido con su propia actitud. Hacía mucho tiempo que nadie despertaba un profundo sentimiento de ternura en él.

Hazel encontró consuelo en el pecho de Daniel Cavanaugh, y sin importarle nada más, se sintió protegida entre los brazos fuertes de aquel extraño.

Cuando por fin logró calmarse, se apartó sin mirarlo a los ojos.

—Lo siento… —dijo, y corrió escaleras abajo.

Daniel se quedó allí parado durante unos segundos; la esencia del perfume de Hazel se había impregnado en su ropa. Respiró hondo, permitiendo que su olor inundara sus fosas nasales.

Era la primera vez en mucho tiempo que una mujer le hacía sentir de ese modo.

4

EL sol empezaba a retirarse cuando un carruaje entró por el sendero principal de Blackwood Manor. Desde lo alto de su habitación, Hazel observaba con atención su llegada. Se detuvo frente a la puerta y una mujer joven, de cabello castaño oscuro, descendió de él cargando un par de paquetes que rápidamente depositó en las manos de Albert, el mayordomo.

Hazel supuso que se trataba de Maddie, la hermana de Daniel Cavanaugh, que regresaba de su viaje a Seaton. La observó un instante mientras se quitaba los guantes de seda y se pasaba una mano por la frente. Desde aquella distancia pudo percibir que era una mujer muy bella y que tenía cierto parecido con su hermano.

Descubrió también, cuando ella comenzó a caminar, que cojeaba levemente de la pierna derecha. Sin que pudiera evitarlo, se preguntó qué le habría sucedido para que caminara de esa manera; era probable que un accidente fuera la causa de su discapacidad.

La siguió observando hasta que la perdió de vista, y entonces surgió otra cuestión más importante en la mente de Hazel.

¿Qué diría ella de su presencia en la casa? ¿La recibiría con tanta frialdad como lo había hecho la tal Rachel? Hazel era plenamente consciente de que tendría que luchar, y mucho, contra la cuñada de Daniel Cavanaugh para demostrarle que ella no era ninguna aprovechada y que estaba en aquella casa para hacer compañía a la pequeña Catherine.

Hazel elevó sus ojos al cielo y rezó para que la hermana de lord Cavanaugh no fuera tan descortés como la mujer que le había dado la bienvenida más desagradable de su vida.

Necesitaba que alguien estuviera de su lado en aquella casa, ya que, por el momento, Rachel y hasta la misma Catherine le habían hecho saber muy claramente lo que opinaban de su llegada.

Sería muy difícil ganarse el cariño de la niña, y Hazel estaba segura de que si Maddie estaba de su lado, la pequeña finalmente podría aceptarla.

Hazel corrió las cortinas y caminó hacia la cama. Se recostó y cerró los ojos, no sabía si por cansancio o por aburrimiento, pero se quedó dormida casi de inmediato.

—Súbelo todo a mi habitación, Albert —pidió Maddie Cavanaugh al mayordomo, ya en el interior de la mansión.

Albert acomodó los enormes paquetes lo mejor que pudo y subió las escaleras con cuidado de que nada se le cayera, ya que ignoraba si había algo que pudiera romperse dentro de las coloridas cajas que la señorita Maddie había traído consigo desde Seaton.

—¿Sabes dónde está mi hermano, Albert? —preguntó Maddie antes de que el mayordomo desapareciera en el rellano de la escalera.

—Está en el estudio leyendo, señorita Maddie.

—Gracias, Albert.

Maddie se quitó el sombrero, lo dejó sobre la mesita que había al lado de la puerta y se dirigió hacia el estudio. Cuando entró, encontró a su hermano mayor sentado en una butaca, hojeando un libro de poemas de uno de sus poetas favoritos, Robert Browning.

Daniel apartó el libro y se puso de pie para recibir a su hermana.

—¡Maddie, creí que ya no volverías!

Lord Cavanaugh abrazó a su hermana pequeña y le dio un beso en la frente.

—¡Te había dicho que regresaría hoy! ¿Acaso lo habías olvidado? —Repuso a su hermano, algo sorprendida.

Él le sonrió.

—Lo siento, es que he estado algo distraído estos últimos días. —La condujo hacia el sofá de tres cuerpos y se sentaron uno junto al otro—. Cuéntame cómo te ha ido en Seaton.

—Pues he hecho algunas compras y he visitado a algunas amigas. ¿Te acuerdas de Candance Hollins? Se ha casado y ya espera a su primer hijo. Deberías ver su barriga… ¡Está enorme!

Daniel asintió, pero en realidad no se acordaba de quién era la tal Candance, seguramente una de las amigas de infancia de su hermana.

—Se ha notado tu ausencia en la casa, hermanita. —La tomó de la mano.

—¡Pero si sólo he estado fuera unos días! —exclamó, aparentando estupor.

—Todo el mundo te ha extrañado, especialmente Catherine…

—¿No ha salido todavía de su habitación?

La conversación estaba tomando un rumbo más triste. Daniel negó con la cabeza.

—Ya se le pasará, Daniel; es sólo cuestión de tiempo —dijo, apretando la mano de su hermano—. ¿Ha habido alguna novedad desde mi partida?

Daniel agradeció que ella pudiera cambiar de asunto tan rápidamente.

—Pues sí, ha pasado algo.

Los ojos pardos de Maddie se abrieron como platos.

—¡Cuéntame, no me tengas en ascuas!

—He traído a una joven viuda y a su hijo a vivir a la casa. —Le soltó, esperando oír su reacción.

Al principio, Maddie no dijo nada; parecía que estaba tratando de asimilar lo que acababa de escuchar.

—Le hará compañía a Catherine —explicó al ver que ella seguía sin pronunciar palabra—. Creo que la presencia de Hazel y el pequeño Tobin será muy beneficiosa para mi hija.

—¿Hazel?

—Sí… Hazel Brown y su hijo Tobin.

Maddie reaccionó de inmediato al oír el apellido de aquella mujer.

—¿Acaso…, acaso esa mujer tiene algo que ver con Jeremy?

—Sí, es la viuda de Jeremy, Maddie. Él murió hace unos días a causa de una tuberculosis.

—¡Dios, no lo sabía! —exclamó, y se llevó la mano al pecho.

—Jeremy vino a verme hace unos meses, Maddie.

—Nunca me mencionaste nada al respecto. Creí que no habías sabido nada de él desde el día en que se marchó de aquí jurando que nunca regresaría.

Maddie aún estaba consternada con la noticia de la muerte de Jeremy Brown, pero más la sorprendía enterarse de que Daniel y él se habían vuelto a ver después de tantos años.

—Vino a pedirme un favor, Maddie. Jeremy sabía que se estaba muriendo y me pidió dinero prestado porque ya no podía trabajar y sostener a su familia —le explicó.

—¿Se atrevió a pedirte dinero después de haberse marchado de Blackwood Manor maldiciendo tu nombre?

—No podía negarme, Maddie; simplemente no podía. —Apoyó los codos en las rodillas y se pasó una mano por la cabeza—. Sabes que siempre me he sentido culpable por lo que sucedió esa tarde…

—¡Pues no deberías! —replicó Maddie.

—El caso es que Jeremy vino a mí en busca de ayuda, y yo no podía negársela.

—¿Y eso qué tiene que ver con que su viuda y su hijo estén viviendo ahora aquí?

—Jeremy no podía saldar la deuda que tenía conmigo y ambos éramos conscientes de que así sería. Por eso entonces me pidió que cuando él ya no estuviera me hiciera cargo de su esposa y de su hijo. Para Jeremy ésa era una manera de devolverme el dinero; sabía que Hazel podría trabajar para mí, y al mismo tiempo, ella y su hijo estarían bajo mi protección.

—¿Y has traído a esa mujer a vivir aquí aun después de lo sucedido?

—No tenía otra opción, Maddie. Hazel y Tobin se han quedado completamente desamparados; debía recogerlos y cumplir con la última voluntad de Jeremy. Necesitaba de alguna manera reparar el daño que le hice en el pasado…

Maddie sacudió la cabeza; no estaba muy segura de que lo que su hermano mayor había hecho fuera lo mejor, pero confiaba en su criterio y jamás se había atrevido a contradecir una decisión suya.

—¿Y qué opina la adorable Rachel de todo el asunto? —preguntó Maddie en tono irónico.

—No le ha gustado demasiado la idea, no ve con buenos ojos que Hazel y su hijo vivan con nosotros.

—No sé por qué, pero me lo imaginaba.

Era seguro que la cuñada de su hermano estaba más que molesta por la repentina aparición de la joven viuda y su hijo en sus vidas. Que ese hecho disgustara a la antipática de Rachel hizo que una sonrisa de satisfacción se dibujara en el rostro de Maddie.

—¡Me encantaría conocer a Hazel y a su hijo! —dijo, y se puso de pie de un salto.

Daniel observó su reloj.

—La cena debe estar lista. Será una buena ocasión para que os conozcáis.

Ambos salieron del estudio y se dirigieron al salón comedor, pero sólo Rachel se encontraba junto a la mesa, supervisando que Rose sirviera la sopa de espárragos sin derramarla fuera del plato.

—¡Maddie, has regresado! —exclamó, sonriendo. Maddie le devolvió la sonrisa.

—Así es, Rachel, y ya me he enterado de las novedades —dijo feliz.

Rachel sabía que Maddie adoraba llevarle la contraria y que no desaprovecharía la ocasión de mortificarla.

—Siéntate, Maddie —sugirió Daniel, haciendo caso omiso de las miradas fulminantes que ambas se prodigaban.

Maddie se sentó junto a él, observando ansiosa la entrada del salón comedor.

—¡No puedo esperar para conocer a Hazel y al pequeño Tobin! Rachel tomó una servilleta y dejó escapar un bufido de fastidio.

—La señora Hazel me acaba de decir que no bajará a cenar —informó Agatha al entrar en el salón llevando una bandeja—. Me ha pedido que la disculpen, pero le duele mucho la cabeza.

—¡Qué pena! Tendré que esperar hasta mañana para conocerla —dijo Maddie, algo desilusionada.

—¿Y qué hay de Tobin? —Quiso saber Daniel, haciendo un enorme esfuerzo para ocultar lo contrariado que se sentía por el hecho de que Hazel no cenaría con ellos esa noche.

—Cenará en la cocina, señor.

Daniel no dijo nada. Si Tobin prefería cenar en la cocina seguramente se debía al hecho de que su madre no lo acompañaría.

—Es lo más sensato que puede hacer —comentó Rachel después de beber un sorbo de agua.

Daniel y Maddie la observaron, pero el enojo que vio en sus miradas no le quitó el placer de haber ganado una pequeña batalla esa noche.

El agua caliente de la tina comenzaba a relajarlo. Todos sus músculos, lentamente, parecían hundirse en una nube blanda y, por un instante, creyó que se encontraba en el mismísimo paraíso.

Tenía los ojos cerrados; temía que si los abría, aquella sensación maravillosa pudiera desaparecer para siempre.

Pero de repente le llegó una fragancia que no le era desconocida, un perfume que llevaba impregnado en su piel.

—Daniel…

La oyó llamándolo, clamando por él, sin embargo aún no se atrevía a abrir los ojos. Podía sentirla mientras se acercaba, pero el temor de levantar los párpados y descubrir que ella ya no estaba allí era demasiado sobrecogedor.

—Daniel, mírame —le pidió suavemente.

Un estremecimiento le recorrió la espalda cuando ella le rozó el brazo.

Quería verla, quería tocarla y comprobar que no era una visión.

Lentamente, abrió los ojos y allí estaba ella, de pie, enfundada en un camisón tan blanco como la espuma. Llevaba el cabello dorado suelto y estaba descalza.

—Hazel.

Ella se puso el dedo en los labios y le pidió que se callara. Entonces, se arrodilló a su lado y sus rostros quedaron a tan sólo unos pocos centímetros de distancia.

—Estoy aquí, Daniel.

Hazel pasó el dedo índice por la boca entreabierta de Daniel, delineando sus labios con suaves movimientos circulares. Entonces, él le chupó el dedo, y Hazel le sonrió.

Luego, ella se apartó un poco, metió una mano en el agua y la apoyó sobre el pecho de Daniel, que la contemplaba totalmente embelesado.

El fino camisón que llevaba Hazel era lo suficientemente transparente como para dejar ver que no llevaba calzones, y Daniel distinguió la diminuta mata de vello dorado semioculta en su entrepierna.

Lentamente, la mano de Hazel comenzó a descender, y Daniel tuvo que inclinar la cabeza hacia atrás cuando sus dedos lo tocaron íntimamente.

Volvió a cerrar los ojos e imploró para que aquel momento nunca acabara.

Pero todo se desvaneció en unos pocos segundos, y Daniel comprendió que sólo se había tratado de un sueño.

Se movió en la cama, inquieto, y descubrió que las sábanas de seda apenas podían ocultar su erección.

Se puso de pie de un salto y se mojó el rostro con el agua fresca de la jofaina de porcelana que cada noche Albert llenaba para él.

Apoyó las manos en la cómoda y se quedó allí por un instante, hasta recobrar la compostura.

Regresó a la cama e intentó dormirse, pero fue inútil. La imagen de la Hazel que se había aparecido en sus sueños no estaba

dispuesta a dejarlo en paz.

Hazel se despertó sobresaltada. No sabía si había tenido un mal sueño o si aquel golpe seco que creía haber oído se había producido realmente al otro lado de una de las ventanas de su habitación.

Se incorporó, encendió la lámpara y echó un vistazo al antiguo reloj de roble que había frente a la cama. Las agujas de cobre labradas señalaban las doce y veinte.

Se sentía tan perdida en aquella habitación. Habría preferido un lugar más pequeño, pero la señora Agatha había insistido en instalarla allí siguiendo órdenes estrictas de lord Cavanaugh.

Su nombre le hizo recordar el incidente en la escalera y la ternura con que él la había tratado. Todavía seguía sin comprender por qué había permitido que la abrazara y la reconfortara de aquella manera. Se dejó caer en la cama nuevamente con esos pensamientos rondando en su mente cuando volvió a oír el mismo golpe contra la ventana.

Definitivamente, no había sido un sueño y algo estaba ocurriendo allí afuera.

Dudó unos instantes entre levantarse a investigar o no, pero su curiosidad fue más poderosa que su sensatez. Se levantó y se colocó la bata encima del camisón. La luz de la luna llena se colaba a través de la ventana, y la sombra de los árboles que rodeaban aquella parte de la casa parecía hacer de aquellas ramas gruesas y retorcidas extrañas formas que se mecían al compás de la brisa serena de la noche.

Hazel abrió la ventana y una ráfaga fría le caló hasta los huesos. Estaba por cerrarla cuando una sombra escurriéndose entre los árboles le llamó la atención.

¡Dios, había alguien allí!, alguien a quien no le importaba soportar las inclemencias del tiempo y que gustaba de dar paseos en medio de la noche. De repente, la sombra comenzó a tomar forma y pasó de algo etéreo a algo más real.

Hazel abrió los ojos como platos. Era una mujer, una mujer ataviada con un largo vestido blanco que caminaba por el sendero de piedras hacia la pérgola. No alcanzó a observar su rostro desde aquella distancia, sólo distinguió una melena rubia que le caía por la espalda.

No podía ser Rachel ni Maddie, pues ambas tenían el pelo oscuro. Rose, la criada, era la única mujer rubia que había visto desde su llegada a la casa. ¿Acaso sería ella? Pero… ¿qué hacía a medianoche paseando por el jardín?

Se le paró el corazón al oír que alguien llamaba a la puerta que comunicaba su habitación con la de Tobin. Cuando volvió a mirar hacia el jardín, la misteriosa mujer ya había desaparecido.

Desconcertada, cerró la ventana y fue hacia la puerta.

Su hijo Tobin estaba allí parado, restregándose los ojos y lanzando un sonoro bostezo.

—Tobin, ¿qué haces aquí?

—¿Puedo dormir contigo, mamá?

Hazel lo hizo entrar.

—Por supuesto. —Caminaron hacia la cama—. ¿Qué sucede con tu habitación? ¿Acaso no te gusta?

—¡Oh, no!, no es eso, mamá. Es que es demasiado grande y me sentía un poco solo.

Hazel conocía perfectamente esa sensación, pero también sabía cuándo su hijo tenía miedo y no quería demostrarlo.

—Está bien, Tobin. Seguramente esta situación cambiará cuando nos habituemos a nuestra nueva vida. Hoy es tu primera noche aquí y es normal que te sientas así —dijo para tranquilizarlo mientras se metían ambos debajo de las sábanas.

—Buenas noches, mamá —le dijo y le dio un beso en la mejilla.

—Buenas noches, cariño —respondió Hazel, abrazándolo.

Tobin se durmió de inmediato, pero a ella le costó conciliar el sueño. No lograba apartar de su mente la imagen de aquella mujer.

La mañana había amanecido más gris de lo normal y las nubes negras que surcaban el firmamento presagiaban, sin duda, una feroz tormenta.

En la cocina, Theresa y Rose preparaban el desayuno mientras, sentados a la mesa, Albert, Rupert y Leonard hablaban animadamente sobre los trabajos que se harían en el jardín a la llegada de la primavera.

Todos se quedaron en silencio cuando Hazel y Tobin entraron a la cocina y dieron los buenos días. Rápidamente, Leonard se puso de pie y la saludó con un ligero movimiento de cabeza, para luego sonreírle a Tobin, que seguía mirándolo de manera extraña.

—¿Va a desayunar aquí, señora Brown, o lo hará en el comedor? —preguntó Albert, guardando su taza de café ya limpia en la alacena.

—Albert, me gustaría que me llamara Hazel; no me acostumbro a tanta formalidad —le pidió Hazel con una sonrisa.

El mayordomo carraspeó y se sonrojó.

En ese momento, entró Rose y anunció que Maddie Cavanaugh aguardaba a Hazel y a Tobin en el comedor para desayunar.

Hazel intentó ocultar su nerviosismo, pero era otra prueba de fuego que debía superar; sólo esperaba tener más suerte con la hermana de Daniel Cavanaugh que la que había tenido con su cuñada Rachel.

Contempló la apariencia de su hijo, y antes de abandonar la cocina, le acomodó el cuello de la camisa y le peinó el flequillo con los dedos.

—Será mejor que no hagamos esperar a la señorita Maddie —apuntó Hazel, que respiró hondo un par de veces y abandonó la cocina del brazo de su hijo.

Cuando llegaron al salón comedor, Maddie los estaba esperando con una sonrisa.

—Hazel, Tobin, por fin os conozco. —Se puso de pie, le dio un beso en la mejilla a Hazel y acarició la cabeza de Tobin—. Daniel me

habló de vosotros apenas regresé de Seaton y me moría por conoceros.

Hazel volvió a respirar con normalidad y se relajó. La bienvenida de Maddie no podía haber sido mejor y le dio gracias al cielo.

—Señorita Cavanaugh, el gusto de conocerla es mío.

Maddie los condujo hacia la mesa. Hazel tironeó del brazo de Tobin cuando descubrió que el niño se había quedado observando que la mujer cojeaba de la pierna derecha.

—¡Por favor, llámame Maddie! —dijo, y les indicó que se sentaran a su lado.

Ambos se sentaron, y Tobin tomó en seguida una tostada que untó con mermelada de fresas.

Hazel sirvió un vaso de leche para él y una taza de café para ella.

—¿Lord Cavanaugh no se ha levantado aún? —preguntó, de repente, Hazel, observando hacia la puerta.

—Agatha me ha dicho que ha salido esta mañana muy temprano a caballo.

Hazel frunció el ceño.

—¿Con este tiempo? En cualquier momento se desata una tormenta.

—Dices eso porque no conoces a mi hermano, Hazel. Ni siquiera la tormenta más feroz llega a detenerlo; ignoro el motivo de su salida, pero seguramente se trata de algo importante.

Hazel asintió; sin embargo, no pudo evitar sentirse angustiada.

El ambiente agradable que se había creado en compañía de Maddie se vio empañado por la presencia de Rachel, que se unió a ellos un rato después. Se sentó a la mesa, pero no pronunció palabra alguna mientras bebía su taza de café. Hazel descubrió que Rachel y Maddie no se llevaban bien. Al parecer, ella no sería la única en lidiar con aquella mujer y quizá podía encontrar en Maddie a una aliada muy valiosa.

Unos minutos más tarde Rachel se retiró anunciando que estaría en su habitación leyendo, pero antes de marcharse pidió a Maddie

que le dijera a Daniel, cuando regresara de su paseo, que deseaba hablar con él.

Maddie le aseguró que lo haría, pero apenas Rachel abandonó el salón comedor, dijo:

—Ahora me tiene como su recadera. —Lanzó una carcajada—. ¡Era lo único que me faltaba!

Hazel presentía que a partir de ese momento sería testigo de muchas situaciones como ésa.

—¿No te llevas bien con ella? —preguntó tímidamente.

—¡Eso es imposible, querida Hazel! ¡No hay nadie que tenga dos dedos de frente que pueda llevarse bien con una mujer como Rachel Griffith, y tú misma lo podrás comprobar!

Hazel asintió, pero no dijo nada; no hacía falta que Maddie se lo dijese. Sabía perfectamente que se había ganado una enemiga en Blackwood Manor desde el mismo instante en que había puesto un pie en la mansión.

Tobin escuchaba atentamente la conversación mientras bebía su vaso de leche. No entendía demasiado bien de lo que hablaban, pero sí había llegado a comprender una cosa: la señorita Rachel era tan mala como una de las hermanastras de Cenicienta o la bruja de Blancanieves; en cambio, la señorita Maddie era buena, hablaba dulcemente y tenía una sonrisa de niña.

—¿En qué piensas, cariño? —preguntó Hazel al ver que él estaba tan meditabundo.

—En nada, mamá; en nada.

Era cerca del mediodía, había comenzado a llover con fuerza y no había señales de lord Cavanaugh. Todos estaban preocupados, sobre todo porque nadie sabía el motivo de su repentina salida tan pronto como había amanecido.

Hazel no era ajena a esa preocupación. Desde la ventana de su habitación contemplaba cómo el viento y la lluvia sacudían con fuerza los árboles que rodeaban la mansión.

El pequeño Tobin había tenido que resignarse a no ir a las caballerizas esa mañana y se encontraba jugando con Rose en su habitación.

La criada se había convertido en su compañera de juegos, aunque Hazel sabía que Tobin ansiaba conocer a Catherine. Pero ¿cómo acercarlos si su primer intento de aproximación a la niña había resultado tan mal? Debía primero ganarse ella misma la confianza de Catherine antes de exponer a Tobin a un posible rechazo. Esa misma tarde la visitaría nuevamente en su habitación y le pediría disculpas por haberse atrevido a tocar su camafeo. Sin duda, Catherine había reaccionado exageradamente; no obstante debía armar una estrategia para lograr derribar la barrera que la niña había levantado a su alrededor para alejar a las personas de su lado.

Había otro asunto que debía resolver y que la tenía tan inquieta como el rechazo de la pequeña Catherine.

Tenía que averiguar quién era la mujer que había visto en el jardín en mitad de la noche. Y sabía perfectamente con quién debía hablar.

Se apartó de la ventana y se dirigió a la habitación de su hijo. Tobin estaba montado en un caballito de madera que Maddie le había mandado esa mañana para que se entretuviera mientras llovía y no podía visitar las caballerizas. A su lado, Rose lo observaba, divertida.

—¡Mamá, mira! ¡Soy un jinete! —gritaba Tobin, meciéndose hacia delante y hacia atrás, sujeto al cuello reluciente del caballo de madera.

Hazel se acercó mientras lo aplaudía entusiasmada.

—¡Lo haces muy bien, cariño!

—¡Cuando te subas a un caballo verdadero será diferente! —comentó Rose.

—¡No tengo miedo! ¡Soy un jinete valiente! —respondió Tobin extendiendo un brazo hacia arriba y cerrando el puño.

Hazel y Rose se echaron a reír en tanto Tobin, feliz, montaba en su caballo como si éste fuera de carne y hueso.

Un par de minutos después, Hazel le pidió a Rose si podía acompañarla a su habitación porque tenía que hablar con ella. Dejaron a Tobin y se encaminaron al cuarto contiguo.

—¿De qué se trata?

Hazel dijo a Rose que se sentara a su lado en la cama.

—Rose, sé que va a parecerte extraño lo que te voy a preguntar —dijo, e hizo una pausa—. Por casualidad, ¿no saldrías anoche al jardín?

Rose alzó las cejas y se quedó boquiabierta un instante.

—¿Anoche, al jardín? ¿Y con el frío que hacía? ¡Por supuesto que no! ¿Por qué me lo pregunta?

Hazel se rascó la cabeza.

—Es que anoche me pareció verte caminando por el jardín con un vestido blanco…

Rose negó con la cabeza.

—¡Imposible! ¡Anoche no me levanté de la cama ni siquiera para ir al retrete!

Hazel ya no sabía qué pensar. Estaba convencida de que sólo podía ser Rose la mujer que había visto en el jardín porque era la única que tenía el cabello rubio.

—Era una mujer rubia; por eso había creído que eras tú.

—No era yo, se lo puedo asegurar. —Rose se cruzó de brazos—. ¿Está segura de lo que vio? ¿No sería un sueño?

Hazel dudó un instante sobre lo que debía responder.

—Tienes razón, seguramente fue sólo un sueño, pero tan real que creí ver a esa mujer rubia en el jardín —dijo finalmente.

Rose asintió.

—Tiene que ser así, no hay nadie más en la casa con el cabello rubio aparte de usted y de mí —dijo Rose.

—Así es.

—A no ser que…

—¿A no ser qué?

Hazel percibió de inmediato que el tono de la voz de Rose había cambiado.

—Nunca he visto a lady Eleanore Cavanaugh —explicó—. Cuando yo llegué a trabajar a Blackwood Manor por recomendación de una tía, ella ya había desaparecido.

¿Lady Eleanore, la mujer misteriosa del jardín? Hazel lo dudaba.

—¿Murió antes de que tú llegaras? —preguntó Hazel, ahondando un poco más en el asunto.

Rose bajó entonces la voz.

—No, ella no murió; simplemente una noche desapareció…

Hazel frunció el ceño.

—¿Cómo que desapareció? ¡Nadie desaparece así como así en medio de la nada!

—Pues eso mismo sucedió con lady Cavanaugh. Cuando yo llegué había pasado casi un mes de su desaparición y en la casa nadie hablaba de lo sucedido. Ha habido muchos rumores al respecto, pero nunca se supo realmente lo que pasó.

A medida que escuchaba el relato de Rose, Hazel se sentía más y más intrigada.

—¿Y no sabes cómo era ella?

—No, nunca quise preguntar a los demás. Es un asunto del que está prohibido hablar dentro de las paredes de Blackwood Manor.

—Supongo que habrá alguna fotografía suya en algún lado. —Dedujo Hazel.

—Agatha me contó que el mismísimo lord Cavanaugh se encargó de deshacerse de todas las fotos de su esposa después de que ella desapareciera.

—Pero eso no tiene sentido. —Hazel sacudió la cabeza—. ¿Por qué haría algo así?

—No lo sé. En realidad, no sé mucho al respecto; sólo lo que acabo de contarle. Debería preguntarle a Agatha; es seguro que ella puede decirle mucho más acerca de lo que pasó.

—Es probable —respondió Hazel, aún asombrada por la historia que acababa de oír.

Dejó que Rose regresara a la habitación de Tobin y ella se quedó sola, sentada en la cama y pensando en lady Eleanore Cavanaugh.

Ella había llegado a esa casa creyendo que la esposa de Daniel Cavanaugh había muerto; jamás habría imaginado que tan sólo se había desvanecido una noche para nunca más regresar.

Un escalofrío le recorrió la espalda al pensar en la posibilidad de que la mujer que había visto en el jardín fuera lady Eleanore.

Agitó la cabeza hacia un lado y hacia el otro.

¡Cielo santo! ¿En qué estaba pensando?

No podía ser cierto lo que estaba comenzando a creer… No podía ser cierto.

5

HAZEL oyó la conmoción desde su cuarto y decidió bajar a ver qué sucedía. Cuando llegó al rellano de las escaleras vio que Albert cargaba a Daniel Cavanaugh con dificultad. A su lado, Maddie intentaba ayudarle, pero era demasiado alto y parecía estar inconsciente.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó, acercándose a ellos por fin. Maddie levantó la mirada.

—¡Ha llegado en medio de la tormenta! —respondió, respirando con dificultad, mientras ayudaba al pobre de Albert a llevar a su hermano al piso de arriba.

Hazel contempló a Daniel; tenía la ropa completamente empapada y el cabello mojado le caía sobre el rostro. Sus ojos estaban cerrados y un leve quejido se escapaba de su garganta.

—Dejadme que os ayude.

Se colocó al lado de Maddie y cogió a Daniel por el brazo, mientras la primera lo sujetaba de un costado y Albert del otro.

Entre los tres lograron llevarlo hasta su habitación. Arrojaron el pesado cuerpo encima de la cama, y Maddie le quitó las botas de un tirón.

—Voy a decirle a Theresa que prepare una taza caliente de té de Brunela[1] —dijo Albert, abandonando la estancia.

—¿Me ayudas?

Maddie miró a Hazel mientras comenzaba a desabrochar los botones de la camisa de su hermano. Esta se quedó en silencio por un instante, con la vista clavada en el pecho mojado que la camisa iba revelando.

—¡Hazel!, ¿me oyes?

Entonces, apartó la mirada y torpemente se acercó a la cama.

—Ayúdame a incorporarlo —le pidió Maddie una vez que le había desabrochado la camisa en su totalidad.

Hazel se arrodilló sobre la cama y asió a Daniel de los hombros. Entre las dos lograron que él se sentara, y de ese modo, Maddie pudo quitarle por fin la camisa.

Daniel emitió un quejido, susurró un par de palabras ininteligibles y dejó caer su cabeza en el hombro de Hazel, que se vio sorprendida por aquel gesto inconsciente e involuntario. Aun así, sintió cómo la temperatura de su cuerpo comenzaba a aumentar.

—¿Qué ha sucedido?

Rachel entró en la habitación como una tromba y, de inmediato, empujó a Hazel para ocupar su lugar. Con movimientos delicados, colocó la cabeza de Daniel sobre su hombro y acarició sus cabellos mojados.

Hazel se quedó a un lado, incapaz de moverse, sin pronunciar palabra alguna.

Maddie se había dado cuenta de inmediato de la situación, pero no dijo nada tampoco; lo único que le interesaba en ese momento era quitarle la ropa mojada a su hermano y evitar que pescara una pulmonía.

—Iré…, iré a ver si Albert necesita ayuda —dijo por fin Hazel, sintiéndose de repente completamente fuera de lugar.

Pero antes de que Hazel pusiera un pie en el corredor, la voz de Daniel susurrando su nombre la detuvo en seco.

—Hazel…, no te vayas.

Ni siquiera se dió la vuelta; podía imaginarse la expresión en el rostro de Rachel aun antes de verla.

—Hazel, ven aquí —dijo Maddie, ignorando la mirada reprobatoria de Rachel.

Hazel dudó un segundo antes de hacer caso a la petición de Maddie y a la del propio Daniel.

Respiró hondo y se enfrentó a los ojos cargados de rabia de Rachel pero no se movió ni un centímetro.

—Hazel —continuaba llamándola Daniel.

—¡Por Dios, Hazel, ven aquí! —insistió Maddie sin importarle la reacción de Rachel.

—Maddie, no creo que.

—¡Déjate de tonterías y ven a ayudarme!

Maddie recostó a su hermano en la cama, separándolo de Rachel.

Entonces, Hazel se acercó, y sin siquiera mirar a Rachel a los ojos, ocupó su lugar, lo que hizo que la furiosa mujer se pusiera de pie.

Entre ella y Maddie acomodaron a Daniel lo mejor que pudieron, colocaron un par de almohadas debajo de su cabeza, y luego, Maddie comenzó a quitarle los pantalones.

Hazel se sentó en la cabecera y movió un poco las almohadas hacia arriba, buscando enfocar su atención hacia otro lado. No pudo evitar ponerse colorada cuando comprobó que Daniel ya no tenía los pantalones puestos.

Con el rabillo del ojo vio que en ese momento Maddie estaba intentando quitarle con mucho esfuerzo la ropa interior. Hazel siguió con la inútil tarea de acomodar las almohadas por enésima vez para no ver cómo Daniel iba quedándose desnudo ante sus propias narices.

Gracias a Dios, Maddie percibió la incomodidad de Hazel y cubrió rápidamente el cuerpo desnudo de Daniel con las sábanas.

—Rachel, busca unas mantas. Debemos procurarle calor —le ordenó Maddie.

Rachel obedeció porque no tenía otra alternativa y salió de la habitación para cumplir el encargo de Maddie.

—Deja esas almohadas, Hazel; he perdido la cuenta de las veces que las has acomodado —dijo Maddie, sonriéndole.

Aquel comentario sólo hizo que las mejillas de Hazel volvieran a teñirse de rojo una vez más.

En ese momento, Albert entró en la habitación con una enorme taza de té caliente en una bandeja.

—Aquí está el té —dijo, entregándole el tazón a Maddie.

—Gracias, Albert. —Dejó la infusión sobre la mesita de noche y le entregó al mayordomo la ropa mojada de su hermano—. Dile a Rose que se encargue de ponerla a secar.

Albert asintió y se retiró de la habitación, dejando que las dos mujeres atendieran a su señor.

Daniel se movió inquieto debajo de las sábanas y, de un manotazo, se destapó hasta la cintura.

Los ojos de Hazel se vieron irremediablemente atraídos, como si de un imán se tratase, por aquella parte de la anatomía de Daniel Cavanaugh. Deslizó la mirada por su pecho; una pequeña porción de vello oscuro se perdía desde la altura de sus pectorales hasta la línea que la sábana ocultaba.

¡Por Dios! ¿Qué estaba haciendo mirando a ese hombre de aquella manera?

Se levantó de la cama de inmediato y se apartó.

Rachel entró con un par de mantas y en seguida cubrió el cuerpo de Daniel con ellas, y Hazel, en silencio, se lo agradeció.

—Yo lo despertaré para que se beba el té —declaró Rachel, haciéndose con la taza de infusión antes de que Maddie o la intrusa de Hazel le ganaran por la mano.

Maddie no dijo nada y Hazel permaneció en su puesto en completo silencio, mientras Rachel se sentaba al lado de Daniel e intentaba despertarlo.

—Daniel, despierta, querido —dijo en un susurro, dejando la bandeja encima de la cama.

Él no abrió los ojos; sólo farfulló entre dientes palabras que ninguna de las tres llegó a comprender.

Maddie se acercó y puso una mano en la frente de su hermano mayor.

—¡Cielo santo, está ardiendo de fiebre! Voy a buscar agua helada para hacer unas compresas —dijo, y salió corriendo de la habitación.

—¡Daniel, despierta, por favor! —Rachel había alzado el tono de su voz, pero aun así él no abría los ojos—. ¿En qué estabas pensando cuando has salido esta mañana viendo la tormenta que se avecinaba?

Hazel percibió la preocupación en el rostro cansado de la cuñada de Daniel Cavanaugh y no pudo evitar preocuparse ella también. Rachel tenía razón; haber salido esa mañana sólo había sido un acto de imprudencia, y ahora él estaba pagando las consecuencias.

Rachel acercó la taza de té al rostro de Daniel, pero él seguía sin reaccionar.

—Creo que será mejor esperar a que despierte —sugirió Hazel, hablando por primera vez desde que se habían quedado a solas.

Rachel la miró con desprecio y no se dignó responderle.

—¡Daniel, despierta, tienes que tomarte este té! —insistió, poniendo la taza a unos pocos milímetros de sus labios.

Hazel entonces se acercó y se sentó junto a él.

—Lord Cavanaugh, despierte.

Sabía que era inútil, pero al menos debía hacer el intento, a pesar de la mirada cargada de ira que le estaba prodigando Rachel Griffith.

Daniel ladeó la cabeza en dirección a aquella voz tan dulce. El sonido de la voz de Hazel era un halo de luz que lentamente lo sacó del aturdimiento en el que estaba sumido por completo.

—Hazel.

—Sí, lord Cavanaugh; soy Hazel —respondió ella, olvidándose por un instante de la mirada asesina de Rachel.

Daniel movió los párpados y abrió finalmente los ojos.

—La señorita Rachel quiere que se beba su té —dijo sonriéndole.

Entonces, Daniel se dio cuenta de que su cuñada también estaba con ellos; por un momento, le había parecido que sólo Hazel y él estaban en la habitación. Era su voz la que lo había sacado de su estado de inconsciencia y era a ella a quien había llamado cuando había olido su perfume.

—Tienes que beber esta infusión de Brunela que Rose ha preparado para ti, Daniel —intervino Rachel, molesta.

Daniel abrió la boca y dejó que su cuñada le diera de beber el té caliente, que rápidamente se asentó en su estómago.

Maddie entró como una tromba. En las manos llevaba una jofaina llena de agua con hielo y unos cuantos lienzos colgaban de sus hombros.

—¡Hermano, has despertado por fin! —exclamó, un poco más aliviada.

—Así es, Maddie; yo misma he logrado que abriera los ojos y que bebiera unos cuantos sorbos de té —explicó Rachel, adjudicándose de inmediato el protagonismo de la hazaña que había conseguido Hazel.

Por supuesto, Hazel no la contradijo; no valía la pena. Después de todo, ambas sabían que Daniel se había despertado sólo cuando había oído su voz. Descubrir aquello provocó en Hazel una sensación completamente desconocida y, por un instante, experimentó temor.

Maddie sonrió complacida, contenta de ver despierto a su hermano.

—Tiene calentura. Cuando termine de tomar el té, le pondré estas compresas de agua helada para bajarle la temperatura —dijo mientras dejaba el agua y los paños en una silla junto a la cama.

Hazel sintió que sobraba; Rachel se estaba encargando de que Daniel bebiera el té y Maddie le pondría las compresas frías. No había nada que ella pudiera hacer. Por eso, se levantó de la cama y sonriendo a Maddie le dijo:

—Maddie, será mejor que yo me retire. Vosotras podéis encargaros de todo. No creo que…

Daniel estiró el brazo y abrió la mano.

—Hazel, no te vayas. —Las tres mujeres observaron a Daniel—. Necesito hablar contigo…

Hazel reprimió el deseo inmenso de coger la mano de Daniel y estrecharla con fuerza entre las suyas. Ni siquiera sabía por qué tenía ese repentino deseo, sólo que quería hacerlo y que no podía.

Rachel dejó de darle el té. Se había quedado inmóvil observando cómo Daniel le pedía a una completa extraña que se quedara a su lado.

Se había hecho un silencio bastante embarazoso y fue Maddie quien abrió la boca para hablar.

—Rachel, será mejor que tú y yo nos vayamos. —Le quitó prácticamente de un sopetón la taza de té de las manos y se puso de pie—. Hazel puede encargarse de que Daniel termine su infusión y de las compresas, ¿verdad, Hazel?

Hazel no respondió, sólo se quedó observando el rostro empalidecido de Rachel, que se levantó de la cama y la miró completamente indignada. Estuvo a punto de decir algo, pero Maddie fue más rápida que ella y se lo impidió, empujándola fuera de la habitación.

—Estaremos abajo si necesitas cualquier cosa —dijo Maddie, asomándose por la puerta entreabierta antes de cerrarla por completo.

Durante unos segundos, Hazel no se movió, pero cuando la voz de Daniel le llegó en un susurró, buscó la taza de té y se sentó a su lado.

Logró que él se terminara el té por fin y luego se encargó de poner las compresas de agua fría en su frente. Él había caído nuevamente en un estado de semiinconsciencia, y después de un par de horas, Hazel notó que las compresas no estaban haciendo mucho por bajarle la fiebre.

De repente, la imagen de Jeremy enfermo se presentó sin previo aviso y la angustia se apoderó de todo su cuerpo.

La calentura no cedía; no importaba cuán heladas estuviesen las compresas que ponía en su frente cada minuto. La tela rápidamente

absorbía el calor y se tornaba tan caliente como la piel.

—¡Dios, esto no está funcionando! —Hazel no quería desesperarse, pero no podía evitarlo—. Será mejor que baje y le diga a Maddie que mande a buscar a un doctor.

Observó a través de la ventana. La tormenta seguía arreciando, y Hazel sabía muy bien que bajo aquellas condiciones climáticas nadie se aventuraría a salir de casa. Además, el mal estado de los caminos seguramente impediría el paso de los carruajes.

Daniel estaba tiritando y todo su cuerpo hervía. Hazel tenía que hacer algo y debía hacerlo ya.

—¡Daniel!, ¿me oye? —Le rozó la mejilla—. ¿Cree que podrá ponerse de pie?

La cabeza de Daniel se movió lentamente hacia arriba y hacia abajo.

—Muy bien. Necesito que ponga de su parte. —Se puso de pie, y después de dejar las compresas dentro de la jofaina, le quitó las mantas y las sábanas—. Debemos llegar hasta la bañera. ¿Me ha oído?

Daniel susurró un tenue sí, pero ella lo entendió perfectamente.

Se inclinó y lo ayudó a incorporarse poco a poco. Hazel tuvo que olvidarse de que él estaba completamente desnudo, aunque era imposible no notarlo.

Ella le pasó un brazo por la espalda e hizo que él pusiera el suyo encima de sus hombros. Trató de levantarlo, pero en el primer intento ambos cayeron en la cama debido al peso de su cuerpo. Pero Hazel no se rendiría. Tenían que llegar hasta la bañera.

—¡Vamos, haga un esfuerzo! —le pidió, poniéndose de pie una vez más.

Daniel, entonces, dio un pequeño empujón y logró levantarse. Apoyándose en el pequeño cuerpo de Hazel se sintió reconfortado y, por un segundo, se olvidó de que estaba ardiendo de fiebre y que le dolían horrores las piernas y los brazos.

—Debemos llegar hasta el baño —dijo Hazel, batallando por no dejarlo caer. Él se había aferrado a ella fuertemente con ambos brazos; uno descansaba en sus hombros mientras que el otro caía delante de ella, justo encima de sus pechos. Por su parte, Hazel lo sujetaba de la cintura; sus brazos intentaban rodearlo, pero él era tan ancho que le costó hacerlo. Aun así, y a paso de tortuga, lograron llegar hasta el baño.

Hazel podía sentir la respiración de Daniel en su cuello. Aunque sus ojos apuntaban hacia el frente, no podía olvidar que él estaba desnudo de los pies a la cabeza.

Con dificultad, llegaron hasta la bañera, y ella hizo que él se sentara en el borde. Daniel se negaba a soltarla, pero Hazel logró apartarle el brazo, y de esa manera, se pudo incorporar lo suficiente como para empujarlo dentro de la bañera vacía.

Él dio un grito cuando su cuerpo chocó contra el duro mármol del fondo de la bañera, y Hazel le pidió disculpas.

Cuando todo el cuerpo de Daniel estuvo acomodado, Hazel abrió el grifo y dejó que el agua helada lo cubriera casi hasta el cuello.

Gotas de sudor caían de la frente de Daniel. Hazel le puso la mano y comprobó que aún estaba ardiendo. Aquel método tenía que dar resultado; había funcionado muchas veces cuando Jeremy había sufrido aquellos episodios terribles de fiebre alta. El agua fría había sido su mejor medicina.

Daniel se quejaba mientras su cuerpo se movía, inquieto, a uno y otro lado. Hazel se sentó en el borde de la bañera y se cercioró de que la temperatura del agua continuara lo suficientemente fría. Cuando veía que comenzaba a entibiarse, volvía a abrir el grifo, hasta que se enfriaba de nuevo.

No sabía cuánto tiempo había estado haciendo aquello, pero el esfuerzo había valido la pena, pues comprobó que la fiebre finalmente había cedido.

Vació la bañera y lentamente el cuerpo de Daniel se hizo visible una vez más. Hazel quiso apartar la mirada, pero le fue imposible hacerlo. La anatomía de Daniel era casi perfecta: sus brazos eran

largos y musculosos; tenía un pecho ancho y fuerte; su abdomen parecía estar tallado en piedra; sus piernas eran largas, poderosas, lo suficientemente resistentes como para cargar con todo el resto de su anatomía. Los ojos negros de Hazel se detuvieron entonces más allá de la cintura de Daniel, allí donde su miembro flácido dormía cubierto por una mata de vello oscuro.

Él se movió, y Hazel apartó la mirada inmediatamente. Ahora parecía que era ella la que tenía calentura. Se tocó las mejillas y comprobó que estaban ardiendo. Supuso que estarían rojas como un tomate.

Carraspeó y se puso de pie. Buscó unas toallas y comenzó a secarlo.

Daniel seguía inmerso en un estado de sopor, pero aun así sentía el contacto de Hazel mientras ella iba secándole cada parte de su cuerpo.

Aquellas manos lo recorrían inocentemente, pero él no pudo hacer nada para evitar tener una erección. Aunque seguía algo aturdido, las manos de Hazel tocándolo por todas partes y el olor de su perfume lo embriagaron por completo.

Los ojos de Hazel se abrieron como platos cuando descubrió, azorada, lo que acababa de suceder. Tan rápidamente como pudo cubrió la mitad inferior del cuerpo de Daniel y se encargó de que *aquella parte* de su anatomía quedase oculta. Obviamente, la toalla que anudó alrededor de su cintura no podía esconder el bulto de la erección de Daniel, por eso se obligó a desviar la mirada y conducirlo hasta su cama sin perder más tiempo.

Lo ayudó a recostarse, y después de cubrirlo con las mantas se cercioró de que la fiebre ya había remitido. La temperatura de su frente parecía normal, y Hazel soltó un suspiro de alivio. Seguramente, lo peor ya había pasado.

Su intención era marcharse y dejarlo descansar, pero cuando él abrió los ojos y le clavó la mirada se quedó inmóvil, incapaz de parpadear siquiera.

—Tengo que hablar contigo, Hazel —le dijo antes de que ella pensara en abandonar la habitación—. Es importante…

—Lord Cavanaugh, será mejor que descanse. Podremos hablar más tarde, cuando se sienta mejor —respondió para intentar convencerlo.

Ella se dispuso a alejarse cuando él la cogió de la mano.

—Por favor, Hazel…, no te vayas.

El calor de sus mejillas ahora se había trasladado hasta el punto exacto en donde la mano de Daniel la estaba tocando. Con el rabillo del ojo, Hazel pudo comprobar que el efecto que le había provocado su contacto al secarle el cuerpo se mantenía.

Hazel no sabía qué hacer. Una voz interior le decía que se marchara, que la situación se estaba tornando peligrosa, mientras que otra voz más potente le gritaba que se quedara y que escuchara lo que él tenía que decirle.

Fue fácil decidir a cuál de las dos voces hacer caso; por eso se sentó en la cama a su lado, dispuesta a saber qué era eso tan importante que él tenía que decirle y que no podía esperar.

6

HAZEL estaba inquieta. Daniel aún no le había soltado la mano. Al menos, y para ella era una bendición, la zona de la entrepierna había vuelto a su estado normal.

—Usted…, usted dirá, lord Cavanaugh —murmuró sin mirarlo directamente a los ojos.

Él trató de reincorporarse, pero le dolía la espalda.

—Puedo esperar hasta que se recupere —dijo Hazel, viendo que Daniel todavía no se sentía del todo bien.

—Ya estoy casi repuesto, Hazel. Soy un hombre fuerte y una tormenta no va a vencerme.

Daniel le sonrió, y Hazel descubrió complacida que la palidez de su rostro estaba dando paso a su tono natural de piel nuevamente, clara señal de que la fiebre había remitido por fin.

—Como usted quiera, lord Cavanaugh.

—¿No habíamos quedado en que ya no me llamarías lord? Llámame Daniel, por favor.

Hazel asintió. Por supuesto, se acordaba de que le había pedido que lo llamara por su nombre de pila, pero ella prefería mantener las distancias; era lo único que se le ocurría por el momento para no acercarse demasiado a él. Había descubierto que su proximidad le provocaba sensaciones que le eran difíciles de controlar, y eso sólo lograba perturbarla.

—Quería hablar contigo sobre dos asuntos —comenzó a decir—. Lo primero que quiero que sepas es que esta mañana he ido a hablar con ese desgraciado de Pinkerton y he saldado la deuda que tenías con él.

Hazel abrió la boca para decir algo, pero él se lo impidió.

—Ya no le debes nada a ese malnacido; le he pagado el dinero que le debías. Él ya había decidido poner en venta la casa en la que vivías. He querido comprársela pero se ha negado a vendérmela a mí. Me ha dicho que ya tenía un comprador —explicó.

Hazel se sintió más desamparada que nunca. Ahora ni siquiera tenía una casa a la cual regresar si algún día decidía marcharse de Blackwood Manor con su hijo. Como si fuera poco ahora su deuda con él había aumentado.

—No debes preocuparte por ese canalla, Hazel; es mucho mejor que no tengas ninguna clase de contacto con él, sobre todo después de lo que ocurrió…

Ella agachó la cabeza. Recordar aquel nefasto episodio sólo la llenaba de vergüenza.

Daniel la asió de la barbilla y la obligó a que lo mirara.

—Tú no tienes nada de que avergonzarte, Hazel. Si hay alguien que tiene que sentirse avergonzado es ese maldito mequetrefe. Si hubiera sido por mí, lo habría mandado a la cárcel. Si no lo hice fue sólo porque tú me pediste que no lo hiciera —alegó, clavándole los ojos azules en los suyos.

—No quería que nadie más se enterara de lo sucedido —dijo ella, apesadumbrada.

—Lo sé y lo entiendo, pero ese imbécil se merecía tener su castigo —concluyó Daniel, arrepintiéndose de no haber golpeado al sujeto esa mañana cuando había ido a verlo.

—¿Qué otra cosa quería decirme, Daniel? —preguntó Hazel, llamándolo nuevamente por su nombre.

Lord Cavanaugh respiró hondo y colocó las manos a ambos lados del cuerpo.

—Se trata de Catherine y lo que sucedió ayer. —Intentó sonreír, pero no lo logró—. Sé que no es fácil lidiar con ella; a mí mismo me cuesta entablar una relación normal de padre e hija. Pero quiero que sepas que creo que sólo la presencia de tu hijo y la tuya podrán sacarla de la apatía en la que se ha sumido desde la…, desde la partida de su madre.

Hazel, de repente, sintió que él estaba poniendo demasiadas expectativas en ella. No estaba muy segura de que fuera la persona indicada para ayudar a la pequeña Catherine, más aún cuando su primer encuentro había sido tan desastroso.

—Daniel, yo quiero ayudar a su hija, pero no sé si podré hacerlo. Quizá debería asignarme otras tareas. Puedo ocuparme de la limpieza o incluso de la cocina.

—No, nada de eso —respondió enérgicamente él—. Te he traído aquí para que seas la dama de compañía de Catherine y eso serás. Te llevará tiempo ganarte su confianza y su cariño, pero estoy seguro de que lo lograrás. Eres una mujer que se hace querer fácilmente, y además, Tobin será un excelente compañero de juegos para mi pequeña.

Hazel no supo qué decir. Él confiaba en ella, quizá demasiado; sin embargo, supo en ese instante que haría lo posible por no defraudarlo. Lidiaría con la pequeña y apática Catherine, no importaba el tiempo que le llevara; después de todo, si quería devolverle el dinero que Jeremy le había pedido prestado, tendría que trabajar un largo período en su casa y así saldar la deuda que su esposo había contraído con él.

—Daré lo mejor de mí, puede estar seguro de eso. Sé que me llevará tiempo, pero le devolveré el dinero que le prestó a Jeremy y el que ha gastado para pagarle a ese hombre. —Le prometió, aun a sabiendas que el éxito de su misión no dependía enteramente de ella.

Él quiso responderle una vez más que no era necesario, pero conocía de antemano lo que Hazel pensaba al respecto y prefirió dejar las cosas así. Le sonrió, y ella se sintió de repente perdida en

aquellos ojos azules que habían atenuado un poco aquella frialdad que había percibido la primera vez que lo vio.

La puerta se abrió de pronto, y Hazel se puso de pie de un salto.

—Veo que te estás recuperando —dijo Maddie al entrar en la habitación con una sonrisa de alivio dibujada en el rostro.

—Así es, Maddie. —Daniel observó a su hermana, pero de inmediato toda su atención volvió a la mujer que había logrado curarlo—. Todo es mérito de Hazel, hermana.

Hazel rezó en silencio para que él no le contara a su hermana que lo había llevado desnudo hasta la bañera para darle un baño de agua fría y que luego lo había secado antes de meterlo nuevamente en la cama.

—Hazel ignoro lo que has hecho con él, pero me alegra saber que ya está mejor —dijo tocando la frente de su hermano para verificar si la fiebre había desaparecido.

Hazel le sonrió y se retiró con la excusa de ir a buscar a Tobin porque no lo había visto desde que se había levantado esa mañana.

Cuando ella se marchó, Maddie se sentó junto a su hermano y lo observó detenidamente.

—¿Qué sucede? ¿Por qué me miras de esa manera?

Maddie entrecerró los ojos. Había advertido un brillo diferente en la mirada de su hermano y creía conocer el motivo de ese cambio.

—Nada, es sólo que he notado cierto cambio en ti y debo confesar que me gusta lo que veo…

Daniel le impidió que siguiera hablando porque sabía perfectamente hacia dónde conducía aquella conversación.

—No sucede nada, Maddie —explicó, aunque sabía que no estaba sonando muy convincente—. Te conozco y sé lo que piensas.

—¿Y no crees que sería bueno que algo así sucediera? Es decir, hace un año que sucedió lo de Eleanore y ya es tiempo de que olvides el pasado.

Daniel no quería escucharla. Maddie siempre había sido una casamentera incurable, sobre todo si la víctima era él. Si no supiera

de la antipatía que sentía por su cuñada Rachel, estaba seguro de que incluso hubiera tratado de ligarlo con ella.

—No empieces con eso, Maddie —advirtió—. No viene al caso que hablemos del asunto.

—¡Está bien, como quieras! —respondió Maddie, desistiendo por el momento—. Le diré a Agatha que hoy tomarás tu almuerzo aquí…

—¡Nada de eso! —La interrumpió Daniel—. Bajaré a almorzar al comedor como todos los días.

Maddie no dijo nada; sólo salió de su cuarto sonriendo de oreja a oreja.

«Los hombres son los últimos en darse cuenta», pensó Maddie, cerrando la puerta tras de sí.

Cuando Hazel bajó a la cocina encontró a Tobin jugando en el suelo con uno de los pocos juguetes que había traído, bajo la atenta mirada de las doncellas y de Albert.

—¡Mamá! —gritó Tobin, levantándose rápidamente y lanzándose en los brazos de su madre.

Hazel le besó la frente y le acarició las mejillas.

—¿Dónde estabas?

—Estaba ayudando a la señorita Maddie —respondió, sonriéndole.

De inmediato, Hazel percibió las miradas que cruzaron Rose y Theresa al oír la respuesta.

—No voy a poder aprender a montar hoy —dijo Tobin con tristeza.

—Podrás hacerlo mañana, muchacho. Eso, por supuesto, si esta tormenta acaba por fin —alegó Albert, mirando a través de la ventana.

La puerta que daba al patio se abrió de golpe, y Leonard apareció cargando una bolsa de carbón en su espalda.

—¡Cielos! ¡Parece que el mundo está por acabarse ahí afuera!

Dejó la pesada carga junto a la estufa y acercó sus manos mojadas al fuego.

—Gracias por traer el carbón. —Albert se apartó de la ventana y le sonrió—. Yo ya estoy viejo para llevar a cabo ciertas tareas.

—¡No digas eso, Albert! —respondió Leonard, dejando escapar una carcajada. Sus ojos, de inmediato, se posaron en Hazel que estaba de pie junto a la mesa abrazando a su hijo—. ¿Cómo estás, Hazel?

—Bien, Leonard, gracias. Deberías cambiarte de ropa antes de que pesques una pulmonía —le aconsejó.

—Eso mismo haré —le dijo sonriendo antes de abandonar la cocina en dirección a su habitación, que se encontraba, al igual que la de los demás criados, en la parte trasera de la casa.

Rose y Theresa siguieron prodigándose miradas cómplices mientras observaban todo lo que sucedía. Al parecer allí se estaba cociendo algo, y era algo muy gordo, por cierto.

—Tobin, hoy almorzaremos aquí —anunció Hazel, de repente.

—¿Y eso por qué, señora Brown? —Quiso saber Albert, algo contrariado por la decisión de la nueva institutriz de la pequeña Catherine.

—Lord Cavanaugh no se encuentra bien y creo que lo más prudente será que dejemos, en caso de que se levante, que almuerce con su familia —contestó mientras ayudaba a Rose a poner la mesa.

—¿Qué tiene lord Cavanaugh, mamá? —preguntó Tobin con carita de preocupado.

—Nada grave, cariño; sólo ha pescado un fuerte resfriado, pero ya está mejor.

—No creo que al señor le agrade que tomen su almuerzo en la cocina —mencionó Albert, sabiendo qué actitud adoptaría su señor en cuanto lo supiera.

—No creo que le preocupe que Tobin y yo comamos en la cocina; seguramente tendrá cosas más importantes en las que pensar —dijo toda resuelta.

—Lo decía por lo que sucedió ayer —señaló Albert.

Todos se dieron cuenta de que el mayordomo sólo estaba tratando de hacer entrar en razón a Hazel, pero parecía que ella estaba empeñada en contradecir las órdenes dadas por lord Cavanaugh nuevamente.

—Voy a almorzar aquí con mi hijo, Albert —respondió con vehemencia mientras llevaba un cuenco lleno de pan recién horneado a la mesa.

Ni Rose, ni Albert, ni Theresa dijeron nada; sólo esperaban que el resfriado de su señor impidiese que viniera a buscar a Hazel a la cocina y se enfadara con la pobre Agatha una vez más.

Daniel bajó al comedor a almorzar aunque se sentía todavía un poco mareado. Sentadas a la mesa, encontró a Rachel y a Maddie. Sus ojos buscaron en los dos lugares vacíos en vano.

—¿Dónde están Hazel y Tobin?

Maddie notó el desconcierto en la voz de su hermano mayor.

—Daniel, Hazel ha preferido almorzar en la cocina para no causar molestias —respondió Maddie—. No quiere importunarte, ya que no te encuentras muy bien.

—¡Pamplinas! Me siento perfectamente —replicó, evidenciando el fastidio que le provocaba que Hazel hubiera desobedecido sus órdenes una vez más.

Cuando Maddie vio que él enfilaba hacia la cocina, se puso de pie y lo detuvo.

—Déjala, Daniel. No viene al caso que la busques y la reclames delante de los demás.

Daniel miró a su hermana por un instante y comprendió que sería lo mejor. Se moría de ganas de verla sentada a su mesa nuevamente, pero pasaría por alto el hecho de que ella hubiera preferido almorzar en la cocina, sólo por esa vez. Ya hablaría con ella más tarde al respecto.

Regresó a la mesa en completo silencio y ni siquiera percibió la mirada furibunda en los ojos de su cuñada.

La que sí la notó fue Maddie, y eso le causó una honda preocupación. Conocía muy bien a Rachel, y si sospechaba que Daniel albergaba alguna clase de sentimientos hacia Hazel, sería la pobre viuda la que terminaría ganándose el odio y la antipatía de Rachel.

—¿Te has repuesto por completo? —preguntó, poniendo fin al tenso silencio que se había impuesto de repente en el ambiente.

Daniel se sirvió un poco de agua antes de responder a la pregunta de su hermana.

—Sí, sólo siento un leve mareo, pero estoy bien; es seguro que se trata de un efecto de la fiebre.

—Deberías visitar al doctor Wilson apenas deje de llover —sugirió Rachel, hablando por primera vez.

—No hace falta, Rachel, estoy bien.

—Hazel ha resultado ser una enfermera excelente —comentó Maddie, sonriendo.

—Así es —respondió Daniel, algo pensativo.

Sólo entonces le había venido a la mente que quizá ese hecho bendito se debiera a la enfermedad que había padecido Jeremy Brown. Seguramente, Hazel había estado a su lado en cada una de las etapas de su cruel afección, cuidándolo como lo había cuidado a él. Un estremecimiento lo recorrió por dentro cuando evocó lo que ella había tenido que hacer para bajarle la temperatura. Había estado algo aturdido debido a la fiebre, por eso no había pensado en lo que había sucedido. Pero ella lo había metido desnudo en el agua fría para luego secarlo con mucho cuidado antes de ayudarlo a regresar a la cama. También recordaba perfectamente su reacción ante las caricias que ella le había prodigado al secar los rincones de su cuerpo.

Lanzó un suspiro y fue tan sonoro que tanto Rachel como Maddie lo notaron.

Maddie bebió un sorbo de vino y sonrió.

Rachel, en cambio, apretó con fuerza la servilleta que descansaba en su regazo. Lo que había temido estaba sucediendo, y

confirmar sus sospechas sólo podía hacer que su mal humor empeorara.

7

TODOS en la cocina agradecieron que lord Cavanaugh no se hubiera presentado reclamando que Hazel y Tobin almorzaran en el comedor con él.

El pequeño se había marchado a las caballerizas después de haber pasado unas cuantas horas encerrado en su habitación, leyendo uno de sus cuentos favoritos; Albert estaba atendiendo a su señor, que descansaba en la biblioteca; Rupert ponía a punto el carruaje; Leonard había salido al jardín, una vez que la tormenta había cesado, a sembrar unos brotes nuevos; Rose y Theresa estaban haciendo el aseo de los cuartos, y Hazel ayudaba a Agatha a hornear unos pasteles.

Estaban solas, y Hazel vio la ocasión perfecta para hablar con el ama de llaves.

—Agatha —dijo Hazel mientras batía unos huevos—, ¿podría hacerle una pregunta?

La anciana frunció el ceño.

—Claro. —Se cruzó de brazos—. ¿Qué es lo que quieres saber?

Hazel ni siquiera sabía por dónde comenzar, no quería pecar de chismosa ni de curiosa, pero tenía que saber quién era la mujer que había visto la noche anterior en el jardín.

—¿Por qué no hay ningún retrato de la esposa de lord Cavanaugh en la casa?

Agatha se quedó en silencio unos segundos. No le pareció inusual la pregunta que Hazel le acababa de hacer; es más, incluso a ella le había parecido extraño que después de la desaparición de la señora Eleanore el señor hubiese mandado retirar todos sus retratos.

—Lord Cavanaugh mandó quitarlos hace un año, cuando su esposa se fue. Hazel dejó de batir un instante.

—¿Y cómo era ella?

—¿Por qué quieres saberlo?

—Sólo por curiosidad —respondió Hazel, ocultando su verdadero interés en saber más cosas de aquella mujer.

—Era una mujer hermosa. Se casó con el señor siendo muy joven. Ambos estaban muy enamorados. Luego, nació la pequeña Catherine y su dicha fue completa. —Contó, presa de la emoción—. La señora Eleanore amaba tanto a su esposo y a su hija… Es una pena que ya no esté con nosotros.

Hazel quería preguntarle sobre un asunto en particular y temía parecer una entrometida.

—Dice que era una mujer hermosa. ¿Se parece Catherine a ella?

—¡Oh, no!, la pequeña Catherine es el vivo retrato de su padre. Los mismos ojos, el mismo color de cabello, hasta la misma sonrisa; esa que hace tanto tiempo que ya no aparece en su rostro.

—¿No se parece en nada a su madre? —insistió Hazel.

—No; la señora Eleanore tenía el cabello dorado, casi igual al tuyo —respondió, tocando el cabello trenzado de Hazel, que le caía sobre el hombro.

Era rubia. Eso la dejó aún más contrariada. La mujer misteriosa también lo era, pero no podía ser la esposa de lord Cavanaugh, que había desaparecido un año atrás.

—¿Por qué tanto interés de repente por la esposa del señor? —Quiso saber Agatha.

—Por nada. —Hazel sonrió, nerviosa—. Ya se lo he dicho; es sólo un poco de curiosidad.

Agatha se quedó mirándola mientras ella echaba un poco de azúcar al pastel que estaba preparando. Eran demasiadas preguntas

para que sólo fuera un poco de curiosidad.

Rachel se sentó junto a su sobrina y le cogió la mano.

—¿Cómo estás hoy, pequeña Catherine?

La niña miró a su tía a los ojos. Tenía el mismo color de ojos que su madre y eso sólo le recordaba que la había perdido y que no había un solo día que no la extrañara.

—Estoy bien, tía Rachel.

—No, cielo, no lo estás, y sé por qué —dijo Rachel, sonriendo comprensivamente—. Quiero que sepas que yo tampoco estoy de acuerdo con la llegada a Blackwood Manor de esa mujer y su hijo.

Catherine alzó las cejas.

—¿Ha venido un niño con ella? Rachel asintió.

—No sé por qué tu padre ha tenido que traer a un par de extraños para que te hagan compañía cuando me tienes a mí y a tu tía Maddie para cuidarte.

Rachel acarició el cabello negro de su sobrina con afecto.

—Yo no quiero que esa mujer me cuide —dijo Catherine, volviendo a clavar sus ojos azules en la ventana.

—Querida, si no quieres, debes hablar con tu padre y decírselo. Él no puede imponerte su presencia. —Tomó el rostro de Catherine por la barbilla e hizo que la mirara—. Si se lo pides estoy segura de que esa mujer y su inquieto vástago se marcharán de la mansión tan rápidamente como han llegado.

Catherine no dijo nada, y el silencio se apoderó una vez más del ambiente. Rachel prefirió entonces dejarla sola; su sobrina necesitaba pensar. Debía convencerla de que le pidiera a su padre que expulsara a la tal Hazel y a su hijo. En ese momento, Catherine era su única aliada en todo Blackwood Manor y debía aprovechar aquel hecho en su propio beneficio.

Antes de salir observó una vez más a su sobrina.

Si tenía que envenenar el alma de la pobre Catherine contra la intrusa de Hazel, lo haría. Cualquier cosa, con tal de liberarse de la mujer que había llegado para entorpecer sus planes.

Cuando su tía la dejó sola, Catherine se puso de pie y caminó hacia la ventana que daba a la parte trasera de la casa. Corrió una de las cortinas y un halo de luz le dio en la cara. Entrecerró sus ojos, demasiado acostumbrados a la penumbra de su habitación, y estaba a punto de colocar la cortina en su sitio cuando una risa captó su atención.

Buscó el origen de aquella risa estridente y descubrió a un niño que hablaba con Percey en las caballerizas.

Supo de inmediato que se trataba del hijo de la mujer que había ido a verla la tarde anterior.

Se quedó allí, al pie de la ventana, contemplando cómo el niño era ayudado por Percey a subirse a uno de sus caballos favoritos; el más manso, el mismo con el que ella había aprendido a montar un par de años atrás.

De pronto, se vio embargada por una mezcla extraña de sentimientos. Estaba enfadada por la presencia de aquel intruso en la casa, que además ahora estaba subido al lomo de su caballo, pero al mismo tiempo envidiaba al niño que reía feliz mientras comenzaba a cabalgar guiado por el viejo Percey.

Unas lágrimas saltaron de sus profundos ojos azules y no supo si lloraba de rabia o de tristeza.

Esa tarde no sólo la solitaria Catherine estaba observando a través de su ventana.

Daniel había estado leyendo en su estudio, pero concentrarse en las palabras de su poeta favorito le había resultado casi imposible. No podía quitarse a Hazel Brown de la cabeza. La viuda de quien fuera su mejor amigo de la infancia había llegado a su vida para inquietarlo, y lo sabía.

Se llevó ambas manos a la cintura y dejó escapar un sonoro suspiro.

Observó que, en un sector del jardín, Leonard estaba retirando la mala hierba que, en esa época del año, cuando el invierno ya había

comenzado a despedirse, amenazaba con cubrir las flores que lentamente iban apareciendo.

Recordó entonces que el día anterior, cuando había llegado de uno de sus paseos a caballo, había encontrado a Leonard hablando con Hazel en el jardín. Le había parecido que ambos estaban disfrutando de la conversación, y eso en cierto modo lo había molestado.

Ahora comprendía el porqué de su actitud; no le gustaba que Hazel compartiera tiempo con el jardinero.

El azul de sus ojos se volvió más intenso cuando descubrió a Hazel caminando por un sendero del jardín.

Estaba bellísima con uno de sus habituales vestidos negros, que aún llevaba debido al luto, y el cabello dorado recogido en una trenza le caía por encima de un hombro.

Observó, contrariado, que el jardinero le hacía señas y ella avanzaba hacia él con una sonrisa en los labios.

La rabia se apoderó de Daniel cuando Hazel se acercó a Leonard y se arrodilló junto a él para ayudarle a quitar las malas hierbas que crecían entre los narcisos y los crisantemos.

Podía ver desde la ventana de su estudio que ambos hablaban y sonreían. Era evidente que se llevaban bien, y esa era una situación que Daniel no podía soportar.

Inexplicablemente y sin razón aparente deseó salir de la casa, correr hasta el jardín y apartar a Hazel de aquel hombre.

Pero no lo hizo.

En cambio, se sirvió una copa de whisky y se dejó caer en el sillón. El libro de poemas de Robert Browning descansaba abierto encima de la mesa de cedro, a su lado.

Se bebió el whisky de un solo trago y sus ojos azules se clavaron en el vaso vacío.

No era posible que estuviera sintiendo lo que estaba sintiendo; sin embargo, ya no podía negarlo.

La presencia de Hazel había despertado un sinfín de emociones que había creído muertas y sepultadas desde la desaparición de su

esposa.

Parecía que su propio corazón estaba jugando en su contra y comenzaba a latir dentro de su pecho de un modo diferente; nuevo y con el mismo ímpetu de cuando era un jovencito de veinte años y creía que podía soñar con el amor.

Amor.

No podía ser verdad, y no obstante, allí estaba; con la imagen y la mirada tierna y temerosa de Hazel grabada en su memoria y con una vorágine de celos que no le dejaban en paz.

Dejó escapar un suspiro de resignación y cerró los ojos.

Una vez más, Hazel se apoderó de sus pensamientos.

8

HAZEL esperó en vano esa noche la aparición de la misteriosa mujer en el jardín. Se había retirado a su cuarto después de la cena en el comedor, que ella y Tobin habían compartido con lord Cavanaugh, su hermana y la antipática de su cuñada.

Apenas había abierto la boca y se había dedicado a escuchar la conversación entre Maddie y Daniel, respondiendo con tímidos monosílabos. La fuerte presencia de Rachel había provocado que ni ella ni el pequeño Tobin se sintieran a gusto a pesar de las atenciones de Maddie y su hermano.

Por eso, se había excusado y se había retirado antes de probar un trozo de pastel de moras que ella misma había ayudado a hornear esa tarde. Tobin no quería perderse el postre y, por lo tanto, se quedó un rato más. Hazel le dio permiso sólo cuando él le prometió que se portaría bien. Maddie, por su parte, tranquilizó a Hazel diciéndole que ella misma lo llevaría a acostarse en cuanto terminara el pastel.

Ahora estaba en medio de la oscuridad de su cuarto, sentada junto a la ventana, esperando a que una vez más la mujer de blanco apareciera caminando por el jardín.

Observó el reloj por enésima vez y comprendió que ya era demasiado tarde y que quizá esa noche no se dejaría ver.

Algo desilusionada, Hazel regresó a la cama y se metió bajo las sábanas. Apoyó la cabeza en la blanda almohada y cerró los ojos,

pero no pudo conciliar el sueño.

No conseguía dejar de pensar en la insensata posibilidad de que la mujer rubia que había visto en el jardín pudiera ser la esposa desaparecida de lord Cavanaugh.

Por eso, quería volver a verla, y si era posible, acercarse a ella para comprobar o descartar aquella enorme sospecha que le carcomía la mente.

Se dio media vuelta y abrió los ojos. Miró hacia la ventana; un fino haz de luz entraba a través de la cortina entreabierta.

Un repentino impulso la obligó a ponerse de pie una vez más. Fue hasta la ventana y miró hacia la pérgola que había en el centro del jardín.

Al principio, creyó que era una ilusión óptica, pero luego comprendió que no lo era.

Allí estaba ella nuevamente, de pie sobre las escalinatas que conducían a la pérgola. Pero esa vez la mujer vestida de blanco no le daba la espalda, sino que miraba hacia la casa a través de la distancia.

Un escalofrío recorrió la espalda de Hazel.

La estaba mirando a ella; podía jurarlo.

El corazón de Hazel aceleró su ritmo; la mujer había notado su presencia y la estaba mirando.

Sabía que tenía que salir al jardín y tratar de acercarse a ella, pero parecía que sus pies estaban clavados en el suelo.

Cerró los ojos y apretó los párpados con fuerza.

Cuando los abrió, la mujer ya no estaba allí.

A la mañana siguiente, todos en la cocina notaron la palidez en el rostro de la joven viuda, pero nadie comentó nada.

—Hazel, Tobin ya se ha levantado y me ha pedido que le diga que está en las caballerizas con Percey —anunció Rose nada más que ella puso un pie en la cocina.

Hazel sonrió. Como lord Cavanaugh le había dicho a Tobin que podía disponer de sus caballos para aprender a montar, el niño

apenas paraba por la mansión. Hazel no se lo reprochaba porque él estaba feliz con la idea de aprender a montar por fin, pero echaba de menos pasar algunos momentos con su hijo como solían hacerlo antes.

Su pequeño Tobin estaba creciendo, y eso de alguna manera la entristecía.

Jeremy nunca lo vería convertirse en un hombre de provecho; ése siempre había sido su anhelo y había sido truncado por su terrible enfermedad.

Hazel, entonces, comprendió la falta que le haría a Tobin la presencia de un padre. Había perdido al suyo con apenas seis años y era seguro que eso influiría en su educación. Sólo esperaba ser lo suficientemente competente como para cumplir la promesa que le había hecho a su esposo.

Una figura paterna era seguramente lo que Tobin requería, pero ella no podía brindársela. Debía ser madre y padre para él, y por fortuna se sentía muy capaz de sacarlo adelante y hacer de él el buen hombre que Jeremy había querido siempre.

—¿Estás bien? —le preguntó Agatha al notar que ella estaba meditabunda.

—Sí, es sólo que extraño un poco a mi hijo —respondió mientras sacaba una taza de porcelana china de un armario.

—Percey me ha dicho que está muy entusiasmado con los caballos —intervino Albert.

—Siempre le han gustado, pero mi difunto esposo y yo no pudimos comprarle uno, ni siquiera enseñarle a montar.

—Eso cambiará aquí —dijo Agatha.

—Tengo entendido que lord Cavanaugh está pensando en darle una sorpresa al pequeño Tobin —dijo Albert.

Cuando Rose le dio un pisotón, el mayordomo se dio cuenta de que había metido la pata.

—¿Una sorpresa? —Hazel alzó las cejas.

—¡Albert, eres el mayor aguafiestas de Newcastle-upon-Tyne! —lo reprendió Agatha seriamente.

Hazel esperó con paciencia mientras las mujeres seguían riñendo al pobre mayordomo, y después preguntó de nuevo.

—¿En qué consiste esa sorpresa?

—Si se lo digo, ya no será una sorpresa —respondió Albert, tratando de ganarse la indulgencia de Agatha y Rose.

Hazel comprendió que no lograría sacarle ni media palabra al fiel mayordomo de lord Cavanaugh.

—Está bien, ya no insisto más —dijo, y volcó un poco de café recién hecho en su taza, dispuesta a tomar su desayuno en la cocina con los demás.

Maddie entró en ese momento y la detuvo.

—¡Ni se te ocurra desairar nuevamente a mi hermano! —Se acercó y le quitó la taza de la mano—. Desayunarás con nosotros en el comedor porque no estoy dispuesta a soportar el mal humor de Daniel una vez más.

Hazel no supo cómo negarse y dejó que Maddie Cavanaugh la arrastrara prácticamente hacia el comedor.

Allí estaban Daniel y Rachel.

Él la recibió con una sonrisa, y Hazel sintió que las piernas comenzaban a temblarle. Rachel, en cambio, le dirigió una mirada cargada de odio que ni siquiera se dignó esconder.

—Buenos días, Hazel —saludó él, poniéndose de pie.

—Buenos días —dijo ella, sentándose en la silla que estaba a su derecha, justo en frente de Rachel.

—Albert me ha dicho que Tobin ya está en las caballerizas —comentó Daniel, volviéndose a sentar.

—Así es.

Hazel hubiera querido preguntarle sobre la misteriosa sorpresa que él tenía preparada para Tobin pero prefirió no hacerlo; le preguntaría en otro momento, lejos de la presencia amenazante de su cuñada.

—Hazel, antes de que llegaras, estaba contándole a mi hermano que este año pienso organizar un baile de primavera en Blackwood Manor —explicó Maddie mientras untaba un panecillo con miel.

—¿Estás segura de que quieres hacerlo aquí? —intervino Daniel con una expresión sombría en el rostro. Desde la desaparición de Eleanore, no se organizaban eventos sociales en la mansión.

Maddie sonrió a su hermano.

—Es el sitio ideal. Tiene suficiente espacio como para albergar a toda la ciudad si hace falta; además, si el tiempo es benévolo con nosotros, podemos utilizar el jardín.

—¿Para cuándo piensas organizarlo? —inquirió Daniel, plenamente consciente de que su hermana menor no desistiría de sus planes.

—El próximo fin de semana —indicó—. Sólo tengo que enviar las invitaciones, organizar el menú y encontrar una buena orquesta para que amenice la velada. ¿Te gustaría ayudarme, Hazel? —ofreció de pronto.

Hazel se sorprendió con la petición y por un instante no supo qué responder. Notó también el disgusto que aquella invitación había provocado en Rachel.

—Maddie…, no creo que pueda ayudarte demasiado —respondió —. Debo acercarme a Catherine; no olvides que estoy en esta casa como su dama de compañía —le recordó.

—No lo olvido, y creo que es una idea estupenda que seas *tú* quien te encargues de cuidar a mi querida sobrina. —Le lanzó una fugaz mirada a Rachel—. Pero seguramente no te molestará ayudarme un poco.

Hazel miró a Daniel; él la contemplaba fijamente y cuando le sonrió supo que contaba con su visto bueno.

—Está bien; acepto ayudarte con la organización de la fiesta —dijo por fin.

Maddie acercó su taza de café a medio llenar a la taza de Hazel e hizo que entrechocaran para representar un brindis.

—Gracias, Hazel.

—Es un placer —respondió ella, bebiendo el último sorbo de café.

La mirada de Hazel se desvió un segundo hacia Daniel y la mujer se sonrojó al comprobar que él aún no le había quitado los ojos de

encima.

Rachel entró en su cuarto y lanzó una sarta de maldiciones al aire. Maddie no se cansaba de humillarla delante de Daniel y de la mosquita muerta de Hazel Brown. Ahora, encima, le pedía que la ayudara en la organización del baile de primavera, cuando lo más acertado hubiera sido pedírselo a ella.

Se soltó el cabello que cayó sobre sus hombros en una cascada tan oscura como la noche, y se miró al espejo.

Contempló su rostro con suma atención. Era bonita, lo sabía. Muchos hombres en Newcastle-upon-Tyne se volvían a mirarla cuando se cruzaban con ella por la calle o la veían entrar en la iglesia cada domingo para asistir a misa. Tenía unos ojos castaños y grandes, idénticos a los de su hermana Eleanore, pero aun así Daniel nunca la había mirado como ella quería.

Para él, ella sólo era la hermana mayor de su esposa; la mujer que vivía a su lado y se ocupaba de su solitaria hija.

Ella, en cambio, lo amaba con toda la fuerza de su corazón y encima ahora debía soportar que una completa extraña se ocupara de la educación de Catherine.

La tal Hazel había llegado a Blackwood Manor para fastidiar su vida y malograr sus planes.

Estaba enamorada de Daniel desde hacía tanto tiempo que ya ni siquiera recordaba cuándo había comenzado a amarlo.

Se llevó una mano a la boca. Había pasado tantas noches soñando con un beso suyo…, un beso que nunca había llegado. Primero, por la intromisión de Eleanore, que había logrado casarse con él y se había convertido en lady Cavanaugh, un título que le correspondía a ella.

Luego, cuando su hermana había desaparecido de la vida de Daniel, él ni siquiera se había percatado de su continua presencia, de sus atenciones y de sus cuidados. Para ese hombre nunca había dejado de ser la hermana solterona de Eleanore, y eso le dolía demasiado en el alma.

Y ahora había aparecido en escena la tal Hazel, una joven viuda caída en desgracia y a la cual Daniel parecía defender a capa y espada.

No podía soportarlo; era demasiada humillación para ella, que lo amaba tanto.

De un manotazo se secó una lágrima rebelde que rodó por su mejilla.

No ganaba nada con llorar; debía actuar y tenía que hacerlo cuanto antes.

9

ERA casi mediodía cuando Tobin se coló en la casa. Había estado toda la mañana en las caballerizas ayudando al viejo Percey a alimentar y cepillar a los caballos de lord Cavanaugh y había descubierto que aquella tarea la fascinaba.

Había espiado por la puerta de la cocina y había comprobado que su madre y los criados estaban preparando el almuerzo, por eso se había metido en la mansión por la puerta principal, teniendo cuidado de no ser visto.

Se había limpiado las botas antes de entrar para no dejar ninguna huella. Una vez en el interior, corrió escaleras arriba. Cuando llegó a la planta alta se cercioró de que no había nadie en el pasillo y se dirigió hacia una de las puertas.

Sabía dónde debía ir; le había preguntado a Rose un par de días atrás cuál era la habitación de la hija del lord, y allí estaba, dispuesto a conocer a la misteriosa niña a la cual no había visto aún.

Se paró frente a la puerta y dio un par de golpecitos. Nadie le respondió desde el otro lado; volvió a llamar, y entonces una débil voz de niña le indicó que pasara.

Tobin se quitó la gorra y se peinó el flequillo hacia un lado. Abrió la puerta y entró en la habitación de Catherine Cavanaugh.

Cuando lo hizo notó que las cortinas apenas estaban abiertas a pesar de ser casi mediodía; pero a él no le sorprendió. Desde que

sabía cuál era su habitación había observado desde el exterior la ventana y había visto siempre las cortinas echadas.

Había una enorme chimenea, y delante de ella, un caballo de madera, reluciente y pintado de marrón, parecía estar mirándolo a él.

Avanzó unos pasos y sus curiosos ojos verdes buscaron a la hija del lord.

La encontró sentada en un sillón, hecha un ovillo y con los brazos alrededor de las piernas. Ella no lo estaba mirando; sus ojos parecían enfocar un punto cualquiera entre la alfombra y su cama.

—Hola, mi nombre es Tobin —dijo él tímidamente. Pero Catherine ni siquiera se volvió a mirarlo.

—Tenía muchas ganas de conocerte, Catherine.

La retraída niña entonces lo miró, y Tobin se sintió intimidado por la fuerza de aquellos ojos tan azules como fríos.

—Mi madre y yo…

—Tu madre y tú habéis venido a Blackwood Manor porque mi padre lo ha decidido —lo interrumpió Catherine.

—Así es, Catherine. Él quiere que mi mamá se ocupe de ti —le indicó, sonriéndole por primera vez.

Catherine hizo un mohín de displicencia.

—No hace falta que lo haga. Mis tías pueden encargarse perfectamente de mí —dijo con cierto aire de altanería.

Tobin, a pesar de sus escasos seis años, supo que lidiar con aquella niña un poco antipática no sería nada sencillo, pero no abandonaría la lucha antes de haberla iniciado.

—Mi madre y yo estamos aquí porque tu padre ha querido ayudarnos —le explicó Tobin, sentándose en el borde de la cama de Catherine, bajo la atenta mirada de la niña—. Lord Cavanaugh es un viejo amigo de mi padre… Él murió hace unas semanas.

Catherine percibió la amargura en su voz y la tristeza en sus ojos, y por un momento, sintió compasión de él.

—Estuvo enfermo durante mucho tiempo, y mi madre y yo fuimos viendo cómo se iba muriendo poquito a poco.

—Lo…, lo siento. —Sólo pudo decir Catherine cuando vio que él estaba haciendo un gran esfuerzo por no echarse a llorar.

—Mi padre le pidió al tuyo que cuidara de mi madre y de mí, por eso estamos aquí. Mi mamá y yo no lo estábamos pasando bien y tuvimos que aceptar la propuesta de tu padre de venir a vivir aquí. Nunca quisimos que tú te enfadaras por eso —dijo, mirándola a los ojos directamente.

Catherine no dijo nada. Tobin se había atrevido a llamar a su cuarto y estaba hablando con ella, contándole la razón por la que su padre los había llevado a vivir a él y a su madre a Blackwood Manor, y no pudo evitar sentir una mezcla de pena y simpatía por aquel niño, dueño de unos enormes ojos verdes que la miraban fijamente. Él había sufrido una pérdida dolorosa y en eso ambos se parecían, sólo que ella ni siquiera tenía una tumba sobre la que llorar a su madre.

—¿Cuántos años tienes? —le preguntó ella de repente.

—Seis; cumplo siete dentro de tres meses y doce días —respondió sin necesidad de esforzarse en hacer la cuenta.

El rostro de Catherine se iluminó con una tibia sonrisa después de mucho tiempo de no haberlo hecho.

—Yo tengo ocho.

—Lo sé; tu padre me lo dijo cuando fue a visitarnos a nuestra casa.

—¿Dónde vivías?

—En Sunderland, en una casa cerca de los astilleros. Mis amigos y yo solíamos jugar en un viejo barco abandonado antes de venir aquí —respondió Tobin con cierto dejo de nostalgia.

—¿Los extrañas, no?

Tobin asintió con la cabeza.

—Mucho, pero aquí me divierto con los caballos. Percey me deja ayudarlo a alimentarlos y a cepillarlos, y estoy aprendiendo a montar.

—Te he visto en las caballerizas; estabas con uno de mis caballos favoritos —comentó ella, moviéndose en el sillón.

—¿Te refieres a *BlueMoon*, verdad?

—Sí, es un regalo de mi padre. Me lo dio cuando cumplí cinco años.

Tobin creyó que Catherine estaba molesta por el hecho de que él hubiera montado a su caballo favorito.

—Yo no… Te pido perdón sí…

Catherine se encogió de hombros.

—No importa. Además hace mucho tiempo que no lo monto. —Una sonrisa amarga se dibujó en sus labios.

—Si quieres, esta tarde podemos ir y sacarlo a pastar —sugirió Tobin un poco más aliviado al ver que ella no estaba enfadada, sino más bien melancólica—. Seguramente, *BlueMoon* se pondrá contento de verte.

Catherine apartó la mirada y la posó en la ventana, por donde apenas entraba un delgado hilo de luz.

—Mejor no; estoy muy cansada. —Volvió a mirarlo a los ojos—. ¿Podrías dejarme sola, por favor?

Tobin se puso de pie de un salto y la gorra, que había apretado entre las manos con tanta fuerza, se cayó al suelo.

—Está bien, y perdona si te he molestado —dijo mientras se agachaba para recoger la gorra.

Catherine no le respondió y se sumió en su mundo de silencio una vez más.

Tobin se quedó mirándola durante unos segundos antes de abandonar la habitación. Salió al pasillo y por fortuna estaba desierto. No quería que nadie se enterase de su osadía. Además, estaba seguro de que Catherine tampoco diría nada de su inesperada visita.

Corrió escaleras abajo, y cuando llegó a la sala, se topó con la hosca de Rachel, que entraba en la casa.

—¡Niño, ten cuidado! —le reprendió, asiéndolo por los hombros. Los ojos verdes de Tobin la miraron. Estaba asustado.

—¿Qué estabas haciendo allí arriba?

—Fui…, fui a buscar mi gorra —respondió, señalando la gorra de fieltro que llevaba en la cabeza. Rachel lo soltó.

—No me gusta que se corra dentro de la casa —le indicó, mirándolo con cierta desconfianza—. ¿Has entendido, mocoso?

Tobin asintió repetidamente, moviendo la cabeza de arriba abajo.

—Ahora vete.

Lo soltó, y Tobin salió de la mansión sin siquiera mirar atrás.

Daniel estaba revisando unos documentos concernientes a una de sus minas cuando alguien llamó a la puerta.

—Adelante —respondió sin levantar la vista de los papeles.

—Con permiso, Daniel. Espero no interrumpirlo.

La dulce voz de Hazel hizo que él alzara la vista inmediatamente. Se olvidó de lo que estaba haciendo y se puso de pie.

—Pasa, Hazel; pasa.

Hazel caminó hacia el escritorio, pero él le indicó que se sentara en el sofá, junto a la chimenea, en donde aún ardían unos leños.

Cuando Daniel se sentó a su lado, a muy poca distancia, Hazel se sintió invadida por la misma sensación que se había apoderado de ella cuando lo había cuidado durante el episodio de fiebre. Pero ahora él estaba rebosante de salud y la miraba tan intensamente con aquellos ojos azules que creyó que se perdería en ellos.

—¿Qué necesitas? —preguntó él, rompiendo el silencio que se había instalado entre ellos.

—La verdad es que he venido para hablarle de Tobin y de Catherine —respondió Hazel.

—Te escucho.

Daniel colocó un brazo encima del respaldo del sillón, de manera que su mano descansaba ahora junto al hombro de Hazel. Tenía la manga de la camisa a medio subir, y ella reparó en que el vello de sus brazos era de un tono más claro que el de su cabello. Ya lo había visto completamente desnudo, pero era la primera vez que se fijaba en aquel detalle. Hizo un esfuerzo para mantener la tranquilidad y se aclaró la garganta antes de seguir hablando.

—Quería que usted me dijera cómo debo proceder con respecto a su hija. Nuestro primer encuentro no fue muy agradable y temo que se vuelva a molestar conmigo. También soy consciente de que si estoy aquí es precisamente para ocuparme de ella y, desde mi llegada, apenas la he visto.

—Con Catherine debes ir despacio, Hazel. Tómate tu tiempo para acercarte a ella; no quiero que apresures las cosas. Además, Maddie y Rachel siempre se han encargado de ella y nada le faltará —le dijo para calmar su inquietud.

—Pero es mi trabajo cuidar de ella —protestó.

—Lo sé, pero como has comprobado tú misma, mi hija es un hueso duro de roer y no quiero que por otro de sus desplantes salgas lastimada.

Hazel notó de inmediato que él había cambiado el tono de su voz. Ya no le estaba hablando como el padre de la niña a quien ella tenía que cuidar. Había cierta ternura en sus palabras, y eso provocó que ella cambiara de tema súbitamente.

—Hay…, hay algo más que quiero comentar con usted —dijo, incapaz de ocultar su nerviosismo—. Se trata de Tobin; usted ha dicho que cree que él será una buena compañía para su hija, pero ni siquiera se han conocido todavía.

—Te lo vuelvo a repetir, Hazel. Démosle tiempo al tiempo; estoy completamente convencido de que la presencia de Tobin será fundamental para que mi niña salga de su encierro y de su melancolía. Cuando sea oportuno, yo mismo llevaré a Tobin a conocerla, si eso te tranquiliza.

Hazel asintió. Le pareció lo más sensato; no quería exponer a su hijo a un mal momento.

—¿Hay algo más que quieras decirme? —preguntó él, sonriéndole. Las manos inquietas de Hazel se movieron encima de su regazo.

—En realidad, hay algo más, Daniel.

Daniel sintió cómo su estómago se tensaba al oír a Hazel pronunciar su nombre.

—Dime lo que quieras, Hazel.

Ella tragó saliva. Otra vez aquel tono de intimidad que hacía que se estremeciera de pies a cabeza.

—Albert ha mencionado algo referente a que usted tiene una sorpresa para mi hijo.

Daniel lanzó una carcajada, y Hazel se quedó prendada de su sonrisa de perfectos dientes blancos. No lo había visto reírse muy a menudo y tenía una sonrisa hechizante.

—¡El viejo Albert es incapaz de guardar un secreto! No debí mencionárselo; ahora ha arruinado la sorpresa.

—Tobin no sabe nada, y por favor, no se enoje con el pobre de Albert, simplemente se le escapó —dijo Hazel, intercediendo por el viejo mayordomo.

—No me enojaré, Hazel, sobre todo porque el pequeño Tobin no está enterado de la sorpresa que pienso darle.

Hazel lo miró expectante, ansiosa de saber de qué estaba hablando.

Daniel, por su parte, se sintió maravillado ante la expresión en el rostro de Hazel. Sus ojos verdes tenían un brillo especial que la convertía en una chiquilla curiosa, y la media sonrisa de sus labios le daba la apariencia de una hermosa y deseable mujer. Por unos momentos, la tristeza de su mirada se había evaporado y creyó ver un atisbo de felicidad en aquellos ojos verdes que empezaba a adorar casi sin proponérselo.

—Está bien, te lo contaré, pero sólo si prometes que mantendrás el secreto. Únicamente Percey y yo sabemos de qué se trata —le informó Daniel, adoptando un tono más serio.

—Prometo no decir nada a nadie.

Hazel levantó una mano en señal de juramento, y Daniel tuvo que frenar el impulso de apretarla entre las suyas y llenarla de besos.

—Le he comprado un caballo a Tobin. Llegará la semana que viene junto con otros dos que se sumarán a mi tropilla de purasangres —dijo, poniendo fin al misterio.

Hazel se llevó una mano a la boca.

—¿Un caballo para Tobin?

Sus ojos verdes se abrieron como platos.

—Como lo oyes. Percey me ha hablado de lo bien que tu hijo se lleva con los caballos y creo que se pondrá muy contento de tener uno propio.

Hazel sabía que no podía aceptar un obsequio de semejante envergadura.

—Es muy amable de su parte Daniel, pero no puedo permitir que lo haga. Sé lo que cuesta un buen caballo y no puedo dejar que incurra en ese gasto después de todas las molestias que mi hijo y yo le hemos causado.

Daniel sabía que se enfrentaría a un planteamiento como aquél, sobre todo conociendo el carácter de Hazel.

—Hazel, es un regalo y me complace hacerlo —le aclaró él antes de que ella esgrimiera una excusa más para no aceptar su ofrecimiento—. Además, ya está encargado y llegará la próxima semana. ¿Te imaginas la carita de Tobin cuando lo vea?

¡Por supuesto que Hazel podía imaginársela! Sabía que Tobin se sentiría muy contento con un caballo propio y eso debería bastarle para aceptar, pero al mismo tiempo sentía que la deuda con lord Cavanaugh se acrecentaba cada día más: primero, el dinero que le había pedido Jeremy a sus espaldas; luego, la renta atrasada que le había pagado a Pinkerton, y ahora le regalaba a Tobin un caballo que ni en sueños ella podría imaginarse cuánto debía costar.

—Daniel…

Aunque intentó protestar, él no la dejó.

—Sólo piensa en la felicidad de tu hijo, Hazel. Mientras vosotros viváis bajo este techo nada os faltará, y si en alguna ocasión decido daros un obsequio, únicamente espero que lo recibáis de buen grado.

¿Qué podía decir Hazel para rebatir aquellas palabras? Nada.

Asintió en silencio, haciendo un esfuerzo por no llorar, pero no pudo hacer nada cuando una lágrima cayó por su mejilla y terminó

en la boca entreabierta.

Daniel la miró y, sin siquiera pensarlo, estiró la mano y rozó la suavidad de sus labios con un dedo.

—No llores, por favor —le pidió él, sacando un pañuelo del bolsillo de sus pantalones con la otra mano.

Hazel le clavó la mirada; el leve contacto de la áspera piel del dedo de Daniel sobre su labio inferior le provocó un cosquilleo en el estómago.

Con suaves movimientos le secó las lágrimas de las mejillas con el pañuelo de seda blanco. Luego, se detuvo y se quedó mirándola un rato.

Mientras Daniel la miraba intensamente, Hazel sintió que el tiempo se había detenido. La mano que sujetaba el pañuelo estaba apoyada en su mejilla derecha y el dedo pulgar seguía acariciando sus labios.

A su alrededor el único ruido que se oía era el crepitar de los leños en la chimenea; aun así no lograba acallar el sonido de sus corazones agitados.

Hazel cerró los ojos y abrió más la boca. Quería que Daniel la besara; un beso suyo era lo único que anhelaba en ese momento.

Pero él no la besó y se apartó tan de repente de ella que Hazel se quedó completamente atónita.

Lo observó en tanto caminaba hacia la ventana y se metía las manos en los bolsillos de los pantalones. Durante unos segundos no pronunció palabra alguna; luego, sin siquiera volverse, le dijo:

—Hazel, déjame solo, por favor. Tengo que terminar de revisar unos documentos de la mina.

Hazel se puso de pie de sopetón y apretó los puños con fuerza.

Salió del estudio de Daniel cabizbaja y con los ojos bañados en lágrimas, pero él nunca lo supo.

10

EL resto de la tarde, Hazel la pasó en la agradable compañía de Maddie, ayudándola en la organización del baile de primavera para el cual sólo faltaban unos pocos días.

Maddie le estaba preguntando qué flores serían las más convenientes para colocar sobre las mesas, pero la mente de Hazel estaba en otro lado, y Maddie lo notó de inmediato.

—¿Me has oído, Hazel? —preguntó Maddie por tercera vez.

Hazel soltó el lazo de terciopelo rojo con el cual estaba atando las invitaciones que faltaba enviar y la miró a la cara.

—Lo siento, Maddie; estaba distraída.

—¡Ni que lo digas! Lo que quisiera saber es el motivo de esa distracción —dijo Maddie, mirándola con insistencia.

Hazel se sonrojó y se sintió una tonta porque no quería ponerse en evidencia ante ella.

—Me estaba preguntando qué estará haciendo Tobin en las caballerizas a esta hora; siempre llega antes de que caiga el sol —respondió, tratando de sonar convincente.

—No te preocupes; seguramente se habrá entretenido con alguno de los caballos. Percey cuidará muy bien de él. Ha cuidado de mí y de mi hermano desde que éramos niños.

—¿Sí?

—Él nos enseñó a montar a Daniel y a mí. Éramos unos críos y corríamos detrás del viejo Percey todo el día. —Sonrió al evocar su

infancia.

Hazel no pudo evitar imaginarse a un Daniel pequeño, con aquellos enormes ojos azules y el cabello negro. Un sentimiento de ternura la embargó y, sin darse cuenta, sonrió.

—¿De qué ríes? —Quiso saber Maddie mientras terminaba de escribir los nombres de los últimos invitados de la lista.

—Nada, es sólo que os imaginaba a ti y a tu hermano de niños.

—Aunque te resulte difícil creerlo, el ogro de mi hermano era el niño más dulce y bueno del mundo; siempre protegiéndome.

Los ojos verdes de Hazel se desviaron involuntariamente hacia la pierna defectuosa de Maddie. No le había preguntado qué había provocado su cojera y estaba segura de que nunca se atrevería a hacerlo.

Maddie adivinó sus pensamientos.

—No me sucedió de niña, si quieres saberlo —dijo con una sonrisa cargada de amargura—. El problema de mi pierna me sobrevino hace un par de años; digamos que fue un *accidente*.

Hazel percibió de inmediato el énfasis puesto en la palabra *accidente* y, por un momento, creyó que Maddie intentaba decirle algo más.

Maddie estaba a punto de hablar cuando el ruido de un portazo se lo impidió.

Tobin entró corriendo y se arrojó a los brazos de su madre.

—¡Tobin, hijo! ¿Qué sucede? —preguntó Hazel, asustada. Tobin se apartó y recuperó el aliento antes de responder.

—¡Una de las yeguas acaba de parir, mamá, y yo he ayudado a que el potrillo naciera! ¡El señor Percey me ha pedido que me quedara con él y he visto el nacimiento! —Las palabras salían a borbotones de su garganta debido a la emoción.

Hazel abrazó a su hijo; estaba orgullosa de él. En los pocos días que llevaban en Blackwood Manor, el pequeño Tobin parecía haber dejado atrás las penurias padecidas durante la enfermedad de su padre y su posterior muerte.

—¡Te felicito, cariño!

Le dio un beso en la mejilla, que aún estaba sonrojada debido a la carrera que había hecho desde las caballerizas hasta la mansión.

—Eres un niño muy valiente —añadió Maddie, dándole una palmadita en el hombro.

Tobin no podía dejar de sonreír; se apartó un poco de su madre y miró a ambas, mujeres.

—¡Debo regresar a las caballerizas! He prometido ayudar a Percey a limpiar el pesebre en donde ha nacido el potrillo para que esté seco y tibio.

Hazel no tuvo tiempo de decirle nada porque él salió corriendo y desapareció por la puerta que daba al patio tan rápidamente como había llegado.

—Es un niño adorable, Hazel; deseo con todo el corazón que él y Catherine se lleven bien. Mi sobrina necesita alguien como Tobin para salir de su encierro.

Hazel volvió a su labor de colocar los lazos en las invitaciones y dejó escapar un suspiro.

—Yo también espero que cuando ambos se conozcan se lleven bien. He hablado con Daniel del asunto y me ha dicho que no debemos apresurar las cosas.

—¿Cuándo has hablado con mi hermano? —preguntó, curiosa, Maddie, alzando una ceja.

—Esta mañana —respondió escuetamente.

Como se dio cuenta de que hablar de su hermano ponía a Hazel nerviosa, Maddie decidió no preguntarle nada más al respecto.

Esa noche, Hazel volvió a mirar a través de la ventana, pero la mujer misteriosa no apareció. Tenía que despejar las dudas y saber si se trataba o no de la esposa de lord Cavanaugh.

«Si tan sólo pudiera ver un retrato suyo», pensó, regresando a su cama. Se detuvo a mitad de camino porque una idea había asaltado su mente. Agatha le había comentado que Daniel había mandado quitar todos los retratos de Eleanore, pero estaba segura de que no

los había destruido; no podía haberlo hecho, después de todo era la madre de su hija.

Sin pensarlo dos veces se puso el salto de cama, se lo anudó bien fuerte a la cintura y salió al pasillo. El lugar estaba en completo silencio. Pasó por delante de la puerta de la habitación de Daniel y vio que un halo de luz se escapaba por debajo; él estaba despierto. Caminó de puntillas hasta que llegó al rellano de la escalera, y luego bajó los peldaños de uno en uno, muy lentamente, evitando que la madera crujiera bajo sus pies descalzos.

Una vez en la planta baja, se movió con mayor tranquilidad; habían pasado quince minutos de las once, y todos estaban descansando. Se dirigió al estudio de Daniel, abrió la puerta y, cuando estuvo dentro, la cerró despacio, cerciorándose nuevamente de que nadie la había visto.

El lugar estaba a oscuras; caminó a ciegas hasta el sitio en donde se encontraba el escritorio y casi se dio de bruces contra el suelo cuando tropezó con el borde de la alfombra. Logró sujetarse al respaldo de una silla y evitar el estruendo. Extendió un brazo y buscó la lámpara; la encendió y rápidamente el lugar se iluminó con una tétrica luz blanquecina.

Primero, hurgó en los papeles que estaban encima del escritorio, pero se topó sólo con documentos relacionados con las minas que Daniel poseía tanto en Newcastle-upon-Tyne como en otras ciudades de la región. Luego, fue el turno de los cajones; revisó los tres primeros, pero sólo había más y más papeles. Quiso abrir el último del lado derecho y descubrió que estaba cerrado con llave.

Ignoraba si allí dentro podía encontrar alguna fotografía de lady Eleanore Cavanaugh, pero debía hacer el intento. Revisó frenéticamente encima del escritorio una vez más en busca de la llave, pero la búsqueda fue infructuosa. Volteó un portalápices de madera decorado con el escudo heráldico de la familia y descubrió que en el fondo había un pequeño objeto pegado con cera.

«¡Dios, la encontré!».

Metió una mano dentro del portalápices y se hizo con la llave. Se sentó en el sillón de Daniel y abrió el cajón.

Lo sacó del todo y lo colocó encima del escritorio para verlo mejor.

Había un sobre blanco con una delicada caligrafía en color negro en la parte frontal y un montón de fotografías.

El corazón de Hazel se detuvo durante un segundo; allí estaban, las había encontrado. Esa noche desvelaría, por fin, el misterio de la dama de blanco que paseaba durante las frías noches en el jardín de la mansión.

Cogió una al azar y descubrió a una hermosísima mujer rubia en brazos de lord Cavanaugh. La observó detenidamente y se quedó estupefacta cuando descubrió que sus absurdas sospechas no habían sido tan absurdas, después de todo.

Era ella. La mujer del vestido blanco era lady Eleanore Cavanaugh; ya no había ninguna duda al respecto.

La veía en aquella fotografía, en donde parecía feliz en compañía de su esposo, y un escalofrío recorrió su cuerpo al comprobar que eran los mismos ojos que la habían mirado la noche anterior desde las escaleras de la pérgola.

Buscó más fotografías y descubrió unas cuantas de Eleanore con la pequeña Catherine. La niña tenía una sonrisa hermosa, tan perecida a la de su padre que Hazel se quedó viendo esa imagen durante un largo rato. Observó una a una todas las fotografías. Descubrió que habían sido un matrimonio feliz, al menos eso era lo que demostraban delante del visor de la cámara.

Daniel estaba increíblemente apuesto, y en una de las fotos en las que se mostraba a lady Eleanore con un vientre prominente, se lo veía radiante.

Dejó las fotografías en su sitio y sus ojos se posaron en el sobre que había visto primero.

Lo tomó en sus manos y leyó lo que decía.

«***Para Daniel***».

Las ganas de leer lo que aquel sobre contenía se debatían contra la sensatez de no abrirlo. Dudó unos momentos, pero finalmente la curiosidad ganó la batalla.

Lo abrió y sacó un papel, que estaba doblado en dos. Se acercó un poco a la lámpara y desplegó la carta ante sus ojos.

Daniel:

Cuando leas esta carta ya me habré marchado. Sé que he sido la más cobarde de las mujeres por no haber hablado contigo cara a cara, pero no me atrevía a decirte que te abandonaba. Juro que he luchado por reprimir lo que sentía porque sabía que no era lo correcto, pero no he podido, he sido débil y he cometido uno de los peores pecados. Estoy enamorada de otro hombre, Daniel, y me marcho con él. Sé que no te lo mereces, pero simplemente sucedió. No puedo seguir contigo amando a otro, y por eso, prefiero alejarme de ti y de nuestra pequeña Catherine.

Cuídala mucho. Pídele a mi hermana que se ocupe de ella; sabes que la adora.

Yo no puedo quedarme a tu lado sólo para seguir engañándote.

Olvídame, será lo mejor. No merezco siquiera que sigas pensando en mí cuando yo dejé de hacerlo hace mucho tiempo.

No puedo pedirte que no me guardes rencor porque sé que no tengo derecho a hacerlo. Sólo te pido una cosa: no le hables mal de mí a la niña; ella no tiene la culpa de mis errores.

Vive tu vida lo mejor que puedas y olvídate de mí, Daniel, que yo me iré lejos para vivir con el hombre al que amo.

Adiós,
Eleanore.

Hazel leyó la carta una vez más porque no daba crédito a las palabras que encerraba.

Sintió un enorme deseo de estrujar el papel entre sus manos o de hacerlo pedazos, pero se abstuvo.

Se dejó caer contra el respaldo del sillón y clavó los ojos en las letras escritas en negro con las cuales lady Eleanore había sentenciado el triste destino de su esposo y su hija.

La cabeza le daba vueltas; según la carta, ella los había abandonado para marcharse con otro hombre, pero si eso era así… ¿por qué la veía durante las noches vagando por el jardín?

Toda aquella historia no tenía ningún sentido; no hallaba una explicación coherente, y un montón de ideas que carecían de sensatez comenzaron a rondar por su cabeza.

11

LA noche del dichoso baile de primavera finalmente llegó, y Maddie estuvo todo el día corriendo de arriba abajo, preparándolo todo con la ayuda de Hazel y de los criados. No le había pedido a Rachel que echara una mano porque no estaba dispuesta a soportar una cara de leche agria a su alrededor.

Ahora, ya un poco más tranquila, Maddie empujaba a Hazel a su habitación con la intención de prestarle un vestido para el baile.

—No voy a permitir que te pongas uno de esos vestidos negros que acostumbras a usar —proclamó Maddie, arrastrando a Hazel al interior de su habitación.

—Maddie, sabes que debo guardar luto por respeto a Jeremy al menos un par de meses más —le recordó Hazel, adivinando las intenciones de su amiga cuando vio unos cuantos vestidos encima de la cama.

—Lo sé, Hazel, pero tampoco pretendo que vayas al baile con un vestido rojo furioso o verde limón. Sólo quiero que te quites ese negro que esconde las curvas de tu cuerpo.

Hazel se sonrojó. Hacía mucho tiempo que no se preocupaba por las curvas de su cuerpo; sólo se había preocupado en tener listo cada mañana un vestido negro para llevar el luto por la muerte de su esposo.

—¿Qué sugieres, entonces? —preguntó Hazel, completamente resignada.

—¿Qué te parece éste?

Maddie le mostró un hermoso vestido color verde musgo con terminaciones de terciopelo negro en las mangas y en el canesú.

—Es muy bonito —respondió Hazel, tocando la delicada tela con los dedos.

—Pues es tuyo; lo llevarás esta noche.

—Maddie, no puedo aceptarlo…

—¡No se hable más! ¡Lo llevarás puesto, y punto! Es de un color bastante discreto y además creo que te sentará a las mil maravillas.

Hazel tomó el vestido, caminó hacia el espejo y se lo puso por encima para ver cómo le quedaba. Colocó una mano sobre su pecho para sostener el vestido contra su cuerpo y con la otra levantó la amplia falda hacia un lado.

—Lo dicho; es ideal para ti. Vas a causar revuelo en el baile, estoy segura —dijo Maddie, asiéndola por los hombros.

Hazel no dijo nada; únicamente la miró a través del espejo y le sonrió.

Ladeó la cabeza y se contempló de arriba abajo. Hacía mucho tiempo que no llevaba ropa de color y se sentía diferente. Dio un par de vueltas sobre sí misma y se sintió como una niña a quien acabaran de regalarle un juguete nuevo.

Daniel oyó el bullicio de los primeros invitados mientras terminaba de prepararse para el dichoso baile que su hermana se había empeñado en realizar. Se acomodó la parte inferior de la levita y enderezó la corbata de lazo negra en su cuello. Odiaba vestirse de etiqueta, pero su hermana le había prácticamente exigido que lo hiciera, y como dueño de Blackwood Manor y uno de los nobles más respetados de la región, ahí estaba, enfundado en aquel traje costosísimo y que lo hacía parecer un pingüino.

Sin embargo, tenía que reconocer que aquel baile quizá pudiera traer consigo algo bueno. La verdad era que lo único que lo motivaba a salir al jardín y mezclarse entre aquella gente que, poco a poco, iba minando la mansión era la presencia de Hazel.

Maddie le había asegurado que ella asistiría y que estaría radiante luciendo uno de sus vestidos. Le había sido imposible ocultar la emoción ante los inquisidores ojos de su hermana cuando ella se lo había contado, y sospechaba que Maddie estaba al tanto de lo que sucedía.

No podía dilatar más el momento y tampoco quería hacerlo, así que salió de su habitación. Apenas puso un pie fuera del pasillo se topó con Rachel, que salía de su cuarto.

Le sonrió, estaba muy bonita con su vestido de organza color ciruela.

—¿Vamos juntos? —le preguntó ella, acercándose, y sin darle tiempo a responder, se asió de su brazo con fuerza.

—Por supuesto. —Fue lo único que pudo decir.

Cuando llegaron al jardín ya había una multitud de hombres y mujeres que reían y hablaban en voz alta. Se acercó un grupo de caballeros y, después de saludar amablemente a Rachel, se enfrascaron en una conversación de negocios acerca de las minas de carbón.

Rachel no tuvo más remedio que retirarse, y comenzó a deambular por el jardín. Sus ojos color café escudriñaron el lugar en busca de Hazel.

«La mosquita muerta no ha llegado aún», pensó mientras miraba hacia la casa.

Esperaba que desistiera y no se presentara; después de todo, todavía debía guardar luto por la muerte de su esposo. Los minutos pasaban y la intrusa no aparecía, y eso la ponía de buen humor.

Daniel también estaba impaciente. Hacía más de veinte minutos que le estaban hablando de minas, contratos y mejoras, pero ya no escuchaba. Toda su atención estaba dirigida hacia el área del jardín que daba a la mansión.

Hazel no se había dejado ver aún y la espera se le estaba haciendo insoportable.

Uno de sus socios le hizo una pregunta, y después de pedirle que se la repitiera, le respondió.

Un murmullo a sus espaldas hizo que se diera la vuelta, y su corazón comenzó a latir más de prisa cuando descubrió el motivo de aquel revuelo.

Eran un par de hombres que miraban hacia la casa. En ese momento, Maddie atravesaba el sendero de grava en compañía de Hazel.

Daniel agradeció no tener ya la copa de licor en sus manos porque, sin duda, se le habría caído al suelo debido a la impresión.

Era plenamente consciente de que Hazel Brown era una mujer hermosa y lo sabía desde el mismo momento en que la conoció; pero aquella noche estaba diferente. Ni siquiera podía encontrar el adjetivo justo para describirla.

Radiante, espléndida, bellísima eran calificativos que no alcanzaban a representarla.

Dos palabras, entonces, vinieron a la mente de Daniel.

Angelical y sublime.

Eso era Hazel esa noche para él.

La contempló, totalmente embelesado, mientras caminaba al lado de su hermana y eran interceptadas a cada momento por los asistentes masculinos, quienes seguramente deseaban ser presentados ante ella.

Una punzada de celos se desató en sus entrañas y, durante un segundo, tuvo el impulso de correr hasta ella y apartarla de aquellos hombres que comenzaban a arremolinarse a su alrededor como moscas en la miel.

Siguió observándola detenidamente mientras ella saludaba con una amable sonrisa en los labios.

Llevaba un vestido color verde oscuro, y Daniel cayó en la cuenta de que se había quitado el luto por primera vez desde que había llegado a Blackwood Manor.

La prenda se ceñía a su cuerpo como un guante, delineando la línea de su cintura y la voluptuosidad de sus pechos. Se había recogido el cabello en un rodete alto, y unos cuantos mechones color arena caían a ambos lados de su rostro, dándole un aire jovial.

¡Cielos! Necesitaba acercarse a ella y apartarla de todos esos buitres que la devoraban con la mirada sin ninguna clase de escrúpulos. Poco le importaba que entre esos buitres se encontrasen algunos de sus socios en las minas. Tampoco le importaba tener problemas en el negocio, lo único que quería era tener a Hazel sólo para él.

Estaba a punto de ir hacia ella cuando una mano en su brazo se lo impidió.

—Daniel, ¿bailas conmigo?

Rachel no lo soltaba y parecía estar dispuesta a no hacerlo hasta que él accediera a bailar con ella. Había estado tan absorto en sus pensamientos en tanto contemplaba a Hazel que no se había percatado de que una música suave tocaba de fondo y algunas parejas ya se movían al ritmo de la melodía en el centro del jardín, en donde Maddie había improvisado una pequeña pista de baile.

No dijo palabra alguna, sólo dejó que Rachel lo condujera hasta un rincón de la pista. De inmediato, agarrada a sus hombros, se pegó a su cuerpo.

Daniel se puso algo nervioso ante aquella cercanía. Sintió que su cuñada estaba algo agitada. Tenía las mejillas rojas, y entonces pensó que quizá había bebido más de la cuenta, de otro modo no se habría pegado a él como lo había hecho. Le pasó un brazo por la cintura, y entonces ella recostó la cabeza en su hombro. Dejó de pensar en la actitud de su cuñada y permitió que la música guiara sus pasos.

Hazel estaba conversando con unas elegantes damas que Maddie le había presentado antes de marcharse a supervisar el bufé, pero su atención estaba puesta en Daniel y su cuñada, quienes bailaban muy acaramelados en un rincón de la pista de baile.

—Mi esposo prometió que me traería nuevas telas cuando regresara de Francia —comentó la más joven de las damas.

—He oído por ahí que han salido unas telas nuevas que son preciosas —dijo la otra—. ¿A ti te gusta la moda, Hazel? —preguntó la mujer antes de devorar un bocadillo de paté.

—¿Perdón?

—Te preguntaba si estás interesada en la moda.

Hazel miró a la mujer. Tendría unos cuarenta años y estaba enfundada en un apretado vestido color azul Francia que hacía juego con las joyas que colgaban de su cuello regordete.

—En realidad, no es un tema que me llame mucho la atención —respondió—. El vestido que llevo esta noche ni siquiera es mío; me lo ha prestado Maddie Cavanaugh, porque yo no tenía ninguno para ponerme —comentó con una sonrisa.

Las dos mujeres se miraron la una a la otra y sonrieron, algo nerviosas.

—Ahora si me disculpan… —dijo para despedirse de ellas, y se alegró de sacárselas de encima, por fin.

Fue hasta la mesa de las bebidas y se sirvió un poco de ponche. Bebió mientras sus ojos verdes escudriñaban la pista de baile. Descubrió que Daniel y su cuñada aún continuaban bailando. La orquesta tocaba una canción romántica y desde donde estaba podía ver cómo Rachel se apretaba contra el cuerpo de Daniel sin el menor reparo.

Un peso le oprimió el pecho y trató de alivianarlo con otro trago. Pero el ponche no funcionó para borrar la sensación de angustia que se había apoderado de su corazón.

Entonces, los ojos de Daniel se toparon con los suyos, y Hazel tuvo que reprimir las ganas de llorar.

Estaba confundida, molesta, y se dijo que era una completa tonta por sentirse así. No podía continuar ni un segundo más allí, viendo cómo Rachel se abrazaba a Daniel de aquella manera, haciéndole saber a todo el mundo que él le pertenecía.

Dejó la copa vacía encima de la mesa, se escabulló de la multitud y se internó en la parte más alejada del jardín. Miró hacia el cielo,

que estaba plagado de estrellas esa noche, y dejó escapar un suspiro.

No podía estar sintiendo aquello, y sin embargo, lo estaba sintiendo.

Los celos más incontrolables que jamás había experimentado en toda su vida.

—¿Te aburre la fiesta? —La voz de Leonard a sus espaldas la asustó—. ¡Perdona, Hazel, no ha sido mi intención asustarte!

Hazel se dio media vuelta y le sonrió.

—Lo sé, es que estaba algo distraída.

—Vi que estabas hablando con un par de damas —comentó él, metiéndose las manos en los bolsillos de los pantalones.

—Sí, pero gracias a Dios he logrado librarme de ellas —respondió, aliviada.

—Al menos tú has sido invitada al baile. Yo tengo que escabullirme por ahí y tratar de no ser visto. Albert y las chicas pueden quedarse sin ningún problema porque se encargan de servir, pero el jardinero de la mansión no tiene nada que hacer en un baile tan elegante —dijo con cierta amargura.

Hazel lo observó. Llevaba una camisa blanca y unos pantalones oscuros, se había peinado su rubia cabellera hacia atrás y se había afeitado la barba de días que llevaba. Estaba cambiado, y aquel cambio le sentaba muy bien.

—¿Cómo me ves?

—Estás diferente; no sé si es por el peinado, la ropa o esa barba que por fin te has quitado —respondió sin borrar la sonrisa de su rostro.

—Tú sí que estás diferente —repuso, clavando sus ojos verdes en los labios de Hazel—. Bueno, diferente no es la palabra… Estás bellísima.

Lo que había dicho y la manera como Leonard la estaba mirando la inquietaron.

—Exageras.

—No, no exagero, Hazel. Puedo apostar sin miedo a perder que eres la mujer más hermosa de todo el baile —afirmó, sacando las manos de los bolsillos de sus pantalones.

Hazel notó que él se estaba acercando demasiado.

—¿Podrías traerme un poco de ponche? —le pidió antes de que él cometiera una torpeza.

—No creo que mi presencia sea bien vista.

—No digas tonterías. Ve y tráeme la bebida… Tengo sed —alegó para convencerlo.

—Está bien; cualquier cosa por ti.

Hazel le sonrió y se dio media vuelta para observar los confines del jardín, que se mezclaban con los bosques que rodeaban Blackwood Manor. Le agradaba Leonard y disfrutaba de su compañía sin duda, pero nunca antes se había sentido tan incómoda a su lado como aquella noche.

Al menos, durante unos minutos, mientras hablaba con él, se había olvidado de que Daniel y Rachel bailaban abrazados el uno al otro como si fueran más que cuñados.

Unos pasos acercándose por detrás la sacaron de sus cavilaciones. Al parecer, Leonard había regresado más pronto de lo que esperaba.

Pero cuando se dio media vuelta y descubrió que no era Leonard quien se aproximaba, se quedó paralizada.

12

UN escalofrío helado recorrió la columna vertebral de Hazel y su corazón dejó de latir durante un segundo.

Retrocedió unos pasos, pero la mano huesuda de Josiah Pinkerton se apretó alrededor de su cuello.

—Hola, Hazel. ¿Cómo estás? —le dijo, estrujándola contra su cuerpo. Los ojos desorbitados de Hazel lo miraron con terror.

—¿Me has extrañado, dulzura? Porque yo si te he extrañado, y mucho. —Pasó el otro brazo por la cintura de Hazel y su mano se apoyó con fuerza en sus caderas—. ¿No vas a decir nada?

Hazel no podía pronunciar palabra; era como si la aparición de aquel hombre la hubiera dejado muda. Tembló compulsivamente al sentir de nuevo aquellas asquerosas manos recorriendo su cuerpo. Incluso los cardenales que tenía en su piel, producto del primer ataque, no se habían desvanecido todavía. Lo ocurrido estaba muy fresco en su memoria y el miedo la había paralizado.

El olor a alcohol barato que despedía el aliento del hombre volvió a provocarle náuseas, pero aun así no se había movido.

Cuando él intentó besarla, Hazel cerró los ojos y apretó los labios. Josiah Pinkerton la empujó contra un árbol y arremetió contra su boca, obligándola a que la abriera para recibirlo.

Ella, entonces, logró reaccionar, pero fue demasiado tarde. Estaba atrapada entre el grueso tronco del árbol y el cuerpo de su agresor, que seguía sosteniéndola por la cintura y el cuello. En un

momento, Hazel sintió que el aire se le escapaba de los pulmones y creyó que él la mataría.

Sólo pudo pensar en Tobin y en lo que le sucedería si a ella le pasaba algo; también Daniel Cavanaugh vino a su mente en ese nefasto instante y descubrió que se iría de este mundo sin conocer el sabor de un beso suyo.

Intentó soltarse, trató de patalear para poder golpearlo, pero aquel hombre parecía llevar consigo la fuerza de mil demonios.

La asquerosa boca de Josiah Pinkerton besaba la suya, y eso le impedía hacer uso de la única defensa de que disponía en ese momento: gritar.

«¡Por Dios, no permitas que este hombre se salga con la suya!», suplicó en silencio Hazel. Alguien vendría en su ayuda. Leonard tenía que llegar de un momento a otro; sólo había ido en busca de un ponche para ella.

Él llegaría pronto…, lo sabía.

—¡Maldito hijo de perra!

La voz de Daniel Cavanaugh resonó como el rugido de un trueno en medio de una feroz tormenta.

En cuestión de segundos, Josiah Pinkerton terminó una vez más en las manos de Daniel, que no dejaba de propinarle golpes en el rostro y en el estómago para asegurarse de que aquel hombre recibiera su merecido.

Hazel se quedó en su sitio viendo cómo Daniel golpeaba sin piedad a su agresor. Las lágrimas brotaban de sus ojos a borbotones y se dejó caer al suelo. Se llevó las rodillas al pecho y las rodeó con los brazos.

De un manotazo se limpió los labios. Pudo sentir la humedad que la sucia boca de Josiah Pinkerton había dejado en ellos y volvió a sentirse asqueada.

El barullo de la pelea atrajo la atención de los invitados al baile, quienes rápidamente llegaron al lugar e intentaron detener a Daniel, que a esas alturas estaba dispuesto a acabar con la miserable vida de Pinkerton sin el menor remordimiento.

Dos hombres lograron rescatarlo de las manos de Daniel y lo llevaron a un costado.

—¡Llévenselo, y que las autoridades se hagan cargo! —ordenó con un grito ensordecedor.

Fue obedecido de inmediato, y Josiah Pinkerton fue arrastrado fuera de Blackwood Manor.

Daniel se limpió la sangre de las manos en la levita.

Miró a Hazel. Estaba desvalida, completamente desolada, y eso le oprimió el corazón. Corrió y se arrodilló a su lado. Le tomó las manos y las apretó entre las suyas.

—¿Qué ha sucedido? —Maddie apareció en escena y se situó junto a su hermano—. ¡Hazel!

—Maddie, por favor, dile a toda esta gente que el baile ha terminado —le pidió Daniel sin soltar las manos de Hazel.

Maddie asintió. Aún no sabía qué había ocurrido; lo único que sabía era que había habido un revuelo en el jardín y que Hazel lloraba desconsoladamente.

—Luego me dirás qué es lo que ha sucedido.

—Sí, Maddie, luego; ahora ocúpate de que todos se retiren.

Maddie se levantó y, poniendo su mejor cara, comenzó a decirles a los invitados que era hora de que se marcharan a sus casas. Hubo una protesta generalizada, pero poco a poco la mansión se fue quedando vacía.

Leonard se abrió paso entre la multitud, que lentamente se dirigía hacia la salida, y cuando llegó al sitio en donde había dejado a Hazel, la vio en el suelo, completamente desencajada y a Daniel Cavanaugh a su lado, sosteniendo las manos de la mujer entre las suyas.

—Hazel, ¿qué ha sucedido?

Daniel lo miró, no sabía que el jardinero estuviera invitado al baile.

—Ella estaba conmigo hace un momento —dijo al ver que Daniel no le respondía.

A Daniel no le gustó demasiado saberlo.

—Si no la hubieras dejado sola, todo esto no habría sucedido —replicó sin ocultar su enojo.

—Pero ¿qué es lo que le ha pasado? —volvió a preguntar Leonard, afligido.

—No viene al caso hablar de eso ahora; será mejor que lleve a Hazel a la casa.

Se puso de pie y ella le apretó la mano con fuerza. No quería que la soltara.

—Yo puedo llevarla —dijo Leonard, de repente.

—No es necesario; yo la llevaré.

Leonard no podía rebatir una orden de su señor, pero si hubiera podido habría apartado a Hazel de su lado.

Daniel ayudó a Hazel a ponerse de pie.

—¿Crees que podrás caminar? —le preguntó, olvidándose por completo de que Leonard continuaba allí.

Hazel asintió con un leve movimiento de cabeza.

Daniel le pasó un brazo por la cintura e hizo que ella se apoyara en él.

—Buenas noches, Leonard —dijo tajantemente, dándole a entender al jardinero que su presencia ya no era necesaria.

Leonard no le respondió. Clavó sus ojos en el rostro de Hazel y comprendió amargamente que ahora ella ya no lo necesitaba; cuando lo había necesitado, él la había dejado sola.

Cerró los puños y los apretó con tanta fuerza que los nudillos se volvieron blancos.

Rachel lo observaba todo desde una prudente distancia, oculta detrás de la pérgola. Había presenciado casi toda la escena. Cuando Daniel y ella habían dejado de bailar, había comenzado a deambular por el jardín, sabiendo que él buscaría a la viuda. Fue entonces cuando vio lo que estaba sucediendo.

Un hombre estaba sometiendo a Hazel e intentaba abusar de ella; pero no hizo nada para ayudarla. Sólo se había quedado en su

sitio, observando; deseaba que aquel hombre, que sin quererlo ni saberlo se había convertido en su aliado, cumpliera su objetivo.

Pero Daniel, como todo un caballero medieval, había aparecido para rescatar a la damisela en peligro.

Ahora contemplaba cómo él la llevaba hasta la casa, abrazándola como nunca la había abrazado a ella; con ternura, con absoluta devoción.

Cuando Daniel y Hazel llegaron al porche, la gente ya se había marchado y el lugar se había quedado en silencio.

Hazel seguía llorando, pero ahora entre los fuertes brazos de Daniel comenzaba a sentirse mejor. Se detuvo y lo miró a los ojos.

—Gra…, gracias —balbuceó en voz baja.

Daniel llevó las manos a su rostro y le acarició las mejillas. Con la yema de los dedos pulgares le secó las lágrimas.

—No digas nada, Hazel; no hace falta.

Ella intentó esbozar una sonrisa, pero no lo logró. Aunque quería que él la abrazara, no se animó a pedírselo.

Pero lo que hizo Daniel a continuación no estaba en los planes de ninguno de los dos, y cuando sus bocas entraron en contacto, él le brindó el abrazo que ella no se había atrevido a pedirle.

Fue un beso tierno y apacible, que llegó al alma de Hazel como la promesa de que algo bonito le esperaba al final del día; era como si después de tanta tristeza la vida comenzara a tratarla con indulgencia.

Todo su cuerpo temblaba, pero ya no era por miedo; estar entre los brazos de Daniel Cavanaugh le enseñó que también se podía temblar de emoción.

Tímidamente ella rodeó el cuello de Daniel con los brazos para sentir el calor que emanaba de su cuerpo, pegado al suyo.

Aquel beso había borrado de un plumazo el trago amargo que acababa de pasar y supo en ese instante que lo amaba.

Rachel los observaba exasperada, incapaz de controlar la rabia que le carcomía el alma. Una sonrisa perversa se dibujó en su rostro

y se reflejó en sus ojos color café.

Maldijo en silencio el nombre de Hazel una y mil veces; pero sabía que aquello no le serviría de nada.

Debía actuar de inmediato, antes de que fuera demasiado tarde.

13

A Hazel le costó conciliar el sueño esa noche. Después de todo lo vivido, lo único que la animaba era el beso que ella y Daniel se habían dado en el porche. Se llevó una mano a la boca y se acarició los labios. Cuando había estado bajo al dominio del cerdo de Josiah Pinkerton había pensado que quizá moriría sin saber qué sentiría al ser besada por lord Cavanaugh y tan sólo unos minutos después había podido comprobar que sus besos la llevaban a la gloria. Él la había besado suavemente, y todo su cuerpo había reaccionado. Hazel se preguntaba ahora qué sucedería si él volvía a besarla, pero esa vez con pasión desenfrenada y hurgando en su boca para juguetear con su lengua.

Un espasmo sacudió su cuerpo ante la sola idea de que algo así sucediera. Comprobó azorada que la zona de su entrepierna se había humedecido, y no sólo eso, sus pezones estaban tan duros que le dolían.

Cerró los ojos y se dio media vuelta en la cama para alejar aquellos pensamientos impuros. Hacía menos de un mes que Jeremy había muerto y ella pensaba en otro hombre. Sintió que estaba faltándole el respeto a su esposo, pero… ¿qué podía hacer cuando su propio cuerpo se ponía en su contra y traicionaba sus principios?

Y además, había comprobado que no era sólo su cuerpo el que reaccionaba ante Daniel; ahora estaba involucrado también su corazón, y eso era imposible de negar.

Se había enamorado de Daniel Cavanaugh casi sin darse cuenta, había puesto sus ojos en el hombre a quien había sido encomendada por su propio esposo para que la protegiera y no la dejara desamparada ni a ella ni a su hijo.

Un hombre que tenía un misterio en su vida.

Un hombre que amaría hasta el final de sus días.

Con el sabor del beso de Daniel en sus labios, se quedó profundamente dormida.

—¿Vas a decirme de una vez qué sucedió con Hazel anoche? —inquirió Maddie, entrando en el estudio de su hermano raudamente.

Daniel apartó la vista de la chimenea y le clavó la mirada.

—Ven, siéntate —le pidió.

—¿Quién era ese hombre?

—Ese individuo es el antiguo casero de Hazel. —Hizo una pausa para respirar hondo y continuó con el relato—. Antes de que Hazel decidiera venir a vivir a Blackwood Manor, ese sujeto pretendió cobrar la deuda que ella tenía con él de la peor manera.

Maddie se llevó una mano a la boca.

—¡Pobre Hazel!

—Gracias a Dios, yo llegué a tiempo y evité que sucediera una tragedia. Después de ese hecho, Hazel aceptó venirse a vivir aquí y cumplir con la última voluntad de Jeremy.

—Ese cerdo debería haber ido a parar a prisión —dijo Maddie, impresionada aún por lo que su hermano acababa de contarle.

—Esa fue mi intención, pero Hazel no quería pasar por ese trago amargo, y mucho menos sentirse más humillada de lo que ya se sentía; por eso no presenté una denuncia. El día de la tormenta fui a verlo para saldar la deuda que Hazel tenía con él y comprarle la casa por si algún día ella y el pequeño Tobin decidían marcharse de aquí. Pero el muy canalla se negó a vendérmela, seguro que por venganza.

—¡Maldito desgraciado! —exclamó Maddie, indignada—. ¡Y tuvo el descaro de presentarse al baile para acabar lo que había

comenzado!

—No volverá a acercarse a Hazel nunca más. He hablado con el juez y me ha asegurado que pasará unos cuantos años entre rejas.

—Pobre Hazel, me imagino lo que habrá pasado.

Daniel no dijo nada, pero se le oprimía el corazón con sólo pensar qué habría sucedido con ella si él no hubiera aparecido en el momento justo.

—Gracias a Dios, esa pesadilla ha terminado para ella y creo que tú tienes mucho que ver con eso —manifestó Maddie, sonriendo, aliviada.

—He hecho lo que tenía que hacer.

—Creo que no te habrías tomado tantas molestias si se hubiera tratado de otra mujer, hermano.

Daniel tragó saliva y tuvo que ponerse de pie para que Maddie no descubriera la tonta expresión que seguramente tenía impresa en su rostro.

—No sé qué quieres decir exactamente con eso, pero lo hubiera hecho con cualquier otra mujer bajo las mismas circunstancias —explicó, intentando sonar convincente.

—No lo dudo porque eres un caballero y nunca dejarías a una dama a su suerte, pero estoy segura de que con Hazel has puesto el mayor de tus esfuerzos…

A Daniel ya no le gustaba el rumbo que estaba tomando la charla con su hermana, por lo que le dijo que tenía que revisar unos documentos muy importantes concernientes a la mina y le pidió que lo dejara solo.

—Como quieras, Daniel, pero aunque no desees hablar de ese asunto, ambos sabemos que tengo razón.

Daniel se quedó observándola hasta que cerró la puerta del estudio.

Una sonrisa de satisfacción iluminó su rostro. Hasta ese momento, casi siempre había odiado el hecho de que su hermana tuviera razón, pero ahora simplemente le parecía adorable.

Dejó los documentos que había usado como excusa sobre el escritorio porque sabía que sería inútil concentrarse en ellos.

Fue hasta la ventana; unos enormes nubarrones grises se recortaban contra el cielo y unos opacos rayos de sol se filtraban a través de ellos.

El ritmo de sus latidos se hizo más ligero cuando vio a Hazel caminando por el sendero que conducía al bosque.

Sin pensarlo siquiera, se puso la chaqueta y salió a toda prisa con la intención de alcanzarla.

Hazel observó el cielo. Era evidente que aquella tarde volvería a llover; aun así había decidido dar un paseo por los alrededores de Blackwood Manor. Desde que había llegado no había salido de la propiedad y tenía curiosidad por conocer el bosque que rodeaba la mansión.

Salió del jardín por un pequeño sendero y después de recorrer unos cuantos metros se internó por fin en el bosque.

Aspiró hondo y dejó que el aire de aquel lugar llenara sus pulmones. La hierba estaba algo crecida y sus botas se hundían en el suelo.

Unos pájaros pasaron cerca de su cabeza, aleteando con fuerza, y se asustó.

«¡Tonta, son sólo unos pajarillos!», se dijo, riéndose de sí misma.

Tomó un camino a la derecha cuando creyó oír el sonido de un arroyo cercano. Avanzó unos cuantos metros y sonrió, satisfecha, al descubrir que sus oídos no la habían engañado. Un pequeño arroyuelo atravesaba el bosque, y Hazel se sorprendió por la transparencia de sus aguas. Se sentó en una roca a descansar y metió las manos en el agua; estaba fresca, y se mojó la cara.

El ruido de hojas secas al ser pisadas hizo que todos sus sentidos se pusieran alerta.

Se dio la vuelta de un sopetón y descubrió que Daniel venía caminando hacia ella.

—Daniel…

Él se paró delante de Hazel.

—Te he visto a través de la ventana de mi estudio y he salido detrás de ti —le dijo—. No tardará en desatarse la tormenta, no deberías haber salido con este tiempo.

Hazel notó cierto aire de reproche en su voz y no podía negar que él tenía razón.

—Tenía ganas de conocer el bosque —respondió resuelta, tratando de ignorar los latidos de su corazón que se habían disparado cuando él había aparecido.

—¿Has visto el cielo antes de salir? —le preguntó él, frunciendo el ceño.

Hazel estaba a punto de responderle cuando un relámpago ensordecedor pareció quebrar el firmamento. Se puso de pie de un salto y casi cayó cuando tropezó con la falda del vestido. Los fuertes brazos de Daniel impidieron que ella terminara de bruces en el suelo.

—¿Estás bien? —susurró cerca de su rostro. Ella asintió.

—Será mejor que regresemos…

Fue decir aquello y la tormenta se desató despiadadamente sobre ellos, sin darle siquiera una oportunidad de reaccionar.

—¡Ven, larguémonos de aquí! —dijo Daniel, cogiéndola de la mano.

Hazel corrió detrás de él, aferrada a su mano, mientras la pesada cortina de agua los empapaba e impedía que pudieran ver con claridad el camino de regreso.

En un momento, él se detuvo.

—¡Será mejor que busquemos algún refugio hasta que la tormenta amaine! —le gritó—. ¡Vamos, conozco un sitio en donde podemos guarecernos!

Hazel sentía cómo la tela de su falda se hacía cada vez más pesada a medida que avanzaban, y prefirió no mirar al suelo porque seguramente el ruedo de su vestido estaría completamente cubierto de lodo.

¿En qué estaba pensando cuando había decidido dar un paseo por el bosque esa mañana? Daniel tenía razón al haberle reprochado

su decisión. Ahora lo lamentaba, pero ya era tarde para hacerlo.

—¡Ven, es por aquí! —le indicó él mientras tironeaba de ella hacia una zona de abetos altos y arbustos frondosos.

Hazel se llevó la mano que tenía libre a la cara para poder ver mejor, pero la lluvia hacía borrosa su visión. No podía divisar más que árboles y arbustos delante de ellos.

—¡Ya falta poco!

—Daniel, ¿adónde vamos? —Quiso saber ella. Él tomó un poco de aire y la miró.

—Hay una cabaña cerca de aquí —respondió, muy seguro de lo que decía.

Hazel volvió a mirar, pero no vio ninguna cabaña. Quizá la lluvia había desorientado a Daniel y ahora estaban perdidos.

De pronto, él cambió el rumbo, y ella casi se resbaló cuando pisó un montón de hierba mojada.

Daniel se detuvo y sujetó su mano con fuerza.

—¿Estás bien?

—Sí, sólo ha sido un susto —respondió, tambaleándose aún por el pequeño percance sufrido. Levantó la vista, y entonces la vio—. ¡Allí, allí hay una cabaña! —exclamó, señalando por encima del hombro de Daniel.

—¡Démonos prisa!

Aligeraron la marcha, pero ya no corrían debido al suelo embarrado, y en un par de minutos, lograron llegar a la bendita cabaña.

Daniel abrió la puerta de una patada, y Hazel se escondió detrás de él. Sus manos todavía seguían unidas.

—Entra, no hay nadie —le dijo, más tranquilo.

—¿Qué lugar es éste? —preguntó Hazel, que en ese momento se dio cuenta de que él no le había soltado la mano aún. Entonces, ella la retiró.

Daniel cerró la puerta y se dirigió hacia la chimenea.

—Es una cabaña que utilizan los cazadores de la región. Está vacía porque tienen prohibido cazar hasta el mes próximo, cuando

comienza la nueva temporada de caza —explicó él, hurgando entre los leños quemados que alguien había dejado en la chimenea.

Hazel observó el lugar; era pequeño, no mediría más de tres metros cuadrados. Además de la chimenea había una mesita junto a la ventana, dos sillas bastante rústicas y unas mantas en el suelo.

Una lámpara colgaba de una de las vigas que sostenía el techo, y Hazel la tomó.

—¿Llevas cerillas?

Daniel se volvió y vio la lámpara en las manos de Hazel.

—Estupendo; tengo sólo una y la usaré para encender el fuego y la lámpara. Roguemos que no se haya mojado en el camino.

Hazel fue hasta la chimenea, se arrodilló y acomodó los troncos; buscó unos cuantos papeles que estaban dispersos por el suelo y los arrojó dentro. Mientras tanto, Daniel sacó la única cerilla del bolsillo interno de su chaqueta empapada. Se arrodilló junto a Hazel y colocó la lámpara entre ellos. Después de varios intentos, finalmente la cerilla prendió y sirvió para encender la mecha de la lámpara y la chimenea.

—¡Alabado sea el Señor! —exclamó Hazel, elevando la vista al cielo.

—Al menos no moriremos congelados —alegó Daniel, compartiendo la alegría de Hazel.

—No, gracias a tu infalible cerilla no lo haremos. Se miraron por un segundo y se echaron a reír.

—¡Podía haberse mojado y lo sabes! —dijo él sin dejar de reírse.

—¡Pero no se ha mojado y se ha convertido en nuestra salvadora!

Hazel levantó la cerilla del suelo y depositó un beso en el extremo que no estaba chamuscado.

Daniel tuvo envidia de la maldita cerilla por haber recibido un beso de Hazel.

—¿Qué haremos ahora? —preguntó ella, de repente. Daniel se puso de pie en un santiamén.

—Lo más sensato que se hace en estos casos —respondió él, encogiéndose de hombros y observándola desde su altura.

—¿Y qué es lo más sensato en tu opinión?

Hazel entrecerró los ojos y lo miró fijamente, intentando adivinar lo que él estaba pensando. Cuando lo vio quitarse la chaqueta en completo silencio, un intenso cosquilleo en su estómago le indicó que quizá nunca debería haberle hecho semejante pregunta.

—Debemos quitarnos la ropa, Hazel, si no queremos pescar una pulmonía.

14

RACHEL bajó las escaleras de la mansión, inquieta. Afuera la tormenta que se había desatado era aún más intensa que la última y no había visto a Daniel desde esa mañana en el desayuno. Lo había buscado por toda la casa sin éxito. Pero lo que más le preocupaba era el hecho de que Hazel tampoco aparecía por ningún lado y lo sabía porque su hijo preguntaba por ella a cada momento.

Se topó con Maddie en el salón; salía de la cocina con un libro de las mejores recetas de Isabella Beeton[2] en sus manos.

—¿Aún no has encontrado a mi hermano? —preguntó con cierto tono burlón.

—Deberías estar tan preocupada como yo, Maddie. ¿Acaso olvidas lo que sucedió la última vez que salió en medio de una tormenta?

Maddie se sentó en el sofá y colocó el libro de recetas sobre su regazo.

—No, no lo olvido, pero mi hermano sabe cuidarse y quiero suponer que estará por ahí, en algún sitio seguro, esperando a que la tormenta amaine —replicó, haciendo un esfuerzo enorme por callarse la boca y no decir lo que Rachel no tenía probablemente ganas de escuchar, y mucho menos de ella.

Maddie sabía que la verdadera preocupación de Rachel era el hecho de que Hazel y Daniel hubiesen desaparecido al mismo tiempo. Ella había hablado con Rose, y la criada le había comentado

que Hazel había decidido dar un paseo por los terrenos aledaños a la mansión, más precisamente por el bosque ubicado en la parte posterior de Blackwood Manor. Luego, y en tono de confidencia, le había contado que había visto a su hermano tomar el mismo rumbo unos minutos después.

Si las cosas eran como Maddie pensaba, en ese momento Daniel y Hazel estarían guareciéndose de la tormenta en algún sitio seguro, y la idea le encantaba porque además sabía que cuando Rachel lo supiera se moriría del disgusto.

—Hazel tampoco está en la casa —manifestó, de repente, Rachel, estudiando la reacción de Maddie con atención.

Maddie abrió el libro de recetas y se tomó unos segundos antes de responder.

—¿No? —La miró, fingiendo asombro—. ¿Qué extraña casualidad, no crees?

Rachel percibió de inmediato que Maddie sólo estaba burlándose de ella y comprendió que no valía la pena seguir aquella conversación. Lanzando un bufido, se levantó un poco la falda del vestido con las manos y subió corriendo las escaleras rumbo a su habitación.

Maddie esbozó una sonrisa de satisfacción. Nada le gustaba más que ver a Rachel enfadada, pero luego comenzó a preocuparse; sobre todo, por la pobre de Hazel, que sería el blanco de su odio y de su maldad. Porque Maddie conocía perfectamente hasta dónde era capaz de llegar Rachel cuando alguien se le atravesaba en el camino y amenazaba con destruir sus planes.

Debía hablar con Hazel y alertarla.

—¿Quitarnos la ropa?

La voz de Hazel reverberó dentro de la pequeña cabaña, mezclándose con el ruido de la lluvia que caía sobre el techo y el estruendo de los relámpagos, que cada vez eran más frecuentes.

Daniel no dijo nada; supo de inmediato que ella estaba nerviosa, y eso sólo lograba excitarlo más. Hazel estaba sentada junto a la

chimenea, el cabello mojado y alborotado se le pegaba al rostro y la tela de su vestido se había adherido a su cuerpo indecentemente.

—¡No puedes estar hablando en serio! —continuó diciendo ella, apartando la mirada de los ojos azules de Daniel, que tenían un brillo más intenso de lo habitual.

—No podemos quedarnos así, Hazel. Debemos quitarnos la ropa mojada. Él se acercó, e instintivamente Hazel se movió hacia atrás.

—Mira, aquí tenemos algunas mantas. Tienen un poco de polvo, pero podemos colocar una en el suelo y usar las otras dos para cubrirnos —le dijo, recogiendo las mantas y poniéndolas encima de la mesita que estaba junto a la única ventana que poseía la rústica cabaña.

A Hazel le seguía pareciendo que no era un buen plan; simplemente, no concebía la idea de desnudarse frente a Daniel, y mucho menos que él lo hiciera, pero tenía razón. No podían quedarse con la ropa mojada puesta; no, después de lo que le había sucedido a Daniel cuando había salido en medio de la tormenta y había regresado empapado a Blackwood Manor. Él podía tener una recaída y por nada del mundo quería que eso sucediera.

—Está bien —susurró con una voz tan baja que Daniel apenas pudo oírla.

—¿Qué has dicho? —preguntó él, colocando una de las mantas en el suelo, en frente de la chimenea.

—He dicho que está bien —replicó ella, sospechando que él se estaba riendo a sus espaldas.

La miró y le entregó una de las mantas.

—Cuando te hayas quitado la ropa, usa esto para cubrirte.

Hazel cogió la manta, y sus manos se rozaron. Aquel simple contacto envió señales de alerta a cada fibra nerviosa de su cuerpo y supo que estaba perdida.

Daniel también experimentó la misma sensación y deseó besarla en ese mismo instante, pero se contuvo.

Hazel seguía sin moverse de sitio y con la manta en la mano, y Daniel supo que ella estaba esperando algo. Cuando lo miró y vio la

reprobación en sus ojos, comprendió lo que ella quería de él.

No hubo necesidad de palabras. Daniel le dio la espalda y se alejó hacia el otro extremo de la cabaña, que por supuesto no quedaba demasiado lejos, pero al menos quería que ella tuviera la sensación de que estaba segura con él dentro.

—Hazlo tú primero; luego, será mi turno —le dijo.

Él se situó junto a la ventana y trató de fijar toda su atención en los árboles que se mecían con violencia en el exterior. Le fue difícil conseguirlo, sobre todo cuando sabía que Hazel estaba desnudándose a tan sólo unos metros de él.

Hazel se puso de pie y, antes de comenzar a quitarse la ropa, se cercioró de que él no estuviera mirándola.

Primero, se sacó las botas, que estaban cubiertas de lodo; luego, se quitó su vestido línea princesa, cuyo ruedo se había arruinado al haber sido arrastrado por el bosque. Iba dejándolo todo a un costado, delante de la chimenea, para que se secara. Después desató los hilos del corsé, y sus pechos saltaron hacia delante cuando se lo quitó. Se los cubrió con las manos, temiendo que Daniel pudiera darse la vuelta. Lo miró de reojo y descubrió que él continuaba inmóvil en su sitio, dándole la espalda como un perfecto caballero. Deslizó las medias de seda por sus piernas y comprobó que una de ellas estaba rota. Una media rasgada era, en ese momento, la menor de sus preocupaciones.

Por último, se bajó los calzones y los escondió, junto al corsé, debajo del vestido. Ya estaba completamente desnuda, como Dios la había traído al mundo; sólo tenía puestos unos aretes de perlas que Jeremy le había regalado en su último cumpleaños y, por supuesto, la alianza de matrimonio, que nunca se quitaba. Parecía que en ese momento su difunto esposo se hiciera presente a través de su regalo de cumpleaños y de su anillo de bodas, que con tanto esfuerzo había comprado.

Se sentó en el suelo y se envolvió con la manta, asegurándose de cubrir bien todo su cuerpo; pero no tuvo suerte porque la tela no era muy grande y parte de sus piernas quedaban al descubierto.

Daniel continuaba junto a la ventana, expectante, plenamente consciente de que la mujer que deseaba con todas sus fuerzas estaba desvalida y desnuda a sus espaldas.

—Ya…, ya puedes darte la vuelta —le indicó ella.

Daniel no tardó ni un segundo en obedecerla, y cuando la vio, creyó que ya no podría controlarse más. Hazel había cubierto su cuerpo con la manta, pero ésta no alcanzaba a tapar sus bien torneadas piernas, que asomaban por debajo inocentemente atentando contra su buen juicio.

Tragó saliva e intentó desviar la mirada, pero le fue imposible.

Hazel podía sentir la fuerza de aquellos ojos posados en sus piernas, y el fuego que lentamente comenzó a expandirse por todo su cuerpo nada tenía que ver con el calor que emanaba de la chimenea.

—Creo…, creo que me toca a mí ahora —balbuceó él, mirándola en ese momento a los ojos.

Ella asintió, y sin decir nada, se dio la vuelta hacia la chimenea para concederle la misma intimidad que él le había otorgado minutos antes.

Rápidamente, Daniel se quitó primero las botas; luego, la chaqueta y el chaleco. Después, se deslizo de la camisa; se desató el cordón y se la sacó por encima de la cabeza. La arrojó al suelo junto a las demás prendas. Se llevó la mano a la cintura del pantalón y fue consciente del bulto que iba creciendo en la entrepierna. No obstante, se bajó el pantalón y los calzones, y su miembro saltó hacia delante, completamente erecto.

Se cubrió con parte de la ropa y fue hasta la chimenea, en donde dejó todas sus prendas junto a las de Hazel para que se secaran. Ella estaba mirando hacia un costado, y él tomó la manta que le correspondía; se la colocó por encima de los hombros y se sentó a su lado. Procuró poner más empeño en cubrir aquella parte de su anatomía que no podía estarse quieta y le dijo a Hazel que ya podía volverse.

Ella tardó unos cuantos segundos en hacerlo y cuando por fin lo hizo ni siquiera se atrevió a mirarlo. Agachó la cabeza y contó las líneas que formaban el diseño de la manta que Daniel había colocado en el suelo para que se sentaran. Ambos eran tan plenamente conscientes de la desnudez del otro que cualquier gesto, cualquier palabra, era capaz de desatar lo que habían estado reprimiendo desde que se habían besado la noche anterior.

Los ojos azules de Daniel se posaron en el anillo de matrimonio de Hazel; aún lo conservaba. A pesar de que su esposo había muerto hacía menos de un mes y, por tanto, era lo más natural del mundo que lo llevara, él no podía evitar sentir celos de aquella no muy costosa pero delicada joya que adornaba el dedo de Hazel.

Daniel no llevaba la alianza porque lucirla ya no tenía sentido; la había arrojado al río después de que Eleanore lo abandonara porque aquel anillo sólo le recordaba que un día la había amado y que muy poco le había importado a ella el amor que él le profesaba.

Hazel notó cierta melancolía en la mirada de Daniel y se preguntó en qué o en quién estaría pensando.

Ninguno de los dos había dicho nada, pero cuando él volvió a mirarla y sus ojos se encontraron, ambos comprendieron que cualquier palabra que pudieran decir estaría de más. Habían descubierto que entre ellos existía otra clase de comunicación, la que se daba a través de una mirada, de un gesto.

Daniel extendió un brazo y buscó su mano. Se la llevó a la boca y comenzó a depositar suaves besos en la punta de sus dedos.

Hazel experimentó una corriente eléctrica que la recorrió de arriba abajo, haciéndola plenamente consciente de las necesidades de su cuerpo.

Él volvió a mirarla a los ojos. Hazel comprendió entonces que lo que veía en ellos era el mismo destello de deseo que había en los suyos.

15

DANIEL besó ampliamente los dedos de Hazel y se detuvo un segundo en la sortija de matrimonio.

Ella dejó escapar un suspiro cuando él la miró y, sin pronunciar palabra alguna, comenzó a deslizar el anillo por su dedo anular. No tuvo el valor de negarse a que lo hiciera, después de quitárselo Daniel lo colocó encima de su ropa mojada, junto a la chimenea.

Luego, llegó el momento tan ansiado por ambos, aquel que habían estado esperando casi inconscientemente.

Él se acercó y la abrazó con fuerza; su boca descendió sobre la de ella. No era ternura lo que había en esa acción. Estaba decidido a borrar de la conciencia de Hazel mediante aquel beso cargado de intensidad todo el dolor que ella había padecido.

Ella se sintió asaltada por un mar de sensaciones nunca antes vividas cuando la boca de él se movió dentro de la suya con un hambre que iba más allá del deseo físico y se asustó por tanta vehemencia. Perdida en un profundo atontamiento, Hazel se preguntó cómo un hombre podía causar semejante efecto en ella. Sus brazos salieron de debajo de la manta y rodearon el cuello de Daniel, mientras sus labios temblorosos se abrieron a la invasión profunda y posesiva de su lengua.

Un gemido de satisfacción masculina surgió de Daniel cuando éste sintió que ella no se resistía y que se estaba derritiendo en sus

brazos. El deseo resurgió en él, duro y candente, imposible de controlar.

—Si quieres que me detenga, Hazel —murmuró él con voz emocionada—, será mejor que me lo pidas ahora.

Hazel lo miró, invadida por sensaciones con las que sólo había soñado. Aunque trató de hablar, no pudo hacerlo. Cuando vio la expresión de triunfo en los ojos de Daniel, se arrepintió de haber dudado alguna vez de que aquello era lo que deseaba; pero para entonces la boca de él se había cerrado nuevamente sobre la suya y se había llevado no sólo su aliento, sino el último residuo de cordura que le quedaba.

El deseo que lo había estado devorando desde el primer día en que la vio arrasó de tal modo a Daniel que fue imposible para él actuar con la lentitud y el cuidado que había planeado cuando ese sublime momento por fin llegara. Con duras y profundas penetraciones de su lengua, llenó su boca de la misma forma que ansiaba llenar su cuerpo. Los senos de Hazel, ocultos aún bajo la manta, temblaron contra el pecho de él, y la mujer se entregó a sus caricias de una forma total y absoluta.

Las manos de Daniel agarraron la manta de ella. Él sentía cómo el cuerpo de Hazel se calentaba con el suyo, y de un violento tirón, la desnudó.

Hazel lanzó una exclamación ahogada y apartó su boca. Estaba ahora en manos de Daniel, completamente indefensa y dispuesta a dejarse llevar por la oleada de sensaciones que sólo él podía provocarle.

Únicamente cuando ella estuvo delante de él como en un sueño, con su cabello aún húmedo cayéndole como una cascada dorada sobre su cuerpo desnudo, Daniel advirtió que ella estaba temblando de una manera incontrolable. Su vulnerabilidad produjo en él un sentimiento de ternura que nunca antes había sentido por ninguna otra mujer.

—Perdóname si estoy yendo demasiado deprisa —se disculpó con voz ronca—, pero no sabes cuánto he deseado que este momento

llegara.

Abrió su manta y envolvió con ella el cuerpo tembloroso de Hazel. Sus poderosos brazos se cerraron sobre su espalda y la empujaron hacia él. Hazel contuvo el aliento al sentir la piel candente de Daniel contra su propia piel y la inesperada intimidad de compartir su manta.

—Te he deseado desde el primer momento en que te vi —murmuró él.

Su respiración era cálida e irregular sobre el cabello de ella. El calor del cuerpo masculino penetró hasta sus huesos y disolvió los últimos rastros de temor. La manta la envolvía como si fuera un escudo, la pegaba con suavidad a Daniel y bloqueaba toda sensación más allá de él. La boca del hombre descendió hacia el pulso que latía en la base del cuello de Hazel.

—Quiero sentirte, Hazel.

Un ligero estremecimiento recorrió la espalda de Hazel cuando se abrió la manta y las manos de Daniel se deslizaron hacia sus caderas para adherirlas a las de él. Ella contuvo la respiración cuando lo sintió tenso de deseo.

Daniel percibió cómo se abría a él, como los pétalos de una rosa, húmeda de rocío, suave como la seda más delicada. Estuvo a punto de perder el control una vez más. Sus manos se aferraron de una forma casi feroz a su redondo trasero. Los ojos de Daniel brillaron febriles a la luz del fuego, mientras la piel de uno rozaba la del otro. La levantó hasta que sus senos quedaron a la altura de su boca.

Hazel lanzó un grito cuando sintió los labios candentes y hambrientos de Daniel en ella. Se aferró a sus hombros y sus uñas se clavaron, a través de la manta, en los músculos tensos y ondulantes que había debajo. Los labios y los dientes de él continuaron acariciando su pecho, haciéndola temblar de placer.

Luego, la tendió sobre el suelo y se acostó a su lado. Sus manos rodearon sus senos y los unieron, de modo que su boca pudiera moverse con facilidad de uno a otro. Con leves mordiscos brindó un delicioso tormento a sus pezones, hasta que se pusieron erectos de

excitación; el dolor de la hinchazón fue calmado con largos y húmedos movimientos de su lengua.

Enloquecida de placer, Hazel introdujo las manos en el cabello de Daniel. Arqueó sus pechos hacia él, ansiosa de que tomara más de ella, de que la tomara por completo.

Daniel rió, feliz de poderla arrastrar a aquella locura de deseo. Parte de ella lo odió por disfrutar del poder que ejercía sobre su cuerpo; pero eso no disminuyó la necesidad que sentía de él y que era tan intensa como el vacío que había habido dentro de ella, un vacío que sólo él podía llenar.

Daniel se deslizó hacia abajo, sobre el cuerpo de Hazel. Sus manos se habían adelantado para separar sus muslos y meterse entre ellos. Se puso rígida por la impresión cuando su cálido aliento la acarició… Nunca antes había sido tocada de una forma tan íntima, ni siquiera por su propio esposo. Cuando él trató de abrirla con besos candentes, una protesta ahogada surgió de ella.

Él levantó la cabeza y la miró.

—Te quiero toda para mí, Hazel —dijo Daniel, deslizando sus manos bajo sus caderas.

La levantó, de modo que las caderas de Hazel quedaron a la altura de su boca. La acarició hasta que ella se retorció desesperada debajo de su cuerpo y sintió ardientes espasmos de deseo sacudirla con intensidad. Comprendió que estaba ya preparada para entregarse a él de una forma total. Rápidamente, se colocó encima del cuerpo de Hazel y se introdujo en ella.

Hazel gritó al sentir su absoluta posesión; una posesión que era más que física, que exigía una respuesta igual por parte de ella. La llenó toda y aun así se hundió de manera más honda, buscando y deseando todavía más. Daniel llegó a estar tan profundamente metido en ella que Hazel no supo dónde terminaba ella y dónde empezaba él.

Una feroz tormenta de pasión estalló entre ellos y los sacudió con fuerza, a modo de eco de la tormenta que seguía desatándose en el exerior de la cabaña. Con sólo el cuerpo del otro para sostenerse, el

mundo se disolvió a su alrededor, y aquel breve instante se transformó en eternidad.

Todo el fuego del mismísimo infierno no podría haberlos quemado más, o un tormento tan delicioso no podría hablerlos fundido de una forma más estrecha.

Como si fueran uno solo, dos cuerpos en plena comunión, fueron consumidos por la misma ardiente y convulsiva explosión.

Extasiada todavía, Hazel extendió los brazos buscando el calor del cuerpo de Daniel. Él descansaba a su lado y su pecho se movía hacia arriba y hacia abajo al ritmo de su pausada respiración. Apoyó la cabeza cerca de su corazón y, con el sonido de sus latidos, se quedó adormecida.

Cuando Daniel despertó lo primero que vio fue a Hazel recostada encima de él. Enredó los dedos en el cabello de ella, que caía sobre su estómago y depositó un beso en su cabeza. Olía deliciosamente, una mezcla fascinante de vainillas y hierba mojada. Ella se movió lentamente en respuesta a su beso y puso una de sus piernas entre los muslos de Daniel. Su rodilla rozó el miembro dormido de Daniel, que reaccionó al contacto casi por inercia.

Ella levantó la cabeza y lo miró con cara de completa inocencia.

—Ven aquí —le dijo, subiéndola a horcajadas encima de su cuerpo.

Las piernas abiertas de Hazel dejaban vislumbrar que ella estaba también más que preparada para recibirlo una vez más. Él buscó sus manos y entrelazó sus dedos a los de ella. Hazel comenzó a moverse encima de él, marcando su propio ritmo, haciéndose dueña del momento.

—Hazel… —susurró Daniel con la voz completamente ronca.

Ella le clavó la mirada; sabía lo que él deseaba, pero quería prolongar un instante aquella dulce agonía que los arrasaba con la misma fuerza de un huracán. Para lograrlo comenzó a friccionarse contra su miembro erecto con suaves movimientos ascendentes y descendentes, pero evitando que él la penetrara.

Daniel tenía los ojos muy abiertos, totalmente nublados por el deseo. Movió la cabeza hacia un lado y hacia el otro, creyendo que aquella tortura le haría perder la razón. Hazel estaba siendo cruel con él al tomar el mando esa vez. Pero no iba a detenerla. Cualquier sacrificio valía la pena sabiendo la maravillosa recompensa que recibiría al final.

Entonces, Hazel se apiadó de él y bajó el cuerpo hasta que la punta del miembro rozó la carne trémula y húmeda de su sexo. Daniel se movió hacia arriba y la penetró con fuerza, hundiéndose en ella hasta la raíz.

Hazel creyó volverse loca mientras trataba de no perder el control. La respiración de Daniel se hizo más irregular a medida que las estocadas de sus embestidas se hacían más violentas. Los pechos de Hazel se bamboleaban delante de sus ojos y con fuerza se aferró a ellos y los apretó y amasó con sus manos. Luego, sus dedos jugaron con los pezones erectos; estaban tan duros que semejaban dos pequeños guijarros. Daniel sonrió complacido al ver el rostro embelesado de Hazel, que se entregaba a sus caricias sin ningún reparo.

—¡Dios, qué hermosa eres!

Se llevó una mano de ella a la boca y chupó sus dedos.

Hazel entrecerró los ojos, y una sonrisa plena se dibujó en sus labios.

Las palabras de Daniel la conmovían casi tanto como sus caricias, arrastrándola a lo largo del ardiente sendero que él trazaba.

Cuando alcanzaron el clímax, ambos ahogaron los gritos y dejaron que fuesen los cuerpos los que hablaran mientras el éxtasis los sacudía y los lanzaba a un abismo donde sólo existía la pasión.

Afuera, la tormenta ya hacía tiempo que había amainado, pero ni Hazel ni Daniel se habían dado cuenta.

16

HAZEL miró a través de la ventana. Tanto ella como Daniel ya se habían vestido y estaban preparados para marcharse. Ignoraban el tiempo que habían estado en aquella cabaña, pero el sol ya se estaba alejando por el horizonte, y eso significaba que al menos habían pasado allí toda la mañana y gran parte de la tarde.

Hazel pensó en Tobin. Había salido a dar un paseo y ni siquiera se lo había dicho. La única que conocía sus intenciones era Rose, pero eso no la tranquilizaba lo más mínimo.

No sólo Tobin estaría preguntando por ella a esas alturas del día, todos en Blackwood Manor serían presa de la misma incertidumbre.

Oyó los pasos de Daniel acercándose y sonrió cuando él rodeó su cintura y la besó en el cuello.

—Tenemos que darnos prisa, Daniel. En la mansión, todos deben preguntarse qué ha sucedido con nosotros.

Daniel, aunque hubiera preferido pasar más tiempo con Hazel, sabía que ella tenía razón.

—Vamos, entonces —dijo, y buscando su mano, salieron juntos del refugio.

Hazel se dio media vuelta y echó un rápido vistazo a la cabaña antes de marcharse.

Aquella rústica construcción de madera ocuparía un lugar muy especial en sus recuerdos; jamás olvidaría que allí le había entregado su cuerpo, su alma y su corazón a lord Daniel Cavanaugh.

Desanduvieron el camino a Blackwood Manor en completo silencio. Se habían amado bajo el techo de aquella humilde cabaña, pero ninguno de los dos había mencionado la palabra *amor*.

Hazel era plenamente consciente de que el lenguaje de sus cuerpos enredados en una perfecta comunión había valido más que mil palabras, aunque le hubiera gustado oír de los labios de Daniel que la amaba.

Él la miró y percibió que ella estaba angustiada.

—Todo va a ir bien. —La tranquilizó, apretando su mano con fuerza.

Hazel asintió, y cuando él ya no la miraba, se enjugó las lágrimas que rápidamente habían empapado sus ojos verdes.

Cuando Daniel y Hazel entraron en la mansión, varios pares de ojos se posaron en ellos inquisitivamente.

En el salón se encontraban Rachel, Maddie y, junto a ésta, el pequeño Tobin, que corrió a los brazos de su madre apenas la vio.

—¡Mamá!

Hazel abrazó a Tobin con fuerza y justo en ese momento se dio cuenta de las consecuencias que podría acarrear lo sucedido entre Daniel y ella en la cabaña.

—Estoy bien, cariño.

—¿Dónde estabas? —le preguntó, apartándose y echándole un vistazo a lord Cavanaugh, que en ese momento colgaba su chaqueta un poco arrugada en el perchero que había junto a la puerta.

Por un segundo, Hazel no supo qué responder porque sospechaba que aquella pregunta no sólo venía de su hijo, sino también de Maddie y de Rachel.

—Tu madre y yo hemos salido a dar un paseo, Tobin, y nos ha sorprendido la tormenta —explicó Daniel, librándola del apuro de responder—. Hemos tenido que refugiarnos hasta que ha cesado la lluvia. Hace unos días estuve enfermo y si volvía a mojarme podía tener una recaída —añadió, sonriéndole.

La explicación de Daniel convenció fácilmente al pequeño Tobin. Después de todo, y a pesar de su inteligencia, era sólo un niño de seis años, pero ambos dudaban de que los demás hubiesen quedado igualmente convencidos.

—Ahora que has regresado iré a ver al nuevo potrillo —dijo Tobin, y salió corriendo en dirección a las caballerizas.

—¡Procura regresar para la cena! —le gritó Hazel antes de que él desapareciera de su vista.

Tobin no le respondió, y Hazel no supo si la había oído.

Daniel la miró, y en un segundo, los momentos vividos en la cabaña se agolparon en su mente; no pudo evitar sonrojarse, y cuando la voz austera de Rachel, se hizo oír deseó que la tierra se la tragara.

—No deberías haber salido sabiendo que se podía desatar una tormenta en cualquier momento —le dijo a Daniel cuando él se sentó en el sillón.

Hazel hizo lo mismo, pero al lado de Maddie, que no dejaba de mirarla detenidamente.

—Hazel y yo estábamos dando un paseo, Rachel; no creíamos que la tormenta llegaría tan pronto —dijo, algo tenso.

Rachel se quedó en silencio. Sus ojos color café miraron entonces a Hazel, y cuando descubrió el brillo en la mirada de la viuda, supo que se había salido con la suya. No hacía falta ser muy perspicaz para darse cuenta de lo que había sucedido entre ambos; bastaba verlos para saber que habían estado juntos.

La imagen de aquella intrusa en los brazos de Daniel era demasiado dolorosa para Rachel; ni la daga más afilada clavada en el centro de su corazón le hubiera causado más daño.

Se puso de pie, pidió disculpas porque no cenaría con ellos esa noche, y se retiró a su habitación.

Maddie la observó con el ceño fruncido.

«Seguramente irá a rumiar su amargura», pensó, preocupada por lo que pudiera suceder a partir de entonces.

Contempló a Hazel y a su hermano, que estaban haciendo lo imposible por ocultar la felicidad que los embargaba; pero sus ojos hablaban por ellos, y a Maddie le encantó lo que le estaban diciendo.

—Le voy a decir a Agatha que nos prepare un té con pastelitos —dijo Maddie, levantándose y yendo hacia la cocina. Se dio media vuelta y agregó—: ¡Supongo que estaréis hambrientos!

Hazel sintió como todos los colores morados habidos y por haber subieron a sus mejillas en tan sólo cuestión de segundos. Observó a Daniel, que le sonreía comprensivamente.

—Yo tengo mucha hambre… ¿Y tú? —le preguntó, clavando la mirada en los labios entreabiertos de ella.

—También. —Tuvo que reconocer, devolviéndole la sonrisa.

Esa noche, cuando Hazel se retiró a su habitación después de haber cenado en el comedor con Daniel, Maddie y el pequeño Tobin, se arrojó sobre la cama y levantó los brazos por encima de la cabeza. Una sonrisa plena, radiante, se dibujó en el rostro. El motivo de esa felicidad tenía nombre y apellido.

Daniel Cavanaugh.

El hombre que sin proponérselo había logrado robarle el corazón. Un corazón que estaba triste y sombrío tras la muerte de Jeremy y que ahora volvía a renacer con la esperanza de un nuevo amor.

Se llevó una mano al estómago, allí en donde cientos de mariposas revoloteaban cada vez que él la miraba o le sonreía, todavía podía sentir el tacto de sus caricias.

—Daniel… —susurró, entrecerrando los ojos para luego dejar escapar un hondo suspiro.

Ahora más que nunca debía hacer un esfuerzo para ganarse el cariño de la pequeña Catherine. Era la hija del hombre que amaba y estaba dispuesta a sacarla de ese mundo de apatía en el cual se había sumido desde la partida de su madre.

Fue inevitable para Hazel derivar sus pensamientos hacia lady Eleanore en ese momento. Tras haber visto las fotos de la esposa de Daniel y comprobar que se parecía mucho a la misteriosa dama del

jardín, no podía dejar de pensar en la posibilidad de que se tratara de ella; además, estaba la carta de despedida que había encontrado junto a las fotos, en donde lady Eleanore le decía a su esposo que se marchaba con otro hombre. Ni Rose ni Agatha le habían mencionado el asunto cuando ella les había preguntado, pero presentía que no lo habían hecho por respeto a su señor.

Debía averiguar la verdad, aunque pecara de curiosa o entrometida. Estaba segura de que si alguien merecía saber qué había pasado con lady Eleanore ésa era, sin duda, su hija Catherine.

Se dio media vuelta y apoyó el rostro en la almohada; con las emociones vividas aquel día no fue extraño que esa noche sí conciliara el sueño casi de inmediato.

No muy lejos de allí, Rachel no podía tranquilizarse. Se paró junto a la ventana de su habitación y contempló el cielo; no había ningún rastro de la tormenta que se había desatado esa mañana temprano. Sin embargo, para Rachel aquel día sería recordado como uno de los más nefastos de su vida.

Ni siquiera el té de tila que Agatha le había preparado le había traído un poco de calma. La situación se le estaba yendo de las manos, y eso la sacaba de quicio.

No estaba dispuesta a perder una vez más.

Lo había hecho nueve años atrás cuando Daniel había puesto los ojos en su hermana, aun sabiendo que uno de sus mejores amigos también estaba interesado en ella. Rachel no podía recordar el nombre del sujeto, sólo recordaba que era un amigo de la infancia de su cuñado que se había marchado de la mansión maldiciendo el nombre de Daniel. Todos en Newcastle-upon-Tyne habían hablado del tema cuando Daniel y Eleanore se habían casado, y muchos no habían visto con buenos ojos esa boda.

La humillación más grande que Rachel había tenido que soportar había sido cuando su padre había muerto prácticamente en la ruina y no había tenido más remedio que mudarse a Blackwood Manor al

lado de Eleanore, que no se cansaba de restregarle en la cara lo feliz que era con el hombre que ella amaba.

Se cruzó de brazos y comenzó a temblar; de repente, se había levantado una brisa helada que le erizó los pelos de la nuca.

Afuera, en cambio, los árboles estaban quietos, no había ni una ráfaga de viento que los meciera.

Los ojos color café de Rachel se abrieron como platos cuando creyó distinguir una luz en el jardín, junto a la pérgola. Se acercó un poco más a la ventana y apoyó las manos en el cristal. Había visto algo, estaba segura. Alguna cosa se había movido entre las sombras que la noche proyectaba en el jardín. Volvió a mirar, pero la luz había desaparecido y la brisa helada que la había sobrecogido se había ido tan deprisa como había llegado.

Todavía temblando, se dirigió hasta la cama y se metió debajo de las sábanas. No apagó la lámpara. Esa noche dormiría con la luz encendida; eso, claro, si lograba conciliar el sueño.

Tobin se levantó aquella mañana antes de que todo el mundo despertara. Dio unos golpecitos en la puerta de la habitación de Catherine y sonrió cuando ella le dijo que pasara.

Catherine estaba aún en su cama cuando Tobin entró.

—¿Qué haces aquí tan temprano? ¿Qué quieres? —preguntó ella, curiosa pero no enojada.

—Quiero que vengas conmigo a las caballerizas, Catherine. Ha nacido un potrillo; tienes que verlo —dijo, procurando no alzar demasiado la voz.

Ella se quedó mirándolo. Entendía el entusiasmo del niño, pero no comprendía por qué se empeñaba en compartir esa alegría con ella cuando apenas la conocía.

—No puedo hacer eso.

Tobin acercó una silla a la cama y se sentó. Sus ojos verdes se posaron un instante en el hermoso caballo de madera que descansaba en un rincón de la habitación, encima de una colorida alfombra. Se preguntó si ella algún día dejaría que él lo montara.

—Claro que puedes —le dijo, mirándola ahora a los ojos—. Levántate; iremos ahora que todos en la casa duermen.

Por primera vez en mucho tiempo, Catherine tuvo deseos de salir de la casa. La idea de conocer al nuevo potrillo la atraía, y mucho, pero para eso debía enfrentarse a uno de sus mayores temores.

—Hace…, hace mucho tiempo que… —comenzó a decir.

—Lo sé. Percey me ha dicho que no has salido de la mansión en más de un año —repuso Tobin con un dejo de compasión en la voz —. Me parece que ésta es una buena ocasión para hacerlo, ¿no crees?

Catherine se debatía entre el temor y el deseo de ponerle fin al encierro voluntario al que había decidido someterse desde el mismo día en que su madre la había abandonado.

—Vístete; te espero junto a la puerta de la cocina —anunció él sin darle tiempo a replicar siquiera—. ¡No tardes!

Catherine habría querido decirle que no estaba segura si finalmente iría, pero él salió de la habitación antes de que pudiera decir una palabra.

Se levantó de la cama y miró a través de la ventana. El día había amanecido soleado, clara señal de que la primavera comenzaría en apenas unos días.

Luego, se dirigió al guardarropa y lo abrió. Una veintena de vestidos colgaban de las perchas; algunos hacía incluso más de un año que no los usaba. Allí estaban todos: el azul Francia, que era su favorito; el color canela, que había sido un regalo de su tía Maddie, y hasta su viejo vestido de muselina color verde, que le gustaba usar cuando solía jugar por las tardes en el jardín hasta la hora en que su madre la llamaba para cenar.

Revolvió entre los vestidos, y entonces lo encontró. Lo sacó de la percha y lo contempló, emocionada. Era un vestido que su madre había confeccionado para ella un par de meses antes de su partida. «Es del color del mar —le había dicho su madre—, tan azul como tus ojos y los de tu padre».

Una lágrima bañó sus pálidas mejillas mientras acariciaba la delicada tela con cuidado.

Afuera la estaba esperando Tobin, aquel niño que insistía en acercarse a ella sin que le importara ser rechazado.

Le agradaba Tobin Brown, y dejando sus miedos de lado, se quitó el camisón para ponerse el vestido que su madre le había hecho.

Se puso la cofia, los zapatos, y salió de la habitación sigilosamente. Atravesó el pasillo de puntillas procurando no ser oída. Prefería hacer las cosas así, a escondidas. No quería que su padre ni sus tías se hicieran muchas ilusiones, porque estaba casi segura de que después de conocer al bendito potrillo sus días volverían a ser sombríos y solitarios una vez más.

Bajó las escaleras y miró a ambos lados; el salón estaba vacío. Unos pocos metros más y llegaría a la cocina, en donde la esperaba Tobin. Dejó escapar un hondo suspiro y se dirigió a su destino.

Tobin no pudo evitar sonreír cuando la vio aparecer en la puerta de la cocina con una expresión de terror en los ojos.

—Sabía que vendrías —le dijo, poniendo una mano en el hombro de Catherine.

Ella se quedó mirando aquella mano pecosa y regordeta que Tobin había puesto en su hombro con tanta confianza, pero no se lo reprochó.

—Vamos antes de que nos vean. —Fue lo único que le dijo.

Ambos corrieron rumbo a las caballerizas; el sol ya estaba saliendo, y cuando le dio de lleno en la cara a Catherine, ella se detuvo de inmediato.

—¿Por qué te detienes? —Quiso saber Tobin, tomando aliento para hablar.

Catherine no le respondió. Sonrió feliz y comenzó a dar vueltas sobre sí misma, con la cabeza levantada hacia el cielo. Se sentía tan bien al ser acariciada por los tibios rayos del sol que Catherine pensó que no le importaría quedarse allí durante todo el día.

—¡Catherine, vamos! —la instó Tobin, tironeando de la manga de su vestido de muselina azul.

Ella lo miró y, por un segundo, olvidó el motivo de aquella salida furtiva.

—¡Está bien, está bien!

Corrió detrás de Tobin, que le sacaba un poco de ventaja, pero no le importó. Por primera vez en mucho tiempo, sus temores se habían disipado como gotas de lluvia absorbidas por los cálidos rayos del sol, que aún seguían envolviéndola.

Hazel entró a la habitación de Tobin y, cuando vio que su cama estaba ya hecha, se alarmó. En los días que llevaban en Blackwood Manor nunca se había levantado tan temprano, si bien era cierto que desde que pasaba las horas en las caballerizas ayudando a Percey con los caballos de Daniel se lo veía muy poco por la casa. Pero nunca antes había salido sin desayunar. Hazel se lo había preguntado a los criados y le habían confirmado que ninguno de ellos le había servido el desayuno aún.

Fue hasta el armario. Como era de esperar, la ropa que usaba a diario no estaba. Tendría que hablar muy seriamente con él y lo debía hacer cuanto antes. No le gustaba que estuviera mucho tiempo fuera de la mansión, y mucho menos que se olvidara de tomar el desayuno en su afán de ir con sus adorados caballos.

Estaba dirigiéndose a la ventana para poder verlo desde allí cuando la puerta se abrió lentamente.

Tobin se quedó de piedra cuando vio a su madre, que lo miraba fijamente.

Hazel notó de inmediato la actitud sospechosa de su hijo.

—¡Tobin Brown, contigo quería hablar! —dijo Hazel severamente.

Tobin tragó saliva y miró a su madre. Nunca la había visto tan enfadada en sus seis años de vida.

17

HAZEL esperaba con impaciencia una respuesta por parte de su hijo mientras Tobin pensaba qué decirle. Le había prometido a Catherine que no diría nada de su salida; era su secreto y jamás lo desvelaría.

—Estaba con el potrillo recién nacido, mamá —dijo, caminando lentamente hacia ella.

—Tobin, has estado junto a ese caballo desde que nació; no entiendo esa manía tuya de querer pasar con él casi todo el día —le dijo ella, suavizando el tono de su voz.

—Me gusta estar en las caballerizas, mamá. Además el señor Percey me dijo que soy su ayudante oficial —adujo orgullosamente.

Hazel sabía que no podría enfadarse con su hijo aunque quisiera y él se lo mereciera.

—Me alegro mucho por ti, cielo, pero debes prometerme que no volverás a salir sin desayunar nunca más. —Le acarició la cabeza.

—Te lo prometo, mamá —respondió, sonriéndole.

Hazel descubrió un brillo distinto en los expresivos ojos de su hijo y no estaba segura de que los caballos de Blackwood Manor fueran la causa de ello. Tobin se había mostrado bastante misterioso los últimos días, y Hazel presentía que el pequeño le estaba ocultando alguna cosa.

Bajaron a la cocina para que él desayunara algo, y Hazel supo por Albert que Daniel había salido de viaje. Al parecer había surgido

un imprevisto en una de sus minas y sólo su presencia podía solucionarlo. Le preguntó al mayordomo por su regreso, pero únicamente supo decirle que su señor estaría ausente de Blackwood Manor un par de días.

Hazel dejó escapar un suspiro. Daniel se había ido y ya estaba sintiendo el vacío en su pecho al saber que no lo vería hasta su regreso.

Agatha, Rose, Theresa y hasta el mismísimo Albert, que a veces tardaba en comprender lo que los demás captaban al vuelo, notaron la expresión de tristeza en el rostro de la joven viuda al enterarse de la repentina partida de lord Cavanaugh.

Después de que Tobin desayunara abundantemente bajo la atenta supervisión de su madre, el pequeño se puso su gorra y salió corriendo de la cocina hacia las caballerizas una vez más. Esa mañana en particular parecía más entusiasmado de lo habitual.

Hazel ayudó en la cocina a pesar de las protestas de Theresa, y una hora después, se dirigió hacia las habitaciones, dispuesta a intentar un segundo encuentro con Catherine.

Aprovecharía la ausencia de Daniel para hacerlo porque no quería que él se sintiera nuevamente culpable si su hija la rechazaba una vez más. Antes de llamar a la puerta rogó en silencio que las cosas entre ambas comenzaran a funcionar; no sólo por Daniel, sino también por ella. Quería acercarse a Catherine y convertirse en su amiga; sacarla del mundo gris en el que se había hundido tras el abandono de su madre, y de ese modo, procurarles un poco de alegría a ella y al alma de su padre. Hazel podía ver cómo Daniel sufría por la pequeña Catherine, y nada la haría más feliz que devolverle esa tranquilidad que había perdido el día en que Eleanore se había marchado para nunca más regresar.

Llamó y la voz de Catherine le dijo que pasara.

Deseaba tanto poder lograrlo que al entrar en la habitación lo hizo convencida de que, cuando Daniel regresara de su viaje, ella y su hija se habrían finalmente entendido.

La habitación, al contrario de la vez anterior, no estaba en penumbra. Las cortinas que daban al patio habían sido corridas, y el sol bañaba el suelo alfombrado y los finos muebles. Le extrañó que la niña no estuviera en su sillón; la buscó con la mirada y la halló junto al biombo, acomodándose la falda de su vestido.

—¡Hola, Catherine! —saludó Hazel con una sonrisa en los labios.

La niña la miró; se quedó muda porque, por un momento, temió que Tobin le hubiera contado a su madre la pequeña aventura que ambos habían vivido esa mañana.

Hazel notó algo diferente en Catherine. El color pálido de su rostro había dado paso a un rozagante tono rosáceo y sus ojos azules brillaban. Por un segundo, le pareció que se trataba del mismo brillo misterioso que había visto horas antes en los ojos verdes de su propio hijo.

—Hola —dijo tímidamente Catherine, por fin.

Hazel también notó que la niña acababa de cambiarse de ropa, y por la hora que era, no parecía que se hubiera levantado tan tarde esa mañana.

—Catherine…, sé que nuestro primer encuentro no fue muy agradable —comenzó a decir Hazel sin moverse de su sitio para no asustar a la niña—, pero quiero que sepas que nunca ha sido mi intención hacerte daño. Si estoy aquí es porque tu padre confía en mí y quiere que te haga compañía; no pretendo que seamos amigas de la noche a la mañana, pero al menos déjame acercarme a ti. Tu padre tiene muchas esperanzas en que tú y yo podamos entendernos… Él sólo quiere lo mejor para ti, Catherine.

La niña la observaba atentamente mientras la escuchaba y descubrió que Tobin tenía a quién parecerse. Su madre había regresado después de que ella la había tratado casi de ladrona, para pedirle que le diera la oportunidad de acercarse a ella.

—¿No vas a decir nada? —preguntó Hazel, esperando una respuesta de su parte.

Catherine caminó hacia el sillón y se sentó. Luego, clavó sus ojos azules en los de Hazel.

—Yo no soy nadie para desobedecer una orden que ha dado mi padre —dijo finalmente—. Si él quiere que usted se encargue de mí, no hay nada que yo pueda hacer al respecto.

Hazel aún percibía algo de frialdad en su voz, pero sus palabras le dieron un poco de esperanza.

—Estoy segura de que nos llevaremos bien, Catherine —dijo sonriéndole, aunque se abstuvo de acercarse a ella.

La niña asintió en silencio.

—¿Qué haces por las tardes? —Cambió su pregunta—: ¿Qué te gustaría hacer esta tarde?

Catherine la miró con cierta indiferencia.

—Suelo leer alguno de los libros que mi padre me trae de sus viajes.

Hazel sabía que era demasiado pronto para invitarla a dar un paseo por el jardín, por eso no lo hizo.

—¿Te gustaría que te leyera algún libro? Mi hijo Tobin me dice siempre que soy muy buena narradora; si quieres puedo buscar en la biblioteca de tu padre, a ver qué encuentro —sugirió, evidentemente entusiasmada.

Catherine se encogió de hombros.

—Como usted quiera —respondió simplemente.

—Muy bien. Entonces, vendré después del almuerzo y pasaremos la tarde juntas. ¿Qué te parece?

—Como usted quiera —reiteró mientras acariciaba el camafeo que prendía del canesú de su vestido.

Hazel caminó hacia la puerta.

—Hasta la tarde entonces, Catherine.

Salió de la habitación con el ánimo completamente renovado; había librado la primera batalla para conquistar el corazón de la hija del hombre que amaba y había salido airosa. Era el primer paso y no había resultado tan difícil después de todo.

Cuando Hazel entró en el estudio de Daniel esa misma tarde, no pudo evitar sentirse sobrecogida, si aspiraba hondo hasta podía

sentir los vestigios que su perfume había dejado. No hacía ni un día que se había marchado y ya lo extrañaba.

Hurgó en la biblioteca de siete estantes y le costó encontrar algo adecuado para leerle a Catherine. Había muchos libros de viajes, novelas históricas y una variedad increíble de libros de poesía, y Hazel descubrió entonces que Daniel era un gran amante de ese género literario. Siguió buscando y finalmente encontró lo que quería; sólo esperaba que Catherine no lo hubiera leído ya. Estaba echando un vistazo a los distintos libros de poesía cuando la puerta se abrió.

—Hazel, estás aquí.

Maddie entró y notó que ella estaba curioseando entre la colección de poesía de su hermano.

—Daniel ama la poesía. Su escritor favorito es Robert Browning —dijo—, si te interesa saberlo.

Hazel sonrió, nerviosa.

—En realidad, estaba buscando un libro para leerle a Catherine. —Le anunció, desviando la mirada de los libros de poesía de Daniel.

—¿Has hablado con ella? ¿Cómo te ha tratado? Supe que vuestro primer encuentro no salió del todo bien.

—Fue mejor de lo que esperaba, Maddie —respondió, dejando escapar un suspiro—. Al menos ha accedido a que pase la tarde con ella.

Maddie le cogió la mano.

—¡Eso es maravilloso, Hazel! El primer paso para un acercamiento entre las dos. Catherine es una niña dulce e inteligente; es sólo que ha sufrido mucho desde lo de su madre —adujo Maddie, contenta ante las buenas nuevas.

Maddie había sacado a colación el tema de lady Eleanore, y Hazel se sintió tentada a preguntar.

—Maddie…, ¿qué sucedió exactamente con la esposa de Daniel?

Ella la miró, respiró profundamente y le dio una palmadita en la mano.

—Aunque no lo creas, no sé demasiado al respecto. En esa época, yo no estaba aquí, y cuando regresé a Blackwood Manor supe que Eleanore había desaparecido.

—Pero una persona no puede desaparecer de esa manera —replicó Hazel.

Al parecer Maddie ignoraba la existencia de la nota que lady Eleanore le había dejado a su hermano antes de largarse con otro hombre. Ella no se lo contaría por respeto a la intimidad de Daniel; además, sospechaba que el mismo Daniel había preferido no decirle nada para evitarle la vergüenza de tener un hermano cuya esposa lo había dejado por otro.

—Nadie habla del asunto en esta casa; Daniel no la menciona casi nunca, y además mandó retirar todos sus retratos —aseveró—. La pequeña Catherine sólo conserva una foto de su madre en el camafeo que lleva prendido en su pecho y que nunca se quita.

Hazel, por fin, comprendía el recelo de la niña en proteger aquella joya cuando ella había querido tocarla en su primer encuentro. Era la única imagen que conservaba de su madre, y aunque aquello le parecía tremendamente injusto, podía comprender el dolor y la humillación por la que debía haber pasado Daniel al saberse traicionado por la mujer que amaba.

—¿En qué piensas? —le preguntó Maddie cuando ella se quedó en silencio.

—En lady Eleanore. Su esposo y su hija la adoraban… ¿Por qué hizo lo que hizo entonces?

Maddie alzó una ceja.

—Hablas como si supieras lo que sucedió hace un año con mi cuñada —dijo Maddie, sorprendida.

Hazel carraspeó al darse cuenta de que había metido la pata.

—No, es sólo que si yo tuviera una familia como la suya jamás me habría alejado de ella…, cualesquiera fueran las razones —añadió, esperando dejar satisfecha a Maddie con su respuesta.

Pero por la forma en que Maddie la observaba, estudiando cada gesto suyo, supo que no lo había logrado. Debía salir de allí antes de

que la hermana de Daniel la bombardeara con preguntas que ella no se sentía con derecho a contestar.

—Será mejor que suba. Catherine me debe estar esperando.

Apretó el libro contra su pecho y abandonó el estudio antes de que Maddie pudiera hacerle más preguntas.

Daniel llevaba más de quince minutos oyendo al capataz de una de sus minas en la ciudad de Horsley, pero su mente estaba a unos cuantos kilómetros de allí. De vez en cuando, daba un sí como respuesta, pero sin saber exactamente cuál había sido la pregunta formulada.

Había tenido que salir raudamente de Newcastle-upon-Tyne porque había recibido un telegrama en donde se le avisaba de que una huelga en la principal mina de carbón de Horsley estaba caldeando demasiado los ánimos de los empleados, que exigían una jornada menos extensa de trabajo y un aumento de salario. Eran temas que sólo uno de los dueños podía atender. En la misiva también se le anunciaba que su socio no podía hacerse cargo del problema porque se encontraba fuera de Inglaterra y no regresaba en dos semanas; por eso, no había tenido más remedio que presentarse él en la mina, y ahí estaba, oyendo las reclamaciones del capataz sin prestarle la más mínima atención.

—¿Me ha oído, lord Cavanaugh?

La voz de pito del señor Colman lo sacó de sus pensamientos.

—Sí, señor Colman —dijo, forzando una sonrisa—. Lo que su gente pide es justo y créame que mi socio y yo tenemos la mejor disposición de llegar a un acuerdo; lo único que les pedimos a usted y a los mineros es que no detengan la producción de carbón porque salimos perdiendo todos.

El señor Colman se rascó la cabeza.

—Disculpe mi sinceridad, lord Cavanaugh, pero mis hombres y yo necesitamos más que su palabra para poner fin a la huelga.

Daniel apoyó las manos en el escritorio que usaba cuando visitaba la mina, normalmente una vez al mes, para supervisarlo

todo.

—Está bien. ¿Qué le parece, entonces, si firmamos un acuerdo?

El rostro enjuto y pálido del capataz se iluminó de repente. Esas eran seguramente las palabras que quería oír.

—Sería lo más sensato, señor.

—Muy bien. Entonces, me pondré en contacto con mi abogado que a su vez se reunirá con usted para entablar las cláusulas del contrato —anunció—. Confío en que nuestro ofrecimiento sea el que ustedes quieran.

El señor Colman se puso de pie y estrechó la mano de Daniel con fuerza.

—Lo que hacemos es por el bien de todos, lord Cavanaugh. —Lo sé, amigo; lo sé.

Cuando Daniel se quedó solo se sintió con total libertad de traer a su mente los momentos que había compartido con Hazel el día anterior.

Recostó su cuerpo cansado en el respaldo del sillón y cerró los ojos.

Se habían amado en aquella miserable cabaña, pero él no se acordaba de la suciedad ni del olor a humedad que reinaba en el lugar. Lo único que tenía en su mente era el perfume de Hazel, la suavidad de su piel, el sabor dulce de sus labios y, sobre todo, la pasión con la que se había entregado a él.

Un estremecimiento lo recorrió desde la cabeza hasta los pies cuando su mente se vio invadida por tales recuerdos. Se miró las manos, que todavía parecían guardar vestigios de la humedad de su cuerpo. Se las llevó al rostro y aspiró con fuerza; incluso le pareció sentir su perfume.

—Hazel…

Dijo su nombre en un susurro, como si estuviera llamándola, aunque sabía que ella no estaba allí con él.

Cada parte de su cuerpo reaccionó ante el recuerdo, en especial la zona de su entrepierna, que en aquel momento se estaba avivando rápidamente sin ningún escrúpulo.

Y fue entonces cuando confirmó lo que ya sospechaba.

Estaba enamorado de Hazel, la viuda de quien había sido uno de sus mejores amigos de la infancia.

Reconocer y aceptar sus sentimientos lo asustó y lo emocionó al mismo tiempo. Él creía que su corazón se había secado después de la dolorosa traición de Eleanore. Durante un año se había sentido vacío, sin alegría, sobreviviendo cada día y cada noche solamente por y para su hija.

Pero todo eso ahora había cambiado.

Hazel había llegado a su vida para hacerle recordar que él era un hombre y que aún podía ser tocado por el más puro y apasionado de los sentimientos humanos.

El amor.

18

HAZEL llegó a la habitación de Catherine unos minutos después de las tres de la tarde, una vez que Tobin se había marchado a las caballerizas para ayudar al viejo Percey a alimentar a los caballos.

Parecía que la niña estaba esperándola; la encontró sentada en su sillón con las piernas cruzadas. Una de sus manos sostenía el camafeo que nunca alejaba de su pecho. Hazel sonrió; ahora sabía el porqué de su recelo hacia aquella delicada joya. Después de todo, allí dentro guardaba la única foto que conservaba de su madre. Era lógico que quisiera protegerlo como si de un tesoro se tratase.

—Voy a abrir un poco las cortinas. —Le anunció, yendo hacia la ventana.

Catherine la siguió con la mirada. Observó que llevaba un libro en su mano izquierda; reconoció la portada de inmediato.

—Espero que el libro que he escogido sea de tu agrado —le dijo Hazel, regresando a su lado y sentándose frente a ella.

Catherine seguía sin decir nada. Sus ojos azules no se habían apartado del libro que ahora Hazel sostenía en su regazo. La mujer había elegido la novela *Mujercitas* para leerle aquella tarde y, de repente, la tristeza eclipsó su corazón.

Era su libro favorito porque era el que siempre le leía su madre antes de arroparla por las noches; se conocía varios pasajes de memoria y no los había escuchado desde hacía mucho tiempo.

Estaba a punto de decirle que no quería que le leyera aquella historia en particular, que ése era un derecho que sólo le había correspondido a su madre, pero cuando Hazel comenzó a leer simplemente no pudo abrir la boca; el nudo en su garganta se lo impidió.

Hazel sostuvo el libro con una mano mientras que con la otra acariciaba la página abierta. Entonces comenzó a leer…

—Una Navidad sin regalos, no es una Navidad —refunfuñó Jo, que estaba tendida sobre la pequeña alfombra.

—¡Cuán terrible es ser pobre! —suspiró Meg, arrojando una mirada a su viejo vestido.

—¡No me parece justo que algunas chicas tengan muchísimas cosas bonitas, mientras otras no tienen nada! —agregó la pequeña Amy con un pucherito.

—Pero nosotras tenemos a mamá y a papá…, y nos tenemos a nosotras mismas —dijo Beth, alegremente desde su rincón.

Hazel levantó la vista y observó a su silenciosa oyente. Descubrió que la pequeña Catherine tenía lágrimas en los ojos. Fue incapaz de seguir leyendo, por eso cerró el libro y colocó las manos sobre él.

Catherine la miró directamente a los ojos.

—Por favor…, siga leyendo —le pidió.

Había algo en la voz de aquella mujer que le recordaba a su madre; el estilo de narrar la historia de las hermanas March era muy similar al suyo. Catherine cerró los ojos para escucharla y tuvo la sensación de estar oyendo a su madre. Se secó una lágrima de la mejilla y se acurrucó en el sillón mientras la suave voz de Hazel le leía su historia favorita.

Al atardecer, y después de haber leído *Mujercitas* a Catherine durante casi tres horas, hasta que Beth enferma de escarlatina, Hazel salió a dar un paseo por el jardín. Tenía ganas de pasarse por las caballerizas y ver a Tobin haciendo sus labores cotidianas con los caballos de Daniel.

Hazel no podía dejar de pensar en la sorpresa que él tenía para su hijo y en lo feliz que se pondría al recibir un caballo como regalo. Mucho se temía que el día que eso sucediera la dejaría en segundo plano para dedicarse en cuerpo y alma a su nueva adquisición.

Lo encontró en uno de los cubiles, cepillando a un precioso ejemplar de negras crines y piel lustrosa.

—Veo que haces muy bien tus labores —dijo, entrando en el pequeño recinto a la vez que se levantaba la falda del vestido para que no se le llenara de heno.

Tobin se dio la vuelta y sonrió de oreja a oreja.

—¡Mamá! —exclamó, dejando por un instante de cepillar al caballo.

—¿Cómo se llama? —preguntó ella, acercándose al animal, que la miraba con un poco de recelo.

—Es *Red Heart*; es el caballo preferido de lord Cavanaugh —le informó, dándole unas palmaditas en el lomo—. Puedes acariciarlo; no te hará daño.

La mujer alzó la mano y rozó la cabeza del animal allí donde una mancha blanca en forma de corazón se dibujaba entre sus dos vivaces ojos.

—Hola, *Red Heart* —dijo, tomando confianza.

—Le has caído bien —apuntó Tobin, que ahora cepillaba la cola de *Red Heart*.

—¡Eres un muchacho adorable! —le habló al caballo, y Tobin no pudo evitar reírse.

Hazel lo miró; sabía que estaba actuando como una niña, pero no había estado nunca antes tan cerca de un caballo, y mucho menos había tocado uno. Lo había intentado una vez cuando era jovencita, pero el animal al que se había acercado había lanzado un par de coces al aire, y ella se había asustado tanto que había salido corriendo. Nunca se lo había contado a Tobin y jamás lo haría.

—¿Cuándo crees que terminarás aquí? Rose me ha dicho que para la cena preparará pavo asado relleno con nueces, jamón cocido, *cotelettes* con salsa de apio, y de postre. —Hizo una pausa

para generar un poco de suspenso—. ¡Tarteletas de albaricoque y *charlotte a la vanille*!

Los ojitos de Tobin brillaron de alegría.

—¡Qué rico! —dijo, lamiéndose los labios.

—Será mejor entonces que te des prisa si no quieres perderte la cena —le advirtió Hazel mientras seguía acariciando a *Red Heart*, que parecía estar a gusto con sus mimos.

—¡Sí, mamá, termino con él y voy a la casa!

Hazel se marchó de las caballerizas y caminó por el sendero del jardín hasta detenerse en la pérgola. Se había levantado una suave brisa, pero no hacía frío. Observó las matas de coloridos pensamientos esparcidos alrededor de la pérgola y que se extendían más allá del sendero.

Se agachó y arrancó un pequeño ramillete de color malva, se lo llevó al rostro y lo olió.

—Huelen deliciosamente, ¿verdad?

La voz grave de Leonard la asustó. No había oído que se acercara y no pudo evitar alarmarse; no podía olvidar que era en aquel lugar donde la mujer vestida de blanco aparecía durante las noches.

—Sí.

Se puso de pie y le sonrió.

—¿Has salido a dar un paseo?

Hazel asintió.

—Hazel, hay algo que quiero decirte. —El tono de su voz había cambiado—. Con respecto a la otra noche… Sé que no debí dejarte sola. No podía imaginarme…

—Leonard, no fue culpa tuya —le dijo ella antes de que siguiera con aquel desagradable asunto.

—Eso es lo que tú dices, pero lord Cavanaugh no pensaba lo mismo —alegó Leonard, estudiando la reacción de Hazel.

—Estaba nervioso por lo sucedido, eso es todo. Daniel no quiso tratarte de esa manera tan ruda; estoy segura de ello —aseveró, comenzando a caminar hacia la mansión.

—¿Tanto lo conoces como para afirmar una cosa así?

Hazel percibió que Leonard quería saber mucho más de lo que se atrevía a preguntar.

—Daniel es un buen hombre, Leonard. Tú llevas más tiempo que yo trabajando para él, deberías saber eso mejor que yo —adujo, esperando dejarlo conforme con su respuesta.

—La verdad es que no lo conozco muy bien. Lord Cavanaugh es un hombre algo sombrío, distante, sobre todo desde la desaparición de su esposa —comentó, poniendo cierto énfasis en las últimas palabras.

A Hazel no le gustaba el rumbo que estaba tomando aquella conversación.

—Ha sufrido mucho; él y su hija han padecido la ausencia de lady Eleanore.

—¿Sientes pena por él, Hazel? —preguntó Leonard de pronto—. ¿O es algo más?

—No sé a qué te refieres —respondió ella, acelerando la marcha. Leonard la siguió y la obligó a detenerse.

—He visto la forma en que lo miras, Hazel. No has debido poner tus ojos en un hombre como él; sólo te hará daño —dijo, sujetándola de la muñeca.

Hazel sintió cómo el calor subía por su rostro y se instalaba en sus mejillas. Hasta ese momento no había creído que fuera tan transparente con respecto a sus sentimientos hacia lord Cavanaugh.

—No pongas esa expresión. Me he dado cuenta de inmediato que te has enamorado de él; basta ver cómo te has puesto cuando te has enterado de que se había ido de viaje —señaló él sin soltarla.

—Leonard, déjame. Debo regresar a la casa. Prometí ayudar a Rose a preparar la cena —dijo, intentando marcharse y escapar de aquella embarazosa situación.

—Él no puede amarte, Hazel; nunca lo hará. Su corazón está vacío, oscuro. Es incapaz de amar nuevamente a una mujer.

Las palabras de Leonard se clavaban en su pecho como puñales.

—¡No puedes decir eso! ¡No lo conoces! —le gritó Hazel, a punto de echarse a llorar.

—¡Porque lo conozco es por lo que te estoy diciendo todo esto, Hazel! —dijo él, alzando también el tono de su voz—. ¿Por qué crees que su mujer lo abandonó? ¡Algo malo debe haberle hecho!

—¡Cállate! ¡No sigas!

—¡Abre los ojos, Hazel! Me importas y no quiero que nadie te haga daño. Intentó acariciarle la mejilla, pero ella se lo impidió, retrocediendo unos pasos.

—Leonard…

—Te amo, Hazel, y no me avergüenza confesártelo. Te amo desde que te vi por primera vez, sentada allí —señaló hacia la pérgola, que estaba a unos pocos metros de donde se encontraban —. Déjame demostrarte que un hombre como yo puede amarte sinceramente; déjame probarte que no necesitas ni del lujo ni de la riqueza para ser feliz.

Hazel logró soltarse por fin y salió corriendo antes de que él pronunciara una palabra más.

—¡Maldición!

Leonard quiso correr tras ella, pero sabía que era mejor no hacerlo. Su confesión de amor la había dejado estupefacta y necesitaría tiempo para asimilarla.

No iba a renunciar a ella por nada del mundo. La amaba y lucharía por conquistar su amor hasta las últimas consecuencias.

Se quedó mirando un momento hacia la mansión, y luego volvió al cobertizo para terminar con su labor del día.

A unos pocos metros de allí, en la parte lateral del jardín, alguien había estado presenciando toda la escena, y cada palabra había llegado fuerte y claramente a sus oídos.

Rachel sonrió malévolamente; jamás se habría imaginado que un paseo vespertino como aquél rendiría tan buenos frutos.

19

TODOS esperaban que Daniel regresara a tiempo para la cena, pero no apareció.

—Seguramente, volverá mañana temprano —comentó Maddie, dirigiéndose a Hazel.

Había notado que Hazel había estado bastante inquieta durante toda la cena y estaba segura de que no tenía que ver tan sólo con el viaje de su hermano.

Hazel asintió, mirando su plato, que aún estaba casi lleno; no había probado bocado. La conversación con Leonard le había quitado el apetito y la había dejado hecha un manojo de nervios. Observó a Tobin, que comía sin prestarles atención, perdido en sus propios pensamientos.

Rachel también estaba sentada a la mesa; en silencio. No había pronunciado palabra desde que había aparecido en el comedor, y aunque Maddie la prefería así, con la boca cerrada, toda aquella aparente calma sólo conseguía preocuparla.

—Si me disculpáis —dijo Hazel, de pronto, poniéndose de pie.

—¿Ya te vas, mamá?

—Hazel, no has comido nada —manifestó Maddie.

—No tengo apetito. Me duele un poco la cabeza y prefiero retirarme. Quédate con Maddie, Tobin, y pórtate bien.

Tobin asintió y le sonrió a Maddie.

Maddie no pudo decir nada más, al menos no delante de Rachel, que no había dejado de observar a Hazel durante toda la cena.

—Parece ser que la joven viuda no se encuentra bien hoy —comentó, abriendo la boca por primera vez desde que se había sentado a la mesa.

Maddie ni siquiera se molestó en responderle; prefirió dedicar su atención al pequeño Tobin, que estaba devorando una generosa porción de *charlotte a la vanille*.

Hazel se despertó en medio de la noche cuando creyó oír un sonido. No sabía si el ruido se había producido en el exterior o dentro de la habitación. Estaba aturdida; había tenido una pesadilla, e inmediatamente se sintió invadida por el pánico. Miró hacia la ventana; no había viento afuera, por lo tanto descartó que se tratara de una rama que hubiese golpeado contra los cristales.

Extendió el brazo, y estaba a punto de encender la lámpara, cuando oyó su voz.

—No la enciendas.

El corazón se le aceleró tanto que Hazel creyó que dejaría de latir en cualquier momento.

—Daniel. —Susurró, y lo hizo con tanta dulzura que él tardó sólo un segundo en acercarse a ella.

Hazel distinguió, gracias a la luz que entraba por la ventana, la silueta de Daniel yendo hacia ella, y cuando él se sentó en la cama, a su lado, se arrojó a sus brazos.

Él la apretó con fuerza y hundió el rostro en el cabello de Hazel, que caía suelto sobre uno de sus hombros. Necesitaba tanto impregnarse de su perfume que pensó que no le importaría quedarse allí eternamente.

Ella se apartó, a pesar de su protesta, y aunque estaban a oscuras, Daniel podía sentir los ojos verdes de Hazel clavados en los suyos.

—No deberías estar aquí —le dijo ella en voz baja, temiendo que alguien pasara por delante de su habitación en ese momento y

pudiera oírlos.

—No me pidas que me vaya, Hazel… Por favor, no me lo pidas —le suplicó él, besando sus manos con fervor.

Ella no se lo pidió, y tampoco dijo nada; sólo se dejó llevar cuando él buscó su boca y la besó apasionadamente. Hazel abrió sus labios para permitir que él la invadiera con su lengua; sus manos en seguida se enlazaron en la nuca de Daniel. Él gimió; el sabor de su boca lo llenaba de deseo, de un deseo que había estado latente durante los dos días que no la había tenido cerca.

Hazel sintió el calor de su cuerpo aun debajo de la ropa que él llevaba. Bajó sus manos hasta su pecho y pudo sentir la tensión de sus músculos. Cuando pegó su cuerpo al de él, percibió su gemido entrecortado.

El deseo se disparó en su interior y le corrió por las venas; de pronto, tuvo la necesidad de devorarlo, de estar tan cerca de él que pudieran fundirse en un solo ser.

Daniel se quitó la camisa como pudo y luego hizo lo mismo con el camisón de Hazel. La poca luz que entraba iluminó sus pechos turgentes, y Daniel supo que nunca sería capaz de saciar su sed de ella.

Estiró el brazo y le acarició el suave cabello, la curva delicada de sus hombros. Incapaz de resistirse, bajó la cabeza y saboreó la piel tibia de su cuello. Cuando sintió sus pulsaciones bajo sus labios, la lamió con suavidad y percibió el temblor de su cuerpo. Necesitaba más.

—Daniel —gimió ella, y eso aumentó aún más su deseo. Buscó sus labios de nuevo y se los devoró con pasión.

Hazel sentía que se hundía y se consumía al mismo tiempo. De no haber estado tan pegada a él mientras la acariciaba de aquel modo, estaba segura de que se habría desmayado de placer.

Daniel deslizó las manos por la espalda de Hazel hasta llegar a la altura de sus caderas, que agarró y presionó contra él, uniendo el calor de sus cuerpos. Ella arqueó su espalda y pareció pasar una

eternidad hasta que notó esas manos de dedos largos y firmes acariciándole los pechos.

Hazel sintió cómo sucesivas oleadas de placer la recorrían de los pies a la cabeza. Los labios de Daniel quemaban su piel, sus dedos ceñían su cintura. No creía que fuera posible sentir aquella calentura en el cuerpo, aquellos latidos que amenazaban con hacerle estallar en cualquier momento.

—Ahora.

Daniel no sabía si lo había dicho o lo había pensado, pero con un rápido movimiento se bajó los pantalones. Observó, embelesado, cómo ella hacía lo mismo con sus calzones.

Tenía que estar dentro de ella. Le deslizó los dedos entre los muslos para sentir su ardor.

El leve gemido, el placer intenso que se reflejó en los ojos de Hazel justo antes de cerrarlos, lo empujaron a caer por el abismo.

Sin dejar de mirarla, se abrió paso entre sus muslos y la penetró. Ella estaba tan caliente y tan húmeda, incluso mientras se retiraba y volvía a penetrarla, que sintió que caía inexorablemente en un precipicio. Entonces, sintió la primera convulsión de Hazel.

—Eres mía…

Las palabras se repetían en su mente como un cántico a medida que continuaba penetrándola, cada vez más deprisa. Ella siguió su ritmo hasta que todo lo demás se desvaneció y sólo quedaron ellos dos sumidos en aquella nube de placer. Cuando sintió las convulsiones de Hazel por segunda vez, dejó que la locura se lo llevara también a él.

—¡Daniel, despierta!

Hazel movió el pesado cuerpo de Daniel, que aún continuaba medio encima de ella, pero él parecía seguir durmiendo plácidamente.

De pronto, dejó escapar un gemido y se movió un poco, lo suficiente como para besar el hueco del hombro de Hazel.

—¡Daniel, vamos, debes irte a tu habitación antes de que alguien te descubra aquí! —le dijo.

Había amanecido hacía más de una hora y seguramente ya estarían todos levantados en la casa.

Los labios de Daniel bajaron por su hombro y comenzaron a besar el punto en donde sus pechos se unían. Hazel contuvo el aliento. Sabía que tenía que marcharse, pero al mismo tiempo no quería que lo hiciera; se sentía tan bien entre sus brazos, entregada a sus caricias y a sus besos, que la idea de separarse nuevamente de él le resultaba inconcebible.

—Deja que me quede un rato más —le pidió él, clavándole aquellos ojos azules tan profundos que parecía que le perforaban el alma.

Hazel no encontró las fuerzas para negarse a su petición, no cuando lo único que deseaba era estar entre a sus brazos.

Él bajó la cabeza y comenzó a besar sus pezones ya erectos. Hazel respondió arqueando su cuerpo hacia él, pidiendo por más.

—Eres tan hermosa. —Le susurró él, hundiendo su rostro entre aquellas dos montañas carnosas y aspirando el olor de su piel.

Hazel sonrió, complacida, y enredó sus dedos en el cabello de Daniel como respuesta a sus palabras. Él se movió un poco hacia arriba para acomodarse mejor encima de ella, y su mano encontró la tibia humedad de su sexo. Hazel estaba preparada para recibirlo una vez más, y cuando la penetró, observó con gozo como ella se aferraba a su espalda con manos y piernas, dejándose arrastrar hacia donde él la estaba llevando, al más dulce y sublime de los paraísos.

Alcanzaron el clímax casi al mismo tiempo, y él acalló su grito con un beso apasionado.

Sus cuerpos, exhaustos, recién saciados, seguían aún unidos, y ninguno de los dos hizo nada para separarlos. Hazel acomodó la cabeza en el pecho sudado de Daniel y él la abrazó por la cintura. Ella dejó escapar un suspiro mientras intentaba recuperar el ritmo normal de su respiración.

—¿Estás bien? —le preguntó él, acariciándole el cabello humedecido por el sudor.

—Sí.

—No sabes lo que han sido estos dos días fuera —le dijo él de repente—. No veía la hora de regresar para verte.

Hazel sabía perfectamente que aquellas palabras no eran igual a un «te amo», pero se le parecían bastante y no pudo evitar emocionarse.

—¿Cuándo regresaste? —le preguntó antes de que el llanto la traicionara.

—Anoche, cuando ya todos estaban durmiendo. Subí a mi habitación, te juro que estaba dispuesto a acostarme porque estaba agotado del viaje, pero no pude aguantarme y vine a buscarte —le confesó, besándole la coronilla con suavidad.

—No parecías tan cansado anoche —comentó ella, sonriendo con timidez. Él dejó escapar una carcajada.

—No, me bastó verte para olvidarme de todo. —La apretó más contra su cuerpo.

—¿Qué ha sucedido? ¿Por qué tuviste que partir así, de improviso? —Quiso saber ella de pronto.

—Un problema grave en una de las minas; una huelga que ya llevaba casi una semana y que había parado toda la producción. Mi socio está fuera de Inglaterra y he tenido que encargarme yo de la cuestión —le informó seriamente.

—¿Se ha solucionado el problema?

Hazel notó que a él no le gustaba mucho hablar de asuntos de trabajo.

—Afortunadamente sí. Tuve una reunión con el capataz y llegamos a un acuerdo beneficioso para ambas partes.

—Me alegra saberlo.

—Y a mí me alegra haber regresado —dijo él.

Al posar su mano en el vientre plano de Hazel, notó un pequeño moratón junto al ombligo, marca que le había dejado su fatídico encuentro con el desgraciado de Josiah Pinkerton. Daniel rezaba

porque permaneciera en prisión, ya que seguramente no saldría con vida la próxima vez que lo tuviera enfrente.

—Daniel, ¿puedo hacerte una pregunta?

Él percibió el tono de su voz; estaba algo inquieta.

—Por supuesto.

—¿De dónde os conocías Jeremy y tú? Él no hablaba mucho de ti; sólo te mencionó un par de veces mientras estuvimos casados. —Levantó la cabeza y lo miró a los ojos.

Daniel tragó saliva. Sabía que aquella pregunta llegaría en un momento u otro, pero no estaba seguro de que estuviera preparado para hablar precisamente con ella de ese tema que sólo le traía tristes recuerdos.

—Ya te lo dije. Tu difunto esposo y yo éramos amigos, nos conocíamos desde niños —respondió escuetamente.

—Eso ya lo sé. Lo que no entiendo es por qué él nunca hablaba de ti, más aún si os conocíais desde niños. Lo único que decía de ti era que tenías mucho dinero y que vivías en una gran mansión.

—Jeremy y yo dejamos de vernos hace muchos años, Hazel. Quizá prefirió olvidarse de mí y de todo lo que lo ataba a este lugar —alegó él, sabiendo que su respuesta no la convencería.

—Pero ¿por qué Jeremy haría una cosa así? Él era un buen hombre. Si se marchó de Newcastle-upon-Tyne tuvo que haber sido por una razón muy poderosa. Parecía que no guardaba buenos recuerdos de este lugar.

Sus ojos verdes se desviaron hacia la sortija que llevaba en el dedo. En la cabaña, cuando habían hecho el amor por primera vez, Daniel se la había quitado, y ella había creído que eso era lo mejor, quizá como una manera de aligerar la culpa de estar con otro hombre a tan sólo unas semanas de su muerte; pero ahora había vuelto a estar entre los brazos de Daniel sin habérsela quitado, y ningún sentimiento de culpa había empañado el momento.

Daniel se movió, inquieto, debajo de Hazel, y ella supo que se estaba levantando para marcharse.

—Será mejor que regrese a mi habitación. Albert no tardará en ir a prepararme el baño —le dijo, dándole la espalda mientras levantaba la camisa del suelo y se la ponía.

Hazel no le dijo nada; cubrió su desnudez con las sábanas y observó atentamente como él se vestía. Sin duda, estaba escapando de ella y de sus preguntas.

Daniel, por fin, se dio la vuelta y se topó con la mirada demandante de Hazel. Ella no era tonta y había percibido que a él no le gustaba hablar de aquel asunto. Dejó escapar un suspiro; tendría que hablar con ella y contarle toda la verdad sobre lo sucedido entre Jeremy y él nueve años atrás, pero entonces no era el momento. Se acercó y la besó con ternura.

—Nos vemos abajo, en el comedor.

Hazel ni siquiera le respondió, pero si lo hubiera hecho, le habría dicho que esa mañana no quería desayunar con él.

Lo observó hasta que abandonó la habitación y se quedó con la mirada clavada en la puerta que él acababa de cerrar.

Daniel le estaba ocultando algo con respecto a los motivos que habían obligado a Jeremy a marcharse de la ciudad nueve años atrás. Hazel ignoraba por qué, pero estaba en todo su derecho de saberlo; como la viuda de Jeremy Brown y ahora como la mujer de Daniel. Se detuvo en seco… ¿La mujer de Daniel? ¿Acaso lo era? ¿Su mujer? A Hazel le pareció que era cualquier otra cosa, pero no su mujer.

¿Su amante, su querida?

Ciertamente, no sabía qué papel tenía ella en la vida de Daniel; por lo tanto, ni siquiera podía definir la relación que los unía. Ella lo amaba, estaba completamente segura de sus sentimientos hacia él, pero desconocía qué sentía Daniel por ella. La deseaba, eso era más claro que el agua, pero nunca le había dicho que la amaba.

La angustia le oprimió el pecho; quizá Daniel sólo la buscaba para saciar su necesidad de estar entre los brazos de una mujer, y eso poco tenía que ver con el amor.

La puerta de su habitación se abrió.

—Señora Hazel, se ha despertado tarde esta mañana. —Rose entró cargando unas cuantas toallas y un cuenco con agua caliente —. Le prepararé el baño.

Hazel se levantó de la cama y se secó de un manotazo las lágrimas que sin darse cuenta habían mojado sus mejillas.

20

CUANDO Daniel entró en su habitación se encontró con que Albert ya estaba preparando el baño. El viejo mayordomo dejó lo que estaba haciendo y se quedó observándolo durante unos instantes, que a Daniel le parecieron eternos.

—Lord Cavanaugh, su baño está listo —dijo Albert, volviendo a prestar atención a la labor de echar el agua caliente dentro de la bañera.

Daniel carraspeó y comenzó a quitarse la ropa con rapidez; deseaba quedarse a solas por fin porque la escena era bastante embarazosa. Conocía al viejo Albert y estaba seguro de que contaría lo sucedido a los demás criados sin omitir detalle alguno.

—¿Necesita algo más, señor? —preguntó, solícito, el mayordomo.

—No, Albert, puedes retirarte.

—Con su permiso, señor.

Cuando Albert cerró la puerta, Daniel dejó escapar un suspiro de alivio. Terminó de desnudarse y se metió dentro de la bañera con agua caliente. No podía tener el control absoluto de aquella situación, y cuando Albert comentara a los demás que no había dormido en su habitación, las conjeturas serían seguramente de lo más variadas. No era que estuviese demasiado preocupado; sólo temía que a partir de ese momento el nombre de Hazel anduviese de boca en boca, como si lo que hubiera sucedido entre ambos fuera el más sucio de los pecados.

La situación de ambos no podía continuar así; eran demasiado transparentes y pronto todo el mundo estaría al corriente de su relación. Habría gente que aprobaría lo que habían hecho mientras que otros lo repudiarían. A él no le importaban mucho los comentarios, pero no estaba dispuesto a que la reputación de Hazel fuera puesta en tela de juicio. Ella acababa de enviudar y tenía a su cargo al pequeño Tobin.

Las preguntas que Hazel le había hecho esa mañana surgieron en su mente para atormentarlo. Sabía que tenía que contarle lo sucedido con Jeremy, pero al mismo tiempo tenía miedo de hacerlo; después de todo, y a pesar de que habían transcurrido más de nueve años, él seguía sintiéndose culpable por lo sucedido. Jeremy se había marchado de Blackwood Manor odiándolo y maldiciendo su nombre.

Daniel cerró los ojos y, por un segundo, las imágenes del pasado se agolparon en su cabeza…

Newcastle-upon-Tyne, nueve años atrás.

—¡Soy el hombre más feliz del mundo, Eleanore!

—¡Oh, Daniel, no puedo creer que me ames!

Eleanore Pearson se llevó la mano a la boca y sonrió nerviosamente.

—Créelo, Eleanore, te he amado desde la primera vez que te vi, en aquel baile de beneficencia en que tuve que conformarme con verte bailar de lejos —confesó él, asiéndola por los hombros.

Estaban en los jardines de Blackwood Manor, propiedad que Daniel heredaría el día en que sus padres murieran.

—Esa noche sólo tenía ojos para ti —le dijo ella, batiendo las pestañas—; pero mi padre se había empeñado en que debía bailar toda la noche con el sobrino del coronel Stewart. Era un pelmazo y

además me dio tantos pisotones que hasta el día de hoy me duelen los dedos de los pies.

Daniel sonrió. Ella seguía hablando y él sólo quería besarla. Por eso, cuando Eleanore por fin se quedó en silencio, él acercó su rostro al de ella y la besó con fervor. Ella se entregó a su beso y al cobijo de sus brazos.

—¡Daniel!

La voz de Jeremy Brown sonó como un trueno y ambos se separaron.

Daniel observó la expresión en el rostro de su amigo de la infancia; venía hacia él y parecía dispuesto a golpearlo.

—Jeremy, ¿qué sucede?

La única respuesta que le dio fue un golpe certero en la mandíbula, que hizo que perdiera el equilibrio y que terminara en el suelo.

—¡Jeremy!

Eleanore lo asió del brazo y le suplicó con la mirada que se detuviera.

—¡Eres un maldito desgraciado, Daniel Cavanaugh! —gritó, completamente desencajado.

Daniel lo miró desde el suelo. Se tocó la mandíbula; le dolía bastante, pero nada le dolía más que haber recibido el golpe de su mejor amigo.

—Jeremy… —Intentó decir Daniel, pero él no le permitió decir nada más.

—¿No has perdido el tiempo, verdad? ¡Me has enviado lejos para tener vía libre con Eleanore, para conquistarla sin ningún obstáculo! —bramó clavándole la mirada, dispuesto a levantarlo del suelo para seguir golpeándolo.

—No sé…, no sé de qué hablas, Jeremy. Si te envié a Southwick fue porque mi padre me necesitaba aquí; no confiaba en nadie más para llevar ese recado a la mina —explicó, aunque estaba seguro de que ninguna explicación tendría valor para su encolerizado amigo.

—Querías alejarme para ganarte el amor de Eleanore, Daniel —insistió—. Aun sabiendo lo que yo siento por ella.

Daniel se puso de pie como pudo; tambaleándose, logró levantarse por fin. Miró a su amigo a la cara.

—Jeremy…, nunca he sospechado de tus sentimientos hacia Eleanore, te lo juro. —Quiso poner una mano en el hombro de su amigo pero él no le dejó.

—¡No mientas! ¡Lo sabías y por eso te has metido en medio! —espetó, echando una rápida mirada a Eleanore, que permanecía en un rincón como única testigo de la pelea.

Daniel también la miró.

—Eleanore…, ¿tú sabías lo que Jeremy sentía por ti? Ella sacudió la cabeza enérgicamente.

—¡Claro que no! ¡Él nunca me dijo nada! —replicó a punto de estallar en llanto debido a los nervios.

—¡Ni ella ni yo sabíamos de tus sentimientos, Jeremy! —intervino nuevamente Daniel—. ¡No puedes culparnos por habernos enamorado el uno del otro!

Jeremy los miró a ambos con la mirada cargada de odio e impotencia. Había perdido en un solo día a su mejor amigo y a la mujer que amaba. No podía hacer nada para cambiar las cosas y aquél ya no era su lugar.

—Me marcho de Blackwood Manor —anunció, apartándose de ambos.

—¡Jeremy! ¡Recapacita! No puedes marcharte así —le pidió Daniel, tratando de calmarlo—. No tomes una decisión de la que puedes arrepentirte el resto de tu vida.

—No voy a quedarme aquí para ser testigo de cómo la mujer que amo se casa con mi mejor amigo —respondió, bajando ahora el tono de su voz.

—No te vayas —le pidió Daniel por última vez.

Jeremy lanzó una última mirada a Eleanore; ella sólo lloraba y temblaba. Sabía que sería la última vez que la vería, y eso le estrujaba el corazón. Tampoco vería más a su amigo de la infancia,

pero su traición había sido muy grande y sabía que nunca podría perdonarlo. No podía quedarse; no lo soportaría.

Se acomodó el sombrero y se subió al caballo. Desde la altura los miró a ambos por última vez.

—¡Te maldigo, Daniel Cavanaugh, pero más maldigo haber sido tu amigo durante todos estos años! —Lanzó una fugaz mirada a Eleanore—. Y perdonadme pero como comprenderéis no voy a desearos que seáis felices —dijo como despedida antes de echarse al galope y abandonar para siempre Blackwood Manor.

—¿Qué le sucede a Jeremy? —preguntó Maddie, acercándose después de haber oído el tumulto desde la mansión.

Daniel respiró hondo mientras sus ojos azules seguían la silueta del jinete que atravesaba el puente a toda prisa.

—¡Daniel! ¿Qué ha sucedido? —volvió a preguntar, tironeándole del brazo para llamar su atención.

Daniel miró a su hermana adolescente. Una sonrisa llena de amargura se dibujó en sus labios.

—Se ha marchado, Maddie; se ha marchado para siempre.

Daniel regresó al presente al oír unos insistentes golpes en su puerta.

—¡Lord Cavanaugh! —Era Agatha quien llamaba—. Percey me ha dicho que ha llegado lo que usted había encargado, que lo espera en las caballerizas.

—Está bien, Agatha. Dile que bajo en un momento.

—Muy bien, señor; se lo diré.

Salió de la bañera y tras secarse se vistió a toda prisa. El regalo sorpresa de Tobin por fin había llegado y quería ser él quién se lo entregara.

Se peinó el cabello mojado hacia atrás, y cuando se miró al espejo, descubrió que sus ojos brillaban de una manera diferente; sonrió porque sabía exactamente la razón de aquel brillo.

Con el nombre de Hazel resonando en su cabeza, abandonó la habitación en dirección a las caballerizas.

21

HAZEL entró en la cocina y, de inmediato, sintió toda la atención puesta en ella. Ocho pares de ojos no dejaban de mirarla, como si de ese modo pudieran descubrir qué estaba pasando por su cabeza en aquel momento.

Fue hasta la alacena, sacó una taza limpia y se sirvió un poco de café. Se lo bebió y ya no pudo aguantar más la presión.

—¿Puedo saber por qué estáis mirándome de esa manera?

Theresa, la cocinera, se puso a pelar las patatas para el almuerzo; Rose desvió la mirada y centró toda su atención en acomodar los panecillos que estaban listos para ser horneados; Albert colocó un poco de carbón dentro de la estufa, y la única que se dignó contestarle fue el ama de llaves.

—No sucede nada, querida —dijo Agatha, lanzando una mirada asesina a los demás.

Era inconcebible que no fueran capaces de disimular delante de Hazel. Ya todos sospechaban o al menos suponían que ella y lord Cavanaugh habían pasado la noche juntos.

Hazel no dijo nada; sin duda, estaban ocultándole alguna cosa, y esa cosa tenía que ver con ella. Iba a formular otra pregunta, pero de repente la cocina se quedó vacía, excepto por el ama de llaves, que se había quedado.

—Señora Agatha, no soy tonta y sé que están ocultándome alguna cosa —dijo por fin, sentándose a la mesa para tomar su taza

de café.

Agatha se sentó a su lado y le sonrió.

—No te preocupes. A la servidumbre siempre le gusta meterse en la vida de los demás. Seguramente se habrán enterado de algo jugoso y simplemente les cuesta mantener la boca cerrada.

Hazel se ahogó con el café y se lo volcó encima del vestido. Agatha se puso de pie y regresó a su lado con un paño mojado.

—Permíteme limpiar la mancha.

Hazel dejó que ella lo hiciera mientras inevitablemente pensaba en lo que el ama de llaves acababa de decirle.

¿Sabrían ya todos en la casa lo que había sucedido entre Daniel y ella?

Los colores le subieron a la mejillas de repente. Si sus sospechas se confirmaban, ya no podría mirar a nadie a los ojos sin morirse de vergüenza.

—Listo, casi ni se nota —dijo Agatha, terminando de limpiar la mancha de café.

—Gra…, gracias, señora Agatha —balbuceó Hazel sin mirarla siquiera a la cara.

—De nada, Hazel.

La anciana se sentó otra vez junto a ella, y Hazel sintió que quería decirle algo, pero no se atrevía a hacerlo.

Quizá podía confiar en ella y hablarle de las apariciones de la mujer en el jardín y de sus sospechas sobre quién podría ser. No había hablado con nadie al respecto y ya sentía que se estaba ahogando con aquel secreto encerrado en su pecho.

—Señora Agatha…, ¿recuerda que el otro día hablamos de lady Eleanore? El ama de llaves asintió.

—Quería preguntarle qué piensa de su desaparición. —No era lo que deseaba decirle, pero necesitaba tantear el terreno antes de poder hablar.

Agatha la miró sorprendida. Era la segunda vez que Hazel tocaba aquel asunto desde que había llegado a Blackwood Manor.

—Te dije que nadie sabe exactamente qué sucedió, simplemente desapareció una noche sin dejar rastros.

—¿No dejó una nota, una carta de despedida? —preguntó, curiosa.

El ama de llaves creyó comprender por qué ella parecía estar tan interesada en aquel asunto que nadie había mencionado en un año.

—No, que yo sepa —respondió, encogiéndose de hombros.

—¿No es extraño que se marchara sin dejar una carta o sin haberse despedido primero? —insistió Hazel.

Agatha le sonrió.

—Hazel, hazme caso, no sigas preguntando. Ese asunto ha quedado enterrado en el pasado. Lady Eleanore ya no forma parte de esta mansión. —Hizo una pausa—. Ya no forma parte ni de la vida de su esposo ni de la de su hija.

Agatha creyó que lo más conveniente era no decirle lo que ella y los demás pensaban al respecto: que lady Eleanore había abandonado a su esposo para marcharse con otro hombre.

Hazel comprendió que sería inútil continuar con sus preguntas cuando nadie quería responderlas.

Debía averiguar la verdad por sí misma, porque en aquel lugar nadie parecía estar dispuesto a hablar; ignoraba si no lo hacían porque, en realidad, no sabían lo que había sucedido o porque tenían miedo de algo o de alguien.

Rose entró en ese momento corriendo desde el patio.

—¡Hazel, lord Cavanaugh me ha mandado a buscarla! —anunció sin casi haber recuperado el aliento—. ¡Él y Tobin la esperan en las caballerizas!

Hazel se puso de pie de un salto.

¡El caballo de su hijo! ¡No podía tratarse de otra cosa!

Salió corriendo hacia el patio con una sonrisa de oreja a oreja dibujada en su rostro.

Cuando Agatha y Rose se fueron para iniciar el aseo de las habitaciones no vieron que Rachel estaba semioculta detrás de una

cortina, junto a la puerta que daba a la cocina.

Sus ojos color café lanzaban chispas.

«¡Maldita entrometida!», bufó apretando los puños con fuerza.

Hazel se detuvo en seco cuando vio a Tobin montado en un hermoso corcel negro; a su lado, Daniel llevaba las riendas y parecía cuidar que nada malo sucediera con la imponente bestia que avanzaba lentamente fuera de las caballerizas.

—¡Mamá! ¡Mira! —le gritó Tobin, agitando su manita al verla llegar.

Ella continuó su marcha. Hizo un enorme esfuerzo por no llorar, pero la emoción que la embargaba por dentro era demasiado poderosa como para que pudiera controlarla.

Daniel se dio la vuelta, y él tampoco pudo contener la emoción al verla.

—¡Es hermoso! —exclamó cuando llegó hasta ellos—. Gracias, Daniel —dijo, mirándolo a los ojos.

Él le sonrió, y por un instante, se olvidaron del bello corcel negro, de Tobin y del mundo que los rodeaba.

—¡Ahora tengo mi propio caballo, mamá!

—Tobin me ha prometido que tendrá cuidado con él y que al principio montará siempre bajo la vigilancia de un adulto —manifestó Daniel, sabiendo que aquellas palabras tranquilizarían a Hazel, quien parecía no salir de su estado de conmoción.

—Me parece bien —respondió ella, apretando la mano de su hijo entre las suyas.

—Lord Cavanaugh me ha dicho que esta tarde me acompañará a montar por el bosque —anunció Tobin con gran entusiasmo.

Hazel volvió a mirarlo y le agradeció en silencio que él se hubiera ofrecido a cabalgar con Tobin cumpliendo de algún modo la promesa que Jeremy le había hecho a su hijo.

—Lo hago con mucho gusto, Hazel —le dijo él, adivinando sus pensamientos.

—¡Iré a dar una vuelta!

—Está bien, pero le pediré a Percey que vaya contigo.

Daniel llamó al mozo de cuadra, que llevó a Tobin a dar un paseo por la parte delantera de las caballerizas.

Se quedaron a solas y contemplaron cómo Tobin disfrutaba de su nueva adquisición.

—Ayer por la tarde estuve con Catherine —dijo Hazel, de repente.

Daniel notó que ella no mostraba preocupación al mencionar ese segundo encuentro con su hija, y eso lo tranquilizó.

—¿Cómo te fue?

—Mejor de lo que esperaba —respondió con una sonrisa en los labios.

Daniel se acercó más y disimuladamente le cogió una mano. Ella lo miró sorprendida por su gesto íntimo.

—Alguien puede vernos —dijo Hazel, echando un vistazo hacia la casa. Él le sonrió pícaramente.

—Que nos vean. —Le susurró Daniel al oído sin soltar su mano.

Hazel se sonrojó y agachó la mirada. Era plenamente consciente de que estaban expuestos a los ojos de cualquiera, pero en ese momento deseó con todas sus fuerzas que él la estrechara en sus brazos y la besara.

Rachel entró en la habitación de Catherine y, al ver que la niña estaba junto a la ventana, se acercó a ella.

Catherine se encontraba absorta observando la escena que se desarrollaba en las caballerizas. Había visto cómo su padre había regalado un precioso corcel negro a Tobin y luego lo había ayudado a montar, asegurándose de que el caballo fuera lo suficientemente manso como para que él pudiera guiarlo.

Ahora sus ojos azules contemplaban cómo su padre y su nueva institutriz se tomaban de las manos sin importarles que alguien pudiera descubrirlos.

Rachel asió a su sobrina por los hombros y con una mano le acarició el cabello.

—Cariño, me apena tanto que tengas que presenciar ciertas cosas.

Rachel consolaba a su sobrina mientras sus ojos no se apartaban de la mano de Daniel, que apretaba la mano de la viuda. Parecía que a él le tenía sin cuidado que alguien los viera, y aquello era lo peor que podía sucederle. Debía poner en marcha su plan de inmediato, antes de que fuera demasiado tarde.

—¿Tu padre le ha regalado un caballo al pequeño bastardo ese? —preguntó desdeñosamente.

Catherine continuaba en silencio. Un par de días atrás le habría molestado y mucho que Tobin hubiera recibido un obsequio tan caro por parte de su padre. Pero ahora que conocía al hijo de su institutriz y sabía por lo que había tenido que pasar durante la enfermedad de su padre y las penurias después de su muerte, no podía sentir rencor hacia él. Conocía además su entusiasmo por los caballos y se lo veía muy feliz montado encima del suyo.

Lo que de verdad la había impresionado había sido el hecho de ver cómo su padre estrechaba la mano de Hazel. La imagen de sus padres paseando por el jardín cogidos de la mano y mirándose con amor era en lo único en que podía pensar en ese momento.

—Parece que la viuda no pierde el tiempo —comentó Rachel, viendo la reacción de su sobrina—. No podemos permitir que se salga con la suya, cariño; es evidente que ha venido a esta casa para usurpar el lugar que siempre le ha pertenecido a tu madre —añadió, dándole unas palmaditas en el hombro a la afligida niña.

—Papá no puede querer a otra mujer —dijo al borde de las lágrimas.

—Tú y yo podemos evitar que eso suceda, Catherine. —Obligó a su sobrina a que se volviera y la mirara a los ojos—. Escucha, sólo tenemos que conseguir que esa intrusa y su vástago se marchen de la casa.

Catherine asintió, a pesar de que no le gustaba el brillo que había aparecido de repente en los ojos color café de su tía Rachel. Lo sentía por Tobin porque había comenzado a caerle bien, e incluso lo sentía por Hazel también, porque ya no la incomodaba su presencia; la mujer la trataba con cariño y había sido paciente con ella. Sin embargo, sabía que su tía tenía razón: nadie podía ocupar el sitio de su madre, ni en su casa ni en el corazón de su padre.

22

ESA tarde, mientras Daniel y Tobin salieron a cabalgar por el bosque, Hazel decidió que subiría al cuarto de Catherine para terminar de leerle *Mujercitas*.

Con la novela en las manos llamó a la puerta de su habitación.

—Adelante.

Hazel entró y se acercó a la niña.

—Buenas tardes, Catherine. He venido a terminar de leerte la historia de las hermanas March. —Le anunció mientras se sentaba en el sillón frente a ella.

Catherine la miró primero a los ojos, y luego su mirada bajó hasta la mano que esa mañana su padre había tomado entre las suyas.

—No debía haberse molestado en hacerlo —le dijo, alzando la vista y mirándola directamente a los ojos—. No quise decirle nada el otro día, pero me conozco esa historia de memoria; *mi madre* me la leía siempre que se lo pedía.

Hazel notó el énfasis que Catherine había puesto al mencionar a su madre; también notó el desdén de su mirada, y de repente, sintió que su relación con la niña había dado un paso atrás; un gigantesco paso atrás.

—Catherine…, yo no lo sabía —dijo únicamente, y ni siquiera abrió el libro.

—Ahora ya lo sabe.

Hazel le sonrió.

—¿Te gustaría que hiciéramos otra cosa? Quizá podríamos dar un paseo por el jardín y…

—Lo único que quiero es que me deje sola —respondió, cortante.

Hazel apretó el libro entre sus manos. Catherine había vuelto a mostrarse distante con ella, y eso era un golpe duro de afrontar. Creía que el primer paso estaba superado, pero ahora comprendía que se había equivocado; lamentaba haberle dicho a Daniel que las cosas entre ambas habían mejorado. Él se había hecho ilusiones y ahora tendría que decirle que todo volvía a estar como el primer día.

—Está bien, Catherine. —Se puso de pie y le dio la espalda para que la niña no notara sus lágrimas—. Si es lo que quieres, te dejaré sola.

Hazel salió de la habitación a toda prisa y sin mirar atrás. Catherine se arrinconó en el sillón y con los bazos rodeó sus piernas. Sin saber por qué comenzó a llorar.

En el pasillo, Hazel chocó con Rachel.

—¡Mira por dónde caminas, mujer! —la reprendió Rachel, disfrutando al comprobar que Catherine estaba siguiendo sus instrucciones al pie de la letra.

—Lo siento, señorita Rachel —se disculpó Hazel sin levantar la mirada.

Rachel sabía que estaba llorando, y eso la hacía feliz. A ese paso la entrometida viuda no duraría mucho en Blackwood Manor y podría por fin alejarla de Daniel y evitar que siguiera indagando sobre lo sucedido con su hermana un año atrás.

Se apartó para que Hazel pudiera pasar y se encaminó hacia la habitación de Catherine; debía felicitar a su sobrina por su magnífica intervención en el siniestro plan que había urdido para sacar definitivamente a Hazel Brown y a su hijo de sus vidas.

Esa noche Hazel le pidió a Agatha que les anunciara a los demás que no bajaría a cenar porque se encontraba indispuesta; sabía que Tobin estaría en buenas manos sin ella. Maddie se había convertido

en una especie de tía para él y Daniel había sabido ganarse su cariño.

Cuando llegó a su habitación descubrió que alguien había dejado una rosa encima de su almohada. Corrió hasta la cama y cogió la flor con cuidado. La acercó a su rostro y aspiró su delicado aroma; los pétalos de un intenso color rojo sangre estaban apenas abriéndose. Buscó un vaso, lo llenó con agua y la colocó dentro.

Se sentó en la cama y la contempló.

Había sido Daniel quien seguramente se la había dejado esa tarde mientras ella ayudaba a Theresa en la cocina. Cuando lo viese le agradecería aquel gesto tan tierno. Dejó escapar un suspiro que llegó acompañado de una lágrima. Hacía mucho tiempo que nadie tenía un detalle así con ella. Jeremy solía presentarse con flores robadas de algún jardín o le compraba su dulce preferido en el camino de regreso a casa. Pero todo eso había cambiado cuando la maldita tuberculosis lo había confinado a pasar sus días en una cama.

Estiró un brazo y acarició la rosa.

—Daniel… —susurró, y su corazón se movió inquieto dentro de su pecho.

¿De dónde sacaría el valor para decirle lo que había sucedido con Catherine esa tarde, sobre todo después de haberle contado que las cosas habían mejorado con la pequeña?

No entendía la actitud de Catherine hacia ella; parecía que había cambiado de la noche a la mañana. Se le había partido el corazón cuando le había confesado que *Mujercitas* era su historia favorita y que su madre era quien se la leía. Ella no estaba allí para ocupar el espacio que había dejado lady Eleanore, sólo quería ganarse su cariño; además, estaba Tobin, que todavía no se había acercado a Catherine, y Hazel temía que fuera rechazado cuando lo hiciera. Prefería que su hijo no pasara por una situación desagradable, por eso había decidido que primero era mejor que ella lograra acercarse a Catherine. Pero ahora parecía que ese acercamiento era casi imposible. La niña la estaba apartando nuevamente de su lado, y

eso le dolía no sólo por ella sino por Daniel. Había visto la alegría en sus ojos cuando le había comentado que había pasado la tarde con su hija sin ningún problema y no quería causarle un nuevo dolor diciéndole que Catherine había sido otra vez descortés con ella.

Se recostó en la cama y clavó sus ojos verdes en la rosa que descansaba encima de la mesita de noche. Contemplando la flor que Daniel estaba segura había dejado para ella, finalmente se quedó dormida.

—Daniel, creo que la presencia de la señora Brown no ha beneficiado en nada a la pequeña Catherine —dijo Rachel, sentándose junto a él en su estudio.

El hombre alzó la vista y clavó sus ojos azules en el rostro impertérrito de su cuñada.

—Sin embargo, yo creo todo lo contrario —adujo él, sabiendo hacia dónde se dirigía aquella conversación—. Hazel me ha comentado que pasó un rato muy agradable con Catherine la otra tarde.

Rachel le sonrió, y a Daniel no le gustó su sonrisa fingida.

—Al parecer la joven viuda no te tiene al tanto de todas las novedades —dijo con toda la mala intención del mundo.

Daniel frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que hoy por la tarde salió de la habitación de Catherine corriendo con lágrimas en los ojos; me crucé con ella en el corredor y por poco me tira al suelo.

—¿Estás segura de lo que dices?

—Te acabo de decir que yo misma la vi, pero si no me crees puedes preguntárselo a tu hija —sugirió, aparentando estar ofendida por sus dudas.

—Hazel me había dicho…

Rachel se acercó a su cuñado y le rozó la mano que descansaba en el respaldo del sillón.

—No deberías hacer caso a todo lo que te diga esa mujer; yo no confío en ella y te lo he hecho saber desde el día en que puso el pie en Blackwood Manor. No debiste traer a una extraña para que acompañe a la pequeña Catherine, no cuando estamos tu hermana y yo para cuidarla —dijo, mostrándose comprensiva.

Daniel no le dijo nada; se había quedado pensando en lo que ella le había contado. Ahora comprendía por qué Hazel no había bajado a cenar; seguramente lo sucedido con Catherine la había dejado desolada. Sintió deseos de subir a su habitación y estrecharla entre sus brazos hasta que su tristeza desapareciera.

—¿Qué sucede contigo, Daniel? Te he notado extraño este último tiempo —dijo Rachel, intentando que él confiara en ella y le contara algo sobre su relación con la intrusa de Hazel Brown.

Lord Cavanaugh se dejó caer en el sillón. Enterarse de que Catherine había tratado mal a Hazel nuevamente sólo revivía la amargura de saber que su hija no estaba haciendo ningún esfuerzo por salir de su mundo gris.

—¿Quieres una copa de brandy? Te caerá bien un trago —dijo Rachel, de repente, poniéndose de pie.

Como él no le contestó fue hasta la mesita de roble en donde estaba la bebida y sirvió un poco de brandy en dos copas.

Daniel ni siquiera se había percatado de que ella se había puesto de pie; estaba demasiado absorto en sus propios pensamientos como para darse cuenta de lo que sucedía a su alrededor.

—Ten; te sentirás mucho mejor luego —dijo, y le tendió una copa.

Daniel la miró y aceptó el brandy, que terminó en su garganta seca en un abrir y cerrar de ojos.

Rachel se sentó junto a él una vez más y se bebió el brandy a pequeños sorbos. Sonrió cuando él vació su copa y le pidió una más.

—Te la sirvo en seguida, querido.

Hazel se despertó sobresaltada, como si alguien hubiera soplado junto a su rostro. Se sentó en la cama y trató de frenar los latidos de

su alocado corazón, que pulsaban a un ritmo vertiginoso. Un sudor frío bajó por su columna vertebral cuando se dio cuenta de que no había nadie en la habitación; sólo ella y la oscuridad.

Observó hacia ambos lados de la cama; los árboles que rodeaban la mansión dibujaban extrañas formas contra las paredes que no dejaban de moverse. Parecía que se había desatado un fuerte viento en el exterior; las pesadas cortinas se balanceaban hacia delante y hacia atrás.

Se levantó de la cama. Cuando se había acostado, la noche estaba serena y no corría una gota de aire; ahora, de repente, parecía que aquel viento se había originado de la nada. Fue hasta la ventana. La fina tela de su camisón de lino se pegó a su cuerpo cuando la abrió y una ráfaga de viento se coló en la habitación.

No necesitó mirar hacia el jardín para saber que allí estaba ella.

La misteriosa mujer vestida de blanco la observaba desde la distancia. Hazel contuvo el aliento; cerró los ojos, y cuando los volvió a abrir, la mujer seguía allí. Mirándola; instándola a salir de la casa.

Una fuerza inexplicable la obligó a vestirse con rapidez; era como si no fuera dueña de sus propias acciones. Se puso el vestido de muselina, las botas y se cubrió con la capa antes de abandonar la habitación en plena madrugada.

En cuestión de segundos ya estaba en el porche en dirección al jardín, guiada por la misma fuerza inexplicable que la había hecho salir de la mansión.

Sabía exactamente hacia dónde se dirigía. Al divisar la pérgola, su andar se hizo más intenso, presa de la imperiosa necesidad de alcanzar su destino. Cuando llegó, la mujer de blanco no estaba allí. La buscó con la mirada desesperadamente, pero ella no apareció.

—Sal, sé que estás ahí.

Su voz reverberó en la oscura inmensidad del jardín y quebró el silencio de la noche.

Otra vez la ráfaga de viento que la había tocado en la habitación se hizo presente; le bastó con darse media vuelta para saber que ya

no estaba sola.

Allí estaba, a tan sólo un par de metros de ella. La mujer que había visto durante tantas noches en el jardín estaba ahora mirándola fijamente.

Hazel pudo sentir cómo sus piernas no dejaban de temblar y temía que en cualquier momento ya no le respondieran.

La mujer no dijo nada; únicamente la miraba con aquellos ojos color café que parecían suplicarle alguna cosa.

Ahora que la tenía cerca confirmó por fin sus sospechas. Era Eleanore Cavanaugh; ya no había duda alguna.

—¿Eleanore? —Le temblaban los labios y su voz sonó demasiado débil.

La mujer reaccionó de inmediato al oír aquel nombre. Avanzó un poco y se acercó a Hazel, que no se había movido de sitio.

—Soy Eleanore —dijo ella finalmente.

El sonido de su voz aturdió a Hazel y, por un instante, sintió que emanaba del mismísimo infierno.

Cuando por fin pudo despegar sus pies del suelo, Hazel retrocedió unos pasos.

—Catherine… ¿Dónde está mi niña? —preguntó, y extendió los brazos hacia ella intentando tocarla.

Hazel se quedó observando cómo su mano pálida y huesuda traspasaba su propio brazo. Se apartó de inmediato, dispuesta a salir corriendo de allí, pero el suelo pareció moverse debajo de ella. Todo se nubló a su alrededor, y ya no supo nada más.

23

—HAZEL, ¿me oyes? ¡Hazel!

La voz masculina retumbó en sus oídos y, al mismo tiempo, la sintió lejana. Trató de abrir los ojos, pero no lo consiguió.

—¡Hazel, despierta!

Leonard le dio un suave golpe en la mejilla, pero ella no despertaba; sólo gemía y balbuceaba palabras imposibles de comprender.

Intentó moverse, pero era como si el cuerpo le pesara una tonelada. Sólo pudo sentir que unos brazos fuertes la sostenían de la cintura.

Leonard, entonces, se alarmó. Había salido a dar un paseo por el jardín y se había encontrado a Hazel tirada junto a la pérgola, inconsciente. Luego, cuando había reaccionado, había intentado decirle algo a pesar de no haber abierto aún los ojos.

—Hazel, te llevaré a tu habitación. —Le anunció mientras la levantaba y la cargaba en sus brazos.

Era tan liviana como se la había imaginado. Apretó el pequeño cuerpo de Hazel contra el suyo y atravesó el jardín a toda prisa hacia la casa.

Entró por la cocina; estaba vacía y en completo silencio. Luego, subió las escaleras y supo hacia dónde dirigirse porque no era la primera vez que entraba en la casa y subía a la planta alta. Abrió la puerta de la habitación de una patada, entró y la volvió a cerrar con

el pie. Fue hasta la cama y depositó a Hazel sobre las mantas con cuidado; le colocó dos cojines debajo de la cabeza para que estuviera más cómoda y se sentó a su lado. Se quedaría hasta que despertase; poco le importaba lo que pudieran pensar si lo encontraban allí.

Se tomó el atrevimiento de coger su mano, y ella dejó escapar un gemido cuando él se la estrechó.

Notó que el ritmo de su respiración se estaba normalizando y ya no estaba tan agitada como antes.

—Daniel. —Susurró ella, apretando su mano.

Leonard se mordió los labios; aún en aquel estado de semiinconsciencia ella pensaba en lord Cavanaugh. Sus ojos verdes se desviaron hacia la mesita de noche, donde la rosa roja comenzaba a abrir sus pétalos.

Ella la había conservado junto a la cama y seguramente contemplaba cómo, poco a poco, la flor se iba abriendo ante sus ojos.

Una sonrisa de amargura cubrió el rostro de Leonard. Hazel probablemente ni siquiera sospechaba que era él quien había dejado aquella rosa roja sobre su almohada.

Era lo único que él podía ofrecerle, y ella ni siquiera lo sabía.

Hazel abrió por fin los ojos y se sobresaltó al ver a Leonard a su lado; pero más se sorprendió cuando descubrió dónde se encontraban.

—¿Qué…, qué haces aquí? —preguntó aún aturdida; se dio cuenta que él estaba sosteniendo su mano y la apartó en seguida.

El rechazo y la expresión de angustia en los ojos de Hazel sólo contribuyeron a que Leonard se sintiera más desdichado.

—Te encontré desmayada en el jardín y te traje a tu habitación —le explicó—. ¿Qué estabas haciendo allí de madrugada?

Entonces, los recuerdos apenas vividos se agolparon en la mente de Hazel y comenzó a temblar nuevamente.

—¿Estás bien?

¡Dios! Ahora lo comprendía todo. Sus ojos verdes miraron hacia la ventana e intentó ponerse de pie.

—Hazel, no creo que sea conveniente que te levantes —le dijo Leonard, tratando de detenerla.

—¡Déjame, Leonard! —Se soltó y caminó hacia la ventana, puso las manos en los cristales y observó el jardín.

Ya no había nadie allí. Eleanore Cavanaugh había desaparecido.

—¿Qué hacías en el jardín, Hazel? —insistió Leonard, que ahora estaba de pie detrás de ella.

Hazel no le respondió; seguía con la mirada clavada en la ventana.

Eleanore Cavanaugh estaba muerta… Estaba muerta, y ella había hablado con su fantasma.

Le pidió a Leonard que la ayudara a regresar a la cama antes de desmayarse una vez más.

La mañana llegó, el sol entraba a través de las cortinas e iluminaba toda la habitación; sin embargo, Hazel se sentía terriblemente mal. Después de lo sucedido en el jardín no había podido conciliar el sueño y había tenido que ordenarle a Leonard que se fuera a su habitación porque él se había empeñado en quedarse a su lado hasta que estuviera repuesta por completo.

Rose entró como todas las mañanas y preparó el baño. Apenas cruzó un par de palabras con la criada y ella lo notó de inmediato.

—¿Se encuentra bien esta mañana, Hazel? Se ve algo preocupada —comentó Rose, ayudándola a desvestirse para que se metiera en la bañera.

—Estoy bien, Rose; no te preocupes —respondió, tratando de sonreír.

Conocía a Rose y estaba segura de que iría corriendo a la cocina a contar a los demás que la había encontrado preocupada esa mañana.

La criada la dejó sola, y Hazel se sumergió en el agua caliente. Estaba deliciosa y en seguida logró relajarla. El sorprendente

descubrimiento que había hecho la noche anterior la había dejado desolada; era una verdad demasiado dolorosa como para no sacarla a la luz. Tanto Daniel como Catherine tenían derecho a saber que lady Eleanore no se había marchado, sino que había muerto.

¿Qué significaba, entonces, la carta de despedida que ella había encontrado celosamente guardada en el escritorio de Daniel? ¿Cómo era posible que lady Eleanore la hubiera escrito cuando, en realidad, no había abandonado a su familia, sino que había muerto? Eran preguntas que martillaban su cabeza y a las cuales no les encontraba respuesta alguna. El misterio de la identidad de la mujer en el jardín había sido develado; sin embargo, ahora existía un misterio mucho mayor… ¿Cómo había muerto la esposa de Daniel?

Sólo de una cosa estaba segura: tenía que hablar con él y contarle la verdad.

Salió de la bañera y se vistió a toda prisa; hablaría con él esa misma mañana, antes de que todos bajaran a desayunar. Revisó su aspecto frente al espejo y comprobó que estaba pálida aún debido a la impresión sufrida la noche anterior. Ni siquiera se preocupó en colocarse un poco de colorete en las mejillas, y sin más preámbulos, salió.

Atravesó el pasillo rápidamente, y antes de que alguien la descubriera, se metió en la habitación de Daniel. Cerró la puerta tras de sí, y cuando se dio la vuelta, se quedó de una pieza.

Daniel se encontraba en la cama, pero no estaba solo; a su lado, Rachel dormía plácidamente, con la cabeza recostada sobre el pecho desnudo de él.

Hazel se aferró al picaporte de la puerta con fuerza para no caerse; rápidamente sus ojos se llenaron de lágrimas. Quería correr hasta ellos; quería que Daniel despertara para poder gritarle a la cara que era el hombre más despreciable que había conocido en su vida.

Pero no lo haría, jamás se rebajaría a tanto. Por eso, apartó la mirada de la dantesca escena y abrió la puerta lentamente. Atravesó

el pasillo corriendo y regresó a su habitación. Allí, en soledad, lloró como nunca antes lo había hecho.

Cuando Daniel despertó esa mañana, encontró que su cama estaba más desordenada de lo habitual. Se incorporó, y una punzada intensa en su cabeza lo obligó a recostarse nuevamente. No recordaba haber tenido una jaqueca semejante antes y todo le daba vueltas.

Lo último que recordaba era que estaba en el estudio conversando con Rachel; después de eso, su mente estaba completamente en blanco.

Ignoraba lo qué había sucedido en el lapso de todas esas horas, pero lo que fuera que hubiese sido lo había dejado aturdido; con un dolor espantoso de cabeza y unas náuseas terribles.

Decidió que se quedaría un rato más en la cama, y cuando Albert llegara, le pediría que le trajera un té de ajenjo para calmar aquel extraño e inesperado malestar.

Echó un vistazo nuevamente a su cama. Las sábanas estaban arrugadas y la almohada algo hundida; parecía que alguien hubiera dormido allí.

«Hazel…», pensó.

Pero no era probable; no la había visto la tarde anterior y dudaba de que ella se hubiera metido en su habitación en medio de la noche como lo había hecho él cuando había regresado de Horsley.

Unos golpes en la puerta lo sacaron de sus cavilaciones.

—Adelante.

—Buenos días, señor. ¿Le preparo el baño? —preguntó Albert, corriendo las cortinas para que el sol se colara en la habitación.

Daniel tuvo que cubrirse los ojos cuando la luz solar le dio de lleno en la cara.

—Sí, Albert, pero primero dile a Agatha que me traiga un té de ajenjo; tengo una jaqueca terrible.

Los ojos saltones de Albert en seguida se posaron en el lado vacío de la cama de su amo. Era evidente que no había dormido

solo.

—Albert, ¿me has oído?

—Sí, sí señor; yo mismo le traeré su té —le dijo.

Antes de salir echó un último vistazo a las arrugadas sábanas, que habían quedado como única prueba de que allí había dormido una mujer la noche anterior.

El chisme era demasiado jugoso como para guardarlo sólo para él.

—¿Qué te sucede, cariño?

Maddie acarició la melena oscura de su sobrina al notar que ella tenía una expresión más melancólica de lo habitual en sus ojos azules.

Catherine miró a su tía.

—Tía Maddie…, ¿crees que papá se ha olvidado de mamá?

Maddie se quedó sorprendida ante el planteamiento de su sobrina; nunca había mencionado algo como aquello antes y creía saber por qué lo estaba haciendo entonces.

—Yo no quiero que ninguna otra mujer ocupe el lugar de mamá.

Catherine le clavó sus enormes ojos azules y, por un instante, la mujer no supo qué responderle.

Maddie rozó la mejilla de la niña.

—¿Por qué dices eso?

Necesitaba saber qué era lo que estaba pasando por la cabeza de su sobrina. Últimamente no había hablado mucho con ella y temía que alguien lo hubiera aprovechado para poner a la niña en contra de Hazel; porque Maddie estaba segura de que la mujer que Catherine no quería que ocupara un día el espacio dejado por su madre era la joven viuda, y si sus sospechas eran acertadas, no había ninguna duda sobre quién había llenado su cabeza con semejantes ideas.

—Yo…, yo he visto a papá de la mano de una mujer —dijo por fin.

¿Daniel de la mano de Hazel? ¿Cuándo habría presenciado ese momento la pequeña Catherine? Maddie no pudo evitar alegrarse; lo que más deseaba era que su hermano y Hazel terminaran juntos porque era más que evidente que estaban locos el uno por el otro, sólo que ellos ni siquiera se habían dado cuenta… hasta entonces.

—Catherine, cariño, sé que echas mucho de menos a tu madre y estoy segura de que Daniel también la extraña. —Le sonrió mientras tomaba sus manitas—. Sin embargo, debes comprender que la vida continúa y tu padre tiene derecho a ser feliz, a comenzar una nueva vida al lado de la mujer que elija para hacerlo. Eso no significa que esa mujer quiera ocupar el lugar de tu madre, y mucho menos que tu padre se haya olvidado de ella.

Catherine no dijo nada; estaba confundida. Su tía Rachel le decía una cosa y ahora venía su tía Maddie y le decía lo contrario. No sabía a cuál de las dos tenía que creer. De lo único que estaba segura era de que el día en que su padre pusiera a otra mujer en el lugar de su madre ella sería la niña más desdichada del mundo.

—¡No es justo! —dijo antes de echarse a llorar desconsoladamente. Maddie se acercó y la abrazó.

—Mi niña, tu padre te adora y jamás haría algo que te hiciera infeliz. —Se separó y le asió la barbilla—. ¿Crees que él pondría su propia felicidad por encima de la tuya?

Catherine negó con un leve movimiento de cabeza; las palabras de su tía la reconfortaban un poco.

—Pero también tienes que pensar que tampoco es justo que él sea desdichado para el resto de su vida; ya ha sufrido demasiado con el abandono de tu madre… ¿Acaso no quieres que tu padre sea feliz, Catherine?

Catherine adoraba a su padre y todo ese tiempo había pensado que la partida de su madre no lo había afectado de la misma manera que a ella. Siempre lo había visto distante, preocupado por sus negocios y por mantener a flote la fortuna que había heredado de su abuelo. Ahora estaba comenzando a entender el porqué de aquella actitud egoísta. Su padre sufría la ausencia de su madre a su

manera, guardándose el dolor en el pecho para no mostrarle a ella, su pequeña hija, cuánto le había afectado; fingiendo fortaleza cuando en realidad estaba destrozado por dentro. Y ella sólo había contribuido a aumentar su dolor con su reclusión y su apatía.

—¡Pobre papá! ¡Cuánto lo he hecho sufrir! —exclamó, llevándose una mano al camafeo en que guardaba la foto de su madre.

Por primera vez en mucho tiempo, Maddie sintió que su sobrina reaccionaba, al darse cuenta de lo que había sido ese año para todos en Blackwood Manor.

—Todos hemos pasado un período muy triste, Catherine, pero creo que es hora de ponerle punto final a tanta tristeza. —Le dio un beso en la frente y le sonrió entre lágrimas.

Catherine asintió. Su corazón, después de haber estado sumido durante tanto tiempo en la más lúgubre soledad, ahora finalmente dejaba entrar un resplandeciente rayo de luz.

Hazel había permanecido parte de la mañana y de la tarde dentro de su habitación para evitar encontrarse con Daniel. Tras la escena que le había tocado presenciar no tenía valor para mirarlo a los ojos sin desfallecer de dolor.

La había traicionado sin ningún miramiento, olvidándose de lo que habían vivido apenas unas horas antes. Había estado la mayor parte del tiempo tirada en su cama y llorando como una magdalena, incapaz de comprender por qué él había cometido semejante bajeza: acostarse con su cuñada, en su propia cama y a tan sólo unos cuantos metros de su habitación.

Ahora le quedaba bien claro que no significaba nada para él. Lord Daniel Cavanaugh había jugado con ella y había caído en su juego como una tonta, olvidándose de su luto, de su moral y hasta de su propio nombre al entregarse en cuerpo y alma a él. Y entonces pagaba las terribles consecuencias. Se sentía usada, humillada como nunca antes; ni siquiera los dos ataques del cerdo de Josiah Pinkerton la habían dejado tan afligida. Y le dolía porque se había enamorado de Daniel y ése había sido su primer error; después de

todo, él jamás había mencionado la palabra *amor*. Sonrió con amargura; quizá no debía juzgarlo tan a la ligera, puesto que Daniel nunca le había dicho que la amaba y, por lo tanto, lo sucedido entre ellos podía haber sido para él sólo pura diversión.

La inconsciente había sido ella, que se había dejado arrastrar por lo que sentía y había terminado por firmar su propia sentencia de muerte; porque así justamente se sentía: capaz de morir a causa del enorme dolor que quemaba su alma.

Podría perdonarle quizá el hecho de que se hubiera acostado con ella sólo por puro placer, pero jamás le perdonaría su traición. La imagen de Rachel acostada encima de su pecho después de una noche de pasión nunca podría borrarla de su memoria; estaba segura de que la llevaría consigo hasta el día de su muerte, como un estigma doloroso. Sabía que de igual manera se llevaría en el alma los momentos vividos en la cabaña, cuando se había entregado a él con todo el corazón.

De un manotazo se secó las lágrimas. No iba a llorar más por él; debía ser fuerte y aferrarse a lo único bueno que tenía en la vida, su hijo Tobin.

Se sentó en la cama y se miró las manos. La sortija que Jeremy le había regalado el día de su boda sería la encargada de darle la fuerza necesaria para olvidarse de lo sucedido. Acarició la joya y le dio un beso.

«Perdóname, Jeremy, perdóname por haberle entregado el corazón al hombre equivocado», susurró en medio de los suspiros.

En ese preciso momento, alguien llamó a su puerta. Parecía que tenían urgencia en verla.

—¡Hazel, deja de esconderte de mí!

La voz atronadora de Daniel provocó que el corazón de Hazel se detuviera por una milésima de segundo dentro de su pecho.

24

CUANDO Tobin entró en la habitación de Catherine, ella ya estaba preparada para salir. Sin perder más tiempo, él la cogió de la mano y la arrastró corriendo por el pasillo. En el rellano de las escaleras se toparon con Rachel.

—¡Catherine, cielo santo! ¿Qué estás haciendo con ese niño? ¿Adónde vais?

Ninguno de los dos se detuvo ni siquiera para mirarla y la dejaron con la palabra en la boca. Bajaron a toda prisa las escaleras y, en el salón, Catherine tuvo que detenerse para tomar un poco de aire.

—¡Espera, Tobin!

El niño se paró de mala gana.

—¡Es que no quiero que se marche! —protestó con impaciencia. Catherine respiró hondo.

—¿Quién no quieres que se marche? —preguntó, curiosa.

—Lo sabrás cuando lleguemos, pero si no nos damos prisa no la encontraremos —respondió él, manteniendo el misterio.

—Está bien; vamos, entonces.

Esa vez fue Catherine la que tomó la iniciativa; asió a Tobin de la mano y lo arrastró hacia el exterior de la casa. Sabía hacia dónde quería llevarla y hacia allí se dirigieron a toda prisa.

Rachel bajó las escaleras y se quedó observando cómo los dos niños salían al patio, dejando la puerta de entrada abierta de par en

par.

Jamás se hubiera imaginado que su sobrina y el pequeño bastardo se conocieran, y mucho menos que se llevaran tan bien. Al parecer las ideas que había estado sembrando en la confundida cabeza de Catherine no habían dado fruto. Aquella repentina y amistosa relación no le convenía en absoluto; si quería alejar a la viuda y su hijo de Blackwood Manor lo antes posible tendría que tomar medidas más drásticas. La situación se le estaba yendo de las manos. Había creído que tenía a su sobrina de su lado, pero al parecer no era así; se había equivocado con la pequeña Catherine, o quizá la había subestimado demasiado.

—¿Te sucede algo? —preguntó Maddie, que venía de la cocina. Rachel le lanzó una mirada fulminante.

—¡Catherine acaba de salir corriendo de la casa con el pequeño mocoso ese! —despotricó, y sus labios hicieron un extraño mohín.

El rostro de Maddie se iluminó con una gran sonrisa.

—Me alegra que Catherine me haya escuchado.

Rachel frunció el ceño.

—¿Has hablado con Catherine y le has dicho que se juntara con ese bastardo? —preguntó, ofuscada.

—Le he dicho que ya es hora de que deje su tristeza de lado, y creo que su amistad con Tobin le ha ayudado a hacerlo —dijo tranquilamente.

—¿Amistad? ¿Con ese mocoso?

—Tobin es un niño adorable, y Catherine necesita de la compañía de un niño de su edad… Siempre creí que le vendría bien un hermano —alegó, sabiendo el efecto que aquel comentario causaría en ella.

Rachel estuvo a punto de decir algo, pero estaba tan ofuscada que sólo se levantó la falda del vestido y corrió escaleras arriba, seguramente a encerrarse en su habitación.

Maddie regresó a la cocina tarareando una vieja canción y con una sonrisa de oreja a oreja dibujada en el rostro.

—¡Hazel, abre esa puerta o juro que la derribaré!

Hazel se puso de pie de un salto. Sospechaba que si no hacía lo que él le decía sería muy capaz de echarla abajo sin ningún reparo.

Caminó hacia la puerta; podía sentir como sus piernas temblaban con cada paso que daba.

Corrió el cerrojo y finalmente abrió.

Él estaba realmente enojado cuando entró en su habitación y cerró la puerta tras de sí.

—¿Me puedes explicar por qué demonios me has estado evitando durante todo el día?

Le clavó sus ojos azules, y Hazel creyó que no podría llevar adelante aquella conversación. Aún estaba muy fresca en su cabeza la imagen de él y su cuñada en la cama.

—En primer lugar, yo no he estado evitándote —le dijo, cruzándose de brazos y quedándose junto a la puerta. Al menos, mantendría cierta distancia de él; eso sí lo podía hacer.

—No niegues lo que es tan evidente, Hazel. No has bajado a desayunar; luego no apareces en toda la mañana; inventas una excusa para no almorzar con nosotros en el comedor, y después te vuelves a encerrar en tu cuarto. Si no estás evitándome, entonces ¿por qué tengo la certeza de que sí lo estás haciendo?

Él avanzó unos pasos y, cuando ella retrocedió, supo que el motivo de su extraño alejamiento era más serio de lo que se había imaginado.

—No tengo nada que decir al respecto —respondió ella, yendo hacia el otro extremo de la habitación.

Daniel se dio media vuelta, y entonces reparó en la rosa roja sobre su mesita de noche.

—¿Qué hace esa flor al lado de tu cama?

Hazel echó un vistazo a la rosa roja; luego lo miró a él, confundida. Por la expresión de furia en los ojos azules de Daniel, que estaban particularmente más oscuros esa tarde, supo que él no se la había enviado.

—¿Fue Leonard, verdad? ¿El jardinero te dio esa flor? —Quiso saber, levantando el tono de su voz.

¡Por supuesto que había sido Leonard! Ahora lo sabía; era seguro que se la había traído aprovechando alguna de sus salidas de la casa. Probablemente, cuando había ido a las caballerizas a buscar a Tobin.

—Tu silencio es demasiado elocuente —dijo él, incapaz de ocultar sus celos.

Hazel no sabía si reírse o llorar. Daniel le estaba haciendo una escena de celos sólo porque otro hombre le había regalado una rosa… ¿Qué tendría que hacer ella entonces después de haberlo descubierto en la cama con otra mujer?

—Leonard es un amigo…

Daniel soltó una carcajada.

—¿Amigo? ¡Un amigo no te miraría de esa manera, Hazel y lo sabes! —replicó él.

—Daniel, esta conversación no tiene ningún sentido. Será mejor que te vayas. Estás levantando la voz y alguien puede oírte…

Él no dejó que terminara de hablar; acortó la distancia que los separaba con sólo un par de zancadas y la asió por la cintura. Hazel intentó soltarse, pero él la apretó contra su cuerpo.

—¿Acaso no entiendes, mujer que me muero de celos ante la sola idea de que otro hombre siquiera pose sus ojos en ti?

Hazel alzó la vista. Quiso indagar en el brillo de su mirada si le estaba diciendo la verdad, pero le fue imposible. La imagen del cuerpo de Rachel pegado al suyo no se lo permitió.

—No tienes derecho a sentirte así, Daniel —le dijo, desafiándolo con la mirada.

—Tengo todo el derecho del mundo, Hazel, porque…, porque te amo.

Hazel escuchó aquellas palabras de amor que tanto había deseado oír de sus labios, pero ya no podía creerle; ya no. Le clavó la mirada y trató de aparentar frialdad, aunque se estuviera muriendo por dentro.

—Lo lamento, Daniel, pero yo no siento lo mismo por ti. —Ni siquiera supo de dónde habían salido aquellas palabras. «Seguramente de mi corazón traicionado», pensó con amargura mientras él seguía estrechándola contra su cuerpo.

—No…, no puedes estar hablando en serio.

Él la miraba completamente desconcertado, fingiendo que había oído mal o que había malentendido sus palabras. Eso debía ser.

—¡Nunca antes he hablado tan en serio! —replicó después de lograr soltarse por fin de sus brazos—. ¡Sólo he amado a un hombre en toda mi vida, y lo amaré hasta el día en que finalmente me reúna con él!

Daniel retrocedió unos pasos. Las crueles palabras de Hazel retumbaban en sus oídos y llegaban hasta su corazón como certeras puñaladas. Sus ojos azules se posaron en al anillo que ella ahora acariciaba con ternura.

—Hazel.

Tendió el brazo, buscando la tibieza de su cuerpo para calmar el frío que repentinamente se había apoderado de su alma.

—¡Vete, Daniel! —le gritó, alejándose más de él y erigiendo un muro entre ambos.

Daniel la miró a los ojos una vez más y supo que ella hablaba en serio. No sólo lo estaba echando de su habitación, lo estaba echando de su vida y del espacio que —estaba seguro— se había ganado en su corazón. Había vuelto a equivocarse, pero esa vez el dolor era mucho más profundo y sabía que no podría soportarlo.

Salió de la habitación sin mirar atrás. La frialdad en los ojos de Hazel le habían congelado el alma.

Hazel se quedó mirando la puerta cerrada como hipnotizada; fue incapaz de moverse hasta que su cuerpo entero comenzó a temblar y la obligó a sentarse en la cama.

Lo había herido; pero Hazel sabía que no era su corazón el que estaba roto, sino su orgullo de hombre.

Catherine observaba con atención mientras Tobin se metía en la parte trasera de las caballerizas; lo vio sacar una cosa envuelta en una pequeña manta de dentro de un cajón y luego regresar a su lado por fin.

—¿Qué tienes ahí? —preguntó, incapaz de disimular su curiosidad.

Tobin le acercó la manta que envolvía algo redondo que no podía mantenerse quieto. Catherine sostuvo el bulto y su corazón saltó dentro de su pecho cuando una cosa negra, cubierta de pelos, se asomó por debajo de la manta.

—¡Es precioso! —exclamó, acariciando la cabeza del cachorrito que la miraba con sus enormes y oscuros ojos saltones.

Tobin también acarició la cabeza del animal.

—No es precioso —la corrigió—; es preciosa.

Catherine arrojó la manta al suelo y tomó a la perrita entre sus manos para llevársela al pecho. Era la primera vez que tenía un cachorrito en sus manos y se sentía inexplicablemente feliz.

—¿Te gusta? —le preguntó Tobin, a pesar de estar viendo con sus propios ojos que la niña estaba fascinada con el nuevo descubrimiento.

Catherine asintió mientras dejaba que la cachorrita lamiera sus manos con frenesí.

—Pues es tuya; la encontré abandonada ayer por la tarde en el bosque y la traje a la mansión porque estaba seguro de que te gustaría quedártela —le dijo.

Catherine, entonces, pensó en la triste posibilidad de que su padre no le permitiera conservarla.

—No…, no sé. Quizá no me dejen quedarme con ella.

—Estoy seguro de que si se lo pides a tu padre él no podrá negarse. —Hizo una pausa—. Lord Cavanaugh es un hombre muy bueno.

Las palabras de Tobin le dieron ánimo a Catherine y se sintió con el valor suficiente como para pedirle a su padre que le dejara

quedarse con el pobre animalito, que no dejaba de lamerle las manos y el rostro.

—Le has caído bien —alegó Tobin, viendo cómo la bola de pelos color negro azabache se acurrucaba en el pecho de su nueva ama.

—¡Y ella a mí! —respondió Catherine, dispuesta a no permitir que nadie la separara de su nueva amiguita—. Se llamará *Charcoal*[3] —anunció, sonriente.

—Ese nombre le va muy bien. —Acordó Tobin.

—Será mejor que la escondas nuevamente donde estaba; necesito primero hablar con mi padre.

Le entregó la perrita a Tobin y él la llevó a su escondrijo.

—Mañana seguramente podremos venir a por ella —dijo Tobin, completamente convencido de que lord Cavanaugh dejaría que su hija conservara la cachorra.

Catherine le echó un último vistazo antes de marcharse a la mansión, sólo para cerciorarse de que *Charcoal* estaría bien hasta su regreso.

Faltaba más de media hora para la cena, y Hazel dudaba de que presentarse en el comedor fuera lo más sensato. No tenía ganas de ver a nadie, y mucho menos a Daniel y a su cuñada. Tras el enfrentamiento en su habitación, cuando le había dicho que no lo amaba, le había quedado un amargo sabor de boca. Le había mentido tan bien que incluso había llegado a creer que de verdad le había afectado su rechazo; pero ella sabía que no era así, en realidad.

Daniel no podía amarla, porque de ser así jamás habría llevado a su cama a Rachel, tan sólo unas cuantas horas después de haberse metido en la suya.

Había salido esa mañana de su habitación dispuesta a contarle a Daniel lo que había descubierto sobre su esposa, pero luego, cuando él había ido a buscarla a su estancia, ni siquiera se había acordado de mencionarle el asunto.

Observó la casa desde el jardín y vio que una luz mortecina se escapaba de la ventana de la habitación de Daniel; quizá podría ir a buscarlo y hablarle de lady Eleanore, pero no se sintió con ganas ni fuerzas para hacerlo.

—¿Has salido a tomar un poco de aire?

Leonard apareció detrás de ella y la asustó.

—Sí… sí, es una noche maravillosa. —Le respondió con una sonrisa.

—El jardín se viste de gala con cada primavera; es en esta época del año cuando puedo ver el resultado de mi trabajo —dijo, contemplando la majestuosidad del jardín, que comenzaba rápidamente a cubrirse de colores y olores diversos, de modo que parecía una especie de paraíso terrenal.

Hazel asintió; no podía estar más de acuerdo con él. Respiró hondo y se sintió invadida por el aroma de las anémonas y las dalias que los rodeaban en aquel sector apartado del jardín. Hazel observó un hermoso rosal, y entonces recordó la rosa roja que aún descansaba encima de su mesita de noche junto a su cama.

—Leonard, quería agradecerte la rosa que dejaste en mi almohada —dijo, mirándolo a los ojos—; no lo he hecho antes porque no sabía que habías sido tú quien la había colocado allí.

—¿Creíste que había sido él, verdad? —preguntó, y sonó más bien a una afirmación.

Hazel bajó la mirada y se quedó en silencio.

—Hazel, yo te amo y nunca te haría daño. —Se acercó y tomó su mano—. No hay que ser adivino para saber que de alguna manera lord Cavanaugh te ha lastimado, lo veo en tus ojos, en el semblante de tu rostro.

Ella no hizo nada por soltarse; en ese momento, necesitaba el consuelo de un amigo, porque eso era Leonard para ella, un buen amigo y nada más.

—¿Por qué no me das la oportunidad de mostrarte que a mi lado puedes ser feliz, Hazel?

Ella lo miró a los ojos.

—Leonard, me pides demasiado. Mi corazón pertenece a Daniel, no importa el daño que él me cause. Siempre voy a amarlo —le confesó, echando por tierra sus ilusiones.

—¡Pero no eres feliz, Hazel! ¡Mírate! ¡Has perdido hasta el brillo de la mirada y ya no sonríes como el primer día que te vi!

—¡Aun así, Leonard, lo amo, y no hay nada que tú puedas hacer para cambiar eso! —replicó, a sabiendas de que lo estaba hiriendo a él también con sus palabras; últimamente parecía que sólo hacía sufrir a los hombres que se acercaban a ella.

—Si por lo menos me brindaras la oportunidad de demostrarte que mi amor es sincero.

—Sé que lo es, Leonard, y por eso no quiero que te crees falsas esperanzas conmigo —le explicó, tratando de que él entrara en razón.

—Simplemente deja que me acerque a ti; no pierdes nada con hacerlo. Prometo que no te haré daño y que no te pediré nada a cambio; sólo que me dejes estar cerca de ti, con eso es suficiente.

—Pero no sería justo para ti, Leonard.

—Deja que yo decida qué es justo o no para mí, Hazel —respondió, expectante.

Ella movió la cabeza hacia un lado y hacia el otro.

—No lo sé, Leonard… no lo sé.

Estaba algo aturdida y en ese momento no era capaz de razonar claramente. Él no le estaba pidiendo demasiado, sólo que lo dejara estar a su lado y tal vez eso era lo que ella necesitaba entonces: alguien que le hiciera compañía y que no le exigiera nada a cambio, pero sobre todo alguien que la amaba de verdad y que jamás le haría daño.

—Sólo di que sí, Hazel.

Leonard le asió la barbilla y levantó un poco su rostro. «¡Dios, que hermosa es!», pensó mientras se moría de ganas de besarla.

Hazel dejó escapar un suspiro; no perdía nada si le decía que sí.

—Está bien, Leonard, acepto tu propuesta, pero sólo con una condición —dijo, frunciendo el ceño—: no quiero que te ilusiones

demasiado conmigo.

Aunque no se lo mencionó, en la cabeza de Hazel rondaba la posibilidad de marcharse de Blackwood Manor lo más pronto posible.

—No lo haré; te lo prometo.

Leonard sonrió; no podía esconder lo feliz que era, y sin pensárselo, acercó su rostro al de Hazel y la besó.

Aquel beso tomó a Hazel por sorpresa y no le dio tiempo siquiera a reaccionar.

—¡Quítale las manos de encima, maldito desgraciado!

Daniel apareció en ese momento en el jardín como una tromba y en cuestión de segundos separó a Leonard de Hazel.

—¡Daniel, suéltalo!

Las súplicas de Hazel fueron inútiles; ambos estaban enfrascados en una feroz pelea en el suelo después de que Daniel se había arrojado encima de Leonard y había logrado reducirlo.

Hazel no sabía qué hacer; ellos parecían no escucharla. Desde su posición vio cómo Daniel le asestaba un puñetazo en la mandíbula a Leonard, lo que provocó que un hilo de sangre manara de su labio inferior. Pero el jardinero no se quedó quieto y le devolvió el golpe, sólo que él atacó un poco más abajo y dejó a Daniel casi inmóvil de un puñetazo en la boca del estómago.

—¡Daniel, Leonard, deteneos!

Hazel gritaba, pero ellos no la oían. Debía hacer alguna cosa, por eso corrió hasta la cocina a buscar al mayordomo.

—¡Albert, necesito ayuda! —gritó, desesperada, Hazel al entrar tempestivamente en la cocina.

El mayordomo se asustó al ver la expresión en el rostro de Hazel.

—¿Qué sucede?

—¡Daniel y Leonard se están peleando en el jardín!

Albert salió corriendo de la cocina detrás de ella, pero no salieron solos, ya que Agatha, Rose y hasta Theresa también quisieron ver lo que estaba sucediendo.

Cuando Albert llegó al sitio en donde los dos hombres se estaban peleando, vio cómo su amo se ponía de pie y levantaba a Leonard

por el cuello de la camisa, dispuesto a seguir golpeándolo.

—¡Señor! —gritó antes de llegar y ponerse a su lado—. ¡No lo haga, por favor! ¡Deténgase!

Daniel miró por un instante a su fiel mayordomo; luego, sus ojos cargados de ira se posaron en la silueta femenina que había a su lado. Hazel le estaba suplicando con la mirada que pusiera fin a aquella terrible escena, y él se sintió desfallecer por dentro. Soltó a Leonard, y antes de que cayera al suelo, Albert logró sostenerlo; estaba bastante maltrecho y como pudo lo ayudó a llegar hasta la cocina.

Agatha y las demás criadas lo acompañaron. Rose no podía apartar los ojos de lord Cavanaugh. Durante el tiempo que llevaba trabajando en Blackwood Manor jamás lo había visto tan fuera de sí.

Agatha la asió por el brazo y la arrastró hacia la cocina.

—¡Vamos, muchacha! —le dijo en voz baja, apresurando el paso. En el jardín, Hazel y Daniel se habían quedado a solas.

—¿Por qué lo has hecho? —preguntó ella por fin, rompiendo el pesado silencio que se había instalado entre ambos.

Daniel se tocó el estómago, allí en donde Leonard le había atestado un fuerte puñetazo, y le clavó la mirada.

—¡Te estaba besando! —replicó, y sus labios se torcieron en una mueca por causa del dolor.

—Eso no explica ni justifica lo que has hecho.

Daniel trató de reír, pero no pudo; una intensa punzada en el mentón se lo impidió.

—No voy a permitir que otro hombre te bese, Hazel, y mucho menos que lo haga bajo mi propio techo —respondió seriamente.

Ella se cruzó de brazos y sonrió con ironía.

—¡No tienes ningún derecho a hacer lo que has hecho, Daniel! —le espetó, furiosa.

—¿No lo tengo, Hazel? ¿Cómo puedes decir una cosa semejante después de lo que ha sucedido entre nosotros?

—¿Y tú puedes hacer lo que te plazca y olvidarte de eso?

No podía creer que Daniel le estuviera pidiendo explicaciones por el inocente beso de Leonard cuando él se había atrevido a meter en su cama a la hermana de su esposa muerta.

—¿Qué es lo que he hecho yo? —preguntó, llevándose una mano hasta el pecho.

Hazel no supo si darle una bofetada o salir corriendo; parecía que él estaba jugando con ella una vez más.

—¡No te hagas el desentendido, Daniel! ¡Ambos sabemos lo que has hecho! —le gritó con toda la rabia que tenía acumulada en su corazón.

—¡Por Dios, Hazel, no sé de qué demonios me estás hablando! —respondió él, levantando también la voz.

Hazel seguía sin poder creer que él continuara con su engaño.

—¡Hablo de ti y de Rachel! ¿Acaso vas a negarlo? —soltó por fin. Daniel se quedó de una pieza. ¿De qué diablos estaba hablando Hazel?

—¿Rachel? ¿Qué sucede con Rachel?

«No puede ser tan desvergonzado», pensó Hazel, tratando de calmarse para no cruzarle la cara de una bofetada.

—¡Habla, por Dios santo!

Hazel se llevó las manos a la cintura.

—¿Vas a negar que te has acostado con ella? ¿Te atreverías a hacerlo cuando yo misma os he visto con mis propios ojos? —explotó, incapaz ya de controlar su rabia.

Daniel se quedó en silencio, tratando de asimilar las palabras que Hazel acababa de escupirle a la cara con tanta violencia.

—Hazel… —dijo cuando consiguió volver a hablar—, no sé de qué demonios me estás hablando… Yo nunca me he acostado con Rachel.

—¿Cómo puedes decir algo así, Daniel? ¡Yo te he visto esta mañana! ¡Ella estaba en tu cama, encima de ti! —le espetó, buscando que él finalmente reconociera su culpa.

Daniel se tocó la frente; no era posible lo que Hazel le estaba diciendo. Él jamás había hecho el amor con su cuñada…, jamás.

De repente, lo sucedido esa mañana vino a su mente con la fuerza de un huracán. La terrible jaqueca y la extraña sensación de que alguien había estado en su cama. Él incluso había creído que había sido Hazel, porque no recordaba lo que había sucedido la noche anterior, y ahora, después de oír a Hazel, cabía la posibilidad de que esa mujer pudiera haber sido Rachel. Trató de recordar lo que había sucedido la noche anterior, pero el último recuerdo que tenía era el de haber estado en el estudio conversando con su cuñada.

De lo único que estaba seguro era de su encuentro con Rachel la noche anterior; luego se había despertado en su cama creyendo que había dormido con alguien.

¡Por Dios! ¡Quizá Hazel no estaba equivocada, después de todo!

—Hazel…, yo no…, no recuerdo…

—¡No, Daniel! ¡Ni siquiera intentes explicar lo sucedido! ¡Lo que he visto no necesita ninguna explicación!

Daniel intentó detenerla cuando ella se marchó, pero le dolían todos los huesos del cuerpo.

—¡Maldición! ¿Qué es lo que he hecho?

25

DANIEL entró en la casa como alma que lleva el diablo, a pesar de las secuelas que la pelea con Leonard había dejado en su dolorido cuerpo. Subió las escaleras a toda prisa, olvidándose de las agudas punzadas que se clavaban en sus músculos como afiladas agujas.

Se plantó frente a la habitación de Rachel y golpeó la puerta con fuerza.

—Adelante —dijo la voz de su cuñada desde el otro lado.

Rachel se sorprendió al ver a Daniel en su habitación a aquellas horas de la noche.

—Daniel, pensaba verte durante la cena. Quería comentarte algo sobre Catherine y el hijo de esa mujer —dijo, poniéndose de pie para recibirlo.

—Rachel…, ¿qué sucedió entre nosotros anoche? ¡Necesito que me digas la verdad! —Clavó sus ojos azules en el rostro impasible de su cuñada.

Rachel respiró hondo un par de veces y en su mente resonaron las palabras que tantas veces había ensayado que diría llegada la ocasión.

—Daniel, no creo que una dama deba hablar de esas cosas —dijo, agachando la mirada.

—¡Demonios, Rachel, sólo dime qué sucedió! —exigió, furioso. Ella levantó la mirada y se aclaró la garganta antes de responder.

—Anoche estábamos hablando en el estudio —comenzó a decir —, y luego tú te sentiste mal y me pediste que te ayudara a llegar a tu habitación.

Daniel no recordaba nada de aquello. ¿Por qué no se lo había pedido a su mayordomo?

—Continúa —le pidió.

—Creo que el brandy que habías bebido te sentó mal porque cuando llegamos a tu habitación te mareaste y caímos sobre tu cama… Luego, quise marcharme, pero tú no me lo permitiste. Comenzaste a besarme y… sucedió lo que sucedió, Daniel —agregó, fingiendo un pudor que no tenía.

—¡Dios, no puede ser verdad!

—¿Me estás tratando de mentirosa? —saltó ella a la defensiva.

—No, Rachel, no estoy diciendo que mientas; es sólo que no puedo creer que haya hecho el amor contigo y ahora no me acuerde de nada.

—Estabas bajo el efecto del brandy que habías bebido —respondió ella, pretendiendo que él se convenciera de lo sucedido.

—No es la primera vez que me embriago, Rachel, y nunca antes el alcohol había tenido ese efecto sobre mí, hasta el punto de hacerme perder la conciencia —replicó, todavía confundido.

—Siempre hay una primera vez para todo, Daniel —dijo Rachel, tratando de quitarle seriedad al asunto.

No quería que él saliera huyendo después de haber descubierto lo que había ocurrido la noche anterior entre ellos.

Él le lanzó una mirada furibunda, y Rachel comprendió que no sólo estaba confundido; estaba realmente desolado. Haberse enterado de que habían hecho el amor lo había dejado en aquel estado. Rachel no pudo evitar sentirse humillada. Ahora sabía que Daniel jamás se habría acostado con ella si hubiera sido plenamente consciente de sus actos. Había tenido que recurrir a una vil artimaña para meterse en su cama y él, ignorando la verdad, se sentía profundamente arrepentido de su error.

Al menos, su plan había servido para que la maldita intrusa de Hazel los descubriera durmiendo juntos. No podría tener el amor de Daniel; ahora estaba dolorosamente segura de ello. No obstante, se aseguraría de que él no fuera feliz con nadie.

El hombre abandonó la habitación, dando un sonoro portazo, y Rachel se dejó caer en la cama.

Daniel no sería suyo, pero tampoco sería de Hazel; ella se encargaría de eso.

Tobin entró en la habitación de su madre y descubrió que ella tenía los ojos enrojecidos.

—¿Has estado llorando, mamá?

Tobin se acercó a Hazel y tocó sus mejillas, aún humedecidas. Ella intentó sonreírle, pero se sentía rota, vacía por dentro.

—Estoy bien, cariño; no te preocupes por mí.

—No me gusta verte llorar, mamá. Desde la muerte de papá que no te veía así de triste.

Su niño siempre captaba lo que sucedía a su alrededor, y Hazel sabía que no podría ocultarle por mucho más tiempo lo que estaba sucediendo. También tenía miedo de su reacción cuando le dijera que se marcharían pronto de Blackwood Manor. Acarició el rostro de su hijo y le dio un beso en la frente.

—Te quiero mucho, Tobin.

Él la abrazó, y Hazel se aferró al pequeño cuerpo de su hijo con fuerza.

—Yo también te quiero, mamá. —Se separó y le sonrió—. Hay algo que tengo que decirte. En realidad, quiero que me acompañes a las caballerizas.

Hazel sabía que Tobin estaba tramando algo; la chispa en sus ojos verdes eran la prueba más contundente de su misteriosa conducta.

—¿Qué hay en las caballerizas? ¿Acaso ha nacido un nuevo potrillo? —preguntó mientras era arrastrada fuera de su habitación.

—¡Lo sabrás cuando lleguemos! —gritó él, llevándola de la mano por las escaleras.

En tan sólo un par de minutos, Tobin había llevado a su madre a las caballerizas; una vez allí la condujo hacia la parte trasera.

—¿Qué hay aquí, Tobin? —preguntó, incapaz de soportar por mucho más tiempo aquel misterio que se traía su hijo entre manos.

Hazel supo que habían llegado a su destino cuando Tobin, finalmente, se detuvo junto a un muro.

—Ya puedes salir —dijo el niño, mirando a su madre de soslayo.

—¿Quién está ahí detrás?

La pregunta de Hazel tuvo una respuesta inmediata y no necesitó de palabra alguna. Se llevó la mano al pecho cuando vio a Catherine asomarse tras el muro con una animal negro y peludo entre sus manos.

—¡Catherine!

La niña le sonrió tímidamente.

—¿Qué haces aquí?

Miró a la niña primero y luego a su hijo, buscando una respuesta.

—Mamá, Catherine ha estado viniendo a las caballerizas conmigo.

Hazel sintió, en ese momento, unas ganas enormes de llorar y de abrazar a su hijo, pero no lo avergonzaría delante de la niña. Ella, que había estado atrasando el momento de que ambos se conocieran temiendo un posible rechazo por parte de Catherine, ahora descubría que su hijo había estado haciendo de las suyas y había logrado lo que nadie había podido conseguir: sacar a la pequeña Catherine del encierro al que se había sometido durante más de un año. Estaba muy orgullosa de su hijo.

—Tobin me ha estado visitando en mi habitación… a escondidas —dijo Catherine, sonriendo a su único amigo—. Logró convencerme de que viniera con él hasta aquí y ayer me regaló a *Charcoal*.

—¿*Charcoal*? —preguntó Hazel, curiosa.

Catherine estiró el brazo y le mostró a su perrita, que de inmediato comenzó a moverse inquieta buscando bajarse al suelo.

—Señora Hazel, ¿cree que mi padre se molestará si llevo a *Charcoal* a la casa?

La niña soltó al escurridizo animal, que al tocar el suelo con sus pequeñas y peludas patas negras corrió a beber un poco de agua en una cacerola vieja que Tobin y Catherine le habían traído.

—Catherine, por favor, no me llames señora; sólo llámame Hazel —le pidió, evidentemente emocionada—. No creo que tu padre ponga ninguna objeción; además, *Charcoal* es adorable.

Catherine le sonrió, y el nudo en la garganta de Hazel se hizo más grande.

—Hazel…, quería pedirle disculpas por mi comportamiento. Yo…, yo no pretendía… —dijo Catherine, buscando las palabras adecuadas para pedirle perdón por haberla tratado mal.

—No te preocupes, Catherine; eso ya ha pasado. —Extendió una mano y acarició los bucles oscuros de la niña—: Lo importante ahora es que has salido, por fin, de tu habitación, y que tanto tu padre como tu tía Maddie estarán felices al saberlo.

—Y también tía Rachel —adujo Catherine, dejando que Hazel le acariciara el cabello como solía hacerlo su madre.

—También tu tía Rachel —repitió Hazel.

—Mamá, Catherine y yo queremos salir a montar… ¿Podemos hacerlo ahora?

¡Tobin y Catherine saldrían a montar! Hazel apenas podía creerlo. Tan sólo unos días atrás la niña vivía encerrada en su mundo; ahora, y gracias a su hijo, hasta quería salir a montar.

—No creo que haya ningún inconveniente, pero supongo que sería prudente que alguien os acompañara —dijo Hazel, que vio de inmediato que la idea de salir acompañados no les agradaba demasiado.

Ni Tobin ni Catherine pronunciaron una palabra, sólo se miraron el uno al otro con carita de fastidio. Hazel no pudo evitar sonreír. Catherine estaba copiando los gestos de Tobin; al parecer, la amistad secreta con su hijo había servido también para que ella aprendiera los trucos que él usaba cuando quería salirse con la suya.

—Está bien, no pongáis esas caras —dijo Hazel, sabiendo que perdería la batalla—. Yo os ayudaré a montar y me quedaré aquí vigilando mientras dais una vuelta por los alrededores. Pero debéis prometerme que no os alejaréis demasiado.

Los niños asintieron con un rápido y simultáneo movimiento de cabeza. Antes de ir hacia los cubiles en donde estaban los caballos, llevaron a la pequeña *Charcoal* a la camita de madera y heno que le habían preparado.

—Regresaré luego por ti —dijo Catherine, besando el hocico húmedo de la cachorra.

Los tres se dirigieron hacia la parte delantera de las caballerizas. Allí se encontraron con Percey, quien se puso feliz de ver a la niña Catherine después de tanto tiempo. Entre el viejo cuidador y Hazel los ayudaron a subirse a sus respectivos caballos.

—Ya sabéis —les recordó Hazel, parada en medio de las dos bestias—. Sólo por aquí cerca; os estaré vigilando.

—Sí, mamá; no te preocupes.

—No nos alejaremos, Hazel —agregó Catherine con una sonrisa radiante en el rostro, que había perdido ya su habitual palidez.

Hazel los observó sin quitarles los ojos de encima, hasta que regresaron unos minutos después. Cuando por fin se detuvieron delante de ella, Hazel notó que Catherine miraba hacia la casa; en sus ojos azules habían brotado unas cuantas lágrimas.

Hazel se dio la vuelta y descubrió el motivo de su llanto. Daniel venía hacia ellos corriendo. Su corazón se movió inquieto dentro de su pecho, y cuando él se acercó hasta el caballo de Catherine y la bajó para estrecharla entre sus brazos, no pudo evitar que el llanto la dominara a ella también.

—¡Catherine, mi pequeña!

Daniel no paraba de acariciar la cabeza de su hija mientras la abrazaba con fuerza.

—¡Papá!

La vocecita suave de Catherine parecía encerrar mil sensaciones diferentes: alegría, emoción, agitación, pero también tristeza y culpa

por lo que había sufrido su padre durante todo ese tiempo.

—¡Casi me muero de felicidad al verte a través de la ventana! —le dijo él, separándola un poco para mirarla a la cara—. ¡Estás tan diferente! Tus mejillas, tus ojos…, todo en ti es diferente, mi amor.

Catherine no dijo nada; simplemente apoyó la cabeza en el hombro de su padre y se echó a llorar.

—Vamos, cariño, no llores. —Los ojos de Daniel se posaron en Hazel y en Tobin por primera vez—. Lo que ha sucedido es sólo motivo de alegría.

Tenía ganas de unir en aquel abrazo a Hazel y a su hijo porque sabía que la llegada de ambos a Blackwood Manor había logrado que Catherine superara por fin su tristeza. Les debía la felicidad de su hija, y ni siquiera todo el amor del mundo sería suficiente para agradecérselo.

Hazel tragó saliva. Podía imaginar lo que Daniel estaba pensando en ese momento; vio un silencioso *gracias* en sus ojos y sintió que tanto ella como Tobin estaban de más. Padre e hija necesitaban estar a solas y recuperar el tiempo que habían perdido. Hazel sólo lamentaba que todo eso hubiera sucedido entonces, estaba por marcharse de la mansión. Le habría gustado haber compartido más tiempo con Catherine, pero no podía quedarse. Aunque no tenía sitio donde ir y apenas unos cuantos peniques en su bolsillo, sabía que irse de Blackwood Manor era lo más sensato que podía hacer.

26

TODOS en la casa se habían enterado de lo sucedido con la pequeña Catherine y lo celebraban, especialmente Maddie y Agatha, que quería a la niña como si fuera su propia nieta.

Rachel, en cambio, parecía no estar demasiado contenta con las buenas nuevas, sobre todo porque nadie dejaba de alabar a Hazel y a Tobin. La viuda y su hijo se habían convertido de la noche a la mañana en los héroes de todos en Blackwood Manor, y ésa era una situación que Rachel simplemente no podía soportar. Por eso, prefirió no cenar con los demás; suponía que su presencia ni siquiera iba a ser echada en falta, y tenía toda la razón. Entre la algarabía de tener a Catherine en la mesa después de tanto tiempo y las felicitaciones a Hazel y a Tobin por haber logrado lo imposible, nadie extrañó a Rachel durante la cena.

Todos supieron de los encuentros clandestinos que habían mantenido Tobin y Catherine, que habían conseguido finalmente la salida de la niña de su habitación.

Fue en ese momento de felicidad cuando Catherine aprovechó para contarle a su padre que Tobin le había hecho un regalo.

—¿Una perra? —dijo Daniel, arqueando las cejas.

—Sí, papá, se llama *Charcoal* y está durmiendo en las caballerizas; es muy pequeñita y creo que sería mejor que durmiera dentro de la casa —dijo Catherine con entusiasmo—. Si lo prefieres puedo dejarla en la cocina…

—Nada de eso, mi niña. *Charcoal* puede dormir contigo en tu habitación, como tú misma dices; es muy pequeñita y seguramente te extrañará durante las noches —manifestó Daniel, cogiendo la mano de su hija.

Catherine se puso de pie y se arrojó a sus brazos.

—¡Gracias, papá!

Daniel se prometió que no lloraría porque la recuperación de su hija sólo podría traerle felicidad, pero aún le costaba creer que su pequeña Catherine estuviera a su lado, cenando junto a él después de tanto tiempo.

—Mi hermano se ha emocionado —comentó Maddie con una sonrisa—. ¡Y no es fácil lograr que un hombre como él se emocione!

Hazel entendió perfectamente lo que Maddie acababa de decir. Daniel era un hombre que demostraba tener una fortaleza de hierro; aún recordaba la frialdad en su mirada de ojos azules la primera vez que lo había visto, una frialdad que poco a poco había ido desapareciendo.

—Propongo un brindis. —Maddie levantó su copa de vino—. Por Catherine y su regreso, pero sobre todo por la llegada de Hazel y Tobin a la casa, que ha sido, sin lugar a dudas, la mayor de las bendiciones.

Daniel miró a Hazel por encima de su copa. Ella le devolvió la mirada, y se quedaron prendados el uno del otro durante unos cuantos segundos. Aquella conexión fue interrumpida cuando Tobin tironeó del vestido de Hazel para preguntarle si podía comer otra porción de pastel de zarzamoras.

Después de la cena, Maddie se llevó a los niños al salón y les propuso jugar al *crambo*[4].

Hazel quiso unírseles pero Daniel se lo impidió.

—Necesito que hablemos —le pidió, asiéndola del brazo antes de que ella escapara de él—. Por favor.

Hazel asintió y dejó que él la condujera hasta su despacho.

—Pasa y siéntate —le dijo al entrar.

—Estoy bien así, gracias —respondió ella, quedándose de pie junto al escritorio.

Daniel iba a sentarse en su sillón, pero prefirió quedarse a su lado.

—Hazel quiero que sepas que nunca voy a poder agradeceros a ti y a Tobin lo que habéis hecho por mi hija —dijo, mirándola directamente a los ojos.

—En realidad, ha sido todo mérito de Tobin. Él ha conseguido lo que nadie había podido lograr y lo ha hecho a mis espaldas.

—Lo sé. Tobin es un niño maravilloso; debes estar muy orgullosa de él.

—Lo estoy. Yo tenía mis reparos en acercarlo a tu hija, pero él ha sido más listo que todos nosotros y ha logrado salirse con la suya; es un niño muy inteligente.

Daniel pudo notar con qué orgullo Hazel hablaba de Tobin.

—Has sabido sacarlo adelante sin ningún problema —manifestó Daniel, reprimiendo el impulso de acariciar sus mejillas sonrojadas.

Hazel sabía que lo había conseguido, en parte, gracias a la protección que él les había brindado tras la muerte de Jeremy, pero tenía miedo del futuro que les esperaba a ella y a su hijo cuando abandonaran Blackwood Manor definitivamente.

—¿En qué piensas?

Hazel se dio media vuelta para evitar que él descubriera la sombra de tristeza en sus ojos verdes.

—En nada. Será mejor que me retire. Le he prometido a Agatha que la ayudaría en la cocina y…

Daniel ni siquiera la dejó de terminar; de repente, y sin previo aviso, la cogió de la cintura y la apretó contra su cuerpo.

—Hazel…, por favor, debemos hablar.

Ella se quedó quieta, pegada al pecho de Daniel, sintiendo los latidos de su corazón; su propio corazón comenzó a seguir el ritmo del otro y comprendió que si no se marchaba en ese preciso instante ya no podría hacerlo después.

—Daniel, no… —Su voz carecía de fuerza alguna.

—¿No qué? —le preguntó él, hundiendo el rostro en la melena dorada de Hazel, que caía sobre uno de sus hombros.

Respiró hondo y se llenó los pulmones con el perfume a almendras que emanaba a través de cada poro de su piel y que lo había hechizado la primera vez que lo había percibido.

—No…, no quiero que te me acerques.

No había un ápice de convicción en sus palabras, y Daniel lo sabía.

—Tu cuerpo me está diciendo exactamente todo lo contrario, Hazel. —Le susurró él al oído mientras sus manos subían por su cintura.

Hazel era plenamente consciente de que así era, pero no podía volver a caer en sus brazos, y mucho menos en su juego de seducción… No podía.

Sin embargo, en ese momento, su buen juicio estaba nublado por las fuertes oleadas de placer que las manos de Daniel enviaban a cada rincón de su cuerpo, especialmente al área carnosa y sensible ubicada entre sus muslos.

—Suéltame, Daniel —le suplicó con la voz trémula.

Sus piernas también estaban comenzando a temblar, y cuando las manos de Daniel ascendieron un poco más y tocaron sus pechos a través de la tela de su vestido, pensó que cualquier petición de que él la dejara ir carecería de todo valor. ¿Cómo podía suplicarle que la soltara cuando cada célula de su cuerpo deseaba que le hiciera el amor allí mismo?

Él pareció adivinar sus pensamientos y, de un sopetón, la asió de la cintura, la giró y la sentó encima de su escritorio. Hazel vio el intenso deseo reflejado en sus ojos y se olvidó de todo lo demás. Daniel buscó su boca con desesperación, como si estuviera hambriento de sus besos. Ella abrió sus labios y dejó que su lengua explorara con total libertad. Las manos de Hazel se prendieron al cuello de Daniel, empujándolo más hacia ella para poder sentirlo en toda su extensión; dejó escapar un gemido cuando notó que el bulto de sus pantalones se apoyaba en su vientre. Las manos de Daniel

tampoco se habían quedado quietas; habían levantado la falda del vestido de Hazel y lentamente subían a través de sus muslos.

Sus bocas seguían devorándose, como si fuera la primera y la última vez al mismo tiempo, que sus lenguas bailaban al ritmo de una frenética danza. Hazel se movió inquieta cuando sintió hacia dónde se estaba dirigiendo una de las manos de Daniel. Él había logrado meterla por debajo de sus calzones y sus dedos habían alcanzado el monte tibio y húmedo de su vagina.

Ella abandonó su cuello y comenzó a acariciarle el pecho por encima de la camisa; apretó una de sus tetillas cuando él metió un dedo en su mojada cavidad. Las manos de Hazel se movieron entonces con urgencia por el torso de Daniel hacia la parte baja de su abdomen; allí, abrió la pretina de sus pantalones y hundió su mano dentro. Encontró lo que buscaba, y aquel hallazgo provocó que Daniel gimiera contra su cuello.

Hazel levantó las piernas y las enroscó alrededor de la cintura de Daniel, que introdujo otro dedo en su vagina y empujó con más fuerza, haciendo que ella se mordiera los labios. Mientras tanto, su mano seguía acariciando el miembro erecto de Daniel que aún se mantenía dentro del límite de sus pantalones.

—¡Oh, Hazel!

La voz ronca de Daniel sólo la excitó más, y respondió apretando con un poco más de fuerza su miembro, que pujaba por salir y ocupar el lugar de sus dedos, que seguían hurgando dentro de ella.

Él la movió un poco hacia atrás para acomodarla mejor encima del escritorio; necesitaba con urgencia hundirse en ella para ponerle fin a la agonía que lo estaba consumiendo sin piedad.

Hazel abrió más sus piernas y le ayudó a bajarse los pantalones al mismo tiempo que él hacía lo mismo con los calzones; la prisa y los torpes movimientos sólo dilataban el momento que ambos deseaban concretar ya.

Pero no fue la prisa ni la torpeza de sus manos lo que impidió que Daniel le hiciera el amor a Hazel encima del escritorio, sino la voz de Rachel desde el otro lado de la puerta.

—Daniel, ¿puedo entrar?

Hazel empujó a Daniel, se bajó del escritorio y se acomodó la falda del vestido. Daniel hizo lo mismo con sus pantalones; claro que él no podría recuperar la compostura tan rápidamente como lo había hecho ella. A él, como hombre, no le bastaba sólo con arreglarse el cabello o acomodarse la ropa. Su problema era más grande, tan grande como el bulto que sus pantalones no podían esconder.

—Un…, un momento, Rachel —dijo yendo hacia su silla; al menos, sentado detrás del escritorio nadie lo vería.

Hazel se apresuró a acomodarse de nuevo la falda del vestido; ignoraba si su cabello estaba desordenado o no, pero en ese momento era lo que menos le importaba. Fue entonces cuando se dio cuenta del error que había estado a punto de cometer. Volvió la cara para que Daniel no viera que estaba llorando.

—¡Hazel! —exclamó él, en un intento de detenerla, pero ella fue hacia la puerta y la abrió.

Allí se encontró con el rostro poco amigable de Rachel. Sus ojos color café cargados de odio la miraban de arriba abajo, adivinando lo que acababa de suceder dentro de aquellas cuatro paredes.

Pasó por su lado y se fue corriendo escaleras arriba con el rostro bañado en lágrimas.

27

HAZEL estaba tendida en la cama y no podía dejar de llorar por haber sido tan estúpida de haberse dejado llevar por sus sentimientos una vez más cuando alguien llamó a su puerta.

Levantó la cabeza y, como pudo, sacó fuerzas de su garganta.

—¡Vete, Daniel, no quiero verte! —gritó. Luego volvió a hundir el rostro entre sus manos, esperando que él no insistiera y la dejara en paz.

—Hazel, soy yo.

La voz de Maddie desde el otro lado de la puerta, de alguna manera, la tranquilizó.

—Abre la puerta. Quiero hablar contigo.

Hazel no tenía ánimos de hablar con nadie, y mucho menos con Maddie, que seguramente venía a abogar por su hermano.

—Maddie, por favor; quiero estar sola —le dijo entre sollozos.

—Hazel, ábreme —insistió—. Es importante.

Parecía que Hazel no tenía escapatoria, así que se levantó de la cama y fue hasta la puerta.

Cuando Maddie vio a Hazel con el rostro compungido por las lágrimas y los ojos rojos e hinchados, supo que las cosas estaban peor de lo que ella se había imaginado.

—Pasa —le dijo con la voz apagada.

Maddie entró y se sentó en la cama. Le pidió a Hazel que se sentara a su lado, y ella así lo hizo.

—Hazel, no sé exactamente lo que está sucediendo entre mi hermano y tú —comenzó diciendo—, pero de algo estoy segura: no he visto a Daniel suspirar así por una mujer en mucho tiempo, ni siquiera por la pobre de Eleanore. Catherine me ha contado que os vio cogidos de la mano en una ocasión —alegó, sonriendo comprensivamente.

Hazel supo de inmediato cuándo la pequeña Catherine los había visto; el día en que Daniel la había regalado a Tobin su caballo.

—Maddie, no voy a negar que existe, o mejor dicho ha existido, algo entre tu hermano y yo…

—¿Por qué dices *ha existido*? —La interrumpió Maddie, contrariada.

—Porque Daniel y yo no podemos estar juntos —respondió simplemente. Maddie frunció el ceño.

—¿Qué os impide poder estar juntos? Daniel ha estado solo durante mucho tiempo, y tú acabas de enviudar. Sé que lo prudente en estos casos es esperar debido al luto, pero no creo que eso sea un impedimento para que podáis vivir vuestro amor.

—Tu hermano no me ama, Maddie.

—Daniel está loco por ti, Hazel. Lo conozco y sé cuándo está realmente interesado en una mujer. Cuando conoció a Eleanore en seguida supo que ella sería su esposa, pero debo reconocer que jamás la miró de la manera en que te mira a ti —manifestó, tratando de indagar por qué Hazel estaba tan segura de que su hermano no la amaba—. ¿Tú lo amas, verdad?

Hazel dejó escapar un suspiro.

—Más que a mi propia vida, y por eso creo que lo mejor será que Tobin y yo nos marchemos de Blackwood Manor lo antes posible —dijo firmemente.

Maddie se quedó boquiabierta.

—¡No puedes hacer eso, Hazel! Acabas de decirme que amas a mi hermano; si te marchas, le romperás el corazón —dijo sin entender el porqué de su actitud.

—Sin embargo, a él ni siquiera le importó romper el mío en mil pedazos —respondió, tratando de ahogar las lágrimas que amenazaban con brotar una vez más.

—¿Podrías contarme qué ha sucedido entre vosotros? —le pidió Maddie a fin de poder comprender la situación por la que estaban atravesando Hazel y su hermano, y que sólo lograba hacerlos sufrir.

Hazel no había hablado con nadie de todo lo ocurrido con Daniel y tuvo un poco de recelo en hacerlo; pero Maddie le inspiraba confianza y necesitaba desahogarse con alguien antes de que la pena terminara por consumirla por dentro. Por eso, comenzó a contarle toda la verdad.

—¿Qué quieres Rachel?

Rachel notó el fastidio en la voz de su cuñado; sobre todo, percibió que había llegado en un momento completamente inoportuno.

—Necesito que hablemos sobre lo que sucedió entre nosotros. —Se sentó en la silla que había junto al escritorio—. Como comprenderás soy una mujer soltera y no puedes evadirte de tus responsabilidades como hombre.

Daniel no tenía el más mínimo interés en tratar aquel asunto en ese momento; tampoco se había imaginado que Rachel vendría a reclamarle que cumpliera con sus obligaciones de caballero.

—Rachel, sé que eres una mujer soltera, pero también eres adulta y plenamente consciente de tus propios actos, y créeme que a pesar de que lo he intentado no puedo acordarme de lo que sucedió esa noche —dijo sin ánimos de ofender a su cuñada.

Rachel se movió inquieta al percibir lo que él estaba tratando de hacer con ella.

—Daniel, el hecho de que no lo recuerdes no significa que no haya sucedido. No puedes pretender que no ocurrió; sería demasiada humillación para mí —le dijo, llevándose una mano al pecho.

Daniel respiró hondo; no le iba a resultar sencillo tener aquella conversación, sobre todo cuando le dijera a Rachel lo que tenía que decirle.

—Rachel, lamento muchísimo esta situación, pero tú mejor que nadie sabes que para mí siempre has sido la hermana de mi esposa…, nada más. —Hizo una pausa y observó la expresión de desconsuelo en el rostro de su cuñada—. Siento un gran afecto por ti, pero no el que un hombre debe sentir por una mujer para casarse con ella, por eso no entiendo cómo es posible que acabaras en mi cama.

Daniel notó que ahora los ojos de Rachel estaban cargados no sólo de dolor, sino de rabia.

—Daniel, me estás lastimando —dijo ella, conteniendo las lágrimas.

—Lo siento mucho, Rachel, porque ésa no es mi intención. Te aprecio pero no estoy enamorado de ti. Jamás podría amarte porque mi corazón ya ha elegido a quién amar.

Aunque hubiera preferido no decírselo, creyó conveniente que su cuñada supiera la verdad.

—¿Cómo puedes decirme eso después de haberme metido en tu cama? —Le reclamó, elevando el tono de su voz.

—Rachel, cálmate —le exigió él—. Te repito: siento mucho lo sucedido, pero no puedo hacer lo que me pides. No te amo, y si me casara contigo, no seríamos felices. Entiéndelo.

Rachel se puso de pie.

—Yo te amo, Daniel, te he amado desde siempre, aun mucho antes de que te casaras con mi hermana —le confesó—. He esperado por ti todo este tiempo, y ahora me dices que no vas a casarte conmigo después de haber mancillado mi honra… No me merezco que me trates así, Daniel.

Él se puso de pie y se acercó a ella.

—Rachel, perdóname, nunca había imaginado que abrigaras esa clase de sentimientos hacia mí —le dijo él, acariciando su mano.

En ese momento, sentía una gran pena por aquella mujer que lo había amado en silencio durante tanto tiempo.

—No sabes lo que ha sido para mí estar siempre a tu lado, esperando una mirada tuya, un gesto de cariño, una palabra de amor. —Apretó la mano de Daniel con fuerza—. He vivido por y para ti todos estos años.

—Lo lamento, Rachel, pero no te amo, y sabrás mejor que nadie que uno no manda en el corazón; tampoco es posible decidir a quién amar.

Hubiera querido abrazarla, pero temía que ella malinterpretara su gesto.

—¿Me habrías amado si no hubiera aparecido esa mujer? —le preguntó de repente, clavándole la mirada.

Daniel se quedó en silencio unos segundos.

—No lo sé, Rachel; en verdad, no lo sé. Lo único que puedo decirte es que la llegada de Hazel ha iluminado la penumbra de mis días. No lo planeé; es más, estaba seguro de que nunca podría volver a amar, pero afortunadamente estaba equivocado…

Rachel soltó su mano con un movimiento brusco y, de un manotazo, se secó las lágrimas que ya no pudo controlar.

—¡No quiero escucharte! —Se apartó y caminó hacia la puerta; se dio media vuelta y le dijo—: No pretenderás que me quede aquí mientras tú me cuentas lo mucho que amas a esa mujer… Eso no lo podría soportar.

Rachel abandonó el estudio de Daniel dando un portazo, y éste pensó que era seguro que el estruendo había llegado al oído de todos en Blackwood Manor.

Maddie escuchó con atención todo lo que Hazel acababa de contarle y la primera conclusión a la que pudo llegar fue que la mano de Rachel estaba metida en todo aquel asunto.

—¿No dices nada? —preguntó, angustiada, Hazel tras haberle confiado su secreto, que a esas alturas sería seguramente un secreto a voces dentro de la mansión.

—Después de oír todo lo sucedido hay dos cosas que te debo decir —respondió Maddie, algo meditabunda todavía.

—Soy toda oídos —dijo Hazel, ansiosa por saber lo que Maddie pensaba.

—Primero y principal: Daniel está enamorado de ti, no lo dudes ni siquiera un segundo. —Cogió la mano de Hazel y sonrió—. No sabes lo contenta que estoy, no sólo por él y por ti, sino por los niños.

Hazel asintió, y esperó anhelante que ella continuara hablando.

—Segundo: no te dejes engañar por las apariencias. Lo que viste en la habitación de Daniel pudo haber sido solamente una puesta en escena tramada por la mente enferma de Rachel.

—¿Crees que es capaz de hacer algo así?

A Hazel le costaba creer que una mujer pudiera haber cometido semejante inmoralidad sólo para conseguir el amor de un hombre.

—Rachel es capaz de eso y mucho más —aseveró Maddie, bastante segura de lo que decía.

—Pero ¿cómo logró meterse en la cama de Daniel? Supongo que no es sencillo —dijo Hazel, tratando de no hacerse demasiadas ilusiones al respecto; sin embargo, si todo había sido un plan urdido por Rachel, entonces significaba que Daniel sí la amaba.

—Eso lo puedo averiguar en un segundo; sólo tengo que hablar con Daniel. Seguramente entre ambos podremos lograr dilucidar cómo Rachel se salió con la suya. —Maddie movió la cabeza y sonrió —. Tengo que reconocer que Rachel ha sido muy astuta; siempre he sabido de su maldad, es más, la he padecido en carne propia, pero jamás llegué a pensar que fuera capaz de llegar a tanto con tal de quedarse con mi hermano.

Hazel frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir con eso de que has padecido su maldad en carne propia? ¿Qué te ha hecho Rachel a ti?

Maddie se levantó la falda de su vestido y le mostró la enorme cicatriz que cruzaba su pierna derecha y que era la culpable de que caminara con una leve cojera.

—Es a Rachel a quien le debo esto —sonrió con amargura—. Todos creen que fue debido a un accidente; que rodé por las escaleras al tropezarme con la alfombra, pero la verdad es que Rachel me empujó.

—¡Dios santo! ¿Fue capaz de llegar a tanto? Hazel estaba realmente desconcertada.

—Sí, Hazel, fue capaz. Sé que debí decir la verdad, pero preferí no hacerlo; sobre todo, por la pobre Eleanore. Ella había traído a vivir a su hermana a Blackwood Manor porque su padre había muerto, y Rachel no tenía manera de sustentarse. Tampoco podía decirle que me había empujado por las escaleras porque había descubierto que estaba enamorada de Daniel —explicó, tratando de justificar la mentira que había mantenido durante tantos años.

—Comprendo, Maddie, pero aun así Daniel debería saber qué clase de mujer es su cuñada —alegó, horrorizada al comprobar que Rachel era una mujer de armas tomar.

—Y lo sabrá; yo misma me encargaré de desenmascararla frente a él y frente a todos. Sólo te pido una cosa: no te vayas de Blackwood Manor porque si lo haces mi hermano morirá de la tristeza.

Hazel le sonrió y acarició la mano de su amiga y ahora confidente.

—Está bien, te prometo que no me iré. —Hizo una pausa—. Hay demasiadas cosas que poner en orden aquí como para que me marche —aseguró.

—Muy bien; me quedo más tranquila, entonces. —Se puso de pie y caminó hacia la puerta—. Iré a la cocina a supervisar la cena de esta noche.

—Maddie —la llamó Hazel antes de que se marchara—, quería decirte que hablar contigo me ha hecho muy bien.

—Puedes contar conmigo para lo que sea, Hazel. Juntas vamos a sacar a Rachel de esta casa; deja que investigue un poco porque estoy segura de que se ha valido de métodos bastante sucios para lograr meterse en la cama de mi hermano.

Hazel asintió; ahora le parecía innegable que era así. Cuando se quedó nuevamente sola fue hasta la ventana y observó el jardín.

Un gran temor se apoderó de ella e hizo que todo su cuerpo comenzara a temblar, y un mar de dudas por aquietar asaltó su mente.

«Yo también tengo cosas que investigar», pensó.

28

ESA noche, cuando la mansión entera se sumió en el más sepulcral de los silencios, Hazel se levantó de la cama, se vistió a toda prisa y salió de la habitación sigilosamente para no despertar a nadie.

Salir de la casa fue sencillo. Lo hizo por la cocina, para evitar atravesar el gran salón y salir por la puerta principal. Además, el jardín quedaba más cerca si iba por la cocina.

Buscó una vela en un armario y la encendió. Salió al patio; se había levantado una suave brisa y tuvo que cubrir la débil llama para que no se apagara. El sendero que conducía hasta la pérgola estaba a oscuras y no quería tener ninguna sorpresa.

Cerró el cuello de su abrigo y avanzó lentamente a través del camino pedregoso; sólo se oía el cantar de los grillos y el sonido de los zapatos aplastando las piedras del suelo a su paso.

Se detuvo frente a la pérgola, en el mismo sitio en que había visto a Eleanore por última vez, y esperó. No estaba segura de que ella se presentara, pero debía hacer el intento. Si su única salida era hablar con una mujer muerta, lo haría. Su felicidad y la del hombre que amaba dependían de lo que sucediera esa noche.

No supo cuánto tiempo estuvo allí pero no le importó; no se marcharía sin antes hablar con ella. Tal vez si intentaba llamarla, vendría más pronto.

Se aclaró la garganta.

—¡Eleanore…, Eleanore!

Su voz reverberó en la inmensidad del jardín.

Nada. La mujer no apareció.

Se sentó en la escalinata de la pérgola y colocó la vela a su lado; una ráfaga de viento intensa llegó de la nada y extinguió la llama de la vela, sumiéndola en la más absoluta oscuridad. Ahora Hazel sí tuvo miedo.

Se puso de pie de un salto cuando divisó una luz brillante filtrarse por los rosales que rodeaban la pérgola.

«Cálmate, Hazel, cálmate», se dijo a sí misma cuando el ritmo de sus latidos se aceleró vertiginosamente. Se frotó las manos y notó que estaba sudando.

La luz lentamente comenzó a cambiar de forma hasta convertirse en una silueta femenina que Hazel conocía muy bien.

—Eleanore. —Susurró al ver a la mujer materializarse por fin frente a sus ojos.

—Has venido hacia mí. —La voz de Eleanore era suave.

Además, Hazel comprobó que de su cuerpo emergía un olor dulce que se mezclaba con el perfume de las rosas que la rodeaban. No parecía estar muerta, y sin embargo, Hazel sabía que sí lo estaba.

—Mi…, mi nombre es Hazel —titubeó ella, clavada en su sitio, incapaz de moverse.

—Lo sé, y sé también por qué me has buscado esta noche.

—¿Lo sabes?

Eleanore asintió.

—Quieres que quite de tu cabeza esa sospecha que no te deja tranquila… Quieres saber la verdad —dijo Eleanore, sonriéndole.

Su sonrisa le recordó a la sonrisa tímida de Catherine. Eran muy parecidas.

—Sí. Necesito saber qué sucedió contigo hace un año. Nadie en Blackwood Manor habla de tu extraña desaparición. Yo he encontrado una carta entre las fotos que Daniel ha preferido guardar en la que te despides de él diciéndole que te has enamorado de otro hombre —explicó un poco más tranquila.

—Esa carta es una mentira; nada de lo que está escrito ahí es verdad —dijo Eleanore, angustiada.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Rachel me obligó a escribirla.

El corazón de Hazel se detuvo durante un segundo; entonces, sus sospechas no eran del todo infundadas, pero de todas maneras necesitaba conocer el resto de la verdad para estar segura.

—La noche de mi supuesta desaparición mi hermana me confesó que estaba enamorada de Daniel. Al saber de sus sentimientos hice lo que creí más sensato: le pedí que se marchara de Blackwood Manor… Ese fue el mayor error de mi vida.

—¿Qué sucedió? —preguntó Hazel, temiéndose lo peor.

—Me llevó al sótano. Allí me obligó a escribir la carta que tú encontraste, diciendo cosas que no sentía, palabras que sólo lastimaban mi corazón. Sabía lo que sucedería luego y me dolía dejar a Daniel y a mi pequeña Catherine en manos de Rachel…

—¿Ella…, ella…?

¡Cielos, ni siquiera podía decirlo!

—Sí, Hazel, mi propia hermana acabó con mi vida. Cuando terminé de escribir la carta me dio de beber un vaso de vino que contenía una alta dosis de láudano. Me sacó del sótano y me condujo hasta el río. Allí arrojó mi cuerpo semiinconsciente y perpetuó su maldad. —Había angustia y odio en su voz, y Hazel no podía culparla.

—¡Dios! ¡Daniel tiene que saber la verdad! Todos han vivido engañados durante todo este tiempo creyendo que te habías marchado, que habías abandonado a tu esposo y a tu hija.

—Mi hija…, mi pequeña Catherine. ¿Cómo está? He vagado por este jardín desde el día de mi muerte, pero no he podido entrar en la casa para verla.

—Ella está bien, Eleanore. —La tranquilizó.

—No permitas que Rachel se acerque a mi pequeña. No lo permitas, Hazel —le suplicó.

Hazel no sabía si los fantasmas podían llorar, pero el rostro pálido y bello de Eleanore se cubrió de lágrimas rápidamente al hablar de su hija.

—No lo permitiré, Eleanore; puedes quedarte tranquila. Todos sabrán lo que sucedió contigo y qué clase de mujer es, en realidad, tu hermana.

Se restregó los ojos para secar sus propias lágrimas y cuando los abrió nuevamente comprobó que Eleanore ya se había marchado.

La llamó y la buscó, pero ella no apareció.

Recogió la vela de la escalinata que conducía al interior de la pérgola y retornó a la mansión a toda prisa.

Debía hablar con Daniel y tenía que hacerlo esa misma noche. La macabra verdad que acababa de descubrir no podía esperar.

Entró por la cocina nuevamente, dejó la vela en su sitio y se encaminó al salón. Puso su pie en el primer peldaño de la escalera y las luces se encendieron de repente.

No necesitó darse la vuelta para saber quién estaba ahora parada detrás de ella.

—¿De dónde vienes a esta hora, maldita mosca muerta?

Hazel se volvió y se enfrentó a Rachel.

La mirada de Rachel le heló la sangre. Ella tenía los ojos desencajados, y Hazel supo que había perdido la cordura. Nunca antes en su vida alguien la había mirado con tanto odio.

—No voy a hablar contigo, Rachel —le dijo, dándole la espalda nuevamente.

—¡Tú no vas a ningún lado! —La cogió del brazo y tironeó hacia atrás.

—¡Suéltame! ¡Voy a hablar con Daniel para contarle toda la verdad! —le gritó Hazel mientras trataba de zafarse, pero Rachel poseía una fuerza mayor que la de ella y le fue imposible lograr su objetivo.

—¡No vas a hablar con nadie, maldita entrometida!

La arrastró hasta el pasillo que había al lado de la escalera.

Hazel supo de inmediato hacia dónde la estaba llevando y luchó con todas sus fuerzas para liberarse de su presa. Pero Rachel fue más inteligente que ella; empujó a Hazel contra la pared y le golpeó la cabeza hasta dejarla en un estado de semiinconsciencia.

La asió por la cintura y la llevó hasta el sótano. Entró, dejó a Hazel en el suelo para poder encender la lámpara y cerró la puerta tras de sí.

No le fue sencillo bajar las escaleras cargando el cuerpo laxo de Hazel, pero con cuidado logró llegar hasta el sótano.

Allí abajo tenía todo lo necesario preparado: un jergón, unas cuantas cuerdas y varios lienzos viejos, que servirían para amordazar a Hazel y evitar que pudiera gritar cuando por fin despertara.

Acomodó el cuerpo de Hazel encima del sucio jergón y le dio la vuelta; con las cuerdas le ató las manos a la espalda con fuerza, y luego hizo lo mismo con sus pies. La volvió nuevamente y la acostó boca arriba.

Con uno de los lienzos armó una mordaza con la que cubrió la boca de Hazel y la anudó detrás de su cabeza.

Rachel respiraba con dificultad, debido al esfuerzo que le había causado llevar a Hazel hasta allí abajo. Buscó el recipiente que había llevado con anterioridad esa misma tarde y bebió un poco de agua.

Observó a su víctima; aún estaba inconsciente e ignoraba cuándo despertaría. A lo mejor la buena fortuna estaba de su lado y ya no abriría sus ojos nunca más. Pero la verdad era que prefería que Hazel muriera de una manera más dolorosa; quería verla sufrir en sus manos como había sufrido su hermana.

Las dos mujeres que le habían arrebatado el amor de Daniel merecían acabar de la misma manera.

Eleanore había terminado en el fondo del caudaloso río que rodeaba a la mansión; quizá la maldita intrusa de Hazel Brown tuviera el mismo final.

Sonrió complacida; finalmente, lograría deshacerse del estorbo que impedía que ella y Daniel pudieran ser felices para siempre.

29

HAZEL despertó en medio de la más negra oscuridad. De inmediato, sus fosas nasales se impregnaron del olor rancio y nauseabundo de la humedad que la rodeaba. Una punzada aguda e intensa en la parte frontal de su cabeza provocó que emitiera un gemido de dolor cuando quiso moverse.

Pronto se dio cuenta de que estaba maniatada de pies y manos, y que algo le cubría la boca. Trató de descubrir en dónde estaba exactamente; lo último que recordaba era que Rachel le había salido al paso cuando había regresado del jardín y que había logrado someterla. La oscuridad del lugar y el olor a encierro le hicieron pensar que Rachel la había llevado hasta el sótano. Estaba algo aturdida debido al golpe en la cabeza, pero recordaba que Rachel la había empujado a través del pasillo lindero a las escaleras, y Hazel sabía que ese camino conducía al sótano de la mansión.

Rachel había logrado salirse con la suya. Hazel sabía que raras veces alguien bajaba a aquel lugar frío y lúgubre; si no la encontraban pronto, moriría allí y nadie lo sabría. Un temblor recorrió su espina dorsal… Le sucedería lo mismo que a lady Eleanore.

Se incorporó y apoyó su cuerpo contra la pared; le dolían los pies y las manos. Rachel había anudado las cuerdas con fuerza y el contacto con la rugosidad de sus fibras comenzaba irritarle la piel.

Cerró los ojos y la imagen de Tobin inundó su mente. No podía morir y dejar desamparado a su hijo. Hacía menos de un mes que el pequeño había perdido a su padre; no podía perder a su madre también. Pensó en Daniel, en Catherine y en toda la gente que había conocido y había llegado a amar en aquella casa.

Una lágrima rodó por su mejilla al descubrir que quizá ya no volvería a verlos.

Se recostó nuevamente encima del camastro, que olía tan mal como todo el resto del sótano, y se quedó esperando. No sabía exactamente qué; pero esperar y orar eran las dos únicas cosas que podía hacer en aquel momento.

A la mañana siguiente, cuando Daniel entró en el comedor a desayunar, se angustió al ver que Hazel no estaba sentada a la mesa.

Una vez más, seguramente ella había preferido tomar su desayuno en la cocina para evitar encontrarse con él.

—Buenos días —dijo, y se sentó en su sitio.

Al menos, la presencia de Catherine era un alivio y un consuelo para él.

—Buenos días, papá —le dijo su hija con una sonrisa.

—Daniel, ¿estás bien? —preguntó Maddie, observando con cuidado el aspecto de su hermano—. Parece que no has dormido muy bien esta noche.

Daniel intentó sonreír a su hermana pero no podía engañarla.

—La verdad es que no he podido pegar un ojo —respondió.

No había podido conciliar el sueño porque una sensación extraña se había apoderado de él durante la noche, oprimiéndole el pecho. Una angustia que no le había dado tregua y que seguía atormentándolo pese a la llegada del nuevo día.

Maddie aprovechó que Rachel aún no había bajado a desayunar para hablar con Daniel.

—Daniel, me gustaría conversar contigo después del desayuno —le dijo, mirando de soslayo a Catherine y a Tobin, que conversaban

animadamente—. Es importante.

—Está bien; te veré en el estudio. —Se puso de pie—. Cuando termines tu desayuno ve para allá.

Maddie lo miró, preocupada.

—Daniel, ni siquiera te has bebido tu café.

Pero Daniel ni siquiera pareció escucharla y abandonó el comedor hacia su estudio.

—Tobin, ¿has visto a tu madre esta mañana? —preguntó Maddie, dejando la tostada con mermelada de naranjas sobre el plato; de repente, ella también había perdido el apetito.

—No. Cuando me he levantado, he ido con Catherine a las caballerizas a buscar a *Charcoal* —respondió el niño, ajeno a lo que sucedía.

—Seguramente está desayunando en la cocina.

Después de todo lo ocurrido con Daniel y con Rachel era comprensible que la pobre de Hazel prefiriese evitar encontrarse con ellos. Pero eso debía terminar; alguien tenía que poner fin a la maldad de Rachel, y hablar con Daniel era el primer paso.

Se puso de pie y dio permiso a los niños para jugar en el salón con *Charcoal* antes de ir al encuentro de su hermano.

Llamó a la puerta del estudio, y Daniel la hizo pasar. Cuando Maddie entró, encontró a su hermano tumbado en el sillón con la mirada ausente; perdido en sus propios pensamientos. Se acercó y se sentó a su lado.

—Daniel, antes que digas algo quiero que sepas que Hazel se desahogó conmigo y me contó todo lo que ha sucedido entre vosotros. —Le sonrió cuando él por fin la miró—. Me ha contado lo que pasó en la cabaña de los cazadores y también me ha dicho lo de Rachel y tú…

—No ha sucedido nada con Rachel…, al menos yo no recuerdo que haya sucedido algo entre nosotros —replicó Daniel, contrariado —. Esa mañana lo único que percibí fue que alguien había estado en mi cama; por un momento, llegué a pensar que había sido Hazel, pero comprendí que si hubiera sido ella jamás lo habría olvidado.

Luego, cuando supe que esa mujer había sido Rachel, me quedé de una pieza… Todavía no logro entender cómo pude llevármela a la cama si nunca he sentido por ella nada más que el cariño que se siente por una amiga o una hermana.

Maddie podría tener la respuesta a ese enigma; sólo debía indagar un poco.

—¿Recuerdas lo que hiciste la noche anterior?

—Por supuesto. Yo estaba aquí mismo cuando Rachel vino a hablar conmigo. Bebimos un par de copas y…

—¡Espera! —lo interrumpió Maddie—. ¿Qué fue lo que bebisteis?

—Brandy. Rachel me sirvió dos copas, creo; no recuerdo muy bien lo que sucedió luego —respondió Daniel, que ignoraba todavía adónde quería llegar su hermana con aquel interrogatorio.

—Estoy completamente segura de que fue entonces cuando aprovechó para ponerte algo en la bebida —aseveró, convencida del todo de lo que decía.

Daniel frunció el ceño.

—¿Sospechas que Rachel me drogó y luego se metió en mi cama?

—No lo sospecho, Daniel, estoy absolutamente segura de que así fue como logró hacerle creer a Hazel que tú y ella habíais pasado la noche juntos.

Daniel no podía creer lo que su hermana daba por sentado, pero al mismo tiempo sabía que no podía haber otra explicación. Él jamás hubiera hecho el amor con Rachel; no sólo porque nunca la había visto como mujer, sino porque amaba demasiado a Hazel como para cometer semejante infamia.

—Me cuesta creer que Rachel haya sido capaz de hacer algo así.

—Tú no la conoces como yo, Daniel. Todo este tiempo se ha encargado de haceros creer a ti y a todos lo que no es. Yo sospechaba que ella te amaba, y cuando la confronté para decírselo acabé pagando las consecuencias.

—¿A qué te refieres?

Un temor lo asaltó de repente.

—Mi caída por las escaleras no fue un accidente, Daniel… Rachel me empujó.

—¡Por Dios, Maddie! ¿Por qué nunca me has dicho nada?

—No quería causaros ninguna preocupación ni a ti ni a la pobre de Eleanore; sé lo mucho que ella quería a su hermana…

Daniel la interrumpió.

—¡Aun así, debiste decirme la verdad! ¡Rachel no tiene perdón de Dios! —Tomó la mano de su hermana y se la llevó a los labios—. ¡Mi pequeña Maddie, todo este tiempo cargando con ese terrible secreto!

—Ya lo he superado, créeme, pero lo que no puedo tolerar es que Rachel se meta entre Hazel y tú; ambos merecéis ser felices.

—Ya no podrá hacernos más daño, Maddie. Le pediré que se marche de Blackwood Manor hoy mismo —afirmó severamente—. Lo siento por Catherine porque sé que le tiene mucho cariño a su tía, pero no puede quedarse ni un día más en esta casa.

—No te preocupes por Catherine; nos tiene a nosotros. No necesita una mujer amarga y malvada como Rachel a su lado —alegó, conforme con la decisión de su hermano de expulsar a Rachel de Blackwood Manor.

Daniel asintió. Había estado ciego durante tanto tiempo y ahora su hermana le había abierto los ojos de repente.

Tenía que hablar con Rachel de inmediato y no postergar su partida. No iba a dejarla desamparada —después de todo, era la hermana de Eleanore—, pero debía hacer su vida lejos de ellos, en donde su maldad no los alcanzara.

Rachel estaba en su habitación, recostada en la cama. Observó el reloj: las once y veinte. Ya habían transcurrido casi doce horas desde que había encerrado a Hazel en el sótano.

No había bajado aún y se preguntaba si los demás la estarían buscando.

Nunca la encontrarían, y mucho menos la encontrarían con vida; ella se encargaría de ello.

Se levantó, se acomodó la falda de su vestido color burdeos y fue hasta la ventana. En el jardín, Catherine y Tobin jugaban con *Charcoal*. Durante un segundo, Rachel sintió un poco de pena por el niño; ahora sí se quedaría completamente solo en el mundo. Pero podía llegar a ser considerada con él y permitirle que se quedara cuando ella se convirtiera en la nueva lady Cavanaugh; después de todo, era sólo un niño, aunque estaba segura de que su presencia le recordaría día a día a la maldita entrometida de su madre.

Quizá la mejor solución era enviarlo a algún colegio en Londres para que terminara sus estudios, y de esa manera, alejarlo definitivamente de Blackwood Manor; también podía convencer a Daniel de mandar a Catherine a algún prestigioso internado en París, para que conviviera con otras niñas de su edad.

Sólo le faltaba idear un plan para deshacerse de la molesta Maddie. Rachel sabía que estando ella presente nunca lograría ser feliz con Daniel.

Cuando ella se convirtiese en lady Cavanaugh, muchas cosas iban a cambiar en Blackwood Manor.

Daniel le había dicho que nunca se casaría con ella, pero estaba completamente convencida de que con la desaparición de Hazel él cambiaría de opinión. Era esa mujercita insignificante la que no dejaba que ellos fueran felices; desde su llegada a la mansión había hecho hasta lo imposible por entrarle a Daniel por los ojos y lo había logrado.

Pero ella se encargaría de que él la olvidara, borrando su recuerdo con el inmenso amor que tenía para ofrecerle.

Muy pronto, Hazel Brown sólo sería un amargo recuerdo en su vida y en la de Daniel.

Una sonrisa maliciosa se dibujó en los labios de Rachel; todo estaba saliendo según a sus planes.

Esa misma noche pondría fin al mayor de sus obstáculos.

30

MADDIE subió las escaleras a toda prisa a pesar de su cojera y se dirigió hacia la habitación de Hazel. No la había visto en todo el día y ya comenzaba a preocuparse.

Golpeó un par de veces y la llamó, pero no obtuvo respuesta alguna, y al intentar abrir la puerta, comprobó que estaba cerrada con llave.

«¡Qué extraño!», pensó. Había visto a Hazel por última vez durante la cena, luego ella se había retirado a su habitación, y nadie más la había visto a partir de ese momento.

Se lo había comentado a Agatha y el ama de llaves le había dicho que quizá Hazel no se sentía bien y que había preferido quedarse en su habitación para descansar. No había bajado a cenar tampoco y aquello la inquietó aún más. Por eso, había decidido venir a buscarla; necesitaba contarle lo que había hablado con Daniel y, sobre todo, comunicarle la resolución que él había tomado con respecto a Rachel.

Bajó las escaleras y se dirigió a la cocina en busca de Agatha.

Encontró a la mujer lavando la vajilla en compañía de Rose y el viejo Albert.

—Agatha, necesito que me des la llave de la habitación de Hazel —dijo con urgencia.

—¿Sucede algo, señorita Maddie?

Al ama de llaves no le gustó en absoluto la expresión en el rostro de la joven.

—No sucede nada; sólo quiero la llave de su habitación —respondió. No era necesario alarmar a nadie.

Segundos después, Maddie salió de la cocina con la llave en la mano. Volvió a subir las escaleras, esa vez un poco más a prisa, porque tenía un mal presentimiento.

Abrió la habitación de Hazel y sus peores temores se confirmaron. Ella no estaba allí y probablemente la estancia había estado vacía todo el día.

—¡Dios mío! ¡Hazel! —exclamó, presa de la desesperación.

La mujer había desaparecido de la misma manera que lo había hecho su cuñada un año atrás.

Ahora ya no había ninguna duda sobre quién era la responsable de ambas desapariciones.

Tuvo el impulso de salir y buscar a Rachel, pero no lograría nada de ella, lo sabía. Jamás le diría dónde estaba Hazel o qué había hecho con ella. Debía ser más astuta si quería salvar a Hazel de la maldad de Rachel.

Respiró hondo y contó hasta diez antes de abandonar la habitación. Necesitaba calmarse y pensar con claridad los pasos que debía seguir; presentía que la vida de Hazel estaba en sus manos.

Salió al pasillo y se cruzó con Tobin y Catherine.

—¿Está despierta mi madre? —preguntó Tobin con la intención de entrar en su habitación.

Maddie lo detuvo.

—No, Tobin. Tu madre tiene una terrible jaqueca y está descansando; será mejor que entres a verla más tarde. —Asió a ambos niños por los hombros y prácticamente los empujó hacia la habitación de Catherine—. ¿Por qué no jugáis a las charadas mientras tanto? Yo iré más tarde y jugaré con vosotros.

Dejó a Tobin y a Catherine entretenidos en la habitación y bajó al salón. Necesitaba encontrar a Rachel.

Rachel entró en el estudio acudiendo a la llamada de Daniel con una sonrisa en los labios.

—Siéntate, Rachel —le dijo él mientras guardaba unos documentos en la gaveta de su escritorio.

—Agatha me dijo que necesitabas hablar urgentemente conmigo.

—Así es.

La miró y aún le costaba trabajo creer que debajo de aquella mujer de apariencia frágil y bondadosa, que él siempre había querido como a una hermana, se escondiera un alma llena de maldad.

—Rachel, te he mandado llamar porque hay algo importante que tengo que decirte.

Ella no podía imaginar lo que él quería decirle, pero cuando vio la expresión de lástima en el rostro de Daniel supo que no era lo que esperaba oír.

Daniel tomó un sobre de papel marrón que estaba encima de su escritorio y se lo entregó.

Rachel cogió el sobre, y cuando lo abrió, descubrió que había una gran cantidad de dinero en su interior.

—¿Qué es esto? ¿Por qué me das todo este dinero?

Lo miró sin entender lo que estaba sucediendo.

—Rachel.

Hizo una pausa para encontrar las palabras justas, las menos dolorosas, pero la verdad era que no halló ninguna y además ella no se merecía ni la más mínima consideración de su parte.

—Coge ese dinero y haz tus maletas… Te quiero fuera de Blackwood Manor esta misma noche.

Las palabras de Daniel tuvieron el mismo impacto que un puñetazo en la boca del estómago: fuerte, seco y extremadamente doloroso.

Rachel estrujó el sobre entre sus manos hasta el punto de casi hacerlo pedazos. Lo que él acababa de decirle se repetía en su cabeza una y otra vez, como una macabra sentencia que echaba por tierra todos sus planes.

—Daniel…, tú no…, tú no puedes… —balbuceó, conmocionada.

—No quiero que sigas viviendo en la mansión, Rachel —aseveró sin un ápice de piedad—. No puedo permitir que estés al lado de mi hija después de todo lo que has hecho. Sé lo de Maddie; ella misma me contó que fuiste tú la culpable de su caída, y además está lo de Hazel…

El corazón de Rachel se detuvo un segundo.

—¿Qué pasa con esa mujercita?

Él no podía saber lo que le había hecho.

—No es necesario que lo niegues, Rachel. Ambos sabemos que nosotros nunca hicimos el amor; simplemente me drogaste para poder meterte en mi cama, y así hacerle creer a Hazel que tú y yo teníamos un romance. ¿Cómo has podido caer tan bajo, Rachel? Siempre te he tratado como a una amiga, como a una hermana, y me pagas de esta manera.

En la voz de Daniel había todavía un vestigio de clemencia; a pesar de todo lo que ella había hecho, no podía olvidar que era la hermana de Eleanore.

Rachel se puso de pie y le dio la espalda; miró el sobre con dinero y apretó los ojos con fuerza para contener las lágrimas. Jamás lloraría delante de él.

—Está bien, Daniel, si es lo que quieres, me marcharé de Blackwood Manor para siempre. —Se quedó en silencio un instante —. Sólo una última cosa te pido: deja que me marche mañana por la mañana, ya es muy tarde y no quiero irme de noche.

—Puedes quedarte esta noche, pero mañana te quiero fuera de Blackwood Manor y de nuestras vidas —respondió Daniel, clavando sus ojos en la espalda de Rachel; no tenía duda alguna de que estaba a punto de llorar, pero la conocía y sabía que no lo haría delante de él.

Rachel salió del estudio con la cabeza erguida y apretando el sobre con dinero contra su estómago.

Daniel se recostó en el sillón; se llevó una mano a la cabeza y dejó escapar un suspiro. No era agradable lo que acababa de hacer,

pero no había tenido otro remedio. Lo que Rachel les había hecho no tenía perdón.

Abrió una de las gavetas de su escritorio y sacó una fotografía de su esposa. La observó y descubrió que era la primera vez en mucho tiempo que no le atormentaba contemplar su imagen. Acarició el rostro de Eleanore, que le sonreía desde el añejo papel, y rápidamente sus ojos se humedecieron.

—Perdóname, Eleanore, pero no tenía otra opción…

Maddie se escondió detrás de una cortina del salón cuando vio que Rachel bajaba las escaleras furiosa. Notó que llevaba un sobre en las manos y sospechó que seguramente era el dinero que Daniel le había dado para que se marchara.

Pensó que se dirigía a la cocina, pero pronto descubrió que no era allí hacia donde iba.

La vio desaparecer por el pasillo que conducía a la parte trasera de la casa y decidió seguirla. Caminó sigilosamente por temor a que ella la descubriera, y cuando llegó al final del camino, se dio cuenta de que Rachel había entrado en el sótano.

Se ocultó detrás de un muro, hasta que Rachel cerró la puerta. Luego, se acercó y esperó un tiempo prudencial, lo suficiente como para que Rachel terminara de bajar los peldaños que conducían al sótano.

Contó unos segundos, y antes de abrir la puerta, respiró profundamente. No sabía con qué se encontraría una vez que bajara a aquel lugar tétrico y oscuro; sólo esperaba que no fuera demasiado tarde para poner a Hazel a salvo.

Empujó la puerta lentamente y agradeció que Rachel hubiera encendido el farol que colgaba en una de las paredes y que permitía iluminar un poco la escalinata. Al menos, no rodaría escaleras abajo.

Cerró la puerta a sus espaldas. Se subió un poco la falda del vestido y comenzó a bajar, procurando no hacer ruido. El lugar además de oscuro y húmedo era por demás silencioso, y Maddie

estaba segura de que se podía oír hasta el golpecito de un alfiler cayendo al suelo.

Las escaleras no parecían tener fin, o bien era ella la que estaba demasiado impaciente por llegar a su destino. Unos ruidos provenían del sótano, y Maddie supo que era Rachel. Se puso de costado y bajó más despacio, como si estuviera moviéndose a cámara lenta.

En la parte más alejada del sótano, Maddie divisó una mesa en donde Rachel había colocado el sobre que llevaba consigo. A un lado, había un recipiente y Maddie sospechó que contenía agua. Cuando sus ojos se desviaron hacia la derecha comprobó, aterrada, que allí estaba Hazel; echada en un sucio jergón, con una mordaza en la boca y atada de pies y manos. Parecía estar dormida y, por un momento, temió lo peor.

Bajó el último peldaño y la sangre se le heló en las venas al ver recortada contra uno de los muros la silueta de Rachel sosteniendo un puñal en la mano.

31

—¡RACHEL, no! —gritó Maddie al comprender lo que estaba a punto de suceder.

El brazo levantado de Rachel se quedó inmóvil. Se dio media vuelta y observó a Maddie.

—¡Siempre tan inoportuna, Maddie Cavanaugh! —dijo, furiosa.

—¡Suelta a Hazel! —exigió Maddie, yendo hacia ella y olvidándose por un momento que Rachel sostenía un puñal en la mano.

—¡Maldita entrometida, siempre inmiscuyéndote en mis planes! La atención de Rachel estaba ahora centrada en Maddie.

—¡No vas a salirte con la tuya! ¡No vas a hacerle a Hazel lo mismo que le hiciste a tu propia hermana! —le advirtió Maddie, retrocediendo unos pasos cuando vio que Rachel se estaba acercando.

Rachel no dijo nada. Se abalanzó sobre ella con el puñal en la mano.

Las dos mujeres se enfrascaron en una lucha sin cuartel. Maddie, a pesar de su discapacidad física, sabía defenderse bastante bien, pero no podía olvidar que Rachel estaba armada y corría con ventaja. Con todas sus fuerzas, Maddie empujó a Rachel contra el muro, y ese movimiento hizo que ella misma perdiera el equilibrio y estuviera a punto de caerse al suelo. Logró cogerse a la mesa y así

evitar la caída, pero en ese corto ínterin, Rachel consiguió recuperarse y arremetió nuevamente contra ella.

Ambas rodaron hasta el piso. Maddie había quedado debajo del cuerpo de Rachel, que había adquirido una fuerza inexplicable.

El ruido de la trifulca despertó a Hazel, que observó horrorizada cómo Rachel apretaba un puñal contra el cuello de Maddie. Intentó levantarse, pero cuando lo hizo se dio cuenta de que las ataduras alrededor de los tobillos no se lo permitían.

Maddie, mientras tanto, luchaba por quitarse a Rachel de encima, pero ella había logrado sentarse sobre su pecho a horcajadas e inmovilizarla mediante el puñal, que sostenía con fuerza en su mano.

—¡Un movimiento en falso y te desangrarás aquí mismo! —le advirtió Rachel, hundiendo la afilada hoja un poco más en su garganta.

Maddie sabía que estaba tan atada de pies y manos como la pobre Hazel, que intentaba levantarse para ir en su ayuda.

Si se movía, estaba completamente segura de que Rachel le cortaría el cuello sin ningún miramiento, y muerta no podría salvar a Hazel. Pero tampoco podía rendirse sin luchar; por eso, como pudo, levantó su pierna sana y logró darle un golpe a Rachel en la espalda.

Rachel gritó de dolor, y cuando se movió, Maddie aprovechó para incorporarse y arrojarla al suelo; trató de ponerse en pie, pero no fue tan rápida como hubiera deseado, y Rachel alcanzó a clavarle el puñal a la altura de la cintura.

El cuerpo malherido de Maddie cayó al suelo pesadamente, y en unos segundos, una gran mancha de sangre tiñó su vestido color azul cielo.

Hazel se desesperó y luchó por liberarse de las cuerdas que la mantenían prisionera. Debía ayudar a Maddie; la sangre seguía brotando de su herida, y si no era asistida pronto, moriría.

Rachel dejó a Maddie en el suelo y fue hacia ella. Soltó las ligaduras de sus pies, y asiéndola por un brazo, la obligó a ponerse de pie.

—¡Vamos! —le gritó, arrastrándola hacia las escalinatas.

Hazel contempló el cuerpo inerte de Maddie y lloró de impotencia. No había nada que pudiera hacer por ella y, en silencio, le pidió perdón.

Rachel la sujetaba de los brazos mientras la arrastraba escaleras arriba; en su otra mano, sostenía el puñal manchado de sangre.

Hazel no podía dejar de llorar. El llanto le nublaba la vista, y varias veces tropezó con los peldaños irregulares de la escalera.

—¡Levántate, maldita! —le ordenó Rachel cuando ella cayó por tercera vez.

Le dolían las piernas y el intenso escozor en sus tobillos era insoportable, pero como pudo se puso de pie.

Rachel salió del sótano primero, asegurándose que no hubiera nadie en el salón. A esa hora todos estaban durmiendo ya, y nadie podría impedir que llevara a cabo la última parte de su plan.

Sacó a Hazel y la llevó a la parte trasera de la casa. Salieron al patio, y Hazel volvió a caerse.

Rachel la levantó de un tirón y apretó su brazo con fuerza.

—Nadie va a salvarte ahora, maldita mosca muerta —le dijo cerca del oído, y sonrió de satisfacción cuando notó que temblaba de miedo.

Siguió empujando a Hazel a través del patio, y cuando pasaron las caballerizas, Hazel supo hacia dónde la estaba llevando…

El río que atravesaba Blackwood Manor estaba especialmente calmo esa noche de primavera, y Hazel comprendió que aquel lecho caudaloso sería su morada final.

Maddie abrió los ojos; un dolor intenso y punzante en su cintura le impidió moverse. El ardor era intolerable, y cuando se tocó la herida, su mano se manchó de rojo.

Levantó la cabeza y observó que se encontraba sola. En algún momento mientras estaba desmayada, Rachel se había llevado a Hazel. Como le fue posible, se puso de pie, apretó los dientes para aguantar las punzadas de su herida y caminó hacia las escaleras. Puso un pie en el primer escalón. Descubrió, horrorizada, que había

perdido mucha sangre; la mancha roja se había extendido por casi toda la falda de su vestido. Debía darse prisa, no sólo para ser atendida antes de que fuera demasiado tarde, sino para advertir a Daniel sobre Hazel. Ella ya no podía hacer nada para salvarla.

Subió los escalones lentamente y el recorrido le pareció más largo de lo habitual. Cuando llegó arriba, rezó para que Rachel, llevada por la prisa, no hubiera pasado el cerrojo.

Movió la manija de la puerta; la había dejado abierta. Suspiró, aliviada, y cuando lo hizo, la herida le dolió aún más.

—Aguanta, Maddie. No puedes rendirte ahora —se dijo para darse ánimos.

Llegó al pasillo y ya no pudo dar un paso más. Su cuerpo extenuado terminó en el suelo.

Tenía que llegar hasta Daniel. Él era el único que podía salvar a Hazel.

Intentó gritar, pero estaba demasiado débil como para emitir sonido alguno. Entonces, reparó en la mesita que descansaba junto a la escalera. Encima estaba el hermoso jarrón francés que ella misma había comprado en uno de sus últimos viajes a París. Le había costado una pequeña fortuna y lo había colocado allí porque era uno de los lugares menos transitados de la casa, y ahora serviría perfectamente para sus propósitos.

Extendió el brazo derecho y se asió con fuerza de una de las patas de la mesita. Observó el jarrón por última vez y de una rápida y brusca sacudida movió la mesa. El jarrón acabó hecho añicos en el suelo, y Maddie deseó que alguien en la casa hubiera oído el estruendo.

Rachel empujó a Hazel hasta la orilla del río. Ambas estaban peligrosamente cerca; un solo paso en falso y podían ser devoradas por las frías aguas.

Iba a tener el mismo final que lady Cavanaugh; ahora lo sabía.

Rachel la miró y se rió.

—Morirás ahogada, igual que mi hermana —le dijo, adivinando sus pensamientos—. Pero eso ya lo sabías, ¿no? Has estado metiendo tus narices donde no debías, maldita entrometida.

Hazel intentó decir algo, pero aún tenía la mordaza en la boca. Entonces, Rachel se acercó y le puso una mano en el cuello. Todo el cuerpo de Hazel se paralizó.

—Si te quito la mordaza, ¿prometes que no vas a gritar? Hazel asintió.

—Muy bien; más vale que cumplas tu promesa —le advirtió, bajando hasta el cuello la tela que había servido como mordaza.

Hazel abrió la boca. Le dolían los labios por haberlos tenido apretados durante tantas horas.

—Ahora puedes hablar; te concedo ese derecho antes de acabar con tu miserable vida.

Una sonrisa irónica se dibujó en el rostro completamente desencajado de Rachel.

Hazel ni siquiera sabía qué decirle; era evidente que Rachel había perdido la cordura.

—¿No vas a hablar? ¿Unas últimas palabras de despedida? —insistió Rachel, jugando con su angustia.

—Aunque…, aunque me mates nunca vas a conseguir que Daniel te ame —dijo Hazel, tratando de sonar segura, aunque estaba temblando de los pies a la cabeza.

—Daniel va a ser para mí. —Levantó el puñal y la miró detenidamente—. Cuando tú ya no estés en medio, él finalmente me pertenecerá. Eleanore lo apartó de mi lado y pagó con su propia vida… Luego llegaste tú, y mis planes de conquistar su amor se hicieron añicos. Ahora es tu turno de pagar, y lo harás del mismo modo como pagó mi hermana —sentenció, moviendo la hoja del puñal de un lado a otro.

—¡Estás completamente loca, Rachel!

—No, no lo estoy; si hasta parece una de esas poesías dramáticas de Robert Browning —dijo aludiendo al poeta preferido

de Daniel—. Las dos mujeres que me robaron su amor tendrán el mismo final. Mi plan no podía ser más perfecto. —Se jactó.

—¡No vas a salirte con la tuya! ¡Daniel se va a encargar de que pagues por todo lo que has hecho!

Rachel soltó una carcajada.

—¿Y quién le contará lo sucedido? Tú no podrás hacerlo cuando termines en el fondo del río, y aún menos la coja de Maddie, que a estas alturas debe estar muerta en aquel frío y húmedo sótano.

Hazel pensó en Maddie. La pobre había intentado salvarla y había terminado pagando con su propia vida al meterse con Rachel.

Cerró los ojos y comenzó a llorar. La voz de Rachel seguía diciendo más y más incoherencias, y ella ya no quería seguir escuchándola.

De repente, Rachel se quedó en silencio, y cuando Hazel abrió los ojos, descubrió que ya no estaban solas.

La silueta blanquecina de Eleanore Cavanaugh se elevó por encima del río como una especie de niebla fantasmagórica.

Daniel se despertó sobresaltado. Se sentó en la cama y descubrió que estaba empapado de un sudor frío. Creyó haber oído un estruendo; aguzó el oído, pero ya no percibió nada más. Aun así, tuvo la imperiosa necesidad de levantarse.

Saltó de la cama, se puso unos pantalones a toda prisa y descalzo, abandonó la habitación.

Bajó las escaleras y, al llegar al salón, le llegaron unos lamentos. Buscó el origen de aquel sonido y se dirigió hacia el pasillo que conducía al sótano y a la parte trasera de la mansión.

Casi se quedó sin aliento cuando descubrió el cuerpo de su hermana inmóvil y tirado en el suelo.

—¡Maddie!

Corrió hasta ella y descubrió, consternado, que estaba sangrando.

—¡Por Dios! ¡Maddie!

Se arrodilló junto a ella y colocó el cuerpo de la mujer encima de su regazo.

Dejó escapar un suspiro de alivio cuando Maddie abrió los ojos y lo miró.

—Daniel…, busca a Hazel —susurró débilmente—. Rachel la tiene…

Daniel sintió que su corazón se detenía un segundo al saber que la mujer que amaba estaba en peligro.

—¿Dónde la tiene, Maddie? —preguntó, acercándose al rostro de su hermana para oírla mejor.

—Al río… Creo que se la llevó al río. ¡Búscala y sálvala!

—Está bien, Maddie, lo haré, pero primero me ocuparé de ti. —Le acarició la mano y sus dedos se mancharon de sangre—. ¡Albert, Agatha! —gritó con desesperación.

En tan sólo unos cuantos segundos, se personaron el ama de llaves y el mayordomo, pero también los demás criados, y hasta Tobin y Catherine.

Daniel se puso de pie y se dirigió a Leonard.

—¡Ve a buscar al doctor Wilson! ¡De prisa! —le ordenó.

Leonard partió rumbo a las caballerizas y se dirigió a la ciudad a caballo; llegaría más pronto que Rupert en el carruaje.

Fue en ese momento cuando Daniel se dio cuenta de la presencia de su hija y de Tobin, que contemplaban la escena enteramente aterrados.

—Rose, lleve a los niños a la habitación de Catherine y quédese con ellos —le pidió, acariciando la cabeza de su hija.

—Papá, ¿qué tiene la tía Maddie? —preguntó Catherine al borde de las lágrimas.

—No es nada grave, cariño; sólo necesita que el doctor Wilson venga a verla. Vosotros no os preocupéis… ¿Rose?

La criada obedeció la orden de Daniel y se llevó a los niños escaleras arriba, lejos de la dramática escena que allí abajo se estaba viviendo.

—Agatha, necesito que se quede con mi hermana hasta que Leonard llegue con el doctor —dijo, asiendo al ama de llaves por los hombros.

—Sí, lord Cavanaugh; quédese tranquilo, no me moveré de su lado. ¿Adónde va? ¿Qué ha ocurrido? —Quiso saber Agatha al ver que él se alejaba hacia la puerta que daba al patio trasero de la mansión.

—Debo salvar a Hazel, Agatha. Rachel la tiene en su poder y quiere matarla.

Agatha se llevó una mano al pecho y tomó entre sus dedos el crucifijo que le colgaba del cuello. Fue al lado de Maddie, se arrodilló junto a ella y tomando su mano con fuerza comenzó a rezar.

32

NUNCA antes en su vida el sendero que conducía al río que corría junto a Blackwood Manor le pareció tan largo a Daniel.

Corría desesperadamente, con gran terror de no llegar a tiempo. Atravesó parte del bosque y creyó que la hilera de árboles no acabaría jamás.

Finalmente, alcanzó un claro y divisó el río; pero allí no había nadie. Incrementó la marcha, y cuando llegó a la orilla, comprobó que no era a ese sector del río al que Rachel había llevado a Hazel.

Siguió caminando río arriba. Estaba descalzo y las piedras del lugar lastimaban sus pies, pero no le importó. A medida que avanzaba, miraba a un lado y a otro, pero no había señales ni de Hazel ni de Rachel.

«¡Dios, permite que llegue a tiempo!», pidió en silencio una y otra vez.

Entonces, como una respuesta a sus plegarias, una luz apareció ante sus ojos. Resplandecía por encima de las aguas, a unos cuantos metros de distancia de donde él estaba, y supo que tenía que llegar hasta ella.

Caminó como poseído en dirección a la luz, que se balanceaba levemente hacia arriba y hacia abajo. Daniel ignoraba lo que era, pero aquel halo luminoso parecía estar conduciéndolo a su destino.

Cuando la luz se detuvo, Daniel finalmente divisó la silueta de dos mujeres en la orilla del río, en la zona en donde las aguas se

hacían más caudalosas.

Se le heló la sangre al descubrir que Rachel sostenía un puñal. Hazel estaba frente a ella, completamente indefensa, con las manos atadas a su espalda.

Daniel observó que la luz seguía encima del río y se quedó inmóvil cuando notó que comenzaba a cambiar de forma; lentamente, aquella mancha resplandeciente se fue transformando en una figura humana, hasta convertirse en una mujer.

Daniel siguió observándola, y a pesar de que la figura femenina vestida de blanco le daba la espalda supo de inmediato de quién se trataba.

Eleanore… Era Eleanore.

Estaba seguro de ello.

Se acercó sigilosamente; a un lado, el fantasma de su esposa lo acompañaba.

Hazel seguía viendo la figura de Eleanore avanzar sobre las aguas del río. Rachel aún no se había dado cuenta, estaba demasiado ocupada diciéndole a Hazel lo feliz que sería con Daniel cuando ella ya no estuviera.

El corazón le dio un vuelco en el pecho cuando descubrió que a un lado de la figura fantasmagórica de lady Cavanaugh se encontraba Daniel. Él avanzaba lentamente hacia ella, y Hazel temió que Rachel se diera cuenta y lo atacara con el puñal que sostenía impunemente en la mano.

—¡Daniel nunca podrá amarte! —le gritó a Rachel con todas sus fuerzas para distraerla y evitar que lo descubriera.

Pero sus palabras provocaron un efecto adverso. Rachel se abalanzó sobre ella y apoyó peligrosamente el puñal en el pecho de Hazel.

—¡Será mejor que aprendas a cerrar la boca, desgraciada! —La amenazó, subiendo el puñal hasta su rostro y colocándolo en sus labios.

Hazel espió con el rabillo del ojo. Daniel estaba a tan sólo unos metros de ellas, pero debía actuar con cautela. Cualquier

movimiento en falso, y Rachel no vacilaría en hundirle el puñal en el cuello.

—¡Mátame, Rachel! —le pidió, a sabiendas del riesgo que estaba corriendo; pues tenía que darle tiempo a Daniel.

Rachel soltó una carcajada que resonó como un eco en todo el lugar.

—¡Será un placer hacerlo!

Hazel cerró los ojos cuando el puñal bajó hasta su garganta; pero fue en ese instante cuando Daniel salió de las sombras y se abalanzó sobre Rachel y logró reducirla.

La arrojó al suelo y, en el forcejeo, consiguió hacerse con el puñal. Durante un segundo, la mente de Daniel se obnubiló y sólo podía pensar en usarlo contra de su cuñada. Observó el rostro impávido de Rachel, y luego posó sus ojos en la afilada y brillante hoja de metal.

Ella merecía morir; después de todo el daño que había causado, Rachel sólo merecía la muerte.

—¡Daniel, no lo hagas!

Fue la voz de Hazel la que lo sacó de aquella especie de trance en que estaba inmerso.

—¡Merece morir, Hazel! —respondió él sin apartar la mirada de los ojos carentes de emoción alguna de su cuñada.

Hazel se acercó.

—Daniel, por favor, no manches tus manos con su sangre… No vale la pena —dijo, y colocó sus manos aún atadas encima del hombro de Daniel.

Entonces, él finalmente comprendió lo que había estado a punto de hacer y se puso de pie. Arrojó el puñal al río y le ordenó a Rachel que se levantara.

Pero Eleanore se acercó a ellos y se colocó detrás de su hermana.

—Eleanore…, eres tú —susurró Daniel con un nudo en la garganta.

Rachel se puso de pie de un salto y se dio media vuelta.

Fue incapaz de moverse o de decir algo; sus ojos desorbitados se clavaron en la mujer vestida de blanco que lentamente se acercaba a ella.

Hazel y Daniel se apartaron; la luz que despedía la figura de Eleanore estaba lastimando sus pupilas. La habían mirado antes y nada malo había sucedido, pero ahora era casi imposible hacerlo. Parecía que Eleanore quería que ellos se alejaran.

—Sabía que este día llegaría, Rachel.

Rachel intentó hablar, pero no era capaz de articular ninguna palabra; parecía que de repente se había quedado muda.

—He venido a buscarte, hermana, y no voy a marcharme sin ti.

Tanto Hazel como Daniel escuchaban cada palabra que Eleanore pronunciaba, pero no podían mirarla. Sólo observaban a Rachel, que estaba paralizada en el sitio.

Entonces, se dieron cuenta de que Rachel comenzó a moverse en dirección al río.

—Daniel.

Hazel sabía lo que estaba a punto de pasar.

Él la apretó contra su cuerpo y le cubrió el rostro con la mano.

Hazel dio un respingo cuando tan sólo un par de segundos después el silencio se rompió con el sonido de un cuerpo cayendo al agua.

Ella quiso mirar, pero Daniel no se lo permitió. Luego, regresó el silencio, y cuando Hazel, por fin, pudo abrir sus ojos, descubrió que Daniel y ella estaban solos.

Rachel y el fantasma de Eleanore ya habían desaparecido. Daniel tomó el rostro de Hazel entre sus manos y la contempló.

—¿Estás bien? ¡Júrame que estás bien! —le exigió, claramente conmocionado.

Hazel asintió con un leve movimiento de cabeza.

—¡Oh, Dios! ¡Tuve tanto miedo, Hazel! —La estrechó nuevamente entre sus brazos—. ¡No podría haber seguido viviendo si algo te hubiera sucedido!

Hazel quiso aferrarse a su espalda, pero aún seguía atada.

Daniel se dio cuenta, se separó y le quitó las gruesas cuerdas que habían lastimado sus muñecas. Él se llevó las manos de Hazel a la boca y besó sus cardenales.

—Mira lo que te ha hecho —susurró, sin dejar de besarle las muñecas lastimadas.

—No es nada, Daniel. —Entonces se acordó de Maddie—. ¿Cómo está tu hermana? Rachel la ha herido y estaba inconsciente cuando la he visto por última vez.

—Mandé a Leonard a buscar al doctor Wilson; recemos para que no sea nada grave.

—Ha perdido mucha sangre —dijo Hazel, consternada al recordar el momento en que Rachel había herido a Maddie.

—Mi hermana es fuerte y se repondrá —le dijo para tranquilizarla, aunque él tenía el mismo temor que ella.

Hazel quiso creer que lo que él le decía era verdad, pero ambos sabían que no dependía de ellos el bienestar de Maddie.

—¡Ven aquí! ¡Quiero abrazarte y no soltarte nunca!

La apretó nuevamente contra su pecho, y Hazel se aferró a su espalda con fuerza. Ella tampoco quería que él la soltara porque sólo entre sus brazos se sentía protegida.

Hazel pegó su rostro contra el pecho de Daniel y dejó que el acompasado ritmo de los latidos de su corazón le trajera nuevamente la calma perdida.

De regreso a la mansión, Hazel y Daniel descubrieron aliviados que el carruaje del doctor Wilson ya estaba allí.

Leonard les salió al paso cuando los vio aparecer por el sendero que provenía del río.

—Hazel, ¿estás bien? —preguntó, olvidándose por un momento que ella venía agarrada del brazo de Daniel.

—Sí, Leonard. —Le mostró las muñecas—. Sólo estoy un poco lastimada.

El jardinero tomó las manos de Hazel entre las suyas, pasando por alto la mirada reprobatoria de lord Cavanaugh.

—¡No podía imaginarme que esa mujer llegase a tanto!

A punto estuvo de llevarse la mano de Hazel a la boca, pero Daniel se lo impidió.

—Nadie se lo podía imaginar, Leonard —dijo Daniel, apretando la mano de Hazel entre las suyas después de apartar las manos del jardinero.

Leonard miró a Hazel; luego sus ojos verdes se posaron en las manos entrelazadas y comprendió en ese preciso momento que había perdido la batalla aun sin siquiera pelear. Retrocedió unos pasos y señaló hacia la casa.

—El doctor Wilson ya está atendiendo a su hermana, lord Cavanaugh. —Le anunció.

—Gracias, Leonard —dijo, y asió a Hazel por la cintura y la condujo hacia la mansión.

Ella le echó una rápida mirada y pronunció un suave «gracias».

Leonard asintió y se quedó quieto en el mismo sitio hasta que vio a Hazel desaparecer en brazos del hombre que amaba.

Dejó escapar un suspiro de resignación. La oportunidad que le había pedido a Hazel de dejarlo acercarse a ella ya no tenía razón de ser y le dolió en el alma porque se había enamorado de ella como un tonto.

No había absolutamente nada que él pudiera hacer para que fuera suya; finalmente, comprendió que Hazel había entregado el corazón a lord Cavanaugh hacía mucho tiempo.

Dejó escapar otro suspiro y se encaminó hacia la mansión.

Agatha estaba subiendo las escaleras cuando vio a Daniel y a Hazel entrar en el salón. Corrió hacia ellos visiblemente angustiada.

—¡Señor! ¡Hazel! ¿Están bien? —Tocó las manos lastimadas de Hazel; luego bajó la mirada y descubrió que Daniel no llevaba zapatos—. ¡Lord Cavanaugh, sus pies!

Daniel intentó sonreír, pero el dolor que punzaba en la planta de sus pies lastimados se le evidenciaba en el rostro.

—Le diré a Albert que prepare un ungüento para aliviar esas ampollas. —Luego miró las muñecas laceradas de Hazel—. Servirá también para curar sus muñecas.

—¿Cómo está mi hermana? —preguntó Daniel, avanzando hacia las escaleras con Hazel prendida aún de su brazo.

—El doctor todavía no ha salido de la habitación y lleva allí dentro un buen rato; yo iba hacia allí para ver si necesitaba alguna cosa. —Le anunció.

—Vaya, Agatha, y póngase al servicio del doctor. En cuanto termine de atender a Maddie le dice que me busque.

Daniel sabía que si subía a la habitación de su hermana sólo estorbaría.

Hubiera deseado estar a su lado como lo hizo cuando ella cayó por las escaleras y todos se temieron lo peor, pero era mejor dejar que el doctor hiciera su trabajo tranquilamente.

—Se pondrá bien —le dijo Hazel, notando la desesperación en los ojos de Daniel.

—Lo sé. Maddie es una mujer muy fuerte y la más testaruda que conozco —contestó sonriendo, pero no pudo evitar la tristeza de su mirada.

Hazel se inclinó y besó la mano de Daniel.

Ambos se habían olvidado de que Agatha continuaba allí. El ama de llaves tosió para anunciar su presencia.

—Iré…, iré a decirle a Albert que le traiga el ungüento, señor —tartamudeó mientras iba hacia la cocina.

—Agatha. —La detuvo Daniel—, no es necesario. Usted suba con el doctor. Hazel y yo buscamos a Albert y su famoso ungüento.

El ama de llaves asintió y subió raudamente las escaleras hacia la habitación de Maddie.

—Ven, vamos.

Fueron hasta la cocina. Allí estaban Theresa, Rupert, Albert e incluso Leonard.

—¿Alguien ha visto a Tobin? —preguntó Hazel, rogando para que su hijo no se hubiera despertado por culpa de lo sucedido.

—Su hijo y la pequeña Catherine están con Rose, Hazel —respondió el mayordomo—. Ambos han visto a la señorita Maddie herida, y lord Cavanaugh ha creído que lo más conveniente era que ella se quedara con los niños por esta noche.

—¡Dios, mi niño! —se lamentó Hazel, llevándose una mano al pecho.

—Tobin está bien, Hazel —le dijo Daniel para tranquilizarla—. Es un niño valiente a pesar de su corta edad.

Hazel lo sabía pero aun así quería correr escaleras arriba y abrazarlo con todas sus fuerzas. Miró sus manos y comprendió que Tobin sólo se asustaría si la veía llegar en aquellas condiciones.

—Albert, Agatha nos ha dicho que tienes un ungüento para curar nuestras heridas —manifestó Daniel, dirigiéndose a su mayordomo.

Albert corrió hacia una de las alacenas y sacó un frasco de cristal con un corcho incrustado por tapón.

—Es una mezcla de aloe vera con hierba de San Juan; es muy buena para cicatrizar cualquier herida —le indicó.

Daniel tomó el frasco en sus manos y lo abrió. No olía muy bien, pero confiaba en el criterio de su mayordomo.

Hazel le quitó el ungüento a Daniel de la mano.

—Siéntate allí —le ordenó, señalando la silla que estaba junto a la estufa.

Él se quedó mirándola durante unos segundos antes de obedecerla. Theresa, Rupert, Albert y Leonard observaron cómo Hazel se arrodillaba frente a Daniel y dejaba el frasco en el piso.

—Iré a ver si Rose necesita ayuda con los niños —dijo Theresa apresuradamente, saliendo de la cocina.

—Y yo haré lo mismo con Agatha —anunció Albert, saliendo detrás de ella.

Rupert también abandonó la cocina, cabizbajo.

El único que se había quedado en la cocina era Leonard, y aunque le dolía reconocerlo, entendió que estaba de más allí.

—Iré a encargarme de los caballos del doctor Wilson. —Echó un último vistazo a Hazel, pero ella ni siquiera lo miró.

—Finalmente nos hemos quedado solos —dijo Daniel, lanzando un suspiro. Hazel levantó la vista y lo miró.

—Voy a curar tus heridas.

Le tocó una pierna y subió un poco sus pantalones hasta la altura de los tobillos. Daniel dio un respingo cuando ella tomó su pie lastimado entre las manos.

—¿Te duele mucho? —le preguntó ella, colocándole el pie encima de su regazo para poder atenderlo mejor.

Daniel apretó los dientes. El dolor en la planta de sus pies era bastante agudo debido a las ampollas y los cortes, pero cuando ella tocó su piel afiebrada, todo su cuerpo reaccionó de inmediato, como si estuviera haciéndole una caricia íntima.

Hazel abrió el frasco y colocó un poco del ungüento en sus dedos; luego, comenzó a pasarlo sobre las ampollas con cuidado.

Daniel se movió inquieto en la silla. Era una mezcla de sensaciones que lo estaban mareando: las punzadas de dolor; el frío del ungüento, y los dedos tibios y suaves de Hazel, que lo acariciaban con tanta ternura.

—¿Estás bien?

Hazel lo miró directamente a los ojos; era evidente que él estaba inquieto.

—Sí, Hazel…, estoy bien —dijo respirando con dificultad—. Tú sólo sigue haciendo… eso.

La mirada de Hazel bajó, y al ver su entrepierna, comprendió la inquietud de Daniel. No pudo evitar sonrojarse; agachó la mirada nuevamente y se concentró en la tarea.

Un par de minutos después, los más torturantes al menos para Daniel, Hazel terminó de pasarle el ungüento por cada una de sus heridas.

—¿Te sientes mejor? —le preguntó ella, comprobando que *todo* había vuelto a la normalidad.

—Sí, gracias Hazel; tienes manos de hada —dijo él, sonriéndole —. Ahora es mi turno.

Se levantó y comprobó que el ungüento ya estaba surtiendo efecto, o quizá habían sido las caricias de Hazel; nunca lo sabría con certeza.

—Ven.

Cogió a Hazel de la mano apenas ella se puso de pie y la condujo hacia la ventana; allí se sentaron sobre el alféizar de piedra.

—Daniel, no es necesario. Yo puedo hacerlo…

Él no la dejó terminar.

—Nada de eso; déjame curarte como tú acabas de hacerlo conmigo.

Hazel no tuvo ganas ni fuerzas para negarse; le gustaba sentirse cuidada por él.

Extendió los brazos, y Daniel tomó su mano derecha. Comenzó a colocarle el ungüento en la muñeca lastimada con movimientos lentos y circulares. Un toque que de inmediato envió señales a cada célula de su cuerpo, y Hazel comprendió entonces por qué Daniel había reaccionado de la misma manera unos minutos antes. Ella lo miró mientras él seguía tratando su herida con tanto esmero; el contraste de las manos de Daniel, tan grandes y ásperas, con las suyas, que eran pequeñas y suaves, desató un torbellino de sensaciones en el vientre de Hazel que terminó luego descendiendo hasta la zona más sensible de su entrepierna.

Daniel sonrió, complacido, plenamente consciente de lo que su contacto le estaba provocando. La miró a la cara; sus mejillas encendidas y el brillo de sus ojos verdes eran prueba suficiente para justificar lo que estaba a punto de hacer.

Soltó su mano y metió la suya debajo de la falda de su vestido. Hazel ni siquiera tuvo tiempo de reaccionar cuando él acarició los pliegues carnosos de su vagina con el mismo esmero con el que acababa de curar sus heridas.

Se inclinó hacia delante para permitir que él profundizara su fricción; la otra mano de Daniel la asió del mentón y la boca buscó la suya con desesperación.

Hazel se entregó a sus besos y a sus caricias; rodeó el cuello de Daniel y se apretó contra su cuerpo, hasta que no quedó espacio entre ellos. De su garganta escapó un gemido cuando sintió la erección de Daniel empujando contra su vientre.

Él abandonó la tibieza de sus labios y comenzó a besarle el cuello.

—¡Oh, Daniel! —susurró Hazel, moviéndose al compás de sus dedos, que seguían introduciéndose en su humedad e incrementaban lentamente la velocidad.

El ruido de unos pasos precipitados acercándose les puso los cinco sentidos en alerta y, como pudieron, se separaron antes de que el ama de llaves entrara por la puerta de la cocina.

—¡Lord Cavanaugh!

Agatha se detuvo de sopetón. Sintió que todos los colores se le subían a la cara; no era difícil imaginarse lo que había estado ocurriendo entre Hazel y lord Cavanaugh antes de que ella llegara.

Daniel se puso de pie de inmediato. No le había gustado para nada el tono de desesperación de su ama de llaves.

—¿Qué sucede?

Echó un rápido vistazo a su entrepierna y descubrió aliviado que su miembro había regresado a su estado natural.

—Es…, es el doctor Wilson. Me envía a buscarlos urgentemente a usted y a Hazel —anunció, tratando de recobrar la calma.

Hazel se levantó y se aferró al brazo de Daniel.

—¿Crees que…?

Ni siquiera se atrevía a decirlo. Jamás se lo perdonaría si a Maddie le sucedía algo.

Daniel la miró y no supo qué decirle. Sin perder más tiempo salieron de la cocina para ver qué estaba sucediendo con Maddie.

Agatha se quedó allí, y una vez que estuvo sola, se dejó caer en una silla y comenzó a darse aire con una mano; lentamente, el sofoco fue abandonando su cuerpo y el tono de sus mejillas volvió a su color natural.

—¡Por san Jorge Bendito! —exclamó, persignándose tres veces.

33

—¿HA entendido bien, doctor?

El doctor Anthony Wilson asintió con un enérgico movimiento de cabeza.

—Quédese tranquila señorita Cavanaugh; seguiré sus instrucciones al pie de la letra —le dijo, guiñándole un ojo.

—Perfecto; no se va a arrepentir de ayudarme, doctor Wilson.

Se oyeron unos golpes en la puerta, y Maddie se recostó en la cama rápidamente. Al hacerlo la herida le tiró un poco, pero podía soportar el dolor estoicamente, hasta que el calmante que le había administrado el doctor hiciera efecto.

—Adelante, doctor; cumpla con su parte del plan —le indicó Maddie, colocando la cabeza en la almohada y descansando ambas manos sobre su pecho.

El doctor Wilson se aclaró la garganta y dejó escapar un suspiro.

—Pase.

Daniel y Hazel irrumpieron en la habitación y rápidamente se colocaron junto a la cama de Maddie. Ambos comprobaron que ella estaba demasiado pálida.

—¿Está inconsciente? —preguntó Daniel al ver que no abría los ojos.

—No, pero ha perdido mucha sangre. —Cogió la mano de su paciente y la tomó él—. Aún está muy débil.

Daniel asintió, y el corazón se le estrujó al ver a su hermana en aquella cama, tan pálida.

—Daniel…

La voz apenas audible de Maddie hizo que una sonrisa se dibujara en sus labios.

—Aquí estoy, Maddie.

Se acercó a ella y se arrodilló junto a la cama.

—¿Está Hazel contigo? —preguntó, abriendo sólo un poco los ojos.

—Sí —respondió Daniel.

—Estoy aquí, Maddie —dijo Hazel desde su sitio, a los pies de la cama. Maddie extendió un brazo.

—Acércate Hazel… Quiero hablar con vosotros. Hazel rodeó la cama y se sentó al lado de Maddie.

«¡Dios! —pidió en silencio—. ¡No permitas que muera, no lo permitas! ¡Jamás me perdonaría que ella muriera por mi culpa!».

Maddie tomó la mano de su hermano y la de Hazel, y las unió.

—Quiero… pediros algo —susurró, sonriéndoles a ambos.

—No hables, debes descansar —dijo Daniel, apretando la mano de aquellas dos mujeres que amaba tanto.

—Vas a escucharme, hermano —le exigió Maddie, levantando un poco el tono de su voz; parecía que se repente había recuperado un poco de la fuerza que había perdido.

Daniel asintió. En aquel momento sólo importaba su hermana y lo que ella insistía tanto en decirle.

—Si algo me sucede… —comenzó a decir.

—¡Nada va a sucederte! —interrumpió Daniel.

—¡No digas esas cosas! —alegó Hazel al borde de las lágrimas.

Maddie dejó escapar un suspiro; al parecer, las cosas no serían tan sencillas.

—Dejadme hablar. Quizá no tenga mucho tiempo y no quiero marcharme de este mundo sin una promesa vuestra.

El doctor Wilson tosió nerviosamente, pero nadie le prestó atención.

Daniel miró a Hazel; ella estaba tan angustiada como él.

—Te escuchamos, Maddie.

—Quiero que me prometáis que ahora que toda esta pesadilla se ha acabado y sabemos la verdad sobre Eleanore y su desaparición, vais a intentar ser felices. —Miró a su hermano directamente a los ojos—. Daniel, ya es hora de que dejes el pasado atrás y abras tu corazón al amor nuevamente. —Miró a Hazel entonces—. Hazel, lo mismo para ti; has sufrido mucho y mereces que alguien te ame y te proteja… Quiero que me prometáis que os casaréis y que vuestra boda será recordada por todos en Newcastle-upon-Tyne como una de las más glamurosas que haya habido jamás.

Hazel ya no era capaz de contener sus lágrimas; no podía creer que en su lecho de muerte, Maddie le estuviera pidiendo que le hiciera aquella promesa. Se llevó una mano a la cara y enjugó sus lágrimas.

—Te lo prometemos, Maddie —dijo Daniel de repente.

Hazel alzó los ojos y lo miró. Supo en ese preciso instante lo que tenía que decir.

—Es una promesa, Maddie —juró, mirándola a ella nuevamente.

Maddie sonrió, complacida; se hubiera puesto a saltar de alegría en ese mismo momento pero debía seguir fingiendo.

—No sabéis qué feliz me hace saber que finalmente vais a estar juntos. —Miró de reojo al doctor.

—Lord Cavanaugh, señora Brown, será mejor que dejemos a la señorita Maddie que descanse ahora —anunció el médico acercándose a la cama.

Tanto Daniel como Hazel se pusieron de pie y dejaron que el doctor Wilson los condujera hacia la salida.

Anthony Wilson cerró la puerta, y cuando se dio la vuelta, Maddie Cavanaugh lo miraba con una sonrisa de oreja a oreja en el rostro.

—¡Perfecto!

—¡Qué buena actriz ha resultado ser usted, señorita Cavanaugh!

—¡La mejor, doctor Wilson, la mejor!

Daniel y Hazel fueron hasta el estudio y se sentaron en el sofá. Durante por unos segundos se miraron con las manos entrelazadas y sin pronunciar palabra alguna.

Fue Hazel quien finalmente rompió el silencio.

—Daniel…, ¿no crees que ella…? ¡Oh, Dios! ¡Maddie no puede morir! —Estalló en llanto y buscó sus brazos.

Él le acarició el cabello con suaves movimientos y la meció contra su cuerpo.

—Nada malo va a sucederle, Hazel —le dijo para tranquilizarla.

Se quedó meditabundo un par de minutos mientras Hazel seguía llorando sobre su pecho. No quería sacar conclusiones apresuradas, pero tenía la leve sospecha de que Maddie no estaba tan mal como les había hecho creer. Incluso sospechaba que había sido todo un montaje para conseguir su objetivo: lograr de Hazel y de él una promesa de matrimonio. Si era así en verdad, hasta el pobre doctor Wilson se había visto involucrado en la locura de su hermana. Sonrió; no era una locura, después de todo. Casarse con Hazel y pasar el resto de la vida a su lado era lo único que deseaba. Maddie sólo le había echado una mano.

—Tengo miedo de que Maddie no lo logre —gimoteó Hazel, que seguía llorando a borbotones.

Daniel la separó y secó sus lágrimas con la yema de los dedos.

—Hazel…, Maddie se pondrá bien; no te angusties más, por favor.

Las palabras de Daniel, de algún modo, la tranquilizaron, y volvió a recostarse sobre su pecho hasta que el llanto cesó.

Se quedaron allí, abrazados, sin darse cuenta del tiempo que había transcurrido. Ninguno de los dos mencionó nada de la promesa que acababan de hacerle a Maddie.

De repente, Hazel se apartó y se puso de pie.

—¡Tobin! ¡Necesito ver a Tobin!

—¡Hazel, espera! —le pidió él, agarrándole por el brazo—. Creo que tendremos que hablar con él y con Catherine, de nuestra boda.

«Nuestra boda».

Hazel tuvo que repetir esas dos palabras en su mente más de una vez para convencerse de que en verdad ella y Daniel se iban a casar. Él no se lo había pedido, sino que era una promesa que le habían hecho a Maddie, pero a Hazel no le importó.

—No dices nada —dijo Daniel, buscando indagar en su mirada el significado de aquel silencio repentino.

Ella le sonrió.

—No soy mujer que rompa sus promesas, Daniel; sólo que creo que es mejor que no les digamos nada a los niños aún. Lo digo, sobre todo, por Catherine; no sé cómo puede tomarse la idea de que su padre vuelva a casarse… y que lo haga conmigo —explicó con evidente preocupación.

Daniel se puso de pie; asió el rostro de Hazel entre sus manos y la besó tiernamente. Se separó y miró sus ojos verdes, que aún estaban mojados.

—Te amo, Hazel, y ansío profundamente que llegue el día en que finalmente te conviertas en mi esposa.

El corazón de Hazel comenzó a latir más a prisa contra sus costillas.

—¡Oh, Daniel, yo también te amo! ¡Ser tu esposa es lo que más quiero en el mundo!

Buscó sus labios nuevamente y se perdieron en el más apasionado de los besos.

Dos meses después

—¡Hazel, quédate quieta!

Maddie y la costurera estaban intentando zurcir el ruedo de su vestido de boda porque desde la última vez que se lo había probado, la novia había perdido casi tres libras, y la reluciente y blanca tela llegaba al suelo.

—¡No puedo Maddie! ¡La boda es en menos de veinte minutos y aún no estoy lista! —protestó Hazel, presa de los nervios.

—Lo estarás, no te preocupes. Además es normal que la novia se retrase a su boda; le añade un toque de suspenso a la ceremonia. No creo que Daniel se canse de esperarte, pero si lo hace.

Hazel sonrió a su cuñada, pero en ese momento no sabía si abrazarla o ahorcarla. La adoraba y daba gracias a Dios de que se hubiera salvado de la herida que Rachel le había infligido al intentar salvarla a ella; pero estaba al borde de un ataque de nervios y sus bromas no le hacían ninguna gracia.

—¡Maddie, te agradecería que no me pusieras más nerviosa de lo que ya estoy!

Maddie sonrió y ayudó a la vieja costurera a hacer los últimos retoques. El vestido que Hazel usaría en la ceremonia había sido mandado traer desde París por expresas órdenes de Daniel, que quería que su boda fuera por todo lo alto. Era de organdí y de raso blanco, con flores de encaje en el canesú, en las mangas y en el ruedo.

—¡Daniel se morirá cuando te vea aparecer! —le dijo Maddie, acomodando el tocado con pequeñas gardenias entrelazadas que adornaba su cabeza—. ¡Estás preciosa!

Hazel se llevó una mano al estómago; cada músculo de su cuerpo estaba tan tenso como la cuerda de un violín.

Alguien llamó a la puerta de su habitación y una vez que se cercioraron de que no era el novio dieron permiso para pasar.

Catherine y Tobin hicieron acto de presencia, y Hazel no pudo evitar que unas cuantas lágrimas rodaran por sus mejillas.

—Venid aquí.

Los dos niños se acercaron, ambos vestidos para la ocasión. Catherine llevaba un vestido de terciopelo color rosa pálido, y Tobin, un traje oscuro que Daniel le había comprado especialmente para la boda.

—Estás hermosa, mamá —dijo Tobin, abrazándola.

—Gracias, mi amor.

Catherine se cogió al brazo de Tobin.

—Mi padre no pudo elegir a una mejor esposa —dijo emocionada. Hazel acarició los bucles negros de Catherine.

—Gracias, mi niña, no sabes lo que esas palabras significan para mí.

—Mamá…, Catherine quiere pedirte algo —dijo Tobin de pronto con ese toque enigmático que lo caracterizaba cada vez que tenía algún secreto entre manos.

Hazel miró a la niña.

—Pídeme lo que quieras, Catherine.

Catherine la miró fijamente, y Hazel descubrió que ella también estaba al borde de las lágrimas.

—Ahora que serás la esposa de papá…, ¿puedo llamarte mamá?

Hazel pudo sentir cómo su labio inferior comenzaba a temblar y el corazón amenazaba con salir de su pecho de un momento a otro.

Maddie, que se encontraba a una prudente distancia de ellos, también estaba evidentemente emocionada, incluso hasta la vieja costurera había dejado escapar unas lagrimitas ante semejante escena.

—¡Claro que puedes, cariño!

Hazel enjugó las lágrimas de Catherine.

—Muy bien… mamá —dijo tímidamente Catherine, tratando de sonreír.

Hazel sabía lo duro que era para la niña aquel momento. Se había enterado apenas un par de meses atrás que su madre nunca la había abandonado, sino que su propia tía la había matado. Todos en la casa habían temido lo peor: que Catherine se volviera a recluir en la soledad de su habitación, pero afortunadamente no lo hizo. Y nadie en Blackwood Manor dudaba que la causa había sido la presencia de Hazel y de Tobin, quienes finalmente habían conseguido ganarse por completo su corazón.

—¡Niños, vamos que ya es la hora! —Intervino Maddie antes de que el maquillaje de Hazel se arruinara por completo—. Catherine,

tú como dama de honor, sales delante de Hazel y Tobin, con la canasta de flores —indicó Maddie.

Catherine asintió.

—Tobin, tú llevarás a tu madre al altar; por lo tanto, te quedas con nosotras.

—Bien.

Catherine salió muy orgullosa cargando su canasta llena de flores, que ella misma había recogido del jardín esa mañana con la ayuda de Leonard.

—¿Estás lista? —le preguntó Maddie, supervisando los últimos detalles.

Hazel respiró hondo, se asió del brazo de su hijo y asintió con un leve movimiento de cabeza.

—Muy bien; yo me adelantaré y daré la orden para que el músico comience a tocar —dijo Maddie, saliendo de la habitación.

La costurera dio el último repaso al vestido y después de felicitarla una vez más, salió para reunirse con los demás, que esperaban ansiosos la ceremonia.

—¿Estás lista, mamá?

Hazel apretó con fuerza la mano de su hijo.

—Sí, Tobin, vamos.

34

LA boda se llevaría a cabo en el jardín de Blackwood Manor. En la pérgola central se había improvisado un altar ornamentado con diversas variedades de flores de la estación: anémonas blancas y rojas; dalias y orquídeas de todos los colores habían sido colocadas en las paredes de la pérgola en forma de enredadera.

Allí dentro, una pequeña mesa cubierta por un mantel de hilo serviría de altar.

El jardín estaba repleto de invitados que no habían querido perderse, según opinión de muchos, la boda del año. Entre la gente se encontraban los criados, ataviados con sus uniformes de gala. Habían sido invitados a la ceremonia, por lo tanto en el momento de la boda dejarían de ser sirvientes para convertirse en distinguidos concurrentes. Leonard estaba entre ellos; todos sabían de sus sentimientos hacia Hazel, pero también habían sido testigos de que en todo ese tiempo había encontrado la resignación necesaria para aceptar su destino. Hazel era su amiga, y eso le bastaba; no podía obtener más de ella y él se conformaba. Además lo único que quería era que ella fuera finalmente feliz, y lord Cavanaugh era el único hombre que podía brindarle esa felicidad.

Observó al novio, que esperaba nervioso junto a la entrada de la pérgola. No pudo evitar sentir un poco de envidia por no estar en su lugar.

—¡Miren, allí viene la novia! —gritó uno de los invitados.

Daniel miró hacia la casa, y cuando vio a Hazel avanzar hacia él, cogida del brazo de Tobin, sintió cómo sus piernas rápidamente comenzaban a temblar. La marcha nupcial de *Moses Mendelssohn* comenzó a sonar majestuosamente, interpretada por un conocido pianista. Daniel tuvo que aflojarse el nudo de la pajarita porque le estaba costando respirar.

«¡*Dios, está hermosa*!», pensó mientras ella se acercaba cada vez más. Catherine, que iba delante se apartó, y cuando por fin la tuvo enfrente, todos los temores y nervios que lo habían dominado hasta ese momento se evaporaron como por arte de magia.

Tobin se adelantó y entregó su madre a Daniel.

Él la asió de la mano y la condujo hacia el interior de la pérgola, en donde los esperaba el sacerdote.

Hazel apretó su mano y le sonrió. Daniel le devolvió la sonrisa; movió sus labios y en silencio le dijo lo que ella necesitaba oír.

«Te amo».

Hazel se apoyó en la barandilla y observó la inmensidad del mar, que se confundía con el cielo negro y cubierto de estrellas hacia el horizonte. Daniel y ella llevaban embarcados desde hacía cuatro días y faltaban unos cuantos más para llegar a su destino: Francia. Daniel había insistido en que ella conociera París y se había salido con la suya. Hazel hubiera preferido quedarse en Blackwood Manor, pero Daniel había contado con la complicidad de Maddie para convencerla de pasar su luna de miel en la ciudad de las luces. Tanto Daniel como Maddie le habían hablado tanto de la isla de la Cité, la isla de Saint Louis, de los Campos Elíseos o el bosque de Boulogne que Hazel tenía curiosidad por conocer cada uno de esos lugares junto a Daniel.

El movimiento del barco estaba causándole algún que otro mareo, y de vez en cuando, especialmente por las mañanas, la

atacaban unas fuertes náuseas que la obligaban a quedarse en cama hasta que pasaran.

Hazel sospechaba la causa de semejantes malestares, pero no quería decirle nada a Daniel hasta que no estuviera completamente segura. Pero en su corazón sabía que estaba gestando en su vientre un hijo suyo.

—¿En qué piensa mi adorable esposa?

Daniel se acercó por detrás y se aferró a su cintura.

—¡Daniel, alguien puede vernos!

Daniel se encogió de hombros.

—¡Que nos vean! ¡Estamos recién casados y ésta es nuestra luna de miel! —respondió, besando el cuello de Hazel.

Ella sonrió; en realidad, la cubierta del barco estaba vacía. Hacía ya algunas horas que había oscurecido y era poco probable que alguien los estuviera observando.

—Extraño a los niños —dijo ella, acariciando las manos de Daniel, que descansaban sobre su vientre.

—¡Mmmm…, sí! —murmuró él mientras seguía besando su cuello desnudo.

Ella se dio media vuelta y lo miró a los ojos. La luna llena iluminaba la cubierta del barco, y Hazel podía ver perfectamente su rostro. Ese hombre que la adoraba, que era tan apuesto y atento era su esposo; aún le costaba creerlo.

—Daniel…, hay una cosa que quisiera saber —dijo, mordiéndose el labio inferior—; en realidad, he querido saberlo aun antes de conocerte.

Daniel presintió de inmediato de qué se trataba.

—Dime.

—¿Qué sucedió entre Jeremy y tú? ¿Por qué él casi nunca hablaba de ti y cuando te mencionaba lo hacía con resentimiento?

Daniel dejó escapar un suspiro.

—Jeremy y yo éramos amigos de la infancia —comenzó a contar —. Él vivía en Blackwood Manor; su madre era la niñera que nos crió a mí y a Maddie cuando nuestra madre murió. Siempre fuimos

grandes amigos, pero eso cambió cuando ambos pusimos el ojo en la misma mujer…

Hazel escuchaba atentamente cada palabra.

—Continúa —le pidió.

—Yo no sabía que Jeremy estaba enamorado de Eleanore…

—¿Jeremy estaba enamorado de lady Eleanore? —preguntó Hazel, sorprendida.

Daniel asintió.

—Así es; yo me declaré y le propuse matrimonio, ignorando lo que mi mejor amigo sentía por ella. Jeremy nos descubrió y sintió que yo lo había traicionado. Ese mismo día se marchó de Blackwood Manor maldiciendo mi nombre. No lo volví a ver hasta el día en que vino a pedirme dinero prestado.

—¿Y tú se lo diste a pesar de lo sucedido? Daniel sonrió amargamente.

—La verdad es que siempre me he sentido en deuda con él, Hazel. Yo lo había traicionado, y la culpa me ha acompañado durante todo este tiempo.

—Pero acabas de decirme que ignorabas que Jeremy también estaba enamorado de Eleanore. ¿Qué culpa podías tener tú? Además ella te amaba a ti…

—Sí, es verdad, pero aun así nunca me perdoné haber destrozado el corazón de mi mejor y único amigo.

—Jeremy seguramente te ha perdonado, Daniel, de otro modo jamás te hubiera buscado para pedirte ayuda —le dijo ella con total convicción.

—¡Bendigo el día en que lo hizo y bendigo el hecho de que me pidiera que velara por ti y por vuestro hijo! —Manifestó Daniel, emocionado y aliviado por haberle contado a Hazel finalmente lo que había guardado en su corazón durante tantos años.

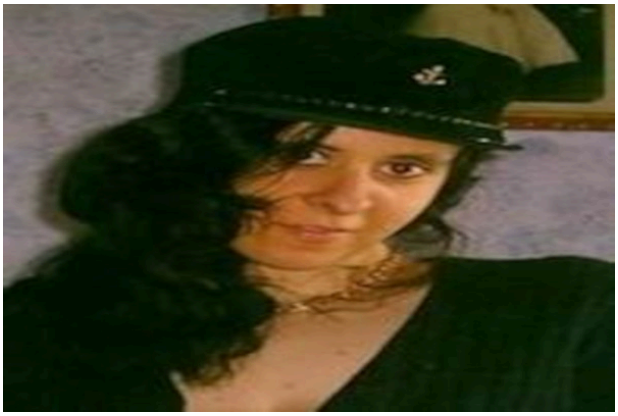
—Y yo le agradezco que te pusiera en nuestro camino. Daniel…, te amo. —Hazel acarició la mejilla húmeda de él y llevó su mano hasta el vientre—. Y la prueba de nuestro amor yace aquí.

Daniel se quedó contemplando el vientre de Hazel y tardó unos cuantos segundos hasta que finalmente comprendió lo que ella le acababa de decir.

—¿Un hijo? ¿Vamos a tener un hijo? —gritó tan alto que probablemente todos en el barco lo oyeron—. ¡Te amaré y te protegeré siempre, Hazel Cavanaugh, a ti y a nuestros hijos! —prometió con la voz trémula.

Hazel se echó en sus brazos y se aferró a él con fuerza.

Daniel la amaría y la protegería siempre; no podía pedirle nada más a la vida.



ANDREA MILANO (Argentina, 1974) es una apasionada de la lectura y siempre soñó con contar sus propias historias. Este sueño se hizo realidad en diciembre de 2007, cuando publicó *Pasado imperfecto* (Editorial Vestales), su primera novela romántica.

Desde entonces ha luchado por plasmar en papel las historias que nacen de su imaginación, y ha conseguido publicar más de una docena de novelas como Andrea Milano, Breeze Baker, Sienna Anderson y Lena Svensson, todos ellos álter ego de Andrea Yungblut. ¿O es al revés?

Notas

[1] Planta medicinal a la que se le atribuyen propiedades curativas e incluso en algunos sitios se la conoce como «curalotodo».

[2] Famosa chef que en la Inglaterra victoriana abrió su propia escuela de cocina.

[3] *Charcoal* significa, en inglés «carbón».

[4] Juego de la época en el que un jugador dice una palabra o una frase y los otros jugadores deben encontrar otra palabra o frase que rime con la dada por el primer jugador.